

PEDRO ÁLVAREZ TABÍO

DIARIO DE LA GUERRA
I

De Las Coloradas a la finca de Epifanio Díaz
2 de diciembre de 1956 - 19 de febrero de 1957



Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado
La Habana, 2010

EDICIÓN, DISEÑO Y REALIZACIÓN DIGITAL
CORRECCIÓN TIPOGRÁFICA
María del Carmen Remigio / Silvy Medina

DISEÑO DE CUBIERTA
Emilo Lamí / Aida Soto-Navarro

- © Pedro Alvarez Tabío / 2009
- © Sobre la presente edición:
Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado / 2010

Primera edición: Diciembre de 1986
Segunda edición: Septiembre de 1991
Tercera edición: Junio de 2010

ISBN: 978-959-274-107-2

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción, total o parcial, de esta obra, por medios poligráficos, electrónicos o de cualquier otra índole, sin la autorización del autor o de la editorial.

Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado de la República de Cuba, calle 8 número 210 e/ Línea y 11, Vedado, La Habana, Cuba.
Tel (537) 855-5258 / Fax (537) 836-5234 / correo: publice@enet.cu

CONTENIDO

<i>PRESENTACIÓN</i>	7
<i>PRÓLOGO</i>	11
I RUMBO A LA SALIDA DEL SOL	22
<i>INTRODUCCIÓN</i>	23
25 - 30 de noviembre de 1956	26
Sábado 1º de diciembre	28
Domingo 2 de diciembre	31
Lunes 3 de diciembre	38
Martes 4 de diciembre	43
Miércoles 5 de diciembre	47
Jueves 6 de diciembre	57
Viernes 7 de diciembre	63
Sábado 8 de diciembre	68
Domingo 9 de diciembre	73
Lunes 10 de diciembre	77
Martes 11 de diciembre	79
Miércoles 12 de diciembre	85
Jueves 13 de diciembre	89
Viernes 14 de diciembre	94
Sábado 15 de diciembre	98
Domingo 16 de diciembre	103
Lunes 17 de diciembre	108
Martes 18 de diciembre	113
Miércoles 19 de diciembre	119

Jueves 20 de diciembre	121
Viernes 21 de diciembre	123
Sábado 22 de diciembre	125
Domingo 23 de diciembre	126
Lunes 24 de diciembre	128
Martes 25 de diciembre	131
2 LA PRIMERA ACCIÓN VICTORIOSA	134
Miércoles 26 de diciembre	135
Jueves 27 de diciembre	138
Viernes 28 de diciembre	139
Sábado 29 de diciembre	140
Domingo 30 de diciembre	144
Lunes 31 de diciembre	145
Martes 1º de enero de 1957	147
Miércoles 2 de enero	148
Jueves 3 de enero	152
Viernes 4 de enero	154
Sábado 5 de enero	158
Domingo 6 de enero	161
Lunes 7 de enero	166
Martes 8 de enero	168
Miércoles 9 de enero	169
Jueves 10 de enero	173
Viernes 11 de enero	175
Sábado 12 de enero	176
Domingo 13 de enero	178
Lunes 14 de enero	183
Martes 15 de enero	189

Miércoles 16 de enero	195
Jueves 17 de enero	200
<i>UNA POSDATA CONVENIENTE</i>	212
3 EN GRAVE PELIGRO	215
Jueves 17 de enero	217
Viernes 18 de enero	224
Sábado 19 de enero	227
Domingo 20 de enero	232
Lunes 21 de enero	234
Martes 22 de enero	236
Miércoles 23 de enero	247
Jueves 24 de enero	251
Viernes 25 de enero	254
Sábado 26 de enero	255
Domingo 27 de enero	258
Lunes 28 de enero	262
Martes 29 de enero	266
Miércoles 30 de enero	269
Jueves 31 de enero	276
Viernes 1º de febrero	281
Sábado 2 de febrero	286
Domingo 3 de febrero	288
Lunes 4 de febrero	289
Martes 5 de febrero	291
Miércoles 6 de febrero	294
Jueves 7 de febrero	297
Viernes 8 de febrero	299

4 ENCUENTROS EN LA FINCA DE EPIFANIO DÍAZ	302
Sábado 9 de febrero	303
Domingo 10 de febrero	316
Lunes 11 de febrero	319
Martes 12 de febrero	321
Miércoles 13 de febrero	323
Jueves 14 de febrero	328
Viernes 15 de febrero	332
Sábado 16 de febrero	338
Domingo 17 de febrero	346
Lunes 18 de febrero	361
Martes 19 de febrero	366
<i>UNA POSDATA INTERESANTE</i>	369
<i>OTRA POSDATA NECESARIA</i>	374

PRESENTACIÓN

Hace ya varios años que debió haber sido cumplida la deuda contraída con los lectores del primer volumen de este Diario de la guerra, a saber, la preparación de una nueva edición junto con la publicación en forma de libro de la segunda entrega, o Diario de la guerra 2. Una combinación de factores se juntaron para impedir el cumplimiento hasta hoy de la promesa implícita en la presentación de aquel libro, cuyas dos primeras ediciones, en 1986 y 1991, quedaron prontamente agotadas. Es con infinita satisfacción, pues, que podemos presentar ahora una nueva entrega del diario que en su primera parte, contenida en este libro que tiene el lector en las manos, recoge de manera ampliada y revisada el contenido de aquellas ediciones, y en un segundo tomo continúa el relato histórico mucho más allá de donde quedó esa vez y lo prolonga hasta el combate del Uvero el 28 de mayo de 1957.

Como se recordará, el Diario de la guerra I abarcaba el recuento cronológico de los hechos más relevantes dentro de las dos primeras etapas de la guerra revolucionaria emprendida en la Sierra Maestra por Fidel Castro al frente de un grupo inicialmente pequeño de combatientes: la primera de esas etapas, a partir del desembarco de la expedición que llegó a la costa cubana a bordo del yate Granma, el 2 de diciembre de 1956, hasta el día 25 de ese propio mes, cuando los combatientes reagrupados en la finca de Mongo Pérez, en Cinco Palmas, parten junto con los primeros campesinos incorporados hacia el interior de la Sierra Maestra; la segunda, desde ese momento hasta el 19 de febrero de 1957, día en que la guerrilla rebelde abandona la finca de Epifanio Díaz, en Los Chorros, en las estribaciones de la Sierra, cerca de Las Mercedes, después de haber sostenido allí dos encuentros de singular importancia para el desarrollo ulterior de esa contienda: la primera entrevista de Fidel con un periodista y la primera reunión de la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio una vez comenzada la guerra. Esa última fecha, tomada como corte arbitrario de aquel primer volumen, marca realmente el inicio de una nueva etapa de la lucha en la Sierra Maestra, la tercera,

que se prolongará hasta el combate del Uvero el 28 de mayo de ese mismo año.

Son estas catorce semanas posteriores al 19 de febrero de 1957 las que, como ya se dijo, se incluyen ahora también en el segundo tomo de esta nueva edición, bajo el título de Diario de la guerra 2. No se trata tampoco en este caso de un corte injustificado, como se explicará en su momento. Nuestro plan es dedicar las sucesivas entregas de esta obra a las siguientes etapas de ese mismo primer gran período de la guerra, a saber, desde Uvero hasta el primer combate de Pino del Agua, que es el contenido del Diario de la guerra 3, y desde éste hasta la segunda acción en ese mismo lugar, incluidas las acciones de rechazo a la ofensiva enemiga de finales de 1957, que deberán formar parte de lo que será el Diario de la guerra 4. De ahí en adelante, no nos atrevemos aún a precisar la estructura de los volúmenes siguientes.

•

Una primera versión del recuento histórico contenido en este libro fue publicada entre los meses de enero y febrero de 1979, a raíz y con motivo del vigésimo aniversario del triunfo de la Revolución, en forma de suplementos especiales del periódico Granma, en los que, ya bajo el título genérico de Diario de la guerra, se recogía una reconstrucción cronológica, día por día, de las actividades e incidencias de la columna guerrillera al mando de Fidel durante las primeras semanas de la lucha libertadora iniciada con el desembarco de los expedicionarios del yate Granma cerca de la playa de Las Coloradas. En 1986, en saludo al trigésimo aniversario de ese hecho, el texto de aquellos suplementos, con unas cuantas informaciones nuevas, precisiones de detalles y correcciones de algunas pequeñas inexactitudes presentes en la versión original, integró la primera edición en forma de libro, cuya tirada se agotó casi de inmediato.

Cinco años después, en 1991, en ocasión del Cuarto Congreso del Partido Comunista de Cuba, apareció la segunda edición en forma de libro de estos materiales. El tiempo transcurrido permitió al autor revisar todo el texto e introducir nuevas correcciones y precisiones resultantes de las investigaciones que se siguieron realizando sobre esta etapa histórica. De todas esas puntualizaciones, quizás la más

importante fue el cambio de ubicación en fecha del episodio relacionado con la noche en que el traidor Eutimio Guerra, comprado ya por el enemigo para participar en la eliminación física de Fidel, comparte la misma manta con el jefe guerrillero.

Bajo el título de La conquista de la esperanza, apareció en México en 1995 una versión de estas ediciones cubanas anteriores del Diario de la guerra I, auspiciada por el Foro por la Emancipación e Identidad de América Latina y por su director, Heinz Dietrich Steffan. Este libro fue publicado también en Cuba en 1996 por la Editorial Abril.

Para estas ediciones el autor realizó un doble trabajo: por una parte, el texto general fue condensado a petición del editor mexicano, mientras que una parte del espacio ganado con esa condensación fue aprovechado para incluir fragmentos nuevos de los diarios de campaña de Raúl Castro y Ernesto Che Guevara que no habían sido utilizados en las versiones cubanas anteriores.

El siguiente momento en la ya complicada historia editorial de estos materiales fue su publicación nuevamente como suplementos especiales del periódico Granma entre los meses de enero y febrero de 1997. En esta ocasión se retomó esencialmente el texto general de las ediciones anteriores y se conservaron los nuevos materiales de los diarios de campaña utilizados en la edición mexicana. Pero esta vez el recuento histórico se prolongó en una segunda serie de suplementos del periódico que fueron apareciendo hasta el mes de mayo de ese año, en los que la reconstrucción histórica de la lucha en la Sierra Maestra se llevó hasta el combate del Uvero, el 28 de mayo de 1957.

Por último, en 2005 fue publicada en Cuba una segunda edición del libro La conquista de la esperanza, que reproduce esencialmente la primera.

La versión del Diario de la guerra que se publica ahora en este libro y en el segundo tomo que aparece simultáneamente con éste, recoge en su totalidad el texto de esos suplementos especiales publicados con ese mismo título general en el periódico Granma entre los meses de enero y mayo de 1997. Como se ha dicho, tanto en esos suplementos como en este libro se incluye mucho más material extraído de los diarios de campaña de Che y Raúl que los que aparecen en las ediciones cubanas anteriores e incluso en las propias ediciones ya mencionadas

aparecidas con el título de La conquista de la esperanza. Lo propio ocurre en el caso de la información que se ofrece en los textos de narración general. En este libro, además, se incluye también una breve referencia a los difíciles días de navegación del yate Granma desde el puerto mexicano de Tuxpan, así como el relato de las primeras tres semanas posteriores al desembarco, que no apareció en aquella serie de suplementos publicados en 1997.

Por último, se han incluido en esta edición precisiones fundamentales realizadas por el Comandante en Jefe en la entrevista concedida al intelectual y periodista francés Ignacio Ramonet, publicada en 2006 en Cuba con el título de Cien horas con Fidel. Esto es válido, en particular, en el caso de este primer volumen, para el relato del combate y la dispersión en Alegría de Pío el 5 de diciembre de 1956 y lo ocurrido en los cinco días inmediatamente posteriores, y, en el caso del Diario de la guerra 2, para el recuento del combate del Uvero.

Teniendo en cuenta todo lo anterior, puede considerarse, por tanto, esta versión del Diario de la guerra como la más completa publicada hasta ahora, y nos atrevemos a considerar que pudiera resultar ya la definitiva. No obstante, la vida ha demostrado al autor que cualquier obra humana es siempre perfectible, por lo que nadie puede asegurar que en otra edición futura no se introduzcan nuevas precisiones.

En este año del aniversario 50 del triunfo de la Revolución Cubana, sirva esta edición como homenaje a los valientes luchadores que emprendieron aquel 2 de diciembre de 1956 el arduo camino final hacia la liberación definitiva de la patria.

EL AUTOR
La Habana, junio de 2009

PRÓLOGO

Las once semanas iniciales de la lucha en la Sierra Maestra, que son objeto de reconstrucción en este primer tomo del Diario de la guerra, fueron decisivas en el desenvolvimiento de esa lucha. Es al comienzo de este lapso cuando ocurre uno de los dos momentos más difíciles —según ha definido el propio Fidel Castro— de toda la guerra, que fue la dispersión del destacamento expedicionario como resultado de la sorpresa en Alegría de Pío. La primera sección de esta parte, que hemos titulado —tomando una hermosa y definitoria frase de Raúl Castro en su diario de campaña— “Rumbo a la salida del sol”, intenta precisamente reconstruir, paso a paso, la trayectoria de los 82 expedicionarios desde el desembarco en Los Cayuelos, cerca de la playa de Las Coloradas, hasta Alegría de Pío, y luego el destino de los tres grupos principales en que se divide el contingente del Granma después de la dispersión, que son, como es sabido, el de Fidel, el de Raúl y el que encabezaba Juan Almeida, que incluye, entre otros combatientes, a Ernesto Che Guevara, Camilo Cienfuegos y Ramiro Valdés.

A fuerza de repetir un lugar común, pero que muchas veces se olvida, hay que decir que el relato contenido en esta primera sección demuestra que la realidad —con su ínsito contenido cotidiano de heroísmo y esfuerzo, de tragedia y alegrías— puede superar con creces a la ficción. En el caso de la expedición del Granma, estamos en presencia de una verdadera epopeya, con la diferencia de que no ha sido necesaria la imaginación de un autor para crearla. Se creó a sí misma a partir de aquella mañana de diciembre de 1956, gracias a la decisión de Fidel y un grupo de hombres dispuestos como él a dar la batalla definitiva por la tan ansiada liberación de la patria.

El Granma nos enseña el valor del sacrificio, la importancia del esfuerzo, la trascendencia de la confianza —confianza en el triunfo y confianza en el pueblo—, la significación de las ideas y los principios, la efectividad del arrojo, el poder de la voluntad, el alcance de la entereza, la fuerza del coraje y el peso de la decisión.” Estas palabras del editorial del periódico Granma el 2 de diciembre de 1981,

resumen la enseñanza que se deriva de este heroico episodio de las luchas revolucionarias del pueblo cubano, y el mensaje que es nuestra intención transmitir en este libro.

Después del reencuentro de los tres grupos principales en la finca de Mongo Pérez, en Cinco Palmas, y su salida en la noche del 25 de diciembre de 1956 hacia el interior de la Sierra Maestra, transcurre una breve etapa de consolidación y fortalecimiento de la naciente guerrilla que culmina el 17 de enero de 1957 con el combate de La Plata. El relato de lo ocurrido en estos 23 días se aborda en la segunda sección del libro, titulada “La primera acción victoriosa”. Lo significativo en este caso es el logro excepcional que representa para el reducido grupo de combatientes que han sobrevivido en pie de lucha, el haber sido capaces de librar exitosamente una acción como la de La Plata apenas un mes después de aquella situación en que todo podía parecer perdido. De nuevo dice mucho este hecho acerca de la decisión, el valor y la confianza de Fidel y su puñado de combatientes.

Para el estudioso de la historia, estas tres semanas que van de Cinco Palmas a La Plata son ilustrativas también del empeño sostenido desde el primer momento por Fidel, en el sentido de ampliar constantemente, desde los primeros momentos, la base social de la guerrilla mediante el contacto y la interacción constantes con la población campesina de la Sierra.

La tercera sección del libro, titulada “En grave peligro”, retoma el hilo narrativo desde el propio 17 de enero de 1957 y lo prolonga hasta el 8 de febrero. Es éste también un lapso muy rico en acontecimientos y experiencias. En primer lugar, ocurre el combate de los Llanos del Infierno, nueva victoria rebelde y primera acción en que Fidel pone en práctica las tácticas más características de la lucha guerrillera. Se gestó en estos días la traición que pondrá en inminente peligro la supervivencia del destacamento rebelde y la vida misma de Fidel. Y sobreviene, finalmente, el 30 de enero, la primera de las dispersiones producto de esa traición.

La segunda dispersión, el 9 de febrero, es el punto de partida de la cuarta sección, la última de esta primera parte, que hemos titulado “Encuentros en la finca de Epifanio Díaz” porque la narración se extiende hasta el recuento de los tres hechos significativos que ocurren en ese lugar: la entrevista de Fidel con el periodista norteamericano

Herbert Matthews, la reunión con Frank País, Celia Sánchez y otros miembros de la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio, y la captura y ajusticiamiento del traidor Eutimio Guerra. A los efectos de cualquier periodización de la guerra que se intente, estos hechos marcan sin duda el tránsito a otra etapa dentro de un primer período general de la lucha. Por eso resulta plenamente apropiado terminar este primer tomo en ese momento.

•

Quien suscribe este prólogo asume la responsabilidad por el contenido de este libro, ya que correspondió a él la encomienda de dirigir el proyecto de investigación y redactar el texto final del libro. En todo el trabajo de campo y una parte considerable de la extensa investigación testimonial realizada, tuvo una decisiva participación Otto Hernández Garcini, investigador de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, cuyo aporte lo convierte cabalmente en coautor de este volumen. En la revisión realizada para esta tercera edición, el autor contó también con la valiosa colaboración de Heberto Norman Acosta, investigador histórico de la Oficina de Historia del propio Consejo de Estado.

Pero vale repetir aquí lo expresado en la nota de presentación de las dos ediciones cubanas anteriores de este Diario de la guerra:

Es necesario dejar expresa constancia de que este trabajo no hubiera sido posible más que como resultado de un esfuerzo colectivo, en el que han intervenido decenas de compañeros y, muy en particular, los propios protagonistas de los hechos que se narran, muchos de los cuales han brindado generosamente su tiempo y sus recuerdos. No podía ser de otra manera si partimos de la premisa real de que la información que se ofrece en este libro está tomada en medida principal del testimonio de muchos de los combatientes y otros participantes o testigos de estos hechos, y basada en una reconstrucción minuciosa de los mismos en los propios lugares donde ocurrieron.

En esta ocasión, sin embargo, no queremos dejar de reconocer expresamente la contribución a la terminación de este libro de otros trabajadores de la Oficina de Asuntos Históricos y de la Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, quienes colaboraron de muchas maneras en este empeño, y en particular de María del Carmen Remigio, quien tuvo a su cargo la composición y el emplane digitalizados del texto y las ilustraciones y Emilio Lamí, responsable del diseño gráfico. La cartografía que se ofrece es obra también de Otto Hernández.

•

Como podrá apreciar muy rápidamente el lector, en este libro desempeñan un papel especialmente protagónico los diarios de campaña de Raúl Castro Ruz y Ernesto Che Guevara. Una de las circunstancias que ha permitido enriquecer el relato histórico que se ofrece en estas páginas, es el hecho de haber podido contar para su elaboración con la posibilidad de utilizar esos dos documentos de excepcional valor histórico, ideológico y político. En ese sentido, parece conveniente reproducir a continuación lo escrito por el que suscribe a manera de presentación de la ya mencionada edición mexicana de estos textos que apareció en 1995 con el título de La conquista de la esperanza:

A lo largo de la guerra revolucionaria librada en las montañas cubanas de la Sierra Maestra en la segunda mitad de la década de 1950, el mando del Ejército Rebelde no solía estimular a los combatientes a que llevaran diarios de campaña. Prevalecía el criterio de que, sobre todo en las difíciles condiciones de los primeros meses de lucha, durante los cuales la fuerza guerrillera se veía obligada a una movilidad constante y carecía de bases estables de operaciones, existía el peligro permanente de que en una mochila ocupada o en el bolsillo de un combatiente caído en acción, el hallazgo de un diario por parte del enemigo pudiera significar la posesión de informaciones valiosas sobre

la composición de las fuerzas rebeldes, la identidad de los colaboradores campesinos o la ubicación de los puntos de tránsito frecuente de la guerrilla.

Esta norma, sin embargo, no fue cumplida estrictamente, por suerte para la historia de esa lucha. Fueron varios los soldados y jefes rebeldes que, robando casi siempre tiempo al descanso entre los combates y las marchas agotadoras por el monte, anotaban al final de cada jornada, en pequeñas libreticas o en lo que hubiese a mano, sus vivencias, impresiones y sentimientos de aquella epopeya en la que estaban envueltos y de la que eran protagonistas principales.

Algunos de esos diarios han servido después a sus autores para reconstruir con bastante precisión y vivacidad aquellos intensos meses de lucha dura y compleja. Dos ejemplos entre los resultados más felices de esos empeños son los libros escritos por Juan Almeida, jefe del Tercer Frente del Ejército Rebelde, y el desenfadado librito del combatiente Enrique Acevedo sobre sus experiencias como soldado guerrillero. La historia del proceso revolucionario cubano se enriquece cada vez que sale a la luz uno de estos textos, forjado más que escrito en la propia gesta que se narra en ellos.

Otros combatientes no tuvieron la suerte de terminar con vida la contienda, y sus diarios han quedado ahí para uso de los historiadores, en espera de que sean publicados algún día. Es el caso, por mencionar sólo dos, de los diarios de campaña de Pedrín Sotto y Nano Díaz. Y está el diario único de Crucito, poeta campesino y soldado, caído en la primera acción en Pino del Agua, verdadera crónica rimada de la guerrilla.

Dos de los combatientes del Ejército Rebelde que, desde los primeros momentos amargos del desembarco y la dispersión inicial, tuvieron la perseverancia y la visión de futuro de recoger día a día las dramáticas incidencias de la lucha en las montañas, fueron Raúl Castro, capitán jefe de un pelotón

del contingente expedicionario del yate Granma y más tarde comandante del Segundo Frente rebelde, y Ernesto Che Guevara, quien vino en el Granma como médico de la expedición y, por sus excepcionales condiciones como combatiente y como jefe guerrillero, fue muy pronto designado, con el grado de comandante, a la cabeza de la primera columna surgida de la fuerza original, y más adelante protagonizó la notable hazaña de la invasión al centro del país y dirigió el Frente de Las Villas hasta el final de la guerra.

Partes de esos dos diarios, correspondientes a los primeros ochenta días de campaña en la Sierra Maestra, son las que aparecen en este libro.

Esas once semanas a partir del desembarco de los ochenta y dos expedicionarios que llegaron a la costa cubana a bordo del yate Granma el 2 de diciembre de 1956, fueron decisivas para el desarrollo posterior de la guerra, y están cargadas de hechos de enorme significación que le dan a ese período relativamente breve una intensidad excepcional. Es la etapa que comienza con las terribles vicisitudes del propio desembarco y lo que ocurrió después, incluida la dispersión del destacamento expedicionario en Alegría de Pío, que fue posiblemente el momento más difícil para las fuerzas revolucionarias durante toda la guerra. Vienen luego el reencuentro del pequeño puñado de combatientes que permaneció en pie de lucha y los primeros pasos hacia la consolidación del naciente Ejército Rebelde, que culminan pocas semanas después con las dos primeras acciones victoriosas de la guerrilla. Es entonces cuando se gesta y consuma la traición que puso en gravísimo peligro a la Revolución. El período referido concluye con otros dos hechos trascendentales: el primer testimonio en la prensa mundial acerca de la existencia de la fuerza rebelde en Cuba y de la vitalidad de la Revolución cubana, y el primer contacto desde el inicio de la guerra con la Dirección Nacional del

Movimiento 26 de Julio para organizar la conducción de la lucha revolucionaria en todo el país.

Todos estos acontecimientos son narrados por Che y Raúl en sus diarios, en cuyas páginas se plasma además la áspera y hermosa realidad cotidiana de la vida guerrillera, con su cuota constante de heroísmo, sacrificio, tesón, voluntad y optimismo. Muchas otras cosas se encontrarán también en estas anotaciones, entre ellas dos de las premisas estratégicas de esa lucha: la búsqueda permanente del íntimo conocimiento del terreno en que debería desenvolver su acción la guerrilla, y la ampliación incesante de la base social de la fuerza rebelde entre la población campesina de la Sierra.

Los diarios de Che y de Raúl dicen mucho de la naturaleza de la Revolución cubana y del carácter de sus combatientes. En sus páginas encontramos no pocas respuestas a aquellos que todavía hoy se preguntan las razones de la supervivencia del proceso revolucionario frente al cúmulo de adversidades y obstáculos que, a lo largo de estos 46 años desde la victoria popular del 1º de enero de 1959, ha debido y ha sabido enfrentar la Revolución cubana, y de su vigor y frescura siempre renovadas.

Amigos y enemigos podrán aprender o reafirmar en esos diarios de campaña la significación de las ideas y los principios en la lucha revolucionaria, la importancia decisiva en esa empresa de factores tales como el esfuerzo, la voluntad de luchar, la decisión y la constancia, el valor y el espíritu de sacrificio, la confianza en el pueblo y en el resultado final de la lucha. Ésas son, precisamente, las experiencias que ha legado la Revolución cubana a todos los que en otras partes del mundo se han propuesto y se propondrán en el futuro echar su suerte con los pobres de la tierra y luchar por el mejor destino de sus pueblos.

Por eso estos diarios son documentos de valor perdurable y de plena vigencia en nuestros días.

Hasta aquí el texto incluido en aquel libro. Cabría agregar los siguientes comentarios adicionales sobre ambos diarios.

Raúl fue anotando en pequeñas libretas, con prolija minuciosidad, todos los incidentes de la expedición y de la campaña guerrillera. Día por día, a veces hora por hora y en ocasiones hasta minuto por minuto, el combatiente llenaba las hojas de sus libreticas. Hoy no podemos menos que admirar la extraordinaria entereza y serenidad, el agudo sentido de la historia, que demostró Raúl desde aquel momento para haber sido capaz de mantener este copioso diario, en el que se mezcla la dramática realidad de esos días con un criollísimo sentido del humor, en medio de las circunstancias más penosas que pueden concebirse: el hambre, el acoso, la sed, la incertidumbre por la suerte de Fidel y los demás compañeros en los días posteriores a la primera dispersión, el frío, la fatiga. Tenemos que llegar por fuerza a la conclusión de que sólo la certeza absoluta en la victoria final puede haber impulsado a Raúl a elaborar este documento único en su clase, que constituye un legado histórico de importancia incalculable.

En cuanto al diario de campaña de Che, las notas que él iba tomando —concisas, escuetas— son chispazos, jirones de una realidad muchas veces angustiada, apuntes para el recuerdo. La personalidad que después todo nuestro pueblo conoció y aprendió a admirar, respetar y querer —a tal punto que su caída en combate fue uno de los momentos que caló más hondo en nuestra sensibilidad colectiva—, se revela ya en este documento objetivo, crítico, perspicaz, que sólo podía haber sido escrito por una voluntad indoblegable y un revolucionario apasionado.

•

Las semanas de guerra cuyo recuento se aborda en este libro encierran una riqueza tal de acontecimientos y experiencias que no es fácil considerar agotada una investigación histórica sobre ellos. Por otra parte, en estos textos, dadas las limitaciones de espacio impuestas por las características de la publicación en que aparecieron originalmente, se excluyó de manera deliberada una porción importante de

la historia, a saber, entre otros temas, lo que se refiere a la trayectoria y destino de los demás grupos en los que se dividió el destacamento expedicionario después de la dispersión en Alegría de Pío, así como un relato completo de los incidentes de la travesía de la expedición hasta la costa cubana. Quedaba fuera de las posibilidades materiales de este relato, además, la riquísima cantera de incidencias relacionadas con los preparativos para el recibimiento del Granma, así como la ubicación de todos estos hechos dentro del contexto general de la situación del país en esos momentos. Finalmente, es evidente que el tratamiento histórico de esta etapa tan importante de las luchas del pueblo cubano no está ni con mucho completo con el simple recuento hecográfico que es la tónica fundamental de este libro.

Entiéndase, pues, este Diario de la guerra como una primera versión básicamente cronológica de un estudio histórico cuya elaboración definitiva espera el autor poder concluir en algún momento futuro, en el que estarán presentes los elementos de análisis y valoración que ahora pueden faltar. No obstante, los hechos que aquí se narran son tan reveladores de la validez de la estrategia y las tácticas revolucionarias aplicadas por Fidel, de las duras condiciones en que se desarrolló la lucha en la Sierra Maestra, de su carácter de una verdadera guerra revolucionaria por la envergadura e intención de las operaciones militares y de la manifiesta voluntad de lucha y sacrificio de esa vanguardia combatiente que fue el Ejército Rebelde, que más allá del recuento quedaría muy poco por decir.

PEDRO ÁLVAREZ TABÍO
La Habana, junio de 2009

DIARIO DE LA GUERRA

PRIMERA ETAPA

De Las Coloradas a la finca de Epifanio Díaz
2 de diciembre de 1956 - 19 de febrero de 1957

PRIMERA PARTE

RUMBO A LA SALIDA DEL SOL

2 - 25 de diciembre de 1956

INTRODUCCIÓN

La pequeña ciudad de Tuxpan, puerto sobre el golfo a orillas del río Pantepec, en el estado mexicano de Veracruz, duerme bajo una pertinaz llovizna en la noche del 24 de noviembre de 1956. Hay mal tiempo, y las autoridades portuarias han prohibido la navegación de las embarcaciones menores.

Pero del otro lado del río, en una casa del poblado de Santiago de la Peña, transcurre una actividad inusitada, aunque silenciosa e inadvertida. Al filo de la medianoche se han congregado en esa casa 82 hombres que van a emprender el viaje más trascendental de sus vidas. Al frente de esos hombres, Fidel Castro está a punto de iniciar la última etapa de una lucha de ya más de cuatro años contra la sangrienta y reaccionaria tiranía que oprime al pueblo cubano.

Esos hombres han llegado allí desde varios puntos del territorio mexicano. Junto a otros que no podrán hacer el viaje por diferentes razones, han acudido al llamado del Movimiento 26 de Julio para luchar por la cabal liberación de la patria.

Atrás han quedado tres años preñados de acontecimientos decisivos en la marcha ascendente del pueblo cubano por lo que el propio Fidel ha calificado como “los caminos de la verdadera revolución”. El asalto a los cuarteles Moncada, de Santiago de Cuba, y Carlos Manuel de Céspedes, de Bayamo, el 26 de julio de 1953, fue una clarinada que conmovió en lo más hondo la conciencia popular. La fe de la nación se renovó, tanta era la moral y el heroísmo que encerraba el hecho después de casi un siglo de frustraciones y desengaños. Con su acción, inspirada en los ejemplos del 68 y el 95, los jóvenes de la Generación del Centenario de José Martí habían devenido símbolo y bandera que enarbolaría el pueblo. Ellos, lo más importante, habían señalado el método de lucha, el camino a seguir.

Han quedado atrás largos meses de prisión en las más difíciles condiciones, durante los cuales se maduraron los planes y se fortaleció la preparación ideológica y política de los futuros combatientes, mientras fuera de las rejas del presidio crecía la lucha popular y el régimen del dictador Fulgencio Batista agudizaba la represión más despiadada contra el pueblo. Han quedado atrás las semanas de duro trabajo clandestino, tras la salida de Fidel y sus compañeros del presidio en mayo de 1955, para forjar los cimientos organizativos de un poderoso movimiento revolucionario capaz de encabezar la lucha: el Movimiento 26 de Julio. Han quedado atrás las polémicas públicas para sentar bases, aclarar fundamentos, hacer patente que los problemas de Cuba no tienen solución en esas condiciones por medios pacíficos, para alertar a la nación sobre la posibilidad de hacer una revolución contra el ejército opresor. Ha quedado atrás la salida de Fidel hacia el exilio combatiente cuando quedó de manifiesto que se cerraban todas las vías legales de lucha, y su declaración de que partía para un viaje del que “no se regresa, o se regresa con la tiranía descabezada a los pies”.

Atrás han quedado los primeros meses de organización del Movimiento en el exilio, ante la indiferencia o la hostilidad de muchos; los arduos meses de preparación física, táctica y política en México para la única vía posible de derrotar a la dictadura: la lucha armada irregular a partir de las montañas, madurada estratégicamente por Fidel desde antes del Moncada y asimilada en el plano táctico por los futuros combatientes en esos meses de intenso entrenamiento.

Quizás algunos puedan quedar por el camino en la medida en que la revolución que están dispuestos a iniciar profundice su huella en la conciencia de los hombres y en el panorama de la patria. Pero ahora, a la orilla del río en Santiago de la Peña, presentes se hallan en la despedida el programa de liberación nacional de José Martí, su ética y su concepción de la guerra necesaria; la conciencia antimperialista de Julio Antonio Mella y Antonio Guiterras;

la prédica cívica de Eduardo Chibás, quien encarnó el descontento nacional de toda una época republicana.

Para Fidel Castro y los hombres que ahora suben al pequeño yate llamado *Granma*, el problema a resolver en el orden estratégico es la conducción de la gran masa del pueblo hacia esa revolución liberadora.

Todo está listo. Los combatientes preparados, las armas dispuestas, la ejecución de los planes iniciada.

Está a punto de comenzar a escribirse la epopeya.

25 - 30 DE NOVIEMBRE DE 1956

El *Granma* se hace a la mar a las 2:00 de la madrugada del domingo 25 de noviembre de 1956. A bordo van los 82 integrantes de la expedición, acomodados lo mejor posible en los reducidos espacios de un yate de recreo previsto a lo sumo para 20 tripulantes y pasajeros. La nave va cargada, además, con una considerable cantidad de combustible adicional, el armamento, los uniformes y equipos, el agua potable y una mínima cantidad de abastecimientos: unos cuantos cientos de naranjas, unas decenas de latas de leche condensada, pastillas de chocolate y algunas otras vituallas que alcanzarán apenas para los primeros dos o tres días.

El descenso por el río se realiza en medio de extremadas precauciones para impedir cualquier intento de las autoridades mexicanas de frustrar la salida. Las luces del buque están apagadas. Un solo motor trabaja a bajas revoluciones. Los hombres que están sobre cubierta van agachados, unos sobre otros. Una media hora dura la travesía por el río en esas condiciones, y otra media hora el cruce del puerto. Nadie se percata de la salida, y el *Granma* puede entrar sin novedad en el golfo.

La nave, sobrecargada, hundida de proa y con la línea de flotación unos cuantos pies por debajo de lo normal, pasa con dificultades la primera prueba en mar abierto, al cruzar las enormes rompientes formadas por el norte en desarrollo. Pero poco más adelante estabiliza su marcha. Ya el silencio no es necesario, y la emoción de estos hombres, que ven llegado el momento para el que se vienen preparando desde hace tantos meses, estalla en las estrofas del Himno Nacional y la marcha del 26 de Julio.

Casi de inmediato, el inquieto estado del mar comienza a hacer estragos entre muchos de los bisoños navegantes. El mareo y la tensión nerviosa al fin liberada contribuyen a crear rápidamente un ambiente desasosegado a bordo. Durante siete días, en un mar siempre agitado, los expedicionarios se debaten entre vómitos y fatigas. A la altura de

la tercera jornada, comienzan a sufrir además la falta de alimentos y la escasez de agua.

Al terminar el primer día de navegación se detecta el primer contratiempo en los planes de la expedición. La duración del viaje había sido calculada a partir de la velocidad teórica del barco y en condiciones de carga normal. Sin embargo, con el exceso de peso la velocidad real se ha reducido en más de un 25 por ciento. Por otra parte, uno de los motores presenta dificultades en el embrague y no funciona a plena capacidad durante toda la travesía.

En la tarde del propio día 25 el *Granma* comienza a hacer agua. Al peligro de la captura por las autoridades mexicanas se une ahora el de un naufragio a 80 millas de la costa, en un mar siempre infestado de tiburones. Los expedicionarios todos se dan a la tarea de achicar el agua, pero una de las bombas no funciona. Comienzan entonces a trabajar desesperadamente con cubos. Al cabo de dos horas, el nivel de agua dentro del barco se mantiene estacionario. Finalmente uno de los tripulantes detecta que la filtración es causada por una válvula de inodoro que se ha trabado, y el problema se resuelve. El agua comienza a descender. Ha sido conjurada la primera amenaza.

Durante los días siguientes la navegación transcurre sin incidentes importantes. Fidel pasa la mayor parte del tiempo comprobando el estado general del armamento y graduando y ajustando uno por uno los 55 fusiles de mirilla telescópica con que cuenta el destacamento expedicionario.

Las primeras anotaciones del diario de campaña de Raúl Castro se refieren precisamente a estos días de navegación:

La noche del 24 de noviembre llegamos al pueblo de [hay un espacio en blanco: se refiere a Tuxpan]. A la 1 y media o 2 de la madrugada, partimos a toda máquina, una vez mar afuera, cantamos dos himnos [se refiere al Himno Nacional cubano y al del 26 de Julio]. Al poco rato, por mar picada, todo el mundo vomita y se sienten mareos. La segunda noche es la

peor. Nadie comía, poco a poco se van recuperando. Sólo un día y una noche fueron de calma. Hay que racionar los alimentos y el agua. Se pasa hambre. Iban 82 a bordo.

Por la radio de a bordo, el 30 de noviembre, se enteran los expedicionarios del alzamiento en Santiago de Cuba. El *Granma* navega ese día al sur de Isla de Pinos. Ha fallado una de las premisas fundamentales del plan táctico, que era desatar las acciones en Santiago y otras ciudades del país una vez que el Movimiento conociera la noticia del desembarco, con el propósito de provocar la dispersión de las fuerzas enemigas.

SÁBADO 1º DE DICIEMBRE

A la altura del sexto día de navegación, los expedicionarios comienzan a recibir sus armas y a probarlas. En la popa, Fidel y los jefes de pelotones van entregando el armamento. Después los combatientes disparan hacia el mar.

Junto con las armas los expedicionarios reciben dos mudas de uniformes color verde olivo, gorras, camisetas enguatadas y botas mexicanas. También se les entregan las mochilas, cantimploras y balas. Algunos reciben cuchillos de monte y otros bayonetas.

Raúl apunta:

Por la tarde se les explicó la situación y el plan a grandes rasgos. Por la planta de radio receptora, oíamos al Estado Mayor de la Marina y sabíamos la posición de los barcos. Una colilla de cigarro tenía un valor incalculable. Todo el mundo uniformado y con sus respectivas pertenencias, toman posiciones en todos los lugares de nuestro pequeño barco, para batirnos, era la orden, contra cualquier obstáculo que nos encontráramos en la recta final.

A medida que el derrotero del *Granma* aproxima la nave a las costas cubanas y a la zona escogida para el desembarco, aumenta el peligro de ser descubiertos por unidades de la marina o la aviación enemigas. Los mandos militares de la tiranía tienen la información sobre la salida del yate de México, sus características y los propósitos de la expedición. Han circulado la descripción del barco a todas sus unidades, junto con instrucciones para su captura. No obstante, esa noche ya el *Granma* se acerca inexorablemente a la zona escogida de antemano para el desembarco, en la costa suroccidental de la provincia de Oriente.



El yate Granma

En la cerrada negrura de la noche, los tripulantes comienzan a buscar ansiosos el faro de Cabo Cruz, punto de referencia obligado para iniciar la aproximación al punto de desembarco. El expedicionario Roberto Roque sube al techo del puente en varias ocasiones para tratar de divisar la luz. En una de ellas se sujeta a la antena de estribor, pero en un bandazo del

buque Roque pierde el agarre y cae al mar. De inmediato se detienen los motores y comienza la búsqueda del tripulante en medio de la más densa oscuridad. Fidel orienta al capitán de la nave, Onelio Pino, que navegue en círculos. Más de media hora dura la angustia, sin más orientación que un débil grito ocasional del hombre que, de completo uniforme, lucha tenazmente para sostenerse sobre las olas. A bordo del *Granma* las esperanzas de rescatar al compañero accidentado se van desvaneciendo.

—¿Pero este hombre se va a quedar aquí? —dice Fidel—. ¡No se puede perder este hombre! ¡No podemos perder un hombre así, de ninguna manera!

Y volviéndose a Pino pregunta:

—¿Qué rumbo traíamos? Navega un poco en esa dirección y vira luego exactamente en la dirección contraria.

Así se realiza la maniobra. Al subir en una ola Roque ve al buque que avanza directamente hacia él, ya próximo. Tiene que zambullirse y apartarse. Pero antes ha podido gritar. El barco se detiene. Roque nada y se aproxima lo más posible que le permite la marejada. La oscuridad es total en la noche sin luna. Pichirilo, el expedicionario dominicano Ramón Mejía del Castillo, enciende una linterna en la proa. Roque sigue nadando hasta alcanzar un cabo suelto.

La alegría a bordo es incontenible. Se han perdido casi una hora y una buena cantidad de escaso combustible, pero se ha salvado la vida de uno de los expedicionarios.

Raúl lo narra así:

Como a las 10 de la noche cae [Roberto Roque] al agua turbulenta, y sin gasolina para luz, la premura y sólo buscándolo con una linterna, se estuvo a punto de abandonar la búsqueda, hasta que un grito desesperado de él nos indicó más o menos el lugar donde estaba, tragó mucha agua; en un mar agitado, y con botas, estuvo más de 25 minutos.

DOMINGO 2 DE DICIEMBRE

El amanecer sorprende al yate *Granma* frente a la costa de Los Cayuelos, a unos 2 kilómetros al suroeste de la playa de Las Coloradas, punto previsto para el desembarco de los expedicionarios. El plan original contempla el atraque de la embarcación junto al pequeño muelle que existe en ese lugar, el desembarco y la ocupación de camiones en la zona, y el rápido avance sobre Niquero y otras poblaciones con la intención de tomar sus puestos militares, para después proseguir hacia la Sierra Maestra.

Pero la demora en la búsqueda del tripulante caído al agua por la madrugada, precipita una decisión por parte de Fidel en vista de la llegada del día y el consiguiente peligro de que la expedición sea detectada por las unidades navales o áreas enemigas. Hay, además, alguna confusión entre los pilotos, quienes han hecho tres intentos por enfilarse bien el canal entre los bajos. Una revisión de los tanques revela que queda combustible para apenas unos minutos de navegación. Fidel pregunta a Pino:

—¿Ése es el territorio firme de Cuba? ¿Tú estás absolutamente seguro de que no estamos en Jamaica ni en un cayo?

—Sí.

—Bueno, entonces ponme los motores a toda velocidad y enfila por ahí mismo hacia la costa hasta donde llegue.

Así se hace. El *Granma* encalla en el fango a unos sesenta metros de la orilla.

Poco a poco, en la medida en que se extiende la luz difusa del amanecer, los expedicionarios pueden precisar los detalles de la costa. Ante ellos se dibuja una línea ininterrumpida de manglares, monótona y pareja, sin aberturas alguna que facilite el acceso ni diferenciación apreciable que permita un punto de referencia.

Aproximadamente a las 6:30 de la mañana comienza el desembarco. Fidel ordena a René Rodríguez que baje al agua y compruebe el fondo. El expedicionario, a quien no por gusto

llaman El Flaco, salta por la borda sin su equipo. El agua le llega poco más arriba de la cintura. El fondo es cenagoso y resbaladizo, pero resiste su peso.

Fidel se tira al agua con todo su equipo: mochila, fusil, canana. En el acto se entierra en el fango. Lo mismo ocurre a todos los demás que descienden cargados. El bote auxiliar es bajado, pero bien por el peso de los hombres y equipos que suben a él o bien porque tenía una vía de agua, se hunde casi de inmediato. Los hombres van saliendo por el costado derecho del buque. Unos se tiran, otros se descuelgan. Raúl Castro se queda a bordo hasta el final con su pelotón, el de retaguardia, tratando de salvar la mayor cantidad posible de equipos.

El avance se dificulta extraordinariamente. Los expedicionarios resbalan, se atascan, se hunden. Muchos están débiles por el ayuno de los últimos días de viaje y las fatigas constantes del mareo. A pesar de todo, haciendo cada cual su supremo esfuerzo, avanzan dispersos o en pequeños grupos hacia la costa, a la que se van acercando lentamente.

El agua les llega al pecho o la cintura. Algunos, de estatura más pequeña, apenas pueden sacar la cabeza. El mexicano Guillén Zelaya tiene que mantener en alto a Norberto Godoy, que casi no da pie. Al cabo, exhaustos, empapados y cubiertos de fango, los 82 hombres van llegando a las primeras raíces de los mangles. Algunos se detienen a coger aliento. Otros se internan enseguida en las intrincada maraña del manglar.

Un pescador de la zona ha estado trabajando desde la madrugada en un bote de remos, cerca de la costa. El *Granma* le pasa cerca. Cuando el yate encalla, el pescador se atemoriza y se aleja remando. El barco de cabotaje *Tres Hermanos* va saliendo a esa hora de la laguna del Guaso, hacia el Sur del lugar donde ha encallado la nave expedicionaria, cargado de carbón para Manzanillo. Sus tripulantes ven de lejos el trájín del desembarco y también dan vuelta a la embarcación para esconderse. Desde el norte viene acercándose el *Gibarita*, nave dedicada al tiro de arena de Cayo Casimba a Niquero.

Al divisar el *Granma* sus tripulantes dan media vuelta y regresan con rumbo nordeste a alertar a las autoridades navales.

Para la mayoría de los expedicionarios, la ciénaga se prolonga sin interrupción más allá de la línea de la orilla. Algunos, entre ellos Fidel, tienen la suerte de topar con una estrecha lengua de terreno más sólido, que les hace abrigar la esperanza de haber llegado a tierra firme. Pero apenas 20 metros más adelante comienza de nuevo el terrible pantano.

El lecho fangoso del manglar es movedizo y traicionero. Las aguas forman un caldo espeso, pestilente y tibio. Pero ahora la lucha no es sólo contra el fango y contra el agua. Ahora hay que luchar, también y sobre todo, contra el mangle. Es imposible avanzar en línea recta. La red de raíces se hace impenetrable. Los pies se enredan bajo el agua cenagosa; las armas y equipos se traban en las ramas. El camino se hace aéreo y la marcha es un agotador acto de acrobacia, por encima de las raíces y las ramas. Algunos pierden pie, se golpean o se atascan en el fango hasta el pecho, y hay que ayudarlos a salir. El peligro de caer en una tembladera está presente en todos.

No hay punto de apoyo posible en esta marcha. Las manos no tienen asidero que no lacere o perfora. Las espinas y los filos de las hojas desgarran los uniformes y la piel. Una nube de jejenes y mosquitos se cierne sobre cada uno de los hombres y los azota sin descanso.

Ante las dificultades del avance y el agotamiento, algunos van dejando entre el mangle parte de su equipo. Atrás quedan también el trasmisor de radio y algunas armas y parque.

Transcurre más de una hora. Se han caminado algunos cientos de metros y la ciénaga no cede. Fidel y muchos otros de los que se debaten dentro de este infierno inacabable, se preguntan angustiados si no habrán desembarcado, en efecto, en un cayo. De ser así, no parece haber regreso posible.

La duda se agiganta cuando el expedicionario Luis Crespo sube a uno de los troncos más altos y sólo divisa agua y mangle. Es preciso cruzar un tramo despejado que forma

una especie de laguna salada o albufera. Una vez más el agua a la cintura, enterrados en el fango o en arena blanda. Y del otro lado espera de nuevo el mangle.

Raúl narra en su diario, con elocuente parquedad, el enfrentamiento a este primer enemigo de los expedicionarios del *Granma* en tierra cubana:

Como a las 5:30 ó 6:00 a.m. por equis motivos, se tomó en línea recta y encallamos en un lugar lodoso para meternos en la peor ciénaga que jamás haya visto u oído hablar de la misma. Me quedé hasta el último tratando de sacar la mayor cantidad de cosas, pero después en aquel maldito manglar tuvimos que abandonar casi todas las cosas. Más de cuatro horas sin parar apenas, atravesando aquel infierno. [...] Me iba encontrando, a lo largo del camino, compañeros casi desmayados.

Cada metro que se gana es una victoria de la voluntad para los extenuados combatientes. Crespo trepa en varias ocasiones para seguir haciendo las veces de vigía. En una de ellas ve por fin a lo lejos una línea de cicales, indicio de la tierra firme. Más adelante descubre una casa campesina, y hacia ella encamina el grupo donde va Fidel.

Al fin la vegetación va cambiando. Han entrado en un terreno más arenoso en el que el mangle es más pequeño y cada vez menos tupido. Pero ahora tienen que abrirse paso entre las hojas de la hierba cortadera, de bordes aserrados y punzantes, filosos como navajas.

Los primeros combatientes, agotados pero animosos por haber vencido la dura prueba de 1.500 metros de infierno, pisan la tierra firme más de dos horas después de haber penetrado en el manglar. Algunos besan el suelo. Poco a poco va saliendo el contingente, algunos hombres solos, otros en pequeños grupos, cada cual por un lugar distinto. Llegan por fin los más rezagados, pero faltan ocho expedicionarios, entre ellos Juan Manuel Márquez, el segundo jefe del destaca-

mento. Se han desviado hacia un rumbo más al Norte en algún momento del cruce del manglar, han perdido el contacto dentro de la espesura con el resto de sus compañeros, y han salido a tierra firme demasiado lejos de los demás.

Crespo ha encontrado en la cortadera al dueño de la casa, y lo trae al encuentro de Fidel, quien se ha detenido a esperar entre la hierba, a unos 200 metros de los cocos. Son alrededor de las 9:00 de la mañana. Ángel Pérez Rosabal, este primer campesino, viene nervioso y aprensivo.

—No tenga miedo —le dice Fidel—. Yo soy Fidel Castro. Estos hombres y yo venimos a liberar a Cuba.

El jefe expedicionario pregunta algunas direcciones y datos de la zona. Luego se encaminan a la casa. Algunos expedicionarios tumban cocos y los abren para beber el agua y comer la masa. Otros llegan hasta la casa y comen plátanos manzanos y unas masas de puerco que tenía preparadas la esposa de Ángel. Varios entran a la vivienda y se cambian los uniformes mojados. Mientras tanto, siguen llegando los más rezagados.

El campesino, en generosa disposición a cooperar, ofrece preparar algo de comer. Busca un puerquito, dispuesto a sacrificarlo, pero en ese momento, desde la costa, se escuchan unas detonaciones. Se trata del guardacostas 106, que llega desde el nordeste, alertado por el patrón del *Gibarita*. El buque lanza hacia el mangle algunas descargas y ráfagas de ametralladoras, y regresa hacia Niquero remolcando al *Granma*.

Pero la tropa expedicionaria no puede saber si el cañoneo es el preludeo de un ataque por tierra. Algunos han acabado apenas de salir a terreno firme cuando Fidel da la orden de reiniciar la marcha. Llegan hasta un montecito cercano y allí se ocultan, en espera de que se les pueda reunir el grupo disperso de Juan Manuel. Son ya algo más de las 11:00 de la mañana.

Al poco rato comienzan de nuevo a caminar. Fidel ha impartido la orden de avanzar a toda costa, aun en caso de dispersión, hacia la Sierra Maestra, para llegar a ella cuanto antes. Ángel Pérez indica la dirección general que deben

seguir. La columna pasa por el costado de la casa de Marzo Herrera. Algunos expedicionarios entran, pero la familia está ese día en Las Coloradas, en un velorio.

Alrededor del mediodía la columna pasa junto a un ranchón y un pozo donde la vanguardia se ha tropezado con los campesinos Pedro Luis Sánchez y Juan Herrera, hermano de Marzo, quien poco antes había divisado a la tropa y había huido atemorizado. Un expedicionario explica quiénes son. Juan abre un portillo para que puedan seguir camino, mientras Pedro ofrece agua a cada uno según van pasando. Poco después hacen un alto en el claro de un pequeño bosque, cerca del camino por el que les han indicado que pueden continuar en busca del monte. Fatigados y hambrientos, los expedicionarios descansan. Algunos se cambian de ropa y otros limpian un poco la que tienen puesta del fango y la arena acumulados.

Raúl anota:

Hicimos tiempo por los alrededores, hasta bien avanzada la media tarde, para ver si aparecían los compañeros [se refiere al grupo extraviado de Juan Manuel], con un avión constantemente dando vueltas y a cosa de 2 kilómetros de nosotros empezé a ametrallar el bohío donde pensábamos comer algo.

Durante toda la tarde sobrevuelan y ametrallan la zona una avioneta de reconocimiento Beaver y dos aviones Catalina de la Marina de Guerra. Uno de ellos ametralla el cocal y la casa de Manuel Suárez, a dos kilómetros al Sur de la de Ángel Pérez, confundiéndola con ésta. Por un campesino las autoridades militares ya han sabido que el destacamento expedicionario ha desembarcado y que pasó por la casa de Ángel.

Cae la noche. Los expedicionarios acampan en un cayito de monte cerca del camino del Mijial. Algunos comen caña y un poco de maíz tierno crudo. Desde la primera casa a la salida del mangle han caminado ese día unos cinco kilómetros.

En aquel maldito manglar
tenemos que abandonar ca-
si todas las cosas. más de
cuatro horas sin pasar ape-
nas, atravesando aquel abis-
mo. Al salir con la tierra firme
nos encontramos, el grupo
muerto a Leeds. Es y no
informa que ya tienen un
doble y un campamento localiza-
do, era el 2 de Dic. ~~El~~
~~campamento~~ no iba encon-
trando a los largos del camino,
campos casi demagados, y cuan-
do me dirigía al Bahía, con
armas M. cinco una serie
de cañoneros y ametralladoras
probablemente, entre nuestros
bases abandonadas, el gran
también recibí la desagra-
dable noticia de la pérdi-
da por estancamiento de Ache en
panera. . . . hicimos

Facsímil de las notas escritas por Raúl Castro en su diario de campaña correspondientes al 2 de diciembre de 1956.

La anotación completa correspondiente a ese día, la primera en el diario de campaña del combatiente Ernesto Guevara, expresa con laconismo característico: “Cae Roque al agua. Desembarcamos en un manglar, perdemos todo el equipo pesado. Se extravían ocho hombres encabezados por Juan Manuel Márquez. Caminamos poco sin guía en el bosque”.

Raúl, por su parte, concluye los apuntes de ese día con estas palabras:

Avanzamos por una manigua de mucha hierba, pero de pocos árboles. Había que tirarse en el suelo a cada rato. Ese día no habíamos probado bocado alguno de comida. Estuvimos dando varias vueltas completamente perdidos, hasta que valiéndonos de las orientaciones del primer campesino pudimos orientarnos algo. Dormimos todos extenuados esa noche y sin comer. Faena inmensa la de ese 2 de diciembre.

Ese día, al recibir las primeras informaciones sobre el desembarco, los mandos militares de la tiranía comienzan a enviar las primeras fuerzas hacia Niquero para iniciar la persecución de los expedicionarios. A pesar del intento de silenciar lo ocurrido, esa misma noche las agencias de noticias norteamericanas radicadas en Cuba lanzan sus primeros cables en los que anuncian que Fidel Castro, su hermano Raúl y otros expedicionarios han muerto en un intento de desembarco por la zona de Niquero. Una de las primeras medidas del gobierno de Batista es la suspensión de las garantías constitucionales y, por consiguiente, la implantación de la censura de prensa.

LUNES 3 DE DICIEMBRE

Amanece. El hambre atenaza los estómagos de los expedicionarios. Raúl escribe: “Al levantarnos sentíamos como si la tierra se moviera; eran los efectos del barco, que

aún nos duraban. Seguimos caminando en fila india. El avión Catalina de la Marina nos obligaba a escondernos a ratos”.

La columna atraviesa un bosque de árboles altos y coposos, a lo largo de un angosto camino maderero. La marcha se hace fatigosa. No se encuentra ni gota de agua en la ruta.

A media mañana, en El Mijjal, la vanguardia llega a la casa de Zoilo Pérez Vega, conocido en la zona por Varón Vega. El dueño de la casa no está. Uno de sus hijos, José Rafael, informa a los expedicionarios las noticias que su padre ha escuchado en el radio de un vecino. La familia prepara comida. Matan unas gallinas, hacen caldo para los más débiles, cocinan yuca y ofrecen ricos panales de miel. Algunos, como Cándido González, comen tanta miel que sufren desagradables efectos después del ayuno prolongado. Toman agua hasta saciarse.

Sigue apuntando Raúl:

Al final de un camino de zona maderera y carbonera, nos encontramos con el bohío de un campesino joven [José Rafael Pérez Vega], su señora y dos niños de 9 y 12 años. Distribuimos las extenuadas escuadras en plan de lucha, todo el mundo completamente extenuados, serían como las 11 de la mañana. Mataron gallinas y con un trocito de carne de gallina y yuca abundante y miel de postre, fue nuestra primera comida caliente desde el 25 de noviembre por la madrugada que salimos de México.

Allí recibimos algunas noticias: el ametrallamiento de los bohíos el día anterior y la amenaza de bombardearlos a las 12 del día siguiente; que habían matado al jefe de la Policía de Santiago (después resultó ser el jefe de la Policía marítima); que hubo choques en Guantánamo; confirmada la noticia del ataque a la cárcel de Boniato; etcétera. Estas noticias nos las dio el joven campesino, que las había oído su papá en un radio de otro bohío.

Después de llenar las cantimploras —algunos de agua y otros de miel— y de recoger unos cuantos boniatos crudos, prosiguen la marcha poco después del mediodía. Los guían el joven José Rafael y su tío Juan Bautista Pérez Vega, conocido por Tato, hermano de Varón. Un poco más adelante de la casa, el terreno cede el espacio al diente de perro. A partir de ese momento, los fatigados combatientes deberán avanzar con mucha dificultad y extrema precaución por encima de la irregular y peligrosa superficie de esta agresiva roca. En un momento del camino los combatientes de la vanguardia detienen al carbonero Fidencio Labrada, lo conminan a que sirva de práctico unos cuantos cientos de metros y luego lo dejan ir provisto de un salvoconducto para las otras supuestas columnas expedicionarias que vienen detrás.

El rumbo general por la mañana ha sido hacia el sur. Ahora, siguiendo las indicaciones de los Pérez Vega, se encaminan en dirección al sureste. Van buscando la entrada de una trocha que divide de oeste a este las tierras de la Beattie Sugar Company de las de otros latifundios. Los campesinos han recomendado esta ruta como la más conveniente para avanzar rápido hacia el este y acercarse a la montaña. Todo el resto de la tarde la columna camina sobre el diente de perro de la trocha.

El destacamento se desplaza en dos hileras, una a cada lado del ancho sendero. Entre uno y otro combatiente hay tres metros. El pelotón de vanguardia, al mando de José Smith, va explorando el terreno. El Estado Mayor camina aproximadamente al centro de la larga procesión, que ocupa más de cien metros. Cierra la marcha el pelotón de retaguardia, que es comandado por Raúl.

Al entrar en la trocha ha regresado el hijo de Varón Vega. Al oscurecer el destacamento llega a un claro del bosque donde tres campesinos están haciendo carbón. Es el corte de carboneros de *Quino* Jiménez, en Agua Fina. Raúl anota:

Momentos antes de partir, detuvimos a un campesino leñador que pasaba por allí [Fidencio

Labrada] y partimos con dos guías voluntarios y el detenido, como a las 1 y 30 p.m. Sólo en el estado mayor, se sabía hacia dónde iríamos. Ya oscureciendo, y después de una agotadora jornada con varios intervalos de pequeños descansos, por un trillo muy bien protegido por los árboles que los cubrían arriba, llegamos a un claro del bosque, donde tres campesinos estaban haciendo carbón. Pero resultó que cuando éstos vieron a nuestra vanguardia, con el negrito Armando [Mestre], camuflajeado con hierbas en la cabeza y una ametralladora en la mano, se dieron a la fuga dejando hasta las hachas. [...] Inmediatamente los muchachos acamparon (el grueso) en el bosque y un grupo fue a preparar la comida al bohío de los carboneros que estaba en un claro como a treinta metros del lugar. El menú fue: unas cucharadas de arroz blanco con frijoles negros. Aquello fue un pequeño y delicioso banquete. Yo me separé de mi pelotón y requisé algunas bobes[rías] que nos hacían falta: azúcar, papas, boniatos, cebollas. Nos habíamos encontrado allí una gran factura y algunos cigarros y tabacos. Yo preparé en el jarro de mi cantimplora unas cucharadas de azúcar parda y arriba de eso le eché mi ración de frijoles y arroz, los revolví y resultó un tremendo plato.

Sin embargo, en la oscuridad los expedicionarios no se percatan de un buen número de gallinas, potenciales protagonistas de lo que hubiese sido una cena espléndida y reconfortante, posadas en los palos para pasar la noche. Antes de retirarse del lugar, los combatientes dejan, atado a un palo cerca de la puerta del bohío de los carboneros, un billete de 5 dólares y una nota que dice: “Por los víveres”. Primera ocasión en que aplicarán una política que será mantenida durante toda la guerra: insistir invariablemente en pagar todo lo que la tropa consumiera de los magros recursos de las familias campesinas de la Sierra. Junto al trato respetuoso y la ausencia

absoluta de abusos, vejámenes y violencia contra la población de la montaña, esta política pronto estableció un marcado contraste con la conducta de las fuerzas represivas de la tiranía que no pasó inadvertida para los humildes pobladores campesinos de la montaña.

Luis Crespo ha salido en persecución de los tres carboneros, para traerlos de regreso. Pero no logra alcanzarlos y pierde el rumbo dentro del bosque. La noche va cayendo, y Crespo no regresa. Fidel ordena avanzar unas cuantas decenas de metros dentro del monte para acampar. Al final de las anotaciones de ese día, Raúl escribe:

Partimos con la tristeza de perder a un compañero más, Luis Cr[espo]. Ya habíamos perdido a nueve compañeros por extravío, sin tener un solo combate. Debido a lo espeso del bosque, no pudimos separarnos mucho del bohío, así que acampamos cerca, distribuimos las guardias y a dormir. Se sentían unos cangrejos grandísimos caminar por las malezas que parecían tanques de guerra pequeñitos.

Che resume así los acontecimientos del segundo día en tierra cubana: “Caminamos a paso lento, los aviones de reconocimiento se suceden continuamente. Hacemos una sola comida. Por la noche se extravía Luis Crespo”.

Ese día llegan a Niquero nuevos contingentes de fuerzas enemigas. Se prepara un cerco y se distribuye el personal en patrullas y emboscadas en los lugares donde hay agua y otras posibles vías de salida. El objetivo es encerrar al contingente expedicionario en un triángulo cuyo frente sería una línea imaginaria de Niquero a Boca del Toro, en la costa Sur, con una segunda línea a lo largo de la carretera de Niquero a Pílon, e ir constriñendo el cerco hasta copar al destacamento en algún punto de la zona o ponerlo de espaldas al mar y obligarlo a rendirse por hambre y sed en una región desolada e inhóspita.

MARTES 4 DE DICIEMBRE

La noche no ha transcurrido tranquila en el campamento de la columna expedicionaria. A la ansiedad por llegar a la Sierra Maestra, cuyo perfil ni siquiera se dibuja todavía en el horizonte si los combatientes hubiesen podido otear por dentro del bosque, se suman las informaciones recibidas el día anterior acerca de la movilización de las fuerzas de la dictadura y el cerco tendido por los guardias. Intranquiliza la falta de noticias de los nueve compañeros que han perdido contacto.

Durante la noche se sienten unos disparos. Aunque los expedicionarios no tienen forma de saberlo, se trata de una confusión producto de un encuentro entre dos patrullas del Ejército enemigo. La incertidumbre de que pudiera ser una emboscada al grupo extraviado, corta el sueño a los expedicionarios. Muchos de ellos, si no todos, tienen los pies tan llagados por las botas nuevas que difícilmente pueden dormir.

A medianoche salen de sus guaridas los enormes cangrejos que habitan entre el diente de perro, a los que Raúl se ha referido. Se les siente hacer ruidos inquietantes. Por la mañana, el expedicionario Arnaldo Pérez asegurará que los cangrejos cortaron por tres lugares el cordón de una de sus botas.

Al amanecer se descubre que *Tato Vega*, el campesino que ha servido de guía durante la jornada anterior, ha desaparecido durante la noche. Los expedicionarios no lo saben entonces, pero *Tato* ha ido a buscar a los soldados para delatar el rumbo del contingente revolucionario.

Apenas la columna se ha puesto en movimiento, aparece *Crespo* con el campesino *Augusto Cabrera*. Traen la feliz noticia de que el grupo de *Juan Manuel* está a salvo en casa de *Augusto*. Los ocho expedicionarios dispersos habían tomado a la salida del mangle un camino en dirección nordeste. Al mediodía habían sido detectados por un avión *Catalina* que les había hecho varios pases rasantes con sus ametralladoras, sin consecuencias. Tras haber sido bien atendidos en la casa del campesino *Augusto Arrancha*, en el camino de *La Jita*, habían pasado la primera noche en el

monte y al día siguiente, alrededor de las 5:00 de la tarde, habían llegado a la casa de Augusto Cabrera, en Ojo de Agua, donde habían sido acogidos. Pocas horas después, mientras todavía descansaban allí, aparecía Luis Crespo, perdido en el monte en su baldía persecución de los carboneros. Esa misma noche Crespo parte de regreso con Augusto a encontrar de nuevo la columna.

En la breve conversación que sostienen, Augusto Cabrera informa a Fidel que a poca distancia está la bodega del vizcaíno Gondras. Un grupo se adelanta y compran galletas, chorizos y leche condensada, mientras el grueso del contingente no se mueve en espera del regreso de Juan Manuel y los demás compañeros, a quienes Crespo, Augusto y otro expedicionario han regresado a buscar.

Raúl anota:

Yo iba completamente detrás de mi pelotón, cuando me avisaron de la retaguardia de que siguiendo nuestro camino se acercaban desconocidos. Di orden de alto y cuando fuimos a ver, fue grande nuestra sorpresa al reconocer a Luis Cr[espo]. Ya un buen campesino que lo acompañaba cuyo nombre en clave es Aug[usto] (con el apellido del compañero Israel) [Cabrera]. Habían pasado la noche completa localizándonos, y mejor todavía era la noticia de que en casa de este campesino estaban los ocho compañeros que se perdieron desde el primer día. Inmediatamente partieron Luis Cr., Chibás [Andrés Luján] y el campesino a buscarlos. El Estado Mayor parte hacia adelante con dos escuadras de automáticos y una de mirillas. Las demás esperamos aquí el regreso de los perdidos y mientras escribo estas líneas en la espera. [Raúl] Suárez me ofrece media papa cruda con azúcar parda y [David] Royo me comenta muy sabichoso: “Aparecieron porque hoy es 4 de diciembre, día de Santa Bárbara”, al mismo tiempo que se tocaba el pecho.

Poco después de las 8:00 de la mañana se produce el reencuentro del grupo extraviado en medio de la alegría general. Fidel da la orden de reemprender la marcha. Prosiguen por la trocha, pero el camino se hace cada vez más accidentado y descubierto. Desde el amanecer los aviones han comenzado de nuevo a sobrevolar toda la zona.

En el diario de Raúl, la jornada de marcha está descrita en estos términos:

Partimos en fila india todo el destacamento. Ibamos por un camino, que después se convirtió en vereda. En poco tiempo tuvimos que ocultarnos más de 30 veces de los aviones. Torcimos por un trillo muy bien protegido arriba, y al rato salimos a un claro donde se hacía carbón.

Han llegado a la casa que comparten Jesús Luis Sánchez y Alfredo Reytor, en Agua Fina, el primero de ellos hermano del campesino que brindó agua en el ranchón el día del desembarco. Se prepara rápidamente una sabrosa comida: bacalao, yuca, papas y un pedazo de chivo entregado esa misma mañana por Augusto Cabrera. Se calman momentáneamente el hambre y la sed, compañeras casi inseparables desde la salida de México.

A la caída de la noche el destacamento continúa la marcha por veredas de monte, siempre hacia el este, hasta la bodeguita del gallego Saturnino Iglesias, ubicada donde termina el bosque y comienzan los extensos campos de caña de la New Niquero Sugar Company. Sobre la marcha se compran chorizos, galletas y cigarros. Los campesinos regresan después de indicar la mejor ruta a seguir, y luego la columna se pierde en la noche de los cañaverales.

Prosigue relatando Raúl:

Inmediatamente después de oscurecer, partimos. Tomamos dos guías voluntarios [Jesús Luis y Pancho Capote] a los que se despidió después de un buen tramo y los despistamos, porque por una guardarraya de un

cañaveral torcimos hacia otro rumbo del que ya teníamos conocimiento: consistía en ir por las guardarrayas a la izquierda y el lindero del bosque a la derecha, y desde ahora caminaríamos siempre de noche y dormiríamos de día. Cuando hubiéramos dejado atrás toda esa zona doblaríamos hacia el noreste y cruzaríamos un llano de cañaverales como de 30 kilómetros. A las doce de la noche nos acostamos; dormimos en el cañaveral durante cuatro horas.

Fidel ha decidido, ahora que han llegado a la caña y dejan atrás la relativa protección del monte contra el peligro de ser descubiertos por la aviación enemiga, caminar de noche y hacer alto cuando llegue el día. Después de bordear durante un rato los cañaverales, se internan un trecho en ellos para hacer el rastro menos visible. Vuelven a salir a la guardarraya exterior y avanzan siguiendo el contorno de los campos de caña junto al monte.

Che escribe ese día:

Empezamos la marcha con paso lento. Aparece Luis Crespo con la noticia de haber solo encontrado el grupo perdido. Los esperamos y continuamos lentamente hasta Agua Fría [Agua Fina] donde comimos. Salimos por la noche y caminamos hasta las 12:30. Hacemos un alto en un cañaveral tres horas. Se come mucha caña, se dejan rastros, caminamos hasta el amanecer.

Los expedicionarios calman la sed y el hambre con la caña. Cuando empieza a clarear el día, rendidos por la fatigosa jornada nocturna, acampan en un pequeño cayo de monte a la orilla de los cañaverales. Generaciones anteriores de campesinos han dado a esta zona un nombre singular: Alegría de Pío.

Ese día el enemigo continúa ocupando posiciones en los caminos, guardarrayas, cañadas, ojos de agua y otros puntos estratégicos. Se sitúa en el batey de Alegría de Pío, en la casa

del mayoral Rodríguez, el puesto de mando avanzado para las operaciones, cuya jefatura está a las órdenes del coronel Ramón Cruz Vidal desde Niquero. La aviación prosigue realizando constantes vuelos de observación y ocasionales bombardeos y ametrallamientos.

MIÉRCOLES 5 DE DICIEMBRE

El batey de Alegría del Pío, que da nombre a toda la zona que lo rodea, está situado casi en el centro de una extensa plantación cañera, aproximadamente al nordeste de Agua Fina. Es en el borde sur de los cañaverales, en el límite del monte, donde acampa la columna expedicionaria en la mañana del día 5 de diciembre, después de haber caminado durante toda la noche.

Raúl escribe:

Seguimos caminando en la misma forma hasta poco después de las seis de la mañana que empezó a aclarar. Acampamos en un pequeño cayito de árboles pequeños que hace esquina con un cañaveral y en la parte de atrás tenía otro cañaveral más pequeño, que quedaba entre el monte firme y el cayito nuestro. Teníamos que pasar el día completo allí y no moverse para nada. Se designó un miembro de cada escuadra para que buscara caña, que estaba a 15 ó 20 metros, por eso se escogió el lugar.

El lugar escogido para el campamento no es el más idóneo. El contingente se detiene en un pequeño cayo de monte que se introduce en la caña unos cien metros. La vegetación no es lo suficientemente densa como para ocultar por completo la presencia de los expedicionarios. Detrás de la posición que ocupa la columna, el terreno muestra una ligera elevación que corre transversalmente en sentido casi paralelo al montecito que sirve de campamento. La altura

no permite observar un avance de un enemigo desde esa dirección.

No obstante, se decide acampar en vista del estado general de agotamiento de la tropa, después de las jornadas anteriores. Es imposible, además, continuar la marcha por la presencia, casi desde el mismo amanecer, de los aviones de reconocimiento.

Fidel ha explicado así la decisión de acampar en aquel lugar:

Pasamos junto a un pequeño monte no mayor de una hectárea y caminamos 100 ó 200 metros más hacia el gran monte situado entre la línea de costa que limita con el mar por el Sur y la franja de tierra llana y fértil, sembrada de pasto y caña al Norte. Llegamos al borde de ese bosque, lo exploramos y a lo largo de cientos de metros nos desplegamos. Era un punto adecuado que dominaba un buen tramo del camino que traíamos, pero el suelo era rocoso y lleno de ásperas piedras. De nuevo, al finalizar la tarde, habría que caminar otra noche entera para cruzar la línea del cerco. Algunos compañeros estaban totalmente agotados. Decido acampar en el pequeño monte de suelo blando y a pocos metros de un campo de caña fresca y apta para el consumo. Los hombres se ubicaron con sus escuadras para descansar esperando la noche. La posta, a sólo cien metros del campamento. Demasiada confianza.

La vanguardia de la columna ocupa posiciones en el borde exterior del saliente de vegetación con un campo de caña al frente y a la izquierda y el firme del monte a la derecha. Se establecen las postas de vigilancia casi en el mismo perímetro del campamento, mientras la mayoría de los combatientes descansa, duerme o se pone a comer caña. Algunos se descalzan para curarse los pies llagados.

en el canaveral durante cuatro
horas o c. —

Miércoles 5 Dic.

Seguimos caminando en la
misma forma hasta poco después
de las seis de la mañana que empe-
zamos a adelantar. Acampamos en
un pequeño conjunto de árboles
pequeños que hace esp. con un
canaveral y en la parte de atrás
tenía otro canaveral más
pequeño, que quedaba entre
el monte firme y el conjunto
nuestro. Teníamos que pasar
el día completo allí y no nos
veía para nada, se designó
un miembro de cada escua-
dra para que buscara ca-
ña, ~~fora del~~ que estaba a 15
o 20 metros, por eso se encogió
el lugar. A las 4 P.M. se nos
entregó medio chorizo y una
palleta a cada uno. En la es.

Facsímil del diario de campaña de Raúl Castro correspondiente al 5 de diciembre de 1956.

El vuelo de las avionetas es constante. A poca distancia de allí, en el puesto de mando establecido por el Ejército, llegan temprano refuerzos en camiones. La actividad parece indicar que el enemigo ha localizado la ubicación general del contingente expedicionario por los datos suministrados el día anterior por *Tato* Vega, y se prepara para dar una batida. Otro informante confirma al mediodía la presencia de los revolucionarios por los alrededores.

A media tarde se prepara la comida en el campamento expedicionario. Leamos el relato de Raúl:

A las 4:00 p.m. se nos entregó medio chorizo y una galleta a cada uno. En la escuadra de mi pelotón donde yo estaba, también comimos una salchicha de lata y un traguito de leche condensada por cabeza. Serían las cuatro y media de la tarde, cuando vino la hecatombe: parece que las guardias de postas eran muy pocas y estaban prácticamente dentro del improvisado campamento, y la cuestión es que fuimos sorprendidos por el ejército y como a esa hora, de nuestra tranquilidad nos sacó un disparo primero y después una descarga cerrada, degenerando en nutrido tiroteo que duró largo rato. Como las balas atravesaban el follaje de los arbolitos que nos protegían y muchas picaban y silbaban cerca de nosotros, la confusión y el correorre eran tan grandes, que de lo único que tuve tiempo fue de agarrar mi canana de balas y mi fusil, dejando abandonada, como todo el mundo, la pesada mochila.

Una compañía reforzada de soldados —alrededor de 140 hombres— se ha venido acercando a la posición por entre la caña y las hierbas del campo situado al frente y a la izquierda de la retaguardia de la columna revolucionaria, siguiendo una dirección casi paralela a la línea del monte. La pequeña elevación del terreno se interpone entre ambos grupos. Los guardias se desplazan en fila india y el contacto con los expedicionarios los sorprende tanto como a éstos.

Inmediatamente después de aquel primer disparo, se generaliza el tiroteo. La reacción de los expedicionarios es variada. Algunos se protegen en sus posiciones, en el mismo lugar donde les sorprenden los disparos, y comienzan a responder el fuego. Otros se mueven en busca de mayor protección tras algún tronco o una piedra. Otros, en fin, tratan de buscar precipitadamente una salida hacia la caña o el monte. Los soldados, mientras tanto, se despliegan ligeramente, pero la mayoría permanece en sus lugares. Los aviones sobrevuelan, pero no intervienen en el combate.

El tableteo de las armas automáticas de la tropa del Ejército, convierte en pocos minutos el cayo de monte en un infierno. Debido a la posición inicial del enemigo, del otro lado de la altura, el tiro por ambas partes es generalmente alto. Una parte de los expedicionarios contesta el fuego y sostiene la posición por espacio de más de quince minutos.

El jefe de la tropa enemiga, capitán Juan Moreno Bravo, ordena un alto el fuego e intima a los combatientes a la rendición.

—¡Aquí no se rinde nadie, carajo! —grita el jefe del pelotón del centro, Juan Almeida, quien se desplaza de inmediato hacia la posición que ocupa el Estado Mayor en busca de órdenes. Lo mismo dice Camilo Cienfuegos cuando algún expedicionario sugiere que lo mejor es rendirse.

Se reanuda el combate. Agachado junto a un árbol, Raúl Suárez dispara furiosamente. De pronto lanza un grito de dolor. Una bala le ha destrozado la muñeca izquierda. Faustino Pérez le venda la mano lo mejor que puede. José Ponce cae con un balazo en el pecho, y se retira ayudado por otro combatiente. Emilio Albentosa es herido gravemente en el cuello, pero logra también internarse en la caña.

Che, quien ha soltado la mochila de medicinas que carga a cambio de una caja de balas que otro combatiente ha dejado abandonada, se ha incorporado para encaminarse al cañaveral, y recibe un impacto a sedal en el cuello que lo hace caer al suelo. Faustino se le acerca y lo ve cubierto de sangre. Le parece tan grande el sangramiento que piensa que

la bala le ha partido la arteria yugular o la subclavia, lo cual en esas condiciones significa la muerte.

Humberto Lamothe se ha quitado las botas poco antes del inicio del combate. Tiene los pies destrozados y está tan exhausto que casi no puede mantenerse en pie. Al igual que Oscar Rodríguez e Israel Cabrera, no logra escapar. Quizás dos de estos tres combatientes mueren en la acción. Un tercero es posiblemente herido grave y asesinado después por los soldados. Para el enemigo, son las tres primeras bajas que logra infligir al contingente expedicionario. Para la historia, son los tres primeros mártires de la epopeya del *Granma*.

El desplazamiento gradual del fuego enemigo indica claramente que los guardias se están desplegando con la intención de rodear a la columna expedicionaria. El objetivo fundamental desde el momento del desembarco ha sido alcanzar la Sierra Maestra a toda costa, y evitar cualquier enfrentamiento en gran escala con el enemigo antes de llegar a ella. El lugar, además, no es propicio para sostener el combate e impedir un cerco. Fidel da la orden de retirada a aquellos que aún se mantienen haciendo fuego, y los combatientes empiezan a replegarse.

Desde el cañaveral, del otro lado de la guardarraya, el jefe revolucionario continúa disparando mientras intenta reagrupar al destacamento para realizar una retirada organizada. Pero en la confusión del combate los expedicionarios pierden el contacto dentro de la caña. Los nervios traicionan a algunos, que buscan la vía más efectiva para ponerse a salvo. El contingente queda completamente disperso.

Veamos la versión de Che en su diario de campaña:

Acampamos en un bosquecito a la orilla de un cañaveral en una hondonada rodeada de sierra. A las 4:30 fuimos sorprendidos por fuerzas enemigas. El Estado Mayor se retiró al cañaveral y ordenó la retirada en esa dirección. La retirada tomó proporciones de fuga. El Estado Mayor abandonó

mucho implemento. Yo traté de salvar una caja de balas y en ese momento una ráfaga hirió creo que mortalmente a Arbentosa y a mí de refilón también en el cuello. La bala dio primero en la caja y me tiró al suelo, perdí el ánimo un par de minutos.

Los soldados mantienen sus posiciones a pesar de haber observado el repliegue de los expedicionarios. Pegan candela a la caña y continúan disparando hacia los puntos por donde han visto retirarse a los combatientes. La aviación comienza un intenso ametrallamiento de toda la zona, que no cesará sino hasta la caída de la noche. A pesar de la sorpresa y de su superioridad en número y armamento, el enemigo es incapaz de lograr la batida que se ha propuesto. Los guardias sufren tres heridos en el combate, uno de ellos grave que fallece más tarde.

No obstante, el mando de las operaciones considera que su victoria sobre los revolucionarios ha sido total. Dispersos y teóricamente cercados en una zona estrecha y difícil, arrinconados contra el mar, sólo será cuestión de tiempo irlos liquidando. En los días siguientes, el enemigo reforzará el cerco. Tropas de infantería patrullarán constantemente los campos de caña y los límites del monte, y se mantendrá la red de emboscadas. Unidades de la Marina sostendrán el patrullaje de toda la costa desde Pilón a Cabo Cruz. La aviación mantendrá la observación y atacará sistemáticamente durante varios días los cañaverales de Alegría y los montes al Sur hasta la costa.

Para los 79 combatientes que se retiran del campo de batalla, la jornada concluye con el sabor de la derrota. Ha sido un serio revés para la expedición revolucionaria. En la dispersión inicial que se produce, los expedicionarios quedan divididos en 28 grupos. Trece combatientes quedan solos, entre ellos Juan Manuel Márquez. Cinco y tres de los grupos están compuestos sólo por dos y tres combatientes, respectivamente.

No es posible para cada uno de ellos por separado conocer la magnitud del desastre. No les es posible saber si Fidel ha sobrevivido. A pesar de todo, muchos reafirman la decisión de cumplir hasta el final la orden del jefe: llegar a la Sierra Maestra y comenzar la lucha armada guerrillera.

En todo caso, comienza para cada uno de ellos la odisea de la supervivencia.

Grupo de Fidel

Desde el cañaveral hacia el cual se ha replegado, Fidel sigue impartiendo órdenes a los combatientes que se retiran. A su lado está Universo Sánchez. Los dos disparan con sus fusiles de mirilla. Llega junto a ellos Juan Manuel Márquez.

—Fidel —grita el segundo jefe del destacamento entre el ruido ensordecedor de los disparos—, ya se fue todo el mundo. Hay que retirarse porque te van a coger vivo.

Las balas silban alrededor de los tres hombres. El cañaveral no ofrece protección alguna. Juan Manuel insiste. Comienzan a retirarse entre los surcos, en dirección general hacia el este. Avanzan a saltos, de tramo en tramo, más o menos veinticinco metros cada vez.

En una de estas etapas, Juan Manuel no llega. La caña es baja y rala. Resulta peligroso permanecer en ella. No obstante, Fidel ordena a Universo que vuelva atrás a buscar al compañero. Dos veces regresa el combatiente sobre sus pasos, pero Juan Manuel no aparece. En vista de ello, siguen adelante, atraviesan varios cañaverales y pronto llegan a la guardarraya que separa el último campo de caña de un pedazo de monte.

Deciden esperar la noche para cruzar, ya que suponen, con razón, que la zona está cundida de soldados. Los dos han conservado sus fusiles, Fidel con noventa balas y Universo con treinta. Cuando ya está empezando a oscurecer, desde la posición que ocupan bajo un pequeño arbusto en un claro de la caña, ven acercarse una figura que de lejos parece un soldado.

—Tírale cuando esté bien cerca —dice Fidel a Universo.

Éste apunta su fusil de mira telescópica, pero cuando la figura se aproxima se da cuenta de que se trata del también expedicionario Faustino Pérez.

—¡Médico! ¡Médico! —lo llaman en voz baja.

Los tres combatientes cruzan la guardarraya en la oscuridad y se internan unas cuantas decenas de metros en el monte. Allí pasan la noche en vela, en guardia y en silencio, sintiendo el constante tránsito de guardias por la zona.

Grupo de Raúl

En medio de la confusión del combate, Raúl se interna en la caña seguido por Ciro Redondo, Efigenio Ameijeiras, René Rodríguez, Armando Rodríguez y César Gómez. Todos han conservado sus armas. En su diario, Raúl describe de esta forma la retirada de su grupo:

En cuestión de segundos, seguido de algunos compañeros, pude llegar al cañaveral cercano y salir de aquel bosquecito diminuto, que parecía un tiro al blanco y precisamente el blanco éramos nosotros. Al cruzar de un cañaveral a otro, vi a Miguel Saav[edra], seguido de algunos compañeros, venir por una guardarraya y seguir detrás de nosotros. Pero momentos después no los volvimos a ver más. Al parecer, se desviaron y tomaron por otro rumbo. Aún se sentían disparos de fuego a discreción y algunas ráfagas de ametralladoras. Tres aviones del Ejército volaban en esos instantes sobre nuestras cabezas en forma de círculo. En breve tiempo atravesamos dos cañaverales, escondiéndonos varias veces en los plantones de caña, al paso de los aviones que volaban bastante bajos y por fin logramos alcanzar el bosque, extenuados y con sed. Avanzamos por medio de las malezas hacia un rumbo, pero ya oscureciendo no sabíamos dónde estábamos. Ya de noche, por un rato

siguieron sintiéndose los aviones y algo más tarde, ruido de camiones. Decidimos dormir, cosa que fue imposible por el frío, las pesadillas que me daban, relacionadas con el problema de la sorprendida que nos dieron, y porque era un terreno, el lugar que escogimos para dormir, de piedras dentadas y de mosquitos.

La preocupación por la suerte de Fidel y los demás expedicionarios es la causa principal de este insomnio. Raúl no puede saber que esa noche la pasa en vela a unos pocos cientos de metros de Fidel, quien está oculto en un ángulo del mismo monte sin poder tampoco conciliar el sueño.

Grupo de Almeida

Cuando los expedicionarios comienzan a retirarse en medio del fragor del combate y la candela del cañaverál, se nuclea alrededor de Juan Almeida un pequeño grupo de combatientes integrado por Che, Ramiro Valdés, Reinaldo Benítez y Rafael Chao. Almeida grita que deben dirigirse hacia la línea de monte más cercana y toman rumbo al sur. En pocos minutos han cruzado la última guardarraya y se internan en la espesura.

Ya una vez dentro del amparo del bosque, comienzan a marchar sobre el diente de perro en un rumbo que suponen los conduce hacia el este, hacia la meta lejana de la Sierra. En realidad, dentro del monte y en la inevitable precipitación de una retirada, resulta muy difícil orientarse. El resto de esa tarde, hasta la caída de la noche, cubren una distancia considerable, pero, de hecho, lo que hacen es describir un gran círculo. Cuando deciden detenerse, exhaustos, no están a más de un kilómetro del lugar del combate.

La noche y el agotamiento les impiden continuar avanzando. El hambre y la debilidad les hacen ir dando tumbos sobre las rocas afiladas. Comienza a cernirse sobre ellos la terrible perspectiva de la sed. Che anota al respecto: “Nos internamos en la selva y caminamos oyendo el ruido de los cañaverales incendiados. Debimos hacer un alto pues no teníamos orientación ninguna.”

Almeida y sus compañeros suponen que muy cerca, dentro de ese mismo monte, quizás a pocos metros de distancia, debe haber otros combatientes que también han logrado escapar en la misma dirección. Esa noche, en efecto, el bosque al Sur de Alegría acoge a más de cincuenta expedicionarios. A pocos cientos de metros de donde deciden acampar Almeida y los demás de este grupo, Raúl y sus compañeros también se han detenido para pasar la noche. Pero el abrigo del bosque es tan completo que los oculta a todos entre sí. Lamentable circunstancia que deriva en tragedia para muchos.

JUEVES 6 DE DICIEMBRE

Desde el mismo día del desembarco, el gobierno ha establecido un férreo control de las informaciones relacionadas con lo que está ocurriendo en la zona de Niquero. Sólo se permite dar a conocer las noticias provenientes de los mandos militares, los únicos autorizados para informar acerca de las operaciones que se llevan a cabo contra los expedicionarios. La agencia de noticias United Press ratifica en sus despachos la muerte de Fidel.

El gobierno, además, organiza una campaña de difamación y descrédito, a escala nacional, contra los expedicionarios, acusándolos de ser en su mayoría extranjeros y adictos al dictador dominicano Rafael Leónidas Trujillo, o bien simplemente bandidos. Los titulares de la prensa reflejan las informaciones sobre los grandes contingentes de tropas enviadas hacia la zona de operaciones, y el criterio general de que las acciones emprendidas contra el destacamento expedicionario permiten predecir su rápido exterminio.

Grupo de Fidel

Al amanecer, Fidel y sus dos compañeros discuten qué hacer. Aunque el jefe revolucionario está preocupado por la

suerte del destacamento y quisiera salir a buscar al personal disperso con el fin de reagruparlo, comprende lo inútil de ese intento. Resulta muy improbable encontrar a nadie dentro de aquel mar de caña o ese inconmensurable monte que se extiende más allá, sin correr a su vez el riesgo de ser descubierto. Confía, además, en que todos aquellos que hayan logrado escapar y tengan la suerte de no ser capturados o caer en emboscadas, cumplirán su orden de marchar hacia la Sierra. Ya una vez allí, el reagrupamiento será más factible.

Los criterios están divididos en cuanto a la mejor ruta a seguir. Fidel prefiere permanecer en el monte y moverse dentro de él hacia el este, en busca de la Sierra, aprovechando el amparo de la espesura y la poca probabilidad de que los guardias enemigos se aventuren dentro del bosque. Faustino, apoyado por Universo, argumenta que es en la caña, y no en el monte, donde podrán encontrar con qué calmar el hambre y la sed. Tras alguna discusión, Fidel se irrita ante la testarudez de Faustino, y decide malhumorado ir por aquella dirección que le parece desatinada y suicida. En consecuencia, los tres combatientes salen de nuevo a los cañaverales.

Cruzan algunos campos de caña nueva. Al principio tratan de orientarse por los postes floridos de una vieja cerca de júpiter. Pero no es fácil conservar un rumbo definido dentro de la caña.

Alrededor del mediodía, marchando por uno de esos campos de caña nueva y baja, aparece un avión de exploración, que da vueltas en círculos alrededor de ellos a unos 500 metros de radio. A esa distancia, según comprobó Fidel después de la guerra, entre aquella caña rala podían verse desde el aire hasta las aves de corral.

Fidel se percata de inmediato del peligro. Los tres hombres aceleran el paso. Delante de ellos hay un campo de caña demolido y tres matorrales de marabú, alineados hacia el este a una distancia no mayor de 30 metros uno del otro. Se ocultan en el primero de ellos.

El explorador, en efecto, ha avisado a la base aérea, de donde es enviada una escuadrilla de cazas provistos de cuatro

ametralladoras calibre 50 en cada ala, que llegan en el preciso momento en que los tres expedicionarios alcanzan el primero de los matorrales de marabú.

Uno de los cazas, en vuelo rasante, ataca la tercera maleza, a 60 metros de distancia. Fidel ordena a sus dos compañeros abandonar de inmediato el matorral, de apenas 10 metros de diámetro, y correr a guarecerse a otro viejo campo de caña a pocos metros de distancia. Allí se tienden bajo las hojas y la paja. Casi al instante los cazas ametrallan el matorral que habían abandonado, en pases sucesivos durante un tiempo que a los tres combatientes pareció infinito. La tierra tiembla ante el ruido ensordecedor y el impacto de los disparos de las ocho ametralladoras calibre 50 de cada aparato. Después de cada ametrallamiento, Fidel llama en voz alta a Universo y a Faustino, para cerciorarse de que aún están vivos e ilesos.

Los aviones vuelven a pasar y ametrallan exactamente el lugar que acaban de dejar. Un pase, otro, otro. Un breve lapso de minutos sin disparos les permite avanzar 30 ó 40 metros hacia una caña más alta y cerrada. Es imposible alejarse más. Se hunden en la paja.

Al cabo cesa el ametrallamiento. Las avionetas de exploración se turnan ahora una tras otra vigilando el lugar desde muy baja altura. Los tres hombres se sepultan bajo las hojas y la paja de caña sin hacer movimiento alguno. Era de suponer que el enemigo enviaría patrullas de exploración para conocer el resultado del descomunal ataque aéreo y recoger los cadáveres que esperarían encontrar. Pero de allí no podían moverse sin el riesgo de ser detectados por las avionetas exploradoras. Sin embargo, al parecer los guardias enemigos no realizaron esa tarde comprobación alguna del terreno.

Sobreviene entonces lo que el propio Fidel ha calificado como uno de los momentos más dramáticos de su vida. A pesar de la tensión del momento y el peligro en que se encuentran, el sueño lo quiere vencer. Es mucho el

agotamiento físico y nervioso de los últimos días. Pero no está dispuesto a que los guardias lo sorprendan dormido e indefenso, como había ocurrido días después del asalto al cuartel Moncada. Al fin lo vence el cansancio, pero antes de quedar dormido asegura la culata del fusil entre sus piernas dobladas, le quita el seguro al arma, oprime ligeramente con el dedo el primero de los dos gatillos —el que funge como suavizador para lograr una mayor precisión en el disparo— y apoya la punta del cañón debajo de la barbilla. En caso de que la exploración lo sorprenda dormido, el enemigo no podrá capturarlo vivo. Así duerme varias horas. Cuando despierta, ya la tarde está cayendo.

Llega el anochecer. Desde diversos puntos en la noche se escuchan frecuentes disparos. El lugar está evidentemente plagado de emboscadas. No es posible intentar siquiera el regreso al amparo del monte. En esta situación crítica, Fidel adopta una táctica que salvará a los combatientes: avanzarán esa noche al amparo de la oscuridad algunas decenas de metros en busca de alguna caña más adecuada; desde el amanecer se inmobilizarán bajo la paja de la caña para no ser descubiertos por la avioneta que incesantemente explora la zona durante el día; de noche aplacarán la sed y el hambre comiendo caña. Así lo harán el tiempo que fuere necesario, inmobilizados hasta que cese la intensa actividad enemiga al considerar limpia de combatientes el área.

En la oscuridad, los tres hombres avanzan hacia el este hasta un cañaveral más crecido, y de nuevo se sumergen en la paja. Han caminado ese día alrededor de un kilómetro por dentro de la caña y la maleza, y no han comido ni bebido absolutamente nada.

Grupo de Raúl

El día 6, Raúl describe en su diario la inusitada actividad de la aviación enemiga por los alrededores. Ignora que uno de los objetivos principales del ametrallamiento es el propio Fidel,

refugiado en su tenue coraza de paja a pocos cientos de metros de distancia. El combatiente narra con lujo de detalle:

A las seis menos cuarto nos levantamos, empezamos a caminar rumbo a la salida del sol. Desde muy temprano vinieron tres o cuatro aviones y hasta la hora en que escribo estas líneas (doce del día), no han cesado de dar vueltas. ¡En estos precisos instantes los aviones empiezan a arrojar bombas en zonas muy cercanas a las nuestras (doce menos 5 minutos)!

Detienen el pequeño bombardeo, y yo sigo escribiendo y mientras esté con vida, que tal vez se acabe hoy o mañana, seguiré reportando en mi diario en el instante, si no estoy corriendo, las cosas que vayan ocurriendo. En estos momentos estamos los seis compañeros tirados bocabajo y pegados a un árbol con algunos metros de separación... Doce en punto. Sigue el violento cruceo de aviones en picadas unos, otros en vuelo rasante. No han vuelto a disparar.

Tres ráfagas de ametralladora, nueve o diez ráfagas más. Están ametrallando el bosque. ¡Bueno, esto es emocionante, peligroso y triste! Voy a descansar un rato y a fumar un cigarrillo, mientras sigue la fiesta. ¡Confío en que la naturaleza nos proteja hasta que podamos salir de este cerco! Ignoramos la suerte del resto del destacamento. Ojalá se salven ellos por lo menos y puedan seguir la lucha hasta el triunfo de nuestra causa (son las doce y cinco).

René *el Flaco* [René Rodríguez], desde su escondrijo, me pide una colilla de cigarro; lo único que nos queda es una papa cruda que será la comida de los seis de hoy. Ya ni agua nos queda. 12 y 30 del día, vuelven los aviones a ametrallar, cinco minutos seguidos, las ráfagas suenan más cerca de nosotros, parece que tiran a rumbo. 12 y 40. Creo que esta noche

tendremos que alejarnos de aquí de todas formas, ya que tenemos cuatro amenazas: los aviones, los soldados, el hambre y la sed; sin contar el cansancio y la falta de dormir. Los aviones vuelan hasta el oscurecer. Una ráfaga a las 7 [p.m.], más nada el resto del día.

Esa mañana los combatientes avanzan en total poco más de un kilómetro por dentro del monte, en dirección general hacia el este.

Grupo de Almeida

La configuración del diente de perro resulta sumamente ingrata para el tránsito del hombre. Los filos y las puntas de esta roca laceran los pies y destrozan cualquier tipo de calzado. Una caída al caminar sobre esta escabrosa superficie puede tener peligrosas consecuencias. Es difícil sostener la vida humana por un tiempo prolongado en este terreno agresivo. Llueve muy poco, y sólo quedan las huellas de cauces fósiles de arroyuelos que debieron escurrirse por ocultos sumideros. A la ausencia de agua se añade la escasez de una fauna comestible por el hombre. Sólo los cangrejos, dueños absolutos de la roca, y algunas especies de reptiles, pueden calmar el hambre del que se aventura por estos parajes desolados, donde la presencia humana apenas ha dejado una huella sensible.

Éste es el inhóspito lugar en que despiertan en esa mañana los combatientes que han seguido a Almeida. No les queda casi agua y llevan prácticamente varios días sin comer. Disponen sólo de una lata de leche condensada, pero descubren con angustia que Reinaldo Benítez, quien la tiene en uno de sus bolsillos, la ha guardado boca abajo y el líquido espeso se ha derramado casi todo.

Comienzan a caminar. Rafael Chao propone ocultarse de día y avanzar sólo de noche. Deciden, por tanto, refugiarse en una enorme cueva que abre sus fauces de piedra al borde

mismo del monte. Están cerca del pequeño batey de La Esperanza, y durante todo el día escuchan a lo lejos la actividad del enemigo. Muy cerca, quizás a menos de 300 metros, están Raúl y los demás de su grupo.

Almeida y sus compañeros también escuchan el ametrallamiento de que es objeto Fidel. Che apunta en su diario:

Al amanecer emprendimos la marcha topándonos con una gran cueva. Decidimos pasar allí todo el día. Teníamos una lata de leche y aproximadamente un litro de agua. Oímos ruido de combate a poca distancia. Los aviones ametrallaban. Salimos a la noche orientándonos por la luna y la Estrella Polar hasta que se perdieron y dormimos.

Creen haber caminado hacia el este. En realidad van derivando hacia el sureste, en dirección a los acantilados de la costa.

VIERNES 7 DE DICIEMBRE

En la zona del desembarco, las tropas batistianas prosiguen sus operaciones al tiempo que se dedican a propalar rumores y falsas noticias sobre la muerte de Fidel y la mayoría de los expedicionarios, sobre el tamaño y la composición del contingente y los propósitos de la expedición. Se empiezan a lanzar volantes sobre la zona en los que se promete la vida a los que se entreguen, mientras se trata por todos los medios de silenciar o desvirtuar la verdad sobre las circunstancias de la muerte de los combatientes que son asesinados. Se intimida a los campesinos para que no brinden ayuda a los hombres de Fidel. Se fomenta la delación y se premia la traición.

Pero a pesar de la propaganda y las presiones, ya muchos combatientes han comenzado a recibir la ayuda generosa de

decenas de pobladores de la zona que cooperan decididamente a riesgo de sus propias vidas. Algunos de ellos están comprometidos con la red organizada con ese fin por Celia Sánchez y el Movimiento 26 de Julio desde meses atrás. Muchos otros lo hacen de manera espontánea.

Grupo de Fidel

Los soldados siguen rondando el día 7 por la zona donde están ocultos, bajo la paja de la caña. Fidel, Faustino y Universo. La aviación, en cambio, no muestra tanta actividad como el día anterior.

Los tres combatientes pasan todo el día en una inmovilidad absoluta. Saben que mientras no delaten su presencia, es muy improbable que los guardias se decidan a registrar el interior de los cañaverales. Por eso toman infinitas precauciones para no hacer ruido alguno ni movimiento que pueda reflejarse en los tallos y las hojas de las cañas.

Los músculos se entumen en esta inmovilidad interminable. Los cuerpos, fatigados, se acalambran.

Todavía no se ha disipado en el ánimo de Fidel el regusto amargo que ha dejado la dispersión y el revés sufrido hace dos días. El jefe rebelde ignora cuántos expedicionarios pueden haber sido muertos o hechos prisioneros. Sabe, además, que la Sierra está lejos; que para llegar al abrigo que puede ofrecerle la montaña tienen que atravesar decenas de kilómetros de montes, cañaverales, estancias y potreros sembrados de peligros. Supone con buen juicio que el enemigo no está ocioso, y que habrá tomado todas las disposiciones que le permiten su poder y sus recursos para impedir que se le filtre entre las manos uno solo de los que han desembarcado días antes. Está consciente de que la persecución y la vigilancia estarán concentradas especialmente en él.

Sin embargo, su voluntad de seguir adelante, de llegar a la Sierra e iniciar la lucha siquiera con tres hombres, dos armas y menos de 150 balas, se reafirma a cada instante. Ahora lo que importa es ganar tiempo y hacer creer al enemigo

que ha vencido, que él y aquellos de sus hombres que no están ni muertos ni presos, andan dispersos por el monte, hambrientos y desmoralizados, y que su aniquilamiento es cosa prácticamente asegurada.

Grupo de Raúl

Durante todo este día, los combatientes del grupo de Raúl permanecen en el mismo lugar. Al igual que Fidel, Raúl ha decidido resistir el hambre y la sed, y esperar que la aviación cese su hostigamiento y el enemigo levante el estrecho cerco que seguramente ha tendido después del combate. En su marcha hasta el momento, el grupo ha seguido una ruta aproximadamente paralela al borde del bosque, del cual calculan, con razón, que se encuentran cerca. Han decidido mantenerse dentro del monte para buscar su protección, pero no lejos de los campos de caña, con la intención de proveerse del único alimento seguro por todos los alrededores. Entretanto, mantendrán un pequeño campamento con todas las precauciones posibles.

Ese día, Raúl apunta en su diario, con idéntica prolijidad:

Son las ocho de la mañana cuando empiezo a escribir estas líneas y el día amaneció de una calma espantosa, ni un solo ruido en toda la zona, ni el viento sopla con fuerza como en días anteriores. De los aviones, que esperábamos, que a estas horas ya estarían dando vueltas, nada. Estábamos tan acostumbrados a la bulla de los aviones y a sus ráfagas, que la tranquilidad de hoy nos mete miedo. Anoche un cangrejo me despertó, mientras me comía los pelos de la coronilla de mi cabeza. Si me los sigue comiendo hoy parecería un cura. A las 8 y 50 a.m. pasó un avión, a las 9 y 20 el mismo probablemente pasó muy distante. A las 9 y 30 sonaron dos disparos de rifles por el oeste.



Crescencio Pérez Montano

Hoy como a las seis a.m. salimos, llegamos al cañaveral, tres cubrimos la retirada y en operación rápida los otros tres arrancaron algunas cañas; esa será nuestra comida de hoy.

A la una menos cinco p.m. oímos diez o doce disparos de fusil hacia el noreste.

Y más tarde:

Hasta la hora del momento (5 p.m.) no ha pasado nada digno de mención; a media tarde sonaron cuatro disparos con intervalos de varios segundos, parecían disparados por la misma arma. A las 3 y 30 pasó el avión y dio algunas vueltas, no precisamente por nuestra zona; posteriormente dio algunas más y nada más. Ya nos comimos nuestra ración de caña, bastante mala y escasa, pero es peligroso volver al cañaveral. [...]

Aquí hemos decidido (los seis que estamos) esperar a que se marchen un poco los soldados; mientras nos alimentamos exclusivamente de caña. Si los demás compañeros, sobre todo el Estado Mayor, ha logrado irse, la Revolución y nosotros tal vez estaremos a salvo. De nuestra posición sólo sabemos dónde están los puntos cardinales, pero de nosotros, sólo sabemos que estamos en la provincia de Oriente y bastante lejos de la Sierra Maestra, nuestra meta del momento. Hoy por la mañana sentí un ligero y pasajero mareo, debe ser debilidad, ya son muchos días sin comer. Creo que por hoy no pasará más nada de importancia. A lo lejos se oye aún el ruido del avión. Son las 5 y 15. Aquí dentro del bosque ya está oscureciendo.

Grupo de Almeida

Durante toda la noche, Almeida y sus compañeros siguen avanzando entre las puntas de la roca y los troncos y

bejucos del monte. La sed los desespera, sobre todo a Che, que va herido en el cuello y ha perdido alguna sangre. Con la bombita de su nebulizador antiasmático, logra extraer de los hoyitos de la piedra algunas gotas de un agua pútrida con la que los combatientes apenas pueden mojarse los labios. En todo el día no encuentran nada que comer.

Che apunta:

Nos internamos en la selva rumbo al este. Tomando agua de los huecos de los arrecifes de coral. La leche se le había volcado a Benítez el día anterior. No comimos nada.

SÁBADO 8 DE DICIEMBRE

El día 8 es terrible en la suerte de casi una veintena de expedicionarios.

Esa mañana, en la boca del río Toro, son asesinados José Smith, *Nico* López, Cándido González, Miguel Cabañas y David Royo. Estos combatientes formaban parte del grupo más numeroso que logra reunirse después de la retirada de Alegría de Pío. Al día siguiente del combate, el grupo se divide y Smith y otros seis expedicionarios alcanzan la orilla de los farallones y empiezan la terrible caminata sobre el diente de perro hacia el este. Al amanecer del día 8, exhaustos y arrebatados por el hambre y la sed, llegan a la casa de Manuel Fernández en Boca del Toro. Este campesino, conocido como Manolo Capitán, los convence de que, en las condiciones en que están, lo mejor es entregarse, pues se han dado garantías de sus vidas. Uno de los expedicionarios, *Chuchú* Reyes, decide seguir. Los otros seis son detenidos y asesinados todos, menos Mario Hidalgo, que logra escapar y esconderse momentáneamente.

Por la noche, en el mismo lugar y delatados por el mismo individuo que entregó al primer grupo en manos de los asesinos, son hechos prisioneros y ametrallados los expedicio-

narios Raúl Suárez, René Reiné y Noelio Capote. Integrantes de un grupo de siete combatientes formado en la dispersión tras la sorpresa en Alegría de Pío, se habían separado de los otros cuatro el día 7 y habían seguido un rumbo similar al del grupo de Smith a lo largo de las últimas terrazas de la costa, hasta llegar también a la casa de *Manolo* Capitán.

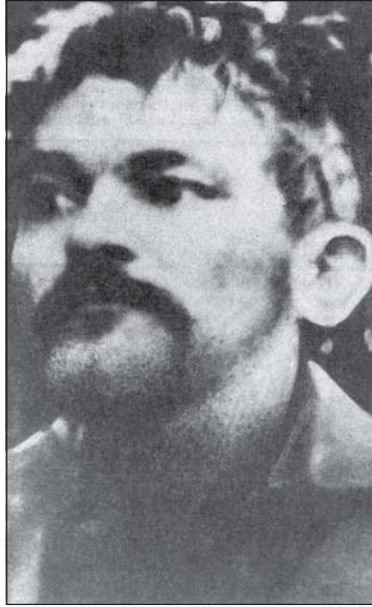
Los siete expedicionarios separados dos días antes de Smith y sus compañeros, se dividen a su vez en dos grupos en la mañana de este día. Poco después, tres de ellos —Luis Arcos, Armando Mestre y José Ramón Martínez— son sorprendidos y capturados por una patrulla enemiga en el potrero de Salazar, cerca del río Toro, y conducidos al puesto de mando en el batey de Alegría. A la caída del sol, entre las cañas al Norte del batey, el Ejército captura a Andrés Luján, Jimmy Hirzel y Félix Elmuza. Estos seis prisioneros son sacados por la noche en una camioneta y muertos a tiros, con las manos atadas, en una sombría vereda del monte Macagual.

También esa noche René Bedia y Eduardo Reyes Canto caen acibillados a balazos en una emboscada tendida por los guardias en Pozo Empalado, de la que logra escapar el expedicionario Ernesto Fernández. Más al Norte, cerca de Media Luna, es posible que haya sido esa noche cuando Miguel Saavedra es asesinado tras haber sido hecho prisionero el día anterior.

Grupo de Fidel

Fidel no conocerá el trágico destino de estos compañeros hasta pasados varios días. El 8 de diciembre su mundo sigue siendo el del cañaveral donde se oculta. Su seguro instinto de combatiente le hace saber que debe multiplicar la vigilancia y el cuidado. A pesar de las penalidades a que se halla sometido, en su rígida voluntad de supervivencia para la lucha no caben el abatimiento y la desesperación que han llevado a algunos de los expedicionarios capturados a la rendición e, incluso, a la muerte.

En la caña, Fidel resiste y espera.



Guillermo García Frías

Grupo de Raúl

El día 8, Raúl anota la actividad que ya se va haciendo habitual todas las mañanas para el pequeño grupo de combatientes:

Nos levantamos temprano, como de costumbre y fuimos a buscar caña; dos cubrimos la retaguardia; al regresar, no encontramos nuestro campamento. [...] A las 8 y 40 empezó un solo avión a dar vueltas bastante largas. No hemos sentido más nada por la mañana. Siguió dando algunas vueltas el avión pero bastante lejos de aquí. Son en estos momentos las once de la mañana. “Sin novedad en el frente”.

Creen encontrarse cerca de una casa. Han escuchado ladridos de perros y cantos de gallos. Deciden acercarse a

observar y, de ser posible, obtener información. Se sienten débiles por el prolongado ayuno, el cansancio de la marcha por terreno tan difícil y la falta de sueño. Pero no llevan a cabo el plan porque sienten algunos disparos en esa dirección, acompañados por ruido de camiones. Se trata, en efecto, del Ejército, que mantiene ocupado el pequeño batey de La Esperanza, a unos mil metros de donde están los combatientes ocultos en el monte.

Prosigue apuntando Raúl:

Decidimos que partiremos a las 2 p.m. rumbo al bohío, que aún no sabemos a ciencia cierta dónde está, pero aunque esta calma puede ser una treta del enemigo, no podemos seguir aquí debilitándonos, además no pensamos llegar al bohío, sino aproximarnos y observar los movimientos hasta ver si capturamos a alguien que nos informe de la movilización de tropas y de la situación general del país, por lo que se pueda saber a través de la censura. Me parece que el avión está dando vueltas ahora por el este, distante aún (11 y 10 a.m.). Hoy ya me sentí bastante flojo del estómago, pero la moral y la decisión muy fuertes.

Aquí en este intrincado bosque la única diferencia del día a la noche es que una es clara y la otra oscura, pero los mismos bichos, mosquitos sobre todo, abundan a todas horas. Es muy poco el sol que logra infiltrarse por el espeso follaje de los árboles.

11 y 15: el avión dio una vuelta ahora bastante cerca. Quisiera escribir ahora mil cosas que se me ocurren, y sobre todo detallar lo más posible nuestra situación, pero temo que se me agote el poco papel que tengo y no pueda seguir fielmente este "Diario". Perdí la mochila en el encuentro "sorpresa" del día pasado y nada más tengo lo que tengo encima.

Hay dos aviones dando vueltas, pero sobre ninguna zona determinada, parece que tratan de localizar a

alguien, lo que nos hace albergar esperanzas de que el grueso de nuestro destacamento, el Antonio Maceo, se haya salvado.

Esa misma noche escuchan a lo lejos un fuerte tiroteo. Puede haber sido la emboscada de Pozo Empalado, a unos tres kilómetros de allí, en la que caen Bedia y Reyes Canto. Raúl concluye así sus anotaciones de la fecha:

El día transcurrió sin mayores tropiezos; habíamos decidido ir en busca del bohío, pero a la media hora de caminata el vuelo incesante de aviones por zonas cercanas y el ruido parecido a cornetas de camiones bastante cerca nos hizo replegarnos con cuidado a nuestra posición anterior. Además oímos algunos disparos por esa zona. Volvimos a nuestro antiguo campamento, según dos compañeros a las nueve de la noche aproximadamente sintieron un nutrido tiroteo bastante lejos de aquí hacia el noreste; también hasta el oscurecer estuvieron dando algunas vueltas dos aviones, aunque empezaron bastante tarde. Los mosquitos anoche atacaban en masa.

Hemos decidido firmemente esperar aquí pase lo que pase, hasta que se aclare la situación por esta zona. Pasando hambre y sed. Sólo comiendo caña.

Grupo de Almeida

Al mediodía del 8, los combatientes del grupo de Almeida alcanzan el borde de las terrazas superiores de la costa, a la altura de Punta Escalereta. A sus pies, la piedra se precipita al encuentro del mar, en saltos colosales de cincuenta metros en caída vertical. Abajo, casi en la orilla, detectan lo que parece ser una pequeña lagunita de agua dulce. La bajada puede resultar mortal para los extenuados combatientes. Al cabo, después de una dilatada exploración, encuentran un paso practicable y comienzan el trabajoso descenso.

El sol los aplasta contra la piedra caliente. Tienen las manos y las rodillas destrozadas por las aristas de la roca. Los brazos y los hombros les parecen de plomo, si el plomo fuera capaz de sentir el mismo dolor que les produce a ellos el esfuerzo de agarrarse a los agudos salientes por los que van descendiendo el farallón. Pero la ansiada posibilidad de calmar la sed les sirve de aliento, e incluso les hace olvidar el riesgo de ser descubiertos desde el mar sobre esta pared vertical y desnuda. No saben que, en definitiva, las pocetas que han visto son de agua salobre. Si la beben, no harán más que redoblar su sufrimiento.

Al anoecer, no han podido aún llegar abajo. En el descenso han terminado por perder de vista la lagunita que buscaban.

La anotación de este día en el diario de Che dice así: “Seguimos rumbo al este, al mediodía avistamos el mar bajo unos farallones de arrecifes muy grandes y con selva intrincada. Al anoecer hicimos alto sin poder llegar abajo.”

Aproximadamente por este mismo lugar han bajado al mar dos días antes los combatientes que, encabezados por José Smith, ese mismo día han sido asesinados en Boca del Toro. Almeida y sus compañeros no lo saben, pero seguirán a partir de ese momento una ruta casi idéntica a aquéllos y estarán a punto de correr la misma suerte.

DOMINGO 9 DE DICIEMBRE

En la madrugada, una camioneta se detiene ante la portada del pequeño cementerio de Niquero. En el vehículo vienen varios soldados y unos bultos cubiertos con gajos que son empujados al suelo frente a la puerta. Cuando amanece, los que pasan por el lugar se enfrentan a la escalofriante escena de seis cadáveres destrozados tirados como quiera. Son los expedicionarios asesinados la noche anterior en el monte Macagual.

De inmediato la población entera se revuelve consternada. Los guardias instalan postas en las puertas del cementerio para impedir que la gente se acerque. A media mañana aparece de nuevo la camioneta, perteneciente al hotel Sixto de Niquero, con otra tétrica carga. Son los cadáveres de los dos expedicionarios caídos en la emboscada de Pozo Empalado.

Los soldados comienzan a cavar una gran zanja para echar todos los cadáveres, en cumplimiento de las órdenes del coronel Cruz Vidal. Los vecinos que han podido entrar al cementerio se oponen tenazmente. La situación se pone tensa. Se autoriza finalmente construir ocho cajas.

Por la tarde hay que encargar más ataúdes. Han llegado los ocho cadáveres de los asesinados en el Toro. Los han traído a rastras hasta Las Guásimas, en unas parihuelas tiradas por caballos, y allí los ha recogido la funesta camioneta.

La noche entera se invierte en dar sepultura a quince de los expedicionarios muertos. Por una gestión familiar, el cadáver de Andrés Luján es trasladado a Manzanillo. Ha sido necesario abrir las tumbas junto a la cerca lateral del cementerio, por la parte exterior. Muy pronto habrá flores sobre cada una estas tumbas.

Grupo de Fidel

La agonía de la caña prosigue el día 9 para Fidel y sus dos compañeros.

Después de cuatro días, los estómagos estragados niegan la esperanza de que el jugo de los pocos tallos que los combatientes se atreven a arrancar, después de roerlos con los dientes cuando un golpe de brisa mece las cañas, sea capaz de atenuar el hambre que los retuerce. Por las noches, la sed se aplaca a medias con el rocío de las hojas, que irritan con sus bordes afilados los labios y la lengua.

Las horas del día parecen detener su marcha. Enterrados en la paja, el calor los abrasa bajo el sol implacable del cañaveral. No pueden moverse, por temor a ser descubiertos en cualquier momento por la tenaz avioneta que no cesa su

acecho, como una gris ave de rapiña. Están presos en una ardiente cárcel vegetal. Al caer la noche, por el contrario, el frío y la humedad les calan el cuerpo, pero al menos pueden agitarse un poco dentro de su encierro.

Apenas pueden hablar en susurros. Pero ese silencio forzoso es insoportable, y Fidel se pone a conversar quedamente sobre Cuba y sus planes revolucionarios para el futuro de victoria. No ha perdido la fe ni la confianza en el triunfo, oculto en un remoto cañaveral, acosado de cerca, prácticamente solo, hambriento y fatigado.

Grupo de Raúl

La anotación correspondiente a ese día en el diario de Raúl no necesita comentario:

Nos levantamos a las seis oscuro aún. Buscamos una nueva provisión de caña. Son las nueve y veinte. Han pasado los aviones pocas veces. Hace como una hora se sintió un disparo de fuego no muy lejos.

Por la tarde pasaron los dos aviones varias veces. Están recorriendo zonas muy largas y parece que doblan por aquí. Armando R. [Rodríguez] fue de recorrido y regresó con unas seis cañas, que vinieron muy bien, pues se nos habían acabado y ya nos estábamos comiendo los nudos y los desperdicios.

Hoy fue el cumpleaños de Ciro [Redondo], brindamos con caña. Nos acostamos temprano, aún no había oscurecido completamente.

Grupo de Almeida

El día 9, los combatientes del grupo de Almeida logran llegar por fin a la orilla del mar, aproximadamente a dos kilómetros al este de Punta Escalereta. La última etapa del descenso se efectúa atravesando charrascales casi impenetrables, cuyas espinas los destrozan. Por la noche siguen

avanzando por la orilla, después de haber permanecido todo el día, devorados por la sed, tirados a la sombra raquílica de los arbustos que crecen en esta parte de la costa.

En una playita excavada en el farallón, los cuerpos fatigados reciben el frescor del agua de mar en la que se sumergen un buen rato. Luego prosiguen la marcha por los arrecifes de la costa. Almeida y Che van delante. Hay luna clara. De pronto topan con un ranchito junto a la orilla, dentro del cual se perciben en la penumbra las figuras de unos hombres que duermen. Almeida se acerca con su fusil preparado, dispuesto a sorprender a los que supone sean soldados. Pero descubre con regocijo que se trata de tres expedicionarios: Camilo Cienfuegos, Pancho González y Pablo Hurtado.

Camilo y sus dos compañeros se han retirado juntos del combate, y han tomado un rumbo paralelo al del grupo de Almeida. Durante estos tres días, han sufrido las mismas agonías que los otros: el hambre, la incertidumbre, el cansancio y, sobre todo, la sed. Exhaustos, esa misma tarde han encontrado el ranchito, construido seguramente por algún pescador, y se han tendido a dormir resguardados del sol, incapaces de dar ese día un paso más. La alegría del encuentro hace olvidar de momento todas las penalidades pasadas. Unos a otros se preguntan sobre la suerte de los demás compañeros y, en especial, de Fidel. Camilo ofrece el último pedazo de caña que les queda.

Che relata así el encuentro en su diario:

Llegamos a la orilla del mar a mediodía tras pasar por un zarzal muy grande. Era imposible avanzar de día por la aviación. Esperamos la noche bajo unas matas con un litro de agua. Al anochecer seguimos el camino, encontramos tunas con fruto y comimos todos los que había. Seguimos avanzando y encontramos en una chocita tres compañeros más que se incorporaron: Pancho González, [Camilo] Cienfuegos y [Pablo] Hurtado.

Ahora son ocho combatientes, todos armados, los que reinician el camino.

LUNES 10 DE DICIEMBRE

Grupo de Fidel

Amanece el quinto día después del combate y la dispersión.

La actividad del enemigo ha ido decreciendo. La mañana y la tarde transcurren apacibles. El único sonido que se escucha en el cañaveral es el blando rumor de las cañas mecidas por el aire. Fidel decide que ha llegado el momento de iniciar la marcha hacia la Sierra.

Cuando cae la noche, los tres combatientes comienzan a avanzar. Lo hacen con toda precaución. En fila, separados uno de otro, caminan dentro de los campos sin precipitación, sin ruido. Aprovechan los golpes de brisa para ahogar el leve crujir de sus pisadas en la paja. Universo, que dejó sus botas en Alegría y se ha rellenado las medias con paja de caña, ocupa generalmente la vanguardia. Cuando llegan a la orilla de un cañaveral, se detienen y cercioran de que en la guardarraya no hay peligro. En ocasiones cruzan a rastras, siempre con los fusiles preparados y los nervios en tensión.

Esa noche avanzan unos cuatro kilómetros en dirección general al nordeste. Se han orientado por la puesta de sol, por las estrellas, y un poco por instinto.

Grupo de Raúl

Ese día también Raúl decide echar a andar. Han esperado casi cinco jornadas completas en el monte, desplazándose muy poco. Ha llegado el momento de partir.

Raúl anota:

Nos levantamos como siempre a las seis, buscamos cañas. Todo estaba tan tranquilo que decidimos abandonar la monotonía sedentaria del bosque y aunque habíamos resistido y pensábamos resistir el hambre y la sed hasta donde fuera necesario, a la 1 y

35 de la tarde partimos rumbo al este, siempre por los bosques y esquivando los caminos, tratando siempre de encontrar algún bohío por el camino; comimos yuca y maíz crudos y la inevitable y salvadora caña. Oscureciendo nos internamos más en el bosque y nos acostamos.

Al igual que el grupo de Fidel, han avanzado en la jornada casi cuatro kilómetros, en una ruta aproximadamente paralela.

Grupo de Almeida

Durante toda la madrugada, Almeida, Ramiro, Che, Camilo y sus compañeros bordean la orilla del mar en dirección al este. Cuando sale el sol, han logrado avanzar apenas dos kilómetros. Su decisión de seguir hasta la Sierra se mantiene inalterable. La terrible diferencia es que cada vez sus energías son menores.

Logran capturar algunos cangrejos. Les arrancan las muelas y sorben crudas sus partes gelatinosas. En las cantimploras quedan gotas contadas de agua, que deben racionar con autodisciplina implacable a pesar de que la sed les nubla los sentidos. Durante el día se ocultan entre la maleza costera. Hay que evitar a toda costa que los vean, pues en el farallón una retirada es imposible.

Por la noche, el grupo de expedicionarios continúa avanzando lentamente. Ya casi no pueden caminar.

De madrugada llegan al borde superior del farallón que enmarca por el oeste la boca del río Toro. Ahora, con sus fuerzas agotadas, no pueden intentar siquiera la bajada hasta el agua: exhaustos, se tienden en la roca a esperar el día, para poder determinar mejor el rumbo que van a seguir.

Che narra en su diario los incidentes de este día con las siguientes palabras:

Al amanecer nos internamos en la selva a buscar agua. Conseguimos muy poca, los que habían comido

cangrejo sufrieron mucha sed. De nuevo seguimos por la noche hasta llegar a una bahía que luego supimos se llamaba Boca del Toro. Oímos cantar gallos, esperamos el amanecer.

Esa misma noche, Fidel ha iniciado la marcha hacia la Sierra por entre los cañaverales, y Raúl ha arrancado a caminar dentro del monte.

MARTES 11 DE DICIEMBRE

Grupo de Fidel

Fidel, Faustino y Universo pasan el día ocultos de nuevo entre la caña. Se repiten las incomodidades de las jornadas anteriores, pero esta vez la espera no parece tan penosa. Ya están en camino.

Al oscurecer reinician el avance con las mismas precauciones de la noche pasada. Al poco rato llegan al borde de los cañaverales, cerca de Pozo Empalado. Es preciso cruzar entre dos casas donde, al parecer, según se enterarán después, había soldados. Los tres combatientes pasan con tanta cautela que ni los perros se percatan.

Han rebasado la zona de mayor peligro y marchan ahora cubriendo más distancia. La silueta de la montaña, que ya se perfila entre los claros del monte en la noche de luna como una mancha más oscura en el horizonte, les sirve de punto de referencia y acicate.

Alcanzan finalmente el alto de La Convenencia, a partir del cual el terreno se desguinda hacia el cauce del río Toro. Del otro lado de este río comienza propiamente la Sierra Maestra.

Los combatientes comienzan a bajar y llegan a unos cien metros de una casa. Es noche todavía, pero Fidel decide esperar el día siguiente antes de descubrir la presencia del grupo, y mantener durante todo ese tiempo una observación perma-

nente de la casa. Puede más el instinto guerrillero que el hambre y la sed.

Grupo de Raúl

Los seis combatientes al mando de Raúl emprenden de nuevo la marcha por la mañana. Poco después de las 8:00, divisan el mar en la lejanía, entre las ramas de los árboles, y en una ocasión ven pasar un guardacostas. Ya en esta zona las estancias son más numerosas dentro del monte. Cruzan sembrados de plátano, yuca y maíz. A media mañana llegan cerca de una casa. Raúl narra el incidente:

Esperamos que saliera un poco el sol para orientarnos, comimos algunas cañas que nos sobraron la noche anterior y salimos de nuevo. Ya estas caminatas resultan más emocionantes. [...] Seguimos caminando, hacía gran calor; estábamos bastante agotados. Hacía seis días que no probábamos gota de agua ni comida cocida. César [Gómez] era el que andaba más mal de salud. Como a las 10 y 30 de la mañana oímos el ruido de unos guanajos, salimos Armando y yo a explorar y vimos un bohío como a dos kilómetros. Hicimos un rodeo grande para avanzarle al bohío de forma que si tuviéramos que hacer una retirada, nada más tuviéramos que volver los pasos y retirarnos. Armando y yo tomamos por asalto el primer bohío, y yo entré mientras él cubría la retirada, pero estaba completamente vacío.

Ya habíamos visto otro bohío mucho más grande como a 100 metros, dentro de una arboleda que ocupaba como una manzana, por un lado y por otro pegado a los árboles había unos claros de platanales. Para llegar al bohío había que pasar una hondonada. Nos llamó la atención que se sentía mucho ruido de

voces de hombres en un bohío tan solitario. Ciro y yo salimos y nos aproximamos a la casa, volvimos, y al poco rato salimos de nuevo y nos aproximamos más a la hondonada. Vimos a un campesino amontonando leña, sentimos ruido de radio y vi patas de caballo. También vi a un soldado, pero me pareció que iba vestido de verde y en la cabeza no tenía nada; me pareció verle algo en la cintura. Oímos voces como la siguiente: “Vengan a comer los seis primeros”, “traigan los platos de campaña”. “Oiga, cabo”.

No nos quedaba duda, allí habían concentrado soldados. Decidimos irnos, después de muchas vacilaciones, ya que había quien aseguraba que no eran soldados y además nos habíamos hecho muchas ilusiones.

César Gómez no quiere seguir adelante: está más desmoralizado que agotado. Los demás le advierten que si se queda allí pueden matarlo, pero insiste. Raúl le plantea que no se entregue hasta el otro día, para darles oportunidad de alejarse, y que diga que estaba solo. Siguen la marcha después de recoger el fusil del que se queda. Gómez se entregará al día siguiente.

Al mediodía, sin haber salido del monte en seis días de hambre, sed y fatiga, los combatientes alcanzan el borde de las alturas sobre el río Toro. De nuevo leamos el relato de Raúl:

A la una menos tres minutos nos encontramos frente al último cañaveral, detrás de él la airosa majestad de la Sierra Maestra, nuestra ansiada meta. En cinco minutos cruzamos en línea recta el cañaveral, la única vez que hicimos esto con un cañaveral. [...] Después de atravesar la caña y una pequeña y estrecha faja de monte, nos encontramos con las primeras fajas o laderas de montañas cultivadas. Vienen a ser algo así como las estribaciones de la Sierra. El espectáculo era magnífico y las perspectivas

también, ya que se veían muchos bohíos diseminados por la lejanía. Y después de un corto descanso nos encaminamos al más cercano. Seguimos caminando por el lindero de la faja de bosque al borde de una profunda ladera. Después fuimos descendiendo al fondo de la ladera y vinimos a dar a un despeñadero que tenía como unos 70 metros, pero se podía bajar con cuidado, era de roca viva y se veían rastros de corrientes de agua en época de lluvia. Fui el primero en bajar.

Los combatientes se han descolgado por el farallón del Blanquizal, muralla caliza de rugosa blanca que domina el valle del río Toro. Abajo, las casas y cultivos que han visto son las del lugar conocido como Ojo del Toro. Al fondo, en efecto, las lomas del Muerto y el Chorro anuncian ya la Sierra Maestra.

Comienzan a bajar por la cara del farallón. Raúl se adelanta. Cuando va llegando abajo ve que René Rodríguez le hace señas que regrese. Ha encontrado al expedicionario Ernesto Fernández oculto en una herida de la piedra. Ha sido quizá una suerte, porque Ernesto les informa que poco más abajo, en el río, está tendida una emboscada de los guardias. Esa noche se quedan junto a Ernesto, quien les narra lo ocurrido a su grupo después de la dispersión y los impone de las informaciones fragmentarias que ha ido recibiendo de los campesinos que lo atienden acerca de los expedicionarios prisioneros y los asesinatos cometidos. Raúl escribe al final de sus anotaciones de ese día:

Ernesto tenía aquí un poquito de agua que a traguito por cada uno de nosotros, se acabó y un puñadito de arroz que le sobró de la comida. Ahora hay que esperar al campesino que vendrá a las 5 de la mañana. Ernesto tenía algunos cigarrillos. En el bohío vacío hallamos ramas de tabaco. Son las 4 y 30 p.m.

Un poco más al norte, a unos escasos dos kilómetros, en La Convenencia, Fidel establece esa misma noche su improvisado puesto de observación.

Grupo de Almeida

Con la luz del día, Almeida y sus compañeros divisan a sus pies el abra del río Toro y, del otro lado, velado aún por la bruma matinal, el perfil azulado de la Sierra. La visión inyecta a sus músculos una nueva energía. Con extremada cautela emprenden una exploración por el borde de la monumental terraza en que se encuentran. Al poco rato dan con una casa.

Los combatientes discuten si deben llamar o no a la puerta. Che no está de acuerdo. La vivienda le parece demasiado buena, como la de un campesino de posición acomodada que seguramente será amigo de los guardias.

Al fin deciden avanzar hacia la casa. Ramiro, Che y Benítez comienzan a acercarse sigilosamente. Los dos primeros se quedan del otro lado de una cerca de alambre, mientras el otro cruza y sigue aproximándose a rastras. A los pocos minutos regresa a informar que ha visto entre la bruma la silueta de un hombre con un arma larga. Desde atrás, Che también ha reparado en la figura, y ha podido determinar que se trata de un soldado. Rápidamente regresan a donde están Almeida y los demás compañeros, y abandonan el plan de llegar hasta la casa a pedir agua y comida.

La vivienda es la de *Manolo* Capitán, el mismo que tres días antes ha entregado al enemigo nueve expedicionarios, ocho de los cuales han sido asesinados. Otra vez han triunfado la suspicacia guerrillera y la entereza.

Los combatientes dan un rodeo y comienzan a escalar el farallón de la terraza superior, pero el pleno día los sorprende y no le queda más remedio que buscar refugio en una de las múltiples hendiduras de la roca. Ante sus ojos se extiende el panorama de la boca del Toro. Por la mañana, observan toda la operación del relevo de la guarnición de marinos, que realiza un guardacostas.

Se sienten acorralados. No osan siquiera moverse. Consumen las últimas gotas de agua que les quedan. Ese día resulta para el pequeño grupo de combatientes el más angustiioso desde el desembarco.

Al fin llega la noche. Salen de su escondite y siguen escalando el farallón. Avanzan un kilómetro por una de las terrazas superiores. Pasan por un maizal donde amortiguan un poco el hambre con algunas mazorcas tiernas, y comienzan luego el descenso hacia el río.

A media noche llegan finalmente abajo. Tirados en el suelo, hunden las cabezas en el agua fresca y tragan con avidez hasta que ya no pueden beber más. Después de llenar las cantimploras, cruzan y comienzan a subir del otro lado, faldeando la loma del Muerto. El amanecer del día siguiente los sorprende en el rellano de la loma, en un cayo de monte no muy tupido.

Che resume estos incidentes en su diario con anotaciones escuetas:

Cerca nuestro había un bohío, se deliberó para ver qué se hacía. Pancho González y yo no queríamos ir, Benítez y Cienfuegos querían hacerlo. Se resolvió hacerlo, pero Benítez al ir a entrar alcanzó a ver a un marino y nos retiramos dando un rodeo para situarnos en una cueva contra el farallón. De allí vimos los movimientos de todo el día, incluso un desembarco de tropas: 17 hombres de una lancha. Seguimos de noche, casi totalmente sin agua. Llegamos a un maizal y comimos mazorcas tiernas hasta aplacar un poco el hambre, al amanecer dimos con un arroyo donde tomamos agua hasta reventarnos, llenamos la cantimplora y subimos a un montecito a pasar el día.

MIÉRCOLES 12 DE DICIEMBRE

Grupo de Fidel

Durante toda la madrugada y parte del día 12, bajo un intermitente aguacero, Fidel y sus dos compañeros se turnan en la observación de la casa. Están apostados en el monte, a menos de 200 metros, en la cima de una pequeña elevación. A esa distancia, la casa y sus moradores parecen estar al alcance de la mano a través de las miras telescópicas de los fusiles.

A las 4:00 de la tarde no se ha observado nada que resulte sospechoso. La familia campesina se ha dedicado a sus ocupaciones normales. A esa hora Fidel ordena a Faustino que baje hasta la casa a buscar información, y le dice que pida comida para veinte o veinticinco hombres a fin de desorientar con relación al tamaño del grupo expedicionario. Al poco rato ya están reunidos de nuevo en la vivienda.

El dueño de la casa se llama Daniel Hidalgo, y su esposa Cota Coello. Al conocer quiénes son los que han llegado, ofrecen sin vacilación lo poco que tienen. Esa tarde los combatientes sacian su hambre vieja con lechón y vianda, y toman agua por primera vez en siete días. Universo consigue un par de alpargatas en la casa, lo cual le permite botar los mazos de hierba que tiene metidos en las medias.

Fidel interroga a los campesinos. Éstos le informan todo lo que han oído decir sobre el desembarco y los crímenes que han cometido los guardias con los expedicionarios. Le explican también los distintos caminos que pueden seguir para internarse en la Sierra.

Es de suponer la impresión que han de haber causado en el ánimo de Fidel, Faustino y Universo las noticias sobre la total dispersión del destacamento expedicionario, y sobre los asesinatos de tantos compañeros tan queridos. Aunque el Ejército ha dicho que han muerto en combate, es imposible ocultar a la población campesina de la zona la verdad de los

crímenes realizados prácticamente ante sus propios ojos. Las versiones reales de los hechos se han regado ya por la montaña como pólvora.

La familia Hidalgo Coello no forma parte de la red campesina creada por Celia Sánchez para recibir el desembarco. Ni son militantes del Movimiento 26 de Julio, ni han participado jamás en actividades políticas. Estos primeros campesinos con los que topa Fidel después de Alegría de Pío, son simplemente gente humilde y trabajadora, víctima como toda su clase de la explotación de los latifundistas y especuladores y del atropello de la Guardia Rural, y naturalmente sensibles, en consecuencia, cuando se trata de ayudar a alguien que viene a luchar contra los que ellos quizás hubieran luchado. A muchos como ellos se debe también en gran parte el hecho de que una buena cantidad de expedicionarios hayan salvado sus vidas.

Esa misma noche los combatientes prosiguen la marcha. Un amigo del dueño de la casa los lleva, atravesando el arroyo Maicito, el río Toro y el camino de Las Guásimas, y subiendo por la loma del Copal, hasta la loma de la Yerba.

Grupo de Raúl

Por la mañana Raúl escribe en su diario:

Son las 9 a.m. y todavía no ha aparecido nadie, oímos un campesino cantar y recorrer su vega que está cerca. Dormimos aquí en la ladera, a un costado del barranco que bajamos ayer entre las piedras grandes algo desprendidas. Dormimos bastante mal, aunque no había muchos mosquitos ni frío; seguiremos esperando al campesino; según Ernesto, nunca había tardado tanto. El Sol nos salió completamente de frente, el amanecer fue bello. Estamos llenos de esperanzas.

Es natural el tono de estas últimas anotaciones. Hace tres días que Ernesto Fernández está siendo atendido

diligentemente por *Neno* Hidalgo y otros miembros de la familia de este campesino. La perspectiva de calmar el hambre y la sed, reponer fuerzas y obtener información siembra un nuevo ánimo en Raúl y sus compañeros.

Alrededor de las 10:00 de la mañana llegan los campesinos con el desayuno de Ernesto, y para su sorpresa encuentran que ya no es uno, sino son seis. Prometen regresar más tarde con provisiones para todos, y, en efecto, a las 2:00 regresan Baldomero Cedeño y Crescencio Amaya con agua abundante y un suculento almuerzo: congrí, yuca, boniato, plátanos, café y cigarros. Esa tarde, Raúl se entera de las terribles noticias de los asesinatos de sus compañeros en la boca del Toro y otros lugares. El resto del día descansan y reponen energía.

Raúl concluye sus anotaciones de esta forma:

Fue la vez, desde la salida de México, que mejor comíamos. Nos trajeron unos papeles que estaba regando un avión del ejército donde el coronel Cruz Vidal, “jefe de operaciones”, nos pedía que nos rindiéramos, que serían respetadas nuestras vidas (?). Nos contaron muchas cosas pero las noticias nacionales las daban bastante vagas. Que mataron a ocho compañeros aquí. Se fueron y como a las 3 de la tarde se oyó un avión con altoparlante conminándonos a que nos rindiéramos, nos reímos de ellos. Por la tarde vinieron los cuatro campesinos, cuyos nombres no escribo pero los tendremos grabados toda la vida en el corazón. Estuvimos hablando con ellos como dos horas. Por la tarde trajeron café. Por la noche decidimos dormir en un platanal que estaba a unos 30 metros más abajo, porque en las piedras no se podía dormir bien. La noche estaba magnífica, sin frío y sin mosquitos. Vine a dormirme como a las 12. Parece que la digestión me molestaba, ya que hacía días el estómago no trabajaba. Llovizó un poquito a las 11.

Grupo de Almeida

Durante el día, el grupo de combatientes encabezado por Almeida se distribuyen convenientemente en el monte para evitar una sorpresa, y se ocultan lo mejor posible. El día transcurre sin novedad. Ven pasar varias veces sobre sus cabezas una avioneta que vuela a baja altura, y desde la cual alguien dice algo con altoparlantes. Almeida presume correctamente que son exhortaciones a la rendición de los expedicionarios que aún quedan dispersos, lo cual les hace abrigar la esperanza de que no son los únicos que se han salvado hasta el momento.

En todo el día tampoco han encontrado nada que comer.

Por la noche emprenden de nuevo el camino en busca de las zonas más altas que se vislumbran hacia el nordeste. Han llegado a Las Guásimas. En una casa cercana se escucha el sonido de una orquesta.

Almeida, Ramiro y Che opinan que no deben acercarse. El resto del grupo considera que hace falta conseguir algo de comer. Ramiro y Che se acercan. Ya están a poca distancia. De repente la música cesa y se escucha una voz:

—Y ahora vamos a brindar por todos nuestros compañeros de armas, que han tenido una actuación tan brillante en estos días.

No hace falta más. Son guardias los que están reunidos, festejando sus supuestas hazañas militares contra combatientes desarmados e indefensos.

A esa misma hora, del otro lado del río Toro y a poco más de dos kilómetros de distancia, Raúl y sus compañeros están cambiando impresiones con Ernesto Fernández en el improvisado abrigo del farallón del Blanquizal.

Los combatientes del grupo de Almeida se retiran pronto de la zona. Comienzan a trepar hacia el alto de Las Guásimas. Más allá sigue ascendiendo un estribo de la loma del Regino.

Avanzan lentamente. Las piernas se resisten. Cada paso exige un supremo esfuerzo de voluntad. Para todos es evidente que no podrán resistir otra jornada sin un poco de alimento.

Che resume así el día:

Por la noche caminamos con rumbo Norte. Estuvimos a punto de entrar en otro bohío pero yo que iba delante alcancé a escuchar un brindis “a mis compañeros de armas” y salimos con viento fresco. Encontramos nuevamente el arroyo y seguimos marcha hasta las 12 en que paramos, la gente muy agotada.

JUEVES 13 DE DICIEMBRE

Grupo de Fidel

Después que el práctico que los ha conducido hasta la loma de la Yerba les indica el rumbo general a seguir y los deja, los combatientes del grupo de Fidel bajan hasta la casa donde viven los hermanos Rubén y Walterio Tejeda. Allí permanecen unas tres horas. Los campesinos les ofrecen leche y viandas.

Han hecho contacto finalmente con la red de recepción preparada en la zona por gestiones de Celia Sánchez, y en cuya organización han trabajado Guillermo García y Crescencio Pérez. Los hermanos Tejeda forman parte de esa red y han participado ya en la atención de otros dos expedicionarios —Gino Donné y Rolando Moya— que pasaron por su casa.

Rubén Tejeda y Eustiquio Naranjo llevan a los combatientes hasta la casa de Enrique Verdecia, en El Plátano. El campesino también les ofrece algo de comer, y al poco rato siguen camino. Cruzan un firme a campo traviesa y caen sobre el arroyo Limoncito, en la finca de Marcial Areviches, donde establecen campamento. Desde que salieron de La Convenencia la noche anterior, Fidel y sus compañeros han caminado más de diez kilómetros.

Poco después del mediodía, Universo está de posta en el acceso al pequeño campamento en el monte, cuando detecta

a un campesino que se acerca al lugar. Trae un cubo en la mano y viene mirando para todas partes, como si buscara algo. El combatiente le sale al encuentro, le da el alto y registra el recipiente. Es Adrián García, el padre de Guillermo, que se ha enterado por Eustiquio Naranjo de que hay expedicionarios en la zona y les trae arroz con guanajo, pan, leche y café.

Aunque Fidel se ha presentado con el nombre de Alejandro, Adrián García no se ha dejado engañar. Por la conversación con Alejandro y su evidente autoridad, el campesino ha llegado a la conclusión de que se trata de un jefe. Recuerda, además, unas fotos de Fidel que ha visto publicadas algún tiempo atrás en la revista *Bohemia*. A las pocas horas se ha corrido la voz entre los vecinos de que Fidel Castro está vivo y en la zona. Esa misma tarde aparecen unos diez jóvenes del lugar que vienen dispuestos a incorporarse a Fidel. El jefe rebelde les promete aceptarlos cuando la tropa esté reagrupada y organizada.

A pesar de que su presencia ya no resulta un secreto, Fidel decide no moverse. El lugar es relativamente seguro y está en manos de personas de confianza. Por otra parte, espera la llegada del práctico que le han anunciado habrá de guiarlos para el cruce de la carretera de Pilón a Niquero, donde el Ejército tiene tendido su cerco principal.

Grupo de Raúl

Raúl y los demás combatientes de su grupo se trasladan por la mañana a una pequeña aguada que está algo más arriba en la falda del acantilado. Los campesinos siguen atendiéndolos.

Los aviones pasan de nuevo regando volantes acerca de las garantías que se ofrecen a los expedicionarios que se entreguen. Ya *Neno* Hidalgo ha traído informaciones imprecisas de que alguien que pudiera ser Fidel está vivo y ha pasado por la zona en camino hacia la Sierra. Raúl ha

decidido continuar de inmediato la marcha y pide que se les consiga un práctico.

Narra Raúl:

A las 5 y 30 subimos de nuevo a las piedras. Más tarde, 7 a.m., llegaron dos campesinos con café. Decidimos trasladarnos a un ojo de agua que está cerca: son las 9 a.m., esperamos al dueño de estas tierras [*Neno Hidalgo*] con el desayuno. Llegó el venerable anciano con algunas noticias y un suculento desayuno: una lata de medio galón de café con leche, dos botellas de chocolate y como seis galletas para cada uno. Decidimos irnos esta noche y mandamos a buscar un práctico para guía. Pensamos entrar de lleno en la Sierra esta noche, rumbo noreste. Pensamos pasar entre Pílon y la Vigía (observatorio americano). Hoy limpiamos las armas con luz brillante y aceite de higuereta. Ulises [*Efigenio Ameijeiras*] continúa deseoso de aventuras, piensa hacerse famoso. Estamos en estos momentos en una ensenadita cubierta de grandes árboles y rodeada de grandes lomas, con la única salida del cauce seco de un arroyo y en el centro el divino ojo de agua de un manantialito. Aquí pasamos un día muy contentos y llenos de esperanza de encontrarnos en la Sierra con Fidel y nuevas aventuras. Son las 4 y 50 de la tarde. Aquí ya no da el sol y las palomas y torcazas ya vienen a dormir, mientras nosotros preparamos el viaje.

Sin embargo, el plan se frustra. Más adelante, ese mismo día, Raúl asienta en su diario con pesadumbre:

Lamentablemente ya no podemos irnos hoy. No encontraron al guía. Como a las 6 y 30 p.m. ya completamente oscuro se sintió un ruido azotando las copas de los árboles. Rápidamente nos dimos

cuenta de un fuerte aguacero, que no duró mucho, pero nos empapó. Los sacos disponibles, los usamos para proteger las armas, y después de escampar cada vez que tocábamos un gajo nos caía una lluvia de gotas. Comimos unas raspaduras de coco que nos habían traído entre las cosas del viaje, pero estaban muy blandas y no resistirían la jornada. Para dormir fue una verdadera tragedia, pues con la ropa y la tierra mojada no había dónde meterse. Con Ciro me acomodé debajo de un cedro abandonado y con la ayuda de un saco de henequén de esos de envasar azúcar, pasamos la noche tiritando de frío y calados hasta los huesos. Por la mañana descubrí que los malditos cangrejos que de noche abundan por miles y de todos los tamaños, habían comido la manga derecha de mi camisa.

Grupo de Almeida

A las 2:00 de la madrugada, los combatientes que siguen a Almeida hacia la Sierra llegan a la casa de Alfredo González, casi en el mismo firme de la loma de Regino. El campesino los recibe amablemente. Alfredo es miembro de un grupo de adventistas cuyo pastor, Argelio Rosabal, está comprometido en el apoyo a la expedición.

De inmediato comienza lo que Che califica de un “festival ininterrumpido de comida”. Los expedicionarios comen y comen durante varias horas, a tal punto que la llegada del día los sorprende. Ya es imposible seguir camino.

De todos los alrededores comienzan a llegar vecinos curiosos ávidos de conocer a esos hombres cuya llegada ya es conocida y de los que se dice que tienen un apetito inagotable. Algunos traen todavía más comida. Ofelia Arcís prepara una caja de dulces y tabacos, y sube hasta el alto desde su casa en Las Puercas. Los combatientes ofrecen un aspecto deplorable, con las ropas raídas y el hambre y las tensiones

de once días incrustadas en el rostro barbudo. Ofelia se echa a llorar.

—Denle una tacita de café —dice Che—, que ella se ha emocionado al vernos.

Los estómagos de los expedicionarios, resentidos por el hambre prolongada y mal agradecidos por la hartura, no resisten. La casa de Alfredo presenta al poco rato un aspecto deplorable y se invade de un olor nada grato.

En su diario, Che relata así las incidencias del día:

Todo el día [12] sin alimento y con poca agua. Al caer la tarde emprendimos la marcha con rumbo norte y en dirección a un pueblo que luego supimos era Pilón. A la 1 de la mañana [del día 13], contra mi consejo se fue a un bohío, nos recibieron muy bien y nos dieron de comer, la gente se enfermó de tanto comer. Pasamos el día encerrados. Vinieron a vernos muchos adventistas y al anochecer salimos cuatro a casa de uno de ellos: Almeida, Pancho González, [Rafael] Chao y yo. [Reinaldo] Benítez y Ramiro [Valdés] van a otra casa. [Camilo] Cienfuegos a otra. [Pablo] Hurtado lo debía acompañar, pero prefirió quedarse porque se sentía mal. Nos enteramos de que hay 16 muertos, 8 de ellos en Boca del Toro, todos asesinados al rendirse. Van saliendo los nombres primeros: Chibás [Andrés Luján], Royo, Hirzel. Sabemos que se han entregado cinco compañeros y están vivos. [...] Sabemos que grupos de compañeros han pasado rumbo a las montañas.

Esa noche, Argelio Rosabal y el hijo de Ofelia, Ibrahim Sotomayor, traen ropas para vestir a los combatientes de campesinos y así poder sacarlos. Los campesinos proponen al grupo que dejen las armas escondidas. Alfredo González se compromete a guardarlas en su casa, hasta que manden a buscarlas. Sólo Almeida y Che conservan sus pistolas ametralladoras.

Esa misma noche, los combatientes se trasladan a las otras casas. Pablo Hurtado queda, junto con las armas, en la de Alfredo. Está enfermo y no puede siquiera incorporarse. Che concluye así sus apuntes:

Las armas quedan en casa de A.G. [Alfredo González] el que nos recibiera, quedan los fusiles y las balas. Todos tenemos ropas de guajiros. Almeida y yo pistolas. Pasamos a la misma casa de A.R. [Argelio Rosabal] en que nos llevan la comida.

VIERNES 14 DE DICIEMBRE

Grupo de Fidel

Guillermo García llega a la finca de Areviches a la 1:00 de la madrugada del día 14. Se produce el encuentro con Fidel en el campamento del pequeño grupo de combatientes, cerca del arroyo.

Guillermo explica con cierto detalle las medidas que se habían tomado para recibir a la expedición, e informa a Fidel de lo ocurrido hasta el momento. Allí es cuando Fidel conoce quiénes son algunos de los expedicionarios asesinados, cuántos han sido capturados, con quiénes han establecido contacto los colaboradores campesinos.

Fidel y Guillermo cambian impresiones sobre lo que debe hacerse. El jefe revolucionario quiere cruzar de inmediato la carretera de Pílon, donde el enemigo ha tendido el cerco principal. Guillermo, en cambio, aconseja esperar, ya que tiene informaciones en el sentido de que los guardias levantarán el cerco al día siguiente. Al cabo, Fidel accede.

Ese mismo día, Guillermo e Ignacio y Baurel Pérez —hijo y sobrino de Crescencio Pérez, respectivamente— acompañan a los tres expedicionarios. Pasan por la finca La Emilia, donde descansan un rato, y llegan a La Manteca. En el cañaveral de la finca de Pablo Pérez, debajo de una frondosa

mata de mango, deciden acampar en espera de la oportunidad de cruzar la carretera.

Guillermo los deja para buscar comida y seguir en sus gestiones de localización de expedicionarios, y de inmediato Fidel traslada el campamento a una alturita cercana desde donde pueden observar los alrededores. La desconfianza, uno de los atributos del guerrillero, no lo abandona un instante, incluso en el caso de Guillermo García, quien ya se ha identificado como colaborador incondicional y eficiente.

Grupo de Raúl

Raúl escribe ese día:

Por el frío que teníamos, más que nunca estábamos esperando el desayuno. Vino por fin una botella de café. [...] A las 2 p.m. trajeron el almuerzo: congrí y plátanos hervidos. No era mucho pero nos satisfizo. Nos trajeron unas hojas del periódico “Diario de Cuba” del día 5 de diciembre. En firme decidimos partir hoy; uno de los campesinos nos sacará hasta afuera y de ahí seguiremos solos. Según nos informaron hoy, “nuestro amigo” [Guillermo García] sacó a F. [Fidel] por la Sierra. Ahora son las 3 y 20 p.m.

En vista de que el guía sigue sin aparecer, Raúl ordena por la noche emprender la marcha solos. Se separan de Ernesto Fernández, quien está enfermo y con los pies destrozados. Cruzan el río Toro, dejan a un lado el caserío de Las Guásimas, donde los campesinos han informado de la presencia de una tropa del Ejército, y comienzan a ascender a campo traviesa las primeras estribaciones de la Sierra. Prosigue relatando Raúl:

Esperamos con todo preparado y no vino ningún guajiro, no sabemos qué pasaría. Esperamos hasta las 10 menos cuarto, a esa hora salimos cinco

compañeros. Hacía un poco de frío, pero pronto las subideras y bajaderas de lomas que parecían interminables, nos lo quitaría sustituyéndolo con gruesas gotas de sudor.

Desconociendo completamente la zona, teníamos que desechar todos los caminos y trillos. [...] Había una luna llena y la noche muy clara, de lo contrario nos hubiéramos metido por una de esas lomas. Por las vegas que pasábamos, Ciro [Redondo] y yo íbamos recogiendo algunas mazorcas de maíz tierno, y así mismo nos las comíamos; increíblemente nos caen de lo mejor. A las doce de la noche hicimos una parada en lo alto de una loma, y a la luz de la luna nos tomamos una lata de leche condensada con medio galón de agua que recogimos en un río que pasamos momentos antes, entre varios bohíos. No sabemos el nombre del lugar. Es imprescindible un práctico para poder operar por estas zonas. Tenemos la esperanza de que F. [Fidel] tenga resuelto este problema cuando topemos con él.

Han llegado a la loma del Muerto. Muy cerca, en el callejón y el potrero que van dejando a la izquierda, fueron sorprendidos cinco días antes por una patrulla del Ejército los expedicionarios Luis Arcos, Armando Mestre y José Ramón Martínez.

Continúa narrando Raúl:

Seguimos subiendo y bajando hasta las 2 de la madrugada, en que completamente exhaustos de cansancio, nos acostamos al lado de un maizal, aprovechando yerba seca que había allí, para hacer un nicho más cómodo que los anteriores. Para provisión de agua, sólo contamos con dos cantimploras y una botella chiquita. Las demás cantimploras de los compañeros se perdieron en el primer encuentro-sorpresa-emboscada que nos

dieron. Creo que nos será difícil localizar a F. [Fidel] pero lo lograremos.

Grupo de Almeida

Almeida, Che, Pancho González y Rafael Chao han sido llevados a la casa de Argelio Rosabal en El Mamey. Allí pasan el día sin novedad, descansando y comiendo. Ramiro y Benítez han pasado para la vivienda de Ofelia Arcís, y Camilo a la de Ibrahim Sotomayor.

Esa misma mañana, Alfredo González comenta en Corcobao los incidentes ocurridos en su casa el día anterior. Uno de los que lo escucha informa a los guardias. A las 3:00 de la tarde una patrulla de soldados sube hasta la casa de Alfredo, ocupa las armas y saca de la cama a Pablo Hurtado.

La noticia llega poco después a la casa de Argelio Rosabal. Argelio le ha avisado a Guillermo García de la presencia del grupo en su vivienda, y esa misma noche llega Guillermo a buscarlos. Viene de dejar a Fidel en La Manteca, después de haberlo guiado desde la finca de Areviches. Aún de noche, Guillermo traslada a los cuatro combatientes hasta la casa de Carlos Mas, en Palmarito.

Che comenta en su diario las informaciones que el grupo ha ido recibiendo en cuanto a la suerte de otros expedicionarios, algunas inexactas:

Pasa el día sin novedad pero al anochecer nos enteramos de la desagradable noticia de que las armas habían sido tomadas y Hurtado con ellas sin más detalles. Los cuatro compañeros salimos guiados por G.G. [Guillermo García] hasta la casa de otro campesino, por el camino nos enteramos de nuevas muertes [...], de nuevas detenciones sin muerte [...]. De gente nuestra puesta a salvo: Calixto García, Calixto Morales, Carlos Bermúdez, [Rolando] Moya, [Armando] Huau, Arsenio García, Pablo [Díaz] el cocinero.

De Fidel no hay noticias concretas.

Este último apunte es significativo. Al parecer, Guillermo ha querido ser discreto y esperar a que Fidel haga el cruce de la carretera de Pílon, antes de confirmar la noticia de que está vivo y en camino.

Después que se produce el registro de la casa de Alfredo González y la detención de Pablo Hurtado, los hijos de Ofelia Arcís temen que los guardias empiecen a allanar todas las viviendas de la zona. Freddy Sotomayor, hermano de Ibrahim, esconde a Camilo en un pozo ciego y a Benítez y Ramiro debajo de unos bejucos de guaniquique.

SÁBADO 15 DE DICIEMBRE

Hasta el día 15, las fuerzas de la tiranía han logrado capturar a 17 expedicionarios del *Granma*. Otros 21 han muerto, la inmensa mayoría asesinados a mansalva por esbirros tales como el teniente Julio Laurent, del Servicio de Inteligencia Naval, o el capitán Caridad Fernández, jefe del escuadrón de Guardia Rural en Manzanillo.

Ese mismo día ha sido muerto Juan Manuel Márquez, el segundo jefe de la expedición. En la dispersión de Alegría de Pío, Juan Manuel queda solo. Desorientado, comienza un agónico peregrinar por montes y campos de caña al tiempo que su estado físico se va deteriorando por efecto del hambre, la sed y el cansancio. El día 15 es capturado en Estacadero, desfallecido a la orilla de una guardarraya y a menos de 500 metros de la vivienda campesina de la familia Matamoros, donde sin duda hubiese sido acogido y auxiliado. Esa misma noche es asesinado cerca de San Ramón.

A esta altura de los acontecimientos, los mandos militares del tirano consideran que la amenaza planteada por los expedicionarios ha sido conjurada. Aunque no han dado con Fidel, suponen que él es de los pocos que quedan dispersos por el monte, desorientados, hambrientos y desmoralizados, cuya captura o muerte final es cosa prácticamente asegurada.

Pocos días después del combate en Alegría, el enemigo comienza a retirar parte del personal desplegado en la zona, y el día 15 levanta finalmente la línea de cerco más importante que ha establecido con el propósito de encerrar a los combatientes del *Granma* en un territorio áspero y reducido, de espaldas al mar.

Grupo de Fidel

A las 8:00 de la noche Fidel ordena iniciar la marcha. Guillermo ha regresado esa tarde con la feliz noticia de que ha establecido contacto con el grupo de Almeida. Sirven de prácticos los mismos tres del día anterior. En poco más de dos horas de camino a campo traviesa, cubren la distancia de La Manteca a la carretera. A pesar de que las postas que mantenían el cerco ya no están, cruzan la vía con gran cautela, por una alcantarilla, cerca de la casa de un hermano de Crescencio.

Siguen caminando sin descanso durante toda la noche. Más de treinta kilómetros cuesta arriba y cuesta abajo, atravesando riachuelos, montes, potreros y sembrados. Pasan por Las Cajas y suben más adelante hasta la cima de la loma de la Nigua.

Aquí hacen un alto. Es tanto el agotamiento y la tensión de los últimos días, que Fidel se sienta en el suelo y al instante se queda dormido. Han llegado casi a su destino.

Grupo de Raúl

Siguiendo su norma de marchar sólo de noche, desechando caminos y con todas las precauciones posibles, los combatientes del grupo de Raúl dejan pasar el día 15 escondidos cerca de una casa en la zona de Los Chorros. Raúl anota durante el día:

Pensábamos dormir tres horas y levantarnos a las 5, pero resultó que eran las seis. Decidimos escondernos cerca de un bohío, descansar y esperar que pase el

día, porque es imposible caminar de día sin correr riesgo de que nos vean, y ya de tarde meternos en el bohío, comer algo, pedir orientaciones y seguir. Asimismo acordamos consumir los poquitos víveres que traemos, porque el guerrillero necesita movilidad y el saco con los pocos alimentos, pesa algo, es difícil de conducir y nos retrasa mucho, y por aquí hay bastantes casitas campesinas. Cruzamos un camino; tuvimos que acostarnos en la yerba mientras pasaban tres jóvenes campesinos a caballo. Subimos una ladera y estamos en un pequeño bosquecito, rodeados por ambos lados, norte y sur, de bohíos; no muy lejano, al este, el mar, y al norte la carretera de Pilon que tendremos que atravesar esta noche para internarnos más en la Sierra. Hemos evitado que nadie nos vea, por lo menos hasta la hora de partir, para mayor seguridad.

Desayunamos dos salchichas de lata y pedacitos de queso blanco y dos cucharaditas de azúcar parda. Hay muchos mosquitos aquí que apenas nos dejan descansar. Ulises [Éfigenio Ameijeiras] torció algunos tabaquitos con papel de cartucho, el Flaco [René Rodríguez] está de posta al lado de un trillo y los demás dormitan sobre las hojas secas. Desde aquí se oyen los ladridos de perros, voces de personas y demás ruidos característicos de bohíos. Son las 9:30 a.m.

Al atardecer inician de nuevo la marcha. Raúl sigue escribiendo:

Pasamos un día aburridísimo, consumimos lo que nos quedaba de queso con azúcar, que también se acabó, y una lata de sardina entomatada con lo que pudimos entretener el estómago. A las seis, ya había luna, y aún quedaba algún resplandor de la luz del sol que ya moría por el poniente. Partimos como vanguardia Ciro y yo, mientras los demás nos seguían a cierta

distancia. Llegamos al bohío y, después de identificarnos, el señor nos confesó que había tenido escondidos a dos compañeros nuestros, y traía unas botas que le habían obsequiado. Por suerte también para nosotros, en toda esa zona correspondiente al municipio de Pilón y que se llama el “M...O” [El Muerto] viven muchos parientes de los señores que nos estuvieron escondiendo antes [se refiere a la familia de *Neno* Hidalgo, en Ojo del Toro]. Pero resultó que en este bohío, como en casi todos, la miseria era espantosa, ni una vianda porque había llovido muy poco durante el año, ni un ave, en fin, nada. Unos poquitos de frijoles negros, que probablemente guardaron para la comida del día siguiente, ahí en un caldero, era lo único que tenían y ofrecían.

Julián Morales, el campesino que los ha atendido, conduce al grupo un poco más abajo, hasta la tienda de Luis Cedeño. Allí Raúl conversa con el dueño, quien le entrega una abundante factura. El combatiente le deja una carta de agradecimiento —similar a la que había entregado el día antes a *Neno* Hidalgo—, que a la vez es una demostración de la inquebrantable seguridad en el triunfo de la revolución:

Dejo constancia escrita de este favor, en estos momentos difíciles para que se tenga en cuenta en el futuro, ya que no pudimos pagarle nada; por si nosotros morimos pueda presentarse este documento en cualquier organismo oficial del futuro Gobierno Revolucionario.

El grupo regresa luego a la casa de Morales, donde preparan una copiosa comida. A las 9:00 de la noche abandonan el hospitalario lugar para otra jornada nocturna de marcha. Faldeando todo el firme, en dirección general al nordeste, pasan al pie del Regino y la Vigía y suben luego al Norte en dirección a La Manteca. Esa misma noche Fidel ha dejado esa zona para hacer el cruce de la carretera de Pilón.

Sigue anotando Raúl:

Allí en el tenducho había un radio de baterías y se oía muy mal. Durante el rato que estuve allí se oyó un “flash” dentro de un programa que dijo algo de “Castro Ruz y México”, pero esencialmente por el mal estado del aparato, no pudimos oír nada, nos fuimos para allá y preparamos a toda prisa nuestra comida: sopón de fideos y bacalao, arroz congrí. Pero en cantidades grandes, comí como un animalito. Reposamos 30 minutos, y partimos a las 9 de la noche. A este campesino, como al de la bodeguita y al anterior que nos tuvo escondidos, les dejé unas notas con mi firma, exponiendo que se habían portado bien con nosotros en estos momentos difíciles, por si nosotros moríamos dejábamos constancia de ello. Dos campesinos nos hicieron valiosas indicaciones para llegar a la Sierra y nos acompañaron por unos trillos unos 25 minutos. Seguimos la ruta por trillos, y fue increíble lo que avanzamos en dos horas y media. Llegamos hasta seis kilómetros de Pílon, y ya cuando divisamos sus luces, desde la guardarraya de un cañaveral, nos desviamos hacia las montañas, por las que unas veces caminábamos por trillos y otras por el bosque, hasta que de nuevo encontrábamos otro caminito. La luna llena de estos días seguía en toda su plenitud. Aquí termina este día, que fue el que más aprovechamos de noche.

Grupo de Almeida

Ramiro, Camilo y Benítez son trasladados durante el día a una cueva dentro del monte. El lugar está a algunos kilómetros de la casa de los Sotomayor, y los campesinos han considerado que ofrece mayor seguridad. Allí siguen atendiéndolos en todo lo necesario.

Almeida, Che, *Pancho* González y Chao, por su parte, siguen escondidos en la finca de Carlos Mas. Ese día reciben un mensaje de Guillermo en el sentido de que deben permanecer en el lugar, ya que se ha hecho contacto con Faustino Pérez. Guillermo está cumpliendo una orientación de Fidel y ha enviado el mensaje antes de regresar a La Manteca a conducirlo para el cruce de la carretera de Pilón. Che anota en su diario: “Pasamos sin novedad el día, se recibe una nota de G.A. [Guillermo García] indicando que localizó a Fausto, que nos quedemos en el lugar, hay indicios de que se va a dar con Alejandro [Fidel]”.

El grupo de Camilo recibe un mensaje de Almeida en el que les dice que deben reunirse con él en Palmarito. La intención de Almeida es volver a reagrupar sus hombres para salir lo antes posible a establecer contacto con los otros expedicionarios que están también a salvo. Esa misma noche, Camilo, Ramiro y Benítez emprenden la subida del firme hasta la casa de Carlos Mas.

DOMINGO 16 DE DICIEMBRE

Grupo de Fidel

Desde lo alto de la loma de la Nigua, Fidel y sus acompañantes observan durante un rato los alrededores. Hay luna llena. A sus pies, en la misma falda de la loma, se extiende un umbroso cafetal. Abajo serpentea un arroyo y, del otro lado, hay más café. El relieve se diluye en blandas colinas, algunas sembradas de caña, otras abiertas en verdes potreros, mientras que en algunos lugares señorea aún el monte. Es la finca de Ramón Pérez, hermano de Crescencio, que se prolonga hasta donde el río Vicana y el camino real de Purial corren enlazados cortando a lo ancho el panorama, a dos kilómetros del alto de la Nigua.

Comienza a clarear el día cuando el grupo desciende por una falda de la loma. Atraviesan los cafetales, dan un

pequeño rodeo y salen al borde del potrero que está al fondo de la casa de *Mongo* Pérez. Son aproximadamente las 7:00 de la mañana.

A los pocos minutos aparece el dueño de la finca, a quien ha ido a avisar uno de los prácticos. Después de un cambio de impresiones con él, Fidel establece su campamento entre unas palmas jóvenes, en el centro de un pequeño campo de caña. El resto de ese día y esa noche, los combatientes reponen sus gastadas energías. Al fin pueden dormir sin sobresalto.

Ese mismo día, Guillermo García e Ignacio Pérez parten de nuevo con la encomienda de Fidel de hacer contacto con otros grupos de expedicionarios y recoger la mayor cantidad de las armas que hayan podido quedar abandonadas u ocultas.

Grupo de Raúl

Al amanecer del día 16, poco más o menos a la hora en que Fidel llega a la finca de *Mongo* Pérez, los combatientes del grupo de Raúl acampan en la zona de La Manteca, después de haber seguido caminando toda la madrugada y haber pasado por la casa de Ramón Coello. El lugar es alto y resguardado. Los hombres se disponen a descansar después de la fatigosa jornada nocturna, y comen la yuca que les han hervido en la casa del campesino. Raúl escribe:

Seguimos caminando de madrugada. “El Flaco” [René Rodríguez], entusiasmado por el éxito del primer bohío, quería meterse a todas horas en todos los bohíos. Aprovechando la luna estuvimos adelantando hasta las 3 y 15 de la madrugada. En un descanso que hicimos en la cúspide de una loma, el Flaco se puso a explorar y como a los 200 metros encontró dentro de un pequeño cercado de palos, un joven campesino [Ramón Coello] que se disponía a ordeñar su única vaca. [...] Decidimos hacernos pasar por el papel de guardias rurales. Nos invitó a tomar café y fuimos hasta su casa que estaba a unos

220 metros más; su señora, una joven y no muy fea campesina. Nos quedaba una lata de leche condensada y decidimos tomar café con leche bien caliente. En lo que hace de salita, había una lata de yucas, recién sacadas, por lo que le propuse que nos hirvieran unas cuantas, a lo que accedió gustoso. Mientras preparaban esto, asamos dos mazorquitas de maíz que traíamos; las primeras que comíamos así, ya que las demás nos las habíamos comido crudas. Tomamos el café con leche y un rato después estaban las yucas, pero como ya eran más de las 4 de la mañana, decidimos irnos y meterlas en una latica que traíamos porque queríamos alejarnos de esas zonas antes del amanecer. A este lugar le llaman “La Manteca”.

Serían las 5 de la mañana cuando encontramos un lugarcito, aunque no muy bueno, pues había muchos bohíos cerca. Siempre tratamos, cuando tenemos que pasar el día durmiendo, después de una larga jornada, de pasarlo en lo alto de una montaña para dormir sin preocupaciones.

Apenas una hora después, se escuchan unos tiros. Armando Rodríguez sale a tratar de precisar la procedencia de los disparos, y es visto por un niño. Raúl sigue escribiendo:

Decidimos abandonar el lugar a esa hora. Difícil tarea ésta, ya que estábamos prácticamente rodeados de bohíos y nos podrían ver. Tuvimos que bajar por tremendos farallones, y en forma de cadena íbamos pasándonos los rifles y nuestra pequeña jabita, que ya lo único que contenía era un poco de aceite, ajo, sal y un poquito de café, además del machetín, algunas laticas vacías. Al fondo de la hondonada nos quedaba una casita y al tratarla de cruzar por la ladera, nos vio una mujer desde la puerta, por lo que

decidimos llegar allí. Campesina joven, con varios hijos, el esposo estaba trabajando en la estancia y se llama Justo. Nos confundieron aquí también con guardias rurales.

Los combatientes aprovechan el equívoco para poder avanzar con más seguridad en esa necesaria caminata diurna. Prosiguen todo el día sin detenerse, eludiendo en lo posible el contacto con los campesinos. Durante esta jornada, ocultan el fusil sobrante y Raúl prepara un croquis del lugar, que posteriormente permite localizarlo por intermedio de Guillermo.

Por fin, en la tarde del propio día 16, después de una agotadora y difícil marcha a través de las montañas, llegan a la carretera de Pilón, en un punto situado a unos cuatro kilómetros al sur de la alcantarilla por donde había cruzado Fidel la noche anterior. Veamos el detallado relato del propio Raúl:

Pasamos, entre bajaderas y subideras, caminando hacia atrás para despistar, varias estancias, la mayoría de yucas, malangas, maíz, plátanos. Después empezó una de las jornadas más duras. Atravesamos, pero de largo para poder avanzar, una pequeña cadena de como seis montañas. Era la única forma de adelantar de día, a un lado y a otro teníamos bohíos, al este la costa y el central Pilón a unas dos leguas se veía muy bien desde nuestra altura. Había que atravesar un claro más bajo que las intrincadas montañas y de ambos lados nos podrían ver; entonces decidimos descansar dos horas y media y aprovecharlas para dormir. Yo sólo pude dormir una hora pues tuve que hacer guardia. A las tres p.m. atravesamos el claro completamente arrastrados estilo comando. Creo que cruzamos dos montañas en esa difícil y torturadora, aunque la más segura, manera. A las 5 y 20, después de bajar por una cañada seca y rocosa, llegamos a la famosa, entre

nosotros, carretera de Pión a Niquero, que aunque parece estar en buen estado, es más bien un camino vecinal. Esperamos una hora para que oscureciera, mientras se observarían los movimientos de la zona opuesta. En ese intervalo, estuvo cayendo una fina lloviznita. Ya momentos antes había aparecido un bonito arcoiris, que hacía tiempo no veía; creo que en México nunca vi uno. Por fin a las seis y media, aunque había luna llena y brillante, cruzamos un río-arroyo, y nos internamos en un cañaveral, salimos de allí y seguimos el curso del mismo unos 250 metros, volvimos a internarnos en otro tupidísimo y mojado cañaveral, que fue un verdadero tormento pasarlo. Como esta “carretera” va entre montañas, no podíamos seguir de frente, hacia el norte, porque estaba en medio otra de estas soberanas lomitas, y subirlas, más a esa hora dando tropiezos y enredados con bejucos, era lo que más nos agotaba. En medio del cañaveral encontramos un claro, y ahí mismo nos sentamos y estuvimos dos horas comiendo cañas. Seguimos la marcha por el cañaveral, salimos a un maizal, nos comimos dos o tres mazorcas crudas, y al subir por una cañada, nos topamos con la carretera. Sale Armando a explorar y nos confundió, pues como este tramo era de mejor aspecto, pensó que el anterior era un camino y ésta de ahora la verdadera carretera. Y medio confundidos e incrédulos, volvimos a pasar. Subimos una hondonada pedregosa y debajo de unos arbolitos en un pequeño bosque nos acostamos como a las once de la noche. Aunque teníamos la ropa algo mojada, por lo extenuados que estábamos dormimos enseguida.

Lo que ha ocurrido es que, en ese lugar, la carretera describe una amplia Z entre las montañas. De hecho, esa noche los combatientes han cruzado dos veces la vía, pero no la han dejado atrás.

Grupo de Almeida

Los siete combatientes al mando de Almeida vuelven a reunirse esa mañana. El resto de la jornada transcurre sin ningún incidente de importancia.

Esa misma mañana, ya Fidel y sus dos compañeros han llegado a la casa de *Mongo* Pérez, y Guillermo ha regresado para encaminar al grupo de Almeida y cumplir la misión de recoger armas dispersas. Con Fidel en lugar seguro, no es preciso seguir manteniendo la discreción de los días anteriores. Che puede anotar esa noche lo siguiente:

Se confirma la presencia de Alejandro [Fidel]. La reunión será en las montañas. El día pasa sin novedad mayor. Dos nuevos hombres son prisioneros: [Guillén] Zelaya, el Mexicano, y Amaya [Fernando Sánchez Anaya]. Se confirma una muerte más: Luis Arcos.

LUNES 17 DE DICIEMBRE

La finca El Salvador, de *Mongo* Pérez, ubicada en el lugar conocido por Cinco Palmas, era el punto seleccionado de antemano por los organizadores de la red de recepción del desembarco donde los expedicionarios podrían agruparse y organizarse antes de su partida hacia las zonas más intrincadas de la Sierra.

Desde meses atrás, todos los grupos conspirativos del Movimiento 26 de Julio en la costa de Manzanillo a Pilon, han estado trabajando en función del desembarco. Celia Sánchez es la figura clave del Movimiento 26 de Julio en la región. Mantiene una coordinación estrecha con Frank País y la dirección del Movimiento en Santiago, y ha logrado incorporar a la organización a un buen número de campesinos y obreros, y a un grupo de estudiantes.

Celia, sobre todo, ha organizado una completa red de recepción entre los campesinos de la zona, cuyos centros principales son Guillermo García, en El Plátano, y Crescencio Pérez, en Ojo de Agua de Jerez. La red tiene sus ramificaciones hacia el norte en Santa María y Guaimaral, y hacia el sureste en Sevilla Arriba, El Mamey, Palmarito, La Manteca y otros lugares que conducen, cruzando monte hacia el nordeste, hasta la finca de *Mongo* Pérez. Existe también un número de campesinos que el Movimiento sabe que cooperarán en caso necesario.

Debido a las circunstancias del desembarco, el contacto no puede establecerse en los primeros momentos. Viene luego la dispersión.

Los días anteriores han sido de febril actividad para Guillermo y Crescencio. Han podido localizar y encaminar a algunos expedicionarios. El 16 Crescencio está reunido con tres de ellos —Calixto García, Calixto Morales y Carlos Bermúdez— en la casa de Félix Mendoza, en Manacal.

Grupo de Fidel

Durante todo el día, Fidel, Faustino y Universo permanecen en el cañaveral de la finca de *Mongo* Pérez, en el campamento bajo las palmas. La jornada sirve para reponer energías y conocer las noticias que Mongo les da sobre la suerte de los expedicionarios: los asesinados, los prisioneros y los que han pasado ya hacia la Sierra. Fidel envía con Mongo un mensaje a Crescencio para que baje lo antes posible de Manacal a Cinco Palmas.

Grupo de Raúl

Raúl y sus compañeros han decidido pasar el día casi junto a la carretera, en un lugar bien cubierto. La inacción permite al combatiente ser también muy prolijo en la narración que recoge en su diario de campaña:

Nos despertamos como a las 7 a.m. Todos dormimos las ocho horas. Teníamos el cuerpo descansado, los estómagos vacíos y protestando, y no había más remedio que esperar. Esperamos que saliera bien el sol para orientarnos y cuando lo analizamos comprobamos que habíamos vuelto a cruzar la carretera para atrás. En vista de la situación decidimos pasarla de día. Se sentía bastante tráfico; el natural de un central apartado en tiempo muerto. Eran las 9 y 30 de la mañana. Subimos una loma bastante parecida en altura a las demás; antes recogimos algunas mazorcas de maíz que comimos crudas. Llegamos al copito [de la loma] y decidimos pasar el día aquí. Estábamos al lado de la carretera. Pilón ya nos quedaba a la derecha. Por el noreste el camino que pensamos seguir, hay varios bohíos. Los observamos, pensamos llegar a uno de ellos, comer algo y con la ayuda de la luna pensamos caminar toda la noche. Por el medio día, Ulises [Efigenio], “el mago del caldero”, como le puse, preparó maíz crudo y tierno con un mojito de ajo, aceite y unos ajíes que nos encontramos. El sazón estaba muy sabroso y, aunque crudo, nos gustó mucho, también se le echaron algunos frijoles colorados tiernos que Ulises había recogido. Todo esto crudo y en una dosis muy pequeña: tres cucharadas por cabeza. Tenemos la esperanza de comer ahora algo caliente. Por el día dormíamos algo y a veces nos aburríamos mucho. Cuando más me entretengo es escribiendo este diario, pero tengo muy poco papel y tengo que ser muy escueto.

Poco después de las 6:00 de la tarde, ya oscureciendo, cruzan por tercera vez la carretera. Del otro lado, a poco más de un kilómetro, hay una casa y a ella se encaminan. El dueño se llama Santiago Guerra, y el lugar La Aguadita de Pilón. El campesino acoge cordialmente a los hambrientos

expedicionarios. Pero este encuentro resultará ser providencial por otra razón: Santiago Guerra tiene familia en Purial de Vicana, barrio contiguo al de Cinco Palmas, y recomienda a Raúl que se dirija allí. Dejemos que sea el propio Raúl quien siga narrando:

Partimos oscureciendo, como siempre, y por obra del destino fuimos a dar a un humildísimo bohío, que por las indicaciones que nos dio su dueño, tuvo importancia decisiva en nuestras vidas del momento. En la casa apenas había que comer, el dueño [...] fue a su estancia, en la ladera de una montaña, único lugar donde la inevitable “Compañía” deja sembrar a los campesinos, y nos trajo algunas mazorcas de maíz tierno que asamos y comimos mientras esperábamos la comida. Se hizo un sopón de arroz y algunos trocitos de carne de puerco y viandas que traíamos: yuca y calabaza. Ingerimos el alimento bastante caliente y en forma desesperada por el hambre que traíamos. Nos llenamos de tal forma que después no podíamos caminar y decidimos descansar 45 minutos mientras conversábamos tirados a la orilla del bohío, enfocando con el campesino temas como la reforma agraria y la explotación de que son víctimas por la compañía. Terminado el tiempo señalado, partimos por el mejor camino que jamás habíamos utilizado, ya que nuestro amigo se brindó a servirnos de práctico y adelantarnos un poco, tarea que hizo con su pequeño hijo, que tenía once años, el mayor de la familia y era su compañero de trabajo. Después nos indicó el camino a seguir, “de siempre a la izquierda”, y escogimos ese camino porque nos aseguró que no había guardias. Conversando sobre la mejor ruta para ir a la Sierra, él nos recomendó el “Purial” donde vivían inclusive sus padres y era zona que él conocía.

Antes de partir de la casa, Raúl deja al dueño un documento en testimonio de su cooperación, firmado con el seudónimo de Luar Trosca, es decir Raúl Castro con el orden de las letras alterado:

El lunes 17 de Dic. llegamos a casa del campesino Santiago Guerra, hambrientos y cansados y nos dio de comer atendiéndonos muy bien, y brindándose para ayudarnos a seguir nuestro camino. Dejamos constancia de esta ayuda prestada a cinco miembros del Movimiento 26 de Julio, por si morimos, él pueda presentar este papel en el futuro.

Sigue narrando Raúl:

Avanzamos por el camino entre cañas, cuando calculamos que éstas se estaban acabando, hicimos un alto y estuvimos comiendo caña sin parar nada menos que hora y media. Tuvimos cerca de las dos de la madrugada que hacer un alto para que “el Flaco” [René Rodríguez] descansara media hora pues tenía fatiga. Pero cuando divisa un bohío, es el que más gestiones hace para llegar al mismo. Tuvimos varias veces, que pasándonos por campesinos, tocar en los bohíos y preguntar si íbamos bien encaminados hacia el Purial, en muchas casas no nos contestaban temerosos probablemente, a gente maleante. Eran tantos los caminos que nos cruzaban, que por fin nos perdimos: también para suerte nuestra.

A las 4:30 de la madrugada del día 18, después de más de veinte kilómetros de marcha, el grupo se asoma sobre la lechería de una finca cercana a Purial de Vicana. Han salido unos cuatro kilómetros más abajo del destino que se habían fijado. No saben que en ese momento están a 1.300 metros de donde acampa Fidel en la finca de *Mongo* Pérez, y que, gracias al error de orientación que han cometido durante esa noche, encontrarán al jefe rebelde mucho antes de lo que esperan.

Grupo de Almeida

El día 17, Carlos Mas guía a Almeida y su grupo de combatientes hasta la casa de Perucho Carrillo. El camino no es largo, pero avanzan despacio, pues Camilo y Ramiro están enfermos del estómago.

Los dos expedicionarios se quedan en la casa de Perucho, mientras sus cinco compañeros prosiguen la marcha con la intención de cruzar esa misma noche la carretera de Pilón. Che escribe en su diario:

Nos movemos en dirección norte guiados por C.M, que nos entrega a P.C. [Perucho Carrillo], Ramiro y Cienfuegos vienen en malas condiciones con diarreas y se quedan, nosotros seguimos para tratar de pasar la carretera pero nos enteramos que hay guardias y debemos volver a pasar la noche en un matorral de yuca.

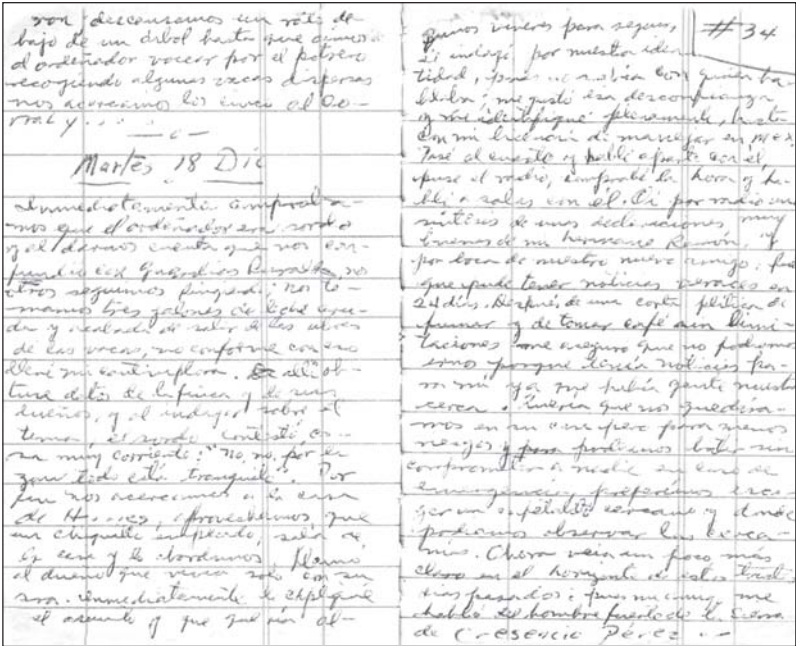
MARTES 18 DE DICIEMBRE

Grupo de Fidel

La mañana comienza tranquila para Fidel, Faustino y Universo. Como se va haciendo costumbre, Severo Pérez, cuñado de Mongo y empleado de su finca, llega poco después del amanecer al campamento, bajo las palmas y entre las cañas, con el desayuno de los combatientes.

Alrededor de las 10:00 de la mañana se acerca al lugar Primitivo Pérez, un muchacho que vive y trabaja en la finca. Trae una cartera de piel que le han entregado en la casa de Mongo para que la lleve a Fidel. Dentro está la licencia de conducción mexicana de Raúl.

—¡Mi hermano! —dice Fidel con alegría cuando ve el documento—. ¿Dónde está?



Facsímil del diario de campaña de Raúl Castro correspondiente al 18 de diciembre de 1956.

Y luego inquiriere de inmediato, sin esperar la respuesta a la pregunta anterior:

—¿Anda armado?

Primitivo le explica que esa mañana Hermes Cardero, un vecino, ha traído la cartera para entregársela a Mongo. Hermes dice que se la dio un hombre que llegó esa madrugada a su casa, y que se identificó como Raúl Castro.

Faustino y Universo se acercan, contentos. Alguien observa que es preciso tener cuidado, pues puede ser una estratagema del enemigo para sorprender a Fidel. Éste medita un momento, y da con una solución.

—Mira —le dice a Primitivo—, yo te voy a dar los nombres y los apodos de los extranjeros que vinieron con nosotros. Hay uno argentino que se llama Ernesto Guevara, y le dicen

Che; otro, dominicano, que se llama Mejía y le dicen Pichirilo...

Y escribe los nombres y apodos en un pedazo de papel.

—Tú te aprendes estos nombres, y regresas y le preguntas a él que te los diga, con los apodos. Si te los dice todos bien, ése es Raúl.

Primitivo parte ligero hacia la casa de Hermes. Poco después del mediodía regresa sonriendo, con la noticia de que el interrogado ha pasado la prueba. No cabe duda de que es Raúl, y viene con otros cuatro, todos armados.

Acuerdan esperar a la noche para traer al grupo. Fidel no cabe en sí de la impaciencia. Cada minuto parece eterno.

Al fin, a la medianoche, sienten acercarse a unos hombres. Bajo las palmas nuevas del cañaveral de *Mongo Pérez*, los dos hermanos se estrechan en un emocionado abrazo, y se produce el diálogo histórico:

—¿Cuántos fusiles traes? —pregunta Fidel a Raúl.

—Cinco.

—¡Y dos que tengo yo, siete! ¡Ahora sí ganamos la guerra!

El resto de la noche pasa en animada charla. Comentan las vicisitudes pasadas, se preguntan sobre el destino de los demás expedicionarios. Pero, sobre todo, hacen planes para el desarrollo futuro de la lucha.

Grupo de Raúl

Los cinco combatientes del grupo de Raúl descansan unos minutos y bajan luego por una falda en dirección a la vaquería. Juan Rodríguez, empleado de la finca, está ordeñando y les brinda leche, tibia todavía. Doscientos metros más adelante está la casa de Hermes Cardero. Narra Raúl:

Inmediatamente comprobamos que el ordeñador era sordo y al darnos cuenta que nos confundió con guardias rurales nosotros seguimos fingiendo. Nos tomamos tres galones de leche cruda y acabada de

salir de las ubres de las vacas. No conforme con eso llené mi cantimplora. Allí obtuve datos de la finca y de sus dueños, y al indagar sobre el tema, el sordo contestó cosa muy corriente: “No, no, por la zona todo está tranquilo”.

Raúl se acerca a la vivienda y llama. Sale Hermes. El combatiente le pide algo de comer para seguir camino, aunque su objetivo principal es obtener información sobre otros expedicionarios. Hermes, desconfiado, le pregunta quién es. Raúl se identifica como el capitán Luar Trosca, guerrillero. Entran en la casa y siguen conversando. Hermes pregunta qué garantías puede tener de que no son guardias. Raúl saca su licencia de conducción y dice:

—Mira, yo realmente soy Raúl Castro, hermano de Fidel.

Hermes le plantea que deben quedarse esperando en la casa, pues hay noticias de que otros revolucionarios están cerca. En realidad, el campesino, que forma parte del grupo de confianza de *Mongo* Pérez, sabe que por la finca vecina han pasado algunos expedicionarios, y que en ese momento hay un pequeño grupo de ellos allí.

Raúl accede, pues la conducta y las últimas palabras de Hermes le inspiran confianza. Pero opta por acampar fuera de la vivienda, en algún lugar protegido desde el cual puedan retirarse en caso necesario. Cardero esconde al grupo en un cafetal y les lleva desayuno. Luego parte a avisar a *Mongo* Pérez. Lleva consigo la cartera de Raúl. Mientras tanto, sin que nadie lo sepa, Raúl se mueve para otro cafetal como medida de seguridad y para poder observar mejor todos los alrededores.

En su diario, el combatiente lo relata así:

Inmediatamente le expliqué [a Hermes] el asunto y que quería algunos víveres para seguir; él indagó por nuestra identidad, pues no sabía con quién hablaba, me gustó esa desconfianza y me identifiqué plenamente, hasta con mi licencia de manejar en México. Pasé al cuarto y hablé aparte con él, puse el

radio, comprobé la hora y hablé a solas con él. Oí por radio una síntesis de unas declaraciones muy buenas de mi hermano Ramón, y por boca de nuestro nuevo amigo, fue que puede tener noticias veraces en 24 días. Después de una corta plática, de fumar y de tomar café sin limitaciones, me aseguró que no podíamos irnos porque tenía noticias para mí, ya que había gente nuestra cerca. Quería que nos quedáramos en su casa pero para menos riesgos y para podernos batir sin comprometer a nadie en caso de emergencia, preferimos escoger un cafetalito cercano y donde podíamos observar las cercanías. Ahora veía un poco más claro en el horizonte de estos tristes días pasados.

Al mediodía, después de un espléndido almuerzo en el nuevo campamento, llega Primitivo Pérez. Comienza a conversar y a interrogar a Raúl, según las instrucciones que ha recibido de Fidel. Cuando el combatiente le recita los nombres y apodos de los extranjeros de la expedición, la recia cara de Primitivo se parte en una ancha sonrisa.

—Bueno, pues déjeme decirle que Fidel está aquí, cerca de ustedes.

La alegría estalla incontenible. El campesino informa que a la noche los vendrá a buscar para llevarlos adonde está Fidel. Prosigue el relato de Raúl:

En asunto de alimentos y de noticias era nuestro día más feliz. Además del desayuno de nosotros, leche cruda, después de estar en el cafetalito nos llevaron café con leche caliente y tostones. [...] Al mediodía un suculento almuerzo, hasta arroz con pollo, café, cigarros, viandas. Por la tarde merienda: frutas y café. Vino el primer enlace efectivo, habían ido a ver a Mongo [Pérez], me interrogó, me pidieron más identificaciones; sinceramente me gustó la forma cautelosa de verdaderos conspiradores de estos campesinos.

Esa noche los combatientes comen hasta hartarse. Escribe Raúl:

Por la noche salimos del cafetal, nos acercamos a la casa de nuestro amigo y debajo de unos árboles nos trajeron la más suculenta comida de la época: arroz con garbanzos, fricasé de cerdo, viandas, café, leche y peras en lata de postre. Fue un error porque al día siguiente nos sentiríamos mal, con descomposición de estómago. Hasta ahora había llevado un registro exacto de nuestras comidas, para ver con cuánto se puede vivir en esas circunstancias. Desde ahora, como más o menos comeremos bien o regular, no tiene objetivo anotar los alimentos diariamente.

Tal vez un exceso de optimismo.

Poco después, llegan Primitivo y Omar Pérez, este último hijo de Severo, y parten todos por el fondo de la finca en dirección a la de *Mongo Pérez*. Raúl describe el encuentro en estos términos:

Por fin, a la luz de la luna, aparecieron algunos campesinos y como a las 9:00 p.m. enfilamos precedidos por ellos cuatro. No caminamos mucho cuando se detuvo la vanguardia y emitió unos cuantos silbidos que contestaron a varios metros. Llegamos, y a la orilla de un cañaveral nos esperaban tres compañeros, Alex [Fidel], Fausto [Faustino] y Universo. Abrazos, interrogaciones y todas las cosas características de casos como estos. A Alex le alegró mucho que tuviéramos las armas.

Nada más. Es suficiente.

Grupo de Almeida

Durante todo este día, los combatientes del grupo de Almeida permanecen ocultos en el campo de yuca cercano a

la casa de *Perucho* Carrillo. Varios vecinos de la zona, entre ellos *Chuchú* Iznaga, acuden a saludarlos y a brindar ayuda.

La intención de Almeida es emprender la marcha por la noche, pero llega Guillermo con instrucciones de que esperen. Se lleva consigo a Rafael Chao para que lo acompañe a buscar unas armas que han aparecido.

Che apunta escuetamente: “Cuando nos aprestábamos a marchar llega G.G. [Guillermo García] con la orden de esperar para ir atrás a rescatar dos rifles. Se lleva a Chao. No hay mayores novedades”.

MIÉRCOLES 19 DE DICIEMBRE

Grupo de Fidel

La actividad cotidiana se desenvuelve normalmente en la casa de *Mongo* Pérez, a la orilla del camino real de Purial. Durante todo el día se mantiene un frecuente tránsito de campesinos, unos a pie, otros a caballo. Algunos se detienen en la tienda de Mongo a comprar víveres y mercancías, a tomar un trago de ron, o simplemente a conversar.

Mientras tanto, a 600 metros de distancia, Fidel, Raúl y los demás expedicionarios que se han reunido descansan y conversan animadamente. Sólo unos pocos vecinos de la zona, gente de total confianza, participan del secreto de que hay allí un grupo de expedicionarios, y muchos menos aún saben que uno de ellos es Fidel Castro.

Al amanecer llega Crescencio Pérez, quien viene en respuesta al aviso de su hermano. Viene acompañado por el expedicionario Calixto Morales, quien se queda a partir de ese momento con sus compañeros. Posiblemente haya sido ese mismo día, bien temprano, cuando Mongo parte hacia Manzanillo y Santiago de Cuba, enviado por Fidel para comunicar su llegada a Cinco Palmas a Celia, Frank y demás dirigentes clandestinos del Movimiento en esas ciudades, y transmitirles las orientaciones necesarias.

Ese día Raúl anota en su diario: “El día de ayer, las peripecias, coincidencias y detalles, obras todas del destino, que nos trajeron a unirnos a estos compañeros, necesito un capítulo aparte que será redactado en el futuro”.

Como todos los días, Severo Pérez entra y sale del campamento trayendo el desayuno, el almuerzo y la comida. A veces lo acompaña su hijo Omar. En una de estas ocasiones, el campesino carga tres cubos repletos de arroz, viandas y carne.

—Cuando triunfe la revolución —le dice Raúl entre risas—, le vamos a hacer un monumento a usted cargando esos tres cubos de comida.

La promesa de Raúl fue cumplida. Hoy se levanta en los terrenos de la antigua finca de Mongo Pérez, en Cinco Palmas, un hermoso monumento a esta trascendental colaboración campesina, con las figuras de Adrián García, el propio Mongo y Severo Pérez, este último con dos cubos de comida.

Los efectos del banquete el día anterior en el cafetal de Hermes Cardero, duran todavía. Al final de las notas correspondientes a este día, Raúl escribe: “Ese día lo pasé bastante mal por la maleza del estómago y un dolorcito interior en el costado izquierdo bastante molesto. Apenas comí por la noche; primer día sin apetito”.

Grupo de Almeida

El día 19 también transcurre sin incidentes notables para el grupo de Almeida. Llevan ya dos días escondidos en la finca de *Perucho* Carrillo, recibiendo todo tipo de atenciones por parte del campesino y algunos de sus vecinos.

Por la noche, inician la marcha en busca, una vez más, de la carretera de Pilón. Los acompañan Carlos Mas, Eustiquio Sosa y Ricardo Pérez Montano. Antes de la medianoche llegan a la vía, a la altura de un lugar conocido por el nombre de Los Raíles, muy cerca del Guaicaje. En ese punto la vieja carretera irrumpe entre dos lomas que caen perpendicularmente sobre el terraplén.

El grupo se detiene unos minutos para observar si hay algún movimiento sospechoso. Almeida es el primero en pasar, y después se queda junto al bordillo para proteger el cruce de los demás.

Siguen caminando toda la noche en dirección a Las Cajas. Che asienta en su diario:

Tras de esperar todo el día, como de costumbre, salimos guiados por R.P.M. [Ricardo Pérez Montano] nosotros seis. Chao no se nos une en el lugar indicado porque el guía manifestó tener otras órdenes y, tras de cruzar la carretera y caminar casi toda la noche, acampamos en un bosquecito perteneciente a la hacienda de D.M. [Domingo Sánchez] con el encargo de ir temprano por el desayuno. Con nosotros queda C.M. [Carlos Mas] que va a entrevistarse con Alejandro [Fidel] para conocerlo.

JUEVES 20 DE DICIEMBRE

Grupo de Fidel

Los nueve combatientes pasan el día en el mismo campamento dentro del pequeño cañaveral. Acuden a entrevistarse con Fidel diversos campesinos de la zona comprometidos con el Movimiento, como Manuel Acuña y Asterio Casanova, entre otros. Raúl comenta: “Tienen una organización bastante buena y estamos perfeccionándola, sobre todo los enlaces y el espionaje. Cualquier movimiento en todos estos alrededores nos es inmediatamente comunicado”.

Todo el día se mantienen en espera de la llegada del grupo de Almeida. Todavía les preocupa que esos compañeros puedan tener algún tropiezo en la última jornada de su peligrosa travesía.

Por la noche Fidel decide mudar el campamento para el cafetal que está detrás del campo de caña. Allí, entre las robustas matas de café de la finca y bajo la bóveda dorada de los añosos algarrobos, estarán todavía más ocultos. El arroyo, además, queda más cerca, y no viene mal un baño en el agua límpida y helada.

Raúl concluye sus anotaciones de ese día con estas palabras: “Después de hacer todas las comidas, además de caña, cuando lo deseáramos, partimos para un cafetalito cercano que a dos metros no se veía nada. Por la noche nos llevaron una cena de queso, galleticas, leche condensada y maltina”.

Grupo de Almeida

La impresión que reciben los seis combatientes del grupo de Almeida, es que el campesino a cuya finca llegan al amanecer del día 20, parece temeroso de comprometerse. No obstante, los hombres acampan en un bosquecito cercano a la casa. A las 5:00 de la tarde, Almeida y Benítez van en busca de comida, ya que en todo el día los expedicionarios no han probado un solo bocado.

El práctico que debía haber venido desde Cinco Palmas no ha llegado. Después de comer, los combatientes emprenden solos la marcha. Cuentan únicamente con algunas indicaciones que les ha dado el campesino.

Equivocan el camino en varias ocasiones, pero al fin, en la madrugada del día 21, cortan por la falda de la loma de la Nigua para caer en el cafetal de *Mongo Pérez*, donde Fidel los espera desde hace varios días.

Che escribe:

Nos encontramos con la desagradable sorpresa de que D.M. [Domingo Sánchez] no había recibido ninguna nota y negaba la relación con Crescencio. C.M. [Carlos Mas], que fue el que llevó el recado, siguió viaje a Purial para comunicar a Mongo [Pérez] la mala nueva. Nosotros quedamos en el bosque hasta las 5 p.m. en que Almeida y Benítez fueron a

buscar comida a la fuerza si era necesario. No lo fue, pues el hombre había recibido recado y estaba preparada, pero de todas maneras no tenía ningunas ganas de tenernos en las cercanías e indicó rápidamente la meta de nuestro viaje. Nos perdimos varias veces, pero a la madrugada dimos con la casa donde se nos avisó que C.M. había pasado pero se desconfiaba de él.

VIERNES 21 DE DICIEMBRE

En la madrugada del día 21 se produce por fin el esperado encuentro de los combatientes del grupo de Almeida con Fidel y los demás expedicionarios que están reunidos en la finca de Mongo Pérez. Ya son quince los sobrevivientes de la epopeya del *Granma* que se han reunido dispuestos a continuar la lucha: Fidel, Raúl, Almeida, Che, Camilo, Ramiro Valdés, Ciro Redondo, Faustino Pérez, Efigenio Ameijeiras, René Rodríguez, Universo Sánchez, Calixto Morales, *Pancho* González, Reynaldo Benítez y Armando Rodríguez. Rafael Chao, del grupo original de Almeida, anda con Guillermo localizando armas, y otros dos —Calixto García y Carlos Bermúdez— están en Manacal esperando la orden de Fidel para incorporarse. Hay más expedicionarios en camino, que se unirán varios días después.

Pero el 21 de diciembre, al reunirse quince combatientes del *Granma* con la llegada del grupo de Almeida, sólo hay siete fusiles. En medio de la alegría del encuentro, Fidel tiene palabras muy duras al enterarse de que los seis nuevos hombres vienen desarmados, y, sobre todo, que las armas se han perdido.

—No han pagado la falta que cometieron —expresa Fidel—, porque el dejar los fusiles en estas circunstancias se paga con la vida. La única esperanza de sobrevivir que tenían en caso de que el Ejército topara con ustedes eran sus armas. Dejarlas fue un crimen y una estupidez.

Al respecto, Che anota: “Fidel dio una filípica por la dejada de los rifles”.

En las notas escritas ese día Raúl apunta:

Serían las 4:00 a.m. cuando aparecieron [...] Almeida, Benítez, Pancho, Camilo Cienfuegos y el Che Guevara, uno de los más valiosos compañeros. Abrazos y las mismas escenas anteriores de interrogatorios e indagaciones sobre los ausentes. Venía también mi inseparable amigo R. Valdés.

Como a las siete nos trasladamos para un cafetal más grande como a 300 metros del anterior. Un arroyo pasaba cerca. Los compañeros llegados hoy presentan el mismo [aspecto] de nosotros hace unos días, cansados y desnutridos. Nos mataron un lechoncito que comimos en fricasé.

[...] Ya se vislumbran más esperanzas. Somos 16 contando al H. [se refiere a Crescencio Pérez, por alguna razón apodado El Hombre], aunque no todos están armados, ya que los últimos sólo traían una pistola ametralladora. El Che, muy mejorado hasta ahora, tenía esta noche —por falta de medicinas— un ataque de asma. Oímos disparos lejanos. Nuestro servicio de información investigó que dos soldados borrachos los dispararon al aire.

Anoche nos trajeron una cena de panyqueque y café, cigarros y tabacos. Estuvimos conversando y haciendo planes para el futuro. Ya era hora de que nos fuéramos de esta zona, pero estamos esperando más gente nuestra.

Che, por su parte, anota:

Pasamos el día en espera de armas que tienen que llegar. [...] Se dan nuevas detenciones: [Jesús] Montané, Gilberto [García]. Dos nuevas muertes: Eduardo Reyes y Leyva [René Bedia], una

emboscada, con confirmación de la de [Juan Manuel] Márquez. Me da un ataque de asma y paso mal la noche, estamos en casa de Mongo Pérez.

SÁBADO 22 DE DICIEMBRE

Los combatientes cambian nuevamente de campamento. Esta vez se desplazan unos 300 metros más adentro del mismo cafetal, ya en plena falda de la loma de la Nigua. Por la mañana reciben las primeras noticias de que Guillermo y otros compañeros dedicados a la búsqueda de más armas del *Granma*, han localizado algunas y ya las han enviado. Llegan esa misma mañana, y junto con ellas se reincorpora al destacamento el expedicionario Rafael Chao.

Raúl escribe en el diario.

Universo, apicultor de profesión, fue y castró una colmena de miel de campanillas que estaba al lado del arroyo, propiedad del viejo Severo. La llegada de la miel coincidió con la de varios campesinos con las ocho armas más, envueltas en sacos y una pistola ametralladora, una ametralladora Thompson sin peine. Inmediatamente se limpiaron.

Por la tarde regresa Mongo de su viaje a Santiago y Manzanillo, e informa a Fidel de sus contactos con Frank y Celia. Trae, entre otras cosas, ropas, botas, medicinas y un poco de dinero enviado por Celia.

El resto del día transcurre sin incidencias importantes. Che anota en su diario: “Un día de inactividad casi total. Llegan las armas. Todo el mundo armado. Hay dos Thompson y fusiles. La pistola mía la tiene Crescencio Pérez y a mí me toca un fusil malo. Se me pasa el asma”.

Los expedicionarios siguen rodeados del afecto de todos los vecinos a los que Mongo ha confiado la noticia de la presencia del grupo. Es elocuente esta anotación de Raúl al final de la jornada: “Es admirable cómo se desviven por

atendernos y cuidarnos estos campesinos de la Sierra. Toda la nobleza y la hidalguía cubanas se encuentran aquí”.

DOMINGO 23 DE DICIEMBRE

La mañana no trae al campamento guerrillero otros acontecimientos que los que ya resultan rutinarios: las postas de vigilancia, la llegada del desayuno y el almuerzo, el lavado de la ropa, la limpieza de las armas... A pesar de los días que han transcurrido —exactamente una semana a partir de la llegada de Fidel y sus dos compañeros—, el jefe guerrillero ha decidido correr el riesgo relativo de permanecer un tiempo más en el lugar en espera, principalmente, de la posibilidad de incorporación de nuevos expedicionarios, la localización de más armas y el contacto directo con el Movimiento en el llano.

Al mediodía los combatientes han subido a la loma de la Nigua. De pronto, Fidel da una orden:

—¡Estamos rodeados de guardias! ¡Ocupen posiciones para combatir!

Los hombres se despliegan hacia distintos puntos. Pasa un rato, pero no ven venir a nadie. Nada se mueve. Más tarde descubren que Fidel ha dado la alarma como entrenamiento.

Raúl relata el incidente en sus apuntes de ese día: “Pasamos el día normal. Por la tarde se dio una falsa alarma de presencia próxima de soldados. La mayoría reaccionó bien. Algunos hubo rezagados. La maniobra, por la seriedad que se rodeó, quedó bien”.

Che da esta versión coincidente: “Siempre en el mismo lugar. Simulacro de combate, yo vine corriendo a traer la noticia. La gente se movilizó bien con espíritu de pelea”.

Poco después de este ejercicio se anuncia la llegada de tres compañeros enviados por el Movimiento desde Manzanillo. Se trata de Enrique Escalona, Rafael Sierra y Eugenia Verdecia. Esta última trae ocultas bajo su saya nada

menos que 300 balas, tres fulminantes y nueve cartuchos de dinamita.

Fidel se reúne con los visitantes, quienes traen información de la actividad del Movimiento y reciben nuevas orientaciones. Se acuerda el envío a la Sierra de un pequeño grupo de militantes como refuerzo del destacamento guerrillero. Fidel insiste en la necesidad de armas y parque que permitan el desarrollo de la lucha y el crecimiento de la tropa.

Por la noche, cuando los visitantes se marchan de regreso a Manzanillo, los acompaña Faustino Pérez. Lleva la misión de reorganizar el trabajo del Movimiento en La Habana y trasladar a todos los responsables clandestinos en el país las orientaciones de Fidel. Sale vestido de carbonero por la carretera de Campechuela. El día 24 estará ya en Santiago de Cuba, después de haberse entrevistado con Celia en Manzanillo. En la capital oriental sostiene una reunión con Frank, Armando Hart, Vilma Espín, Haydée Santamaría y María Antonia Figueroa, en la cual les comunica instrucciones expresas de Fidel de apoyo a la lucha en la Sierra. En los días siguientes, camino de La Habana acompañado por Frank, Faustino irá visitando a los distintos responsables provinciales del Movimiento.

Sobre este tema, Raúl escribe:

Hoy con los compañeros de visita se fue para dar las nuevas consignas y organizar los trabajos de la Isla, el compañero Fausto. Es médico y aparentemente débil físicamente; pero a pesar de todo es magnífico para estos ajeteos de guerrillas. Además, su presencia sola purifica cualquier ambiente. Anoche dejamos al H. [Crescencio], tiene los pies llagados por las botas y tendrá que quedarse dos o tres días por acá. Con nosotros anda su retoño Sergio [Pérez].

Che anota ese día:

Llegó gente de Manzanillo, trajeron 300 balas, 45 para la Thompson y 9 cartuchos de dinamita. Nos

equipamos casi totalmente y dormimos en el mismo lugar. [...] Faustino partió rumbo a La Habana, vía Santiago y me dejó su fusil nuevo de mirilla, una joya. Trajeron medicinas suficientes para una pequeña cura, pero no hay instrumental.

Regresemos ahora al diario de Raúl:

Nos despedimos con fuerte abrazo ya oscureciendo. Mientras Alex [Fidel] los acompañaba hasta el arroyo, nosotros íbamos recogiendo las cosas. Partimos y nos reunimos en un cafetal. Ya de noche partimos hasta detrás de la casa de Monguín [Mongo Pérez]. Esperamos mientras Alex hablaba. Después me mandaron a buscar para conocerme, me brindaron cerveza dulce, galletas y dulces de navidad. El H. [Crescencio] me llamó a un lado y riéndose me hizo tomar un trago de Domecq. De ahí partimos a oscuras y en silencio, dormimos en otro oscuro cafetal.

LUNES 24 DE DICIEMBRE

La fecha impulsa a Raúl a anotar lo siguiente en su diario:

Anoche, en la casa que estuve de visita, el radio estaba tocando las Blancas Navidades [se refiere a una canción norteamericana, muy conocida entonces, con ese título], demasiado dulce para esta época turbulenta. Las Pascuas del 53 las pasé preso, las del 54 preso también en Isla de Pinos; las del 55 en el exilio, y estas del 56, pues en la manigua.

Y este otro apunte referido a un hecho que en otras circunstancias pasaría inadvertido, pero que para el guerrillero cobra carácter trascendental:

Algo, en lo particular muy importante, se me había olvidado anotar en el día de ayer: ¡que me bañé!,

lavé la ropa interior, que hacía más de treinta días que tenía puesta y un par de medias que tuve que darle como seis lavadas. Antes de ayer, Benítez, volviendo a su antigua profesión de barbero, me peló.

La noche anterior Fidel ha repartido entre los combatientes uniformes, frazadas y botas que se han conseguido por intermedio de Mongo Pérez. Apunta Raúl: “Estamos bien equipados para internarnos de lleno en la Sierra. Llevamos hasta para dos compañeros que recogeremos más adelante: los dos Carlos”.

En efecto, Calixto García y Carlos Bermúdez, cumpliendo una orden de Fidel, se han mantenido en Manacal en espera de que el destacamento abandone la casa de Mongo Pérez. La intención es que se incorporen más adelante, para no comprometer la seguridad del grupo con un nuevo traslado innecesario de combatientes que, en definitiva, están también en un lugar seguro.

Ya para esta fecha, Fidel cuenta con la incorporación de un grupo de campesinos que han manifestado su disposición a seguir con la guerrilla. De ellos, Guillermo García, Ignacio Pérez y Manuel Fajardo están dedicados al rescate de la mayor cantidad de armas posible, y no podrán acompañar al destacamento en los primeros momentos. De la casa de Mongo partirán, además de los quince expedicionarios allí reunidos, Crescencio Pérez, su hijo Sergio —quien desde hace varios días se ha integrado al campamento— y Manuel Acuña, quien será el práctico durante las jornadas iniciales.

Volvamos al diario de Raúl:

Hoy temprano nos mudamos para un cafetal en el que habíamos estado antes. Por la noche nos iremos de la zona. Desde temprano estamos improvisando mochilas de sacos de henequén para llevarlas a las espaldas y tener en las manos sólo el fusil. Desde temprano se oyen algunos cohetes que algunos muchachos hacen estallar en la lejanía.

Aunque a los combatientes quizás los absorben otras preocupaciones, es Nochebuena y *Mongo* Pérez quiere agasajar a sus huéspedes. Según Raúl:

Por la noche nos pusimos en una hondonada, unos 400 metros de aquí, cerca del arroyo y como a las 9 vinieron con un lechoncito asado en púa, envuelto en una yagua; lo comimos con casabe y algunas botellas de vino que nos trajo Monguín, él mismo picó el lechón, con los tragos y la alegría de charlar un rato en esta Nochebuena tan típica de guerrilleros, alzamos algo la voz alrededor de la vela que teníamos encendida. Calixto [Morales] improvisó algunos versos y pasadas las 10 se fueron los anfitriones y nos retiramos a dormir. [...] La Nochebuena fue sencilla, pero alegre dentro de lo que cabe. Es la primera que pasamos aquí. Creo que en el futuro, cuando triunfemos, tenemos que venir a este mismo lugar y pasárnosla en forma parecida, con la compañía de estas buenas gentes... Si quedamos vivos.

En definitiva, Fidel ha decidido por la tarde esperar un día más, pues hay noticias de que vienen en camino otros expedicionarios y se aguarda la llegada de un enviado del Movimiento desde Manzanillo.

Ese día, Che anota en su diario:

La nochebuena la pasamos en el mismo lugar, en una espera que se me antoja inútil. Apareció un fusil Johnson más pero todavía no ha llegado a destino. Apareció en un periódico la noticia de que viene en la expedición un argentino comunista de pésimos antecedentes, expulsado de su país. El apellido, por supuesto, Guevara.

MARTES 25 DE DICIEMBRE

Durante todo el día no llegan los compañeros que se esperan. Fidel decide no dilatar más la partida. Lleva ya nueve días en el lugar, y en cualquier momento alguna indiscreción involuntaria puede poner en peligro el grupo.

Raúl apunta ese día:

Hoy sí que partiremos; pasamos el día en el mismo lugar donde recibimos la visita de la gente de M...O [Manzanillo]. [...] Pedimos una facturita de cosas que nos serán de utilidad en la Sierra. Por la noche fuimos a otro cafetal donde se planeó la ruta con el nuevo incorporado que servirá de guía [Manuel Acuña].

Severo Pérez trae, como despedida, un manjar especial: dos lechoncitos asados en púa. Los combatientes comen uno y guardan el otro para el día siguiente.

Antes de partir, el grupo se acerca a la casa de Mongo. Fidel entra en el comedor mientras los demás esperan en el cafetal que está al fondo de la vivienda. Al poco rato los llama. Sobre la mesa de caoba, que aún se conserva intacta, hay un papel escrito por Fidel que leen todos los del *Granma*, y van firmando después cada uno. Es un documento en el que se expresa el reconocimiento a Ramón Pérez por la ayuda que ha brindado al grupo y por su aporte al llevar aviso al Movimiento para establecer contacto. Y luego se agrega:

La ayuda que hemos recibido de él y de muchos como él en los días más críticos de la Revolución es lo que nos alienta a seguir la lucha con más fe que nunca, convencidos de que un pueblo como el nuestro merece todos los sacrificios. No sabemos cuántos de nosotros caeremos en la lucha pero aquí quedan las firmas de todos, como constancia de infinito agradecimiento.

Al iniciar de nuevo la marcha
hacia la Sierra Mesta, donde segui-
remos luchando hasta vencer o morir,
queremos dejar constancia de nuestro
reconocimiento al compañero Ramón Pérez
Montano y a su familia, que nos ayu-
dó a reagrupar el primer contingente de
nuestro destacamento, lo abasteció du-
rante ocho días y lo puso en contacto
con el Movimiento en el resto de la Isla.
La ayuda que hemos recibido de él
y de muchos como él en los días más crí-
ticos de la Revolución es lo que nos ablan-
ta a seguir la lucha con más fe que
nunca, convencidos de que un pue-
blo como el nuestro merece todos los
sacrificios. No sabemos cuántos de noso-
tros estaremos en la lucha, pero aquí
quedan las firmas de todos, como cons-
tancia de infinito agradecimiento.
Diciembre 25 de 1956

Carta de agradecimiento a Ramón Mongo Pérez, firmada por todos los expedicionarios reunidos en su finca en Purial de Vicana, el 25 de diciembre de 1956.

Fidelberto R

Amirso Vando

J. Almeida

C. Ricardo

Ramiro Jaldís

Concepción Rodríguez

José Rodríguez

Francisco González

Roberto Chao Santomé

Eugenio Amigó

Emilio Jara

Camilo Cornejo

Abelardo

Ante firma de

Rastropey

SEGUNDA PARTE

LA PRIMERA ACCIÓN VICTORIOSA

26 de diciembre de 1956 - 17 de enero de 1957

MIÉRCOLES 26 DE DICIEMBRE DE 1956

Alrededor de las 11:00 de la noche del martes 25, la pequeña columna al mando de Fidel, compuesta en ese momento por 18 combatientes, parte de la finca de *Mongo Pérez*. Dieciséis hombres emprenden la marcha a pie, a campo traviesa por los fondos de la finca. Crescencio tiene los pies hinchados, y va a caballo por el camino real llevando al anca a René Rodríguez.

Al poco rato, el grupo principal llega cerca de la casa de Hermes Cardero, después de cruzar los terrenos de la finca de José Vargas y de bordear el cementerio de Purial de Vicana. Fidel decide hacer un ejercicio de combate, y ordena un repliegue y avance para tomar un pequeño rancho de guano contiguo a la casa. Hermes Cardero llega a caballo en el momento en que se está realizando la maniobra. Después de brindar café a todos, sigue con ellos. Ya es pasada la medianoche.

La marcha se prolonga durante toda la madrugada. Raúl describe así la caminata nocturna:

Salimos del Purial como a las once, por trillos que nos llevaba el guía, desechando el camino real, para evitar emboscadas; pasamos infinidad de arroyos, como nos habíamos retrasado algo, tuvimos que hacer una buena parte del trayecto por el camino, pero nuestra rústica red de información nos había avisado de que no había grueso de tropas por los alrededores.

En realidad, casi todos los arroyos a que se refiere Raúl son el propio río Vicana, que los combatientes tienen que cruzar no menos de dieciocho veces esa noche. El primero de estos pasos ocurre a poca distancia de la casa de Hermes Cardero. La mayor parte de los combatientes cruza sobre el anca del caballo del campesino.

El guía Acuña los lleva por una ruta zigzagueante a uno y otro lado del río y el camino real. En esa zona el relieve no es exageradamente abrupto, pero aun así es preciso subir y bajar algunas pendientes.

En el segundo paso del río Hermes se despide y vuelve atrás. La columna cruza la finca de los Acuña y va bordeando una loma hasta salir a La Platica. Más adelante está la finca de los Escalona. Se elude deliberadamente todo acercamiento a las casas. Sin embargo, después de atravesar una vega extensa salen al camino junto a la casa de Elpidio Ballester. Hay que ganar tiempo, pues la noche está avanzando y aún queda un buen tramo hasta el lugar que se ha decidido como destino de esta primera jornada. Tres kilómetros después, llegando ya a Perico, abandonan a la derecha el camino y cruzan a campo traviesa a buscar el arroyo de Los Negros. Por el arroyo hacia arriba siguen por un sendero abierto en el monte que conduce a la casa de Alejo Piña, en cuya finca acamparán.

En su diario, Che apunta los posibles peligros de esta jornada:

Por fin después de un opíparo festín de puerco, emprendimos la marcha hacia Los Negros. La marcha se inició muy lenta y rompiendo alambradas con lo que se dejaba la tarjeta de visita. [...] Al fin resolvimos tomar el camino real y avanzamos algo más, pero el ruido nos hacía evidente, para cualquier bohío del camino y abundaban. Al amanecer llegamos al punto de destino.

Con las primeras luces del día la columna llega a la casa del campesino. Crescencio está esperando. Ya ha hablado con Alejo, quien accede a brindar su finca para campamento del grupo. En la cañada seca de un arroyo, a poca distancia de la casa, los combatientes arman sus hamacas. Han caminado esa noche, desde la salida de Cinco Palmas, unos quince kilómetros.

Al mediodía, Alejo lleva almuerzo. Comen también el lechoncito de Severo dejado de reserva. Por la noche se mudan para un lugar más resguardado. Dice Raúl:

Ya oscuro, el dueño de la finca nos trajo tres cubos con comida: uno con arroz blanco, otro con yucas y el último con carne de macho frita; y después de tomar café, subimos más arriba para acampar por la noche. Había un bohío, sólo con el techo, pues habían abandonado su construcción, al lado tenía algunos plantones de caña que nos servirían de desayuno. Colgué mi hamaca igual que algunos compañeros que tenían, distribuimos las guardias y a dormir. Era la primera vez que dormía en un “medio techo”.

Según registra Che en sus anotaciones, ese mismo día Fidel organiza la pequeña tropa. La escuadra de vanguardia queda compuesta por Ramiro, Calixto Morales y Armando Rodríguez. Raúl tiene el mando de otra escuadra compuesta también por Ciro Redondo, René Rodríguez y Rafael Chao. Almeida cuenta con Camilo, Efigenio Ameijeiras, Reynaldo Benítez y Pancho González. El Estado Mayor queda integrado por Fidel, Che, Universo, Crescencio, Sergio Pérez y el práctico Acuña. En ese momento, sin contar los expedicionarios que están camino del lugar y los campesinos que andan con Guillermo en otras misiones, el Ejército Rebelde se compone todavía de un total de 18 combatientes: quince expedicionarios y tres campesinos incorporados.

Ese día Che también escribe:

Pasamos el día junto a un arroyo durmiendo y descansando, a la noche fuimos a dormir a un rancho deshabitado y llegó una comisión con un tal Ramón a traer noticias, se convino en traer al día siguiente a Calixto García y Carlos Bermúdez para que se incorporen a la guerrilla y esperar a la gente de Manzanillo.

JUEVES 27 DE DICIEMBRE

El campamento de la columna se ha establecido en el alto de La Catalina, en la cabezada del arroyo de Los Negros. Es una zona elevada donde predomina el monte. El lugar resulta prácticamente inaccesible. Sólo se puede llegar siguiendo un trillo cuya existencia conoce únicamente el dueño de la finca. A la espalda de los combatientes y a muy poca distancia, sobresale el pico del Café, ya en el firme de la Maestra. Las noches son frías en La Catalina, y mucho más en diciembre.

Al amanecer del día 27, la mayor parte de los hombres que componen la columna guerrillera bajan hasta cerca del lugar donde habían establecido el primer campamento el día anterior. Crescencio le pide a Alejo Piña que consiga una novilla. El campesino va a buscar la res a Palma Flaca. Paga por ella 56 pesos y la trae al mediodía.

Che propone asarla al estilo de las pampas argentinas, es decir, descuerada y abierta, pero entera, apoyada sobre una especie de parrilla construida con varas, que se afinca en el suelo con cierta inclinación y bajo la cual se junta la leña para el fuego. Se construye la armazón mientras la res es sacrificada y preparada. Cuenta Raúl:

Desde temprano esperamos a dos compañeros. Los dos Carlos, que aún no han llegado. Mientras el torete se asaba lentamente, fuimos asando en la brasa, y comiéndonos en la espera el hígado, los testículos, sesos, hasta el bofe nos comimos asado.

Ya tarde en la noche, como a las once, estuvo medio asada la res, y comimos algo. Estando de posta de 12 a 1 y 30 de la madrugada, el silbido de clave me anunció la presencia de gente amiga. Era J. [Julián Piña, un campesino de Manacal] con los dos Carlitos. Se repitió una vez más el regocijo de dos compañeros combatientes que se han creído mutuamente que el otro ha muerto. Es la más grande de las alegrías.

Carlos Bermúdez viene en muy malas condiciones de salud. Lo traen casi cargado. El resto de la noche apenas se duerme entre el júbilo del nuevo encuentro y el alboroto en torno al experimento de Che. Éste, por su parte, apunta lo siguiente: “El día de la fecha transcurrió casi sin novedad, asando solamente una vaca a la argentina, que salió buena pero tardó mucho”.

VIERNES 28 DE DICIEMBRE

El nuevo día trae incorporaciones nuevas, y, por tanto, renovadas sorpresas y alegrías. A las 6:00 de la mañana llegan cinco combatientes más a agregarse a la ya pujante columna. Tres de ellos son expedicionarios del *Granma* que también han burlado el cerco enemigo y han enrumbado hacia la Sierra: Julito Díaz, Luis Crespo y José Morán. Los otros dos son campesinos: Manuel Fajardo, de Niquero, que ha estado acompañando a Guillermo en la búsqueda de armas, y Sergio Acuña, de Purial.

Con ellos llega también Guillermo García, quien trae un fusil Johnson, revistas, periódicos y otras informaciones, pero unas horas después vuelve a salir con nuevas misiones que le encomienda Fidel.

La guerrilla ha crecido. Sin contar a Carlos Bermúdez, que por su estado físico no podrá continuar, y a Guillermo, ese día suman ya 24 los integrantes de la tropa. Entre ellos hay 19 expedicionarios: Fidel, Raúl, Almeida, Che, Camilo, Ramiro, Ciro Redondo, Julito Díaz, Calixto García, Efigenio Ameijeiras, Universo Sánchez, Luis Crespo, René Rodríguez, Calixto Morales, Pancho González, Reynaldo Benítez, Rafael Chao, Armando Rodríguez y José Morán. Los otros cinco son campesinos: Crescencio Pérez, su hijo Sergio, Manuel Acuña, Manuel Fajardo y Sergio Acuña.

Raúl incluye en su relato de las incidencias de ese día un hecho que causa una alarma momentánea en el campamento guerrillero:

Hoy empezamos a organizarnos en forma más estricta.

De almuerzo tuvimos algunas viandas y un caldo hecho de panza, corazón, etc., todavía queda algo del asado del Che. Un rato después de almorzar se sintió un disparo cerca, inmediatamente todo el mundo a las armas, cuando en eso un compañero, C[alixto] García, palanqueando su rifle, se le escapó otro disparo en medio del campamento. Hubo algunos compañeros, que sin saber de dónde venía, ya habían emprendido el camino de la montaña, en retirada desorganizada. Hay algunos que todavía no actúan con serenidad en el momento de los tiros. Nos retiramos para donde estábamos asando el torete, se mandó a investigar y fue que en una de las postas, había un compañero de los incorporados hoy que no estaba muy ducho en el manejo de las armas y se le escapó un tiro. Se investigó que por suerte la topografía del terreno no permitió que los disparos se escucharan muy lejos.

Seguimos esperando aquí. Por la noche comimos un pedazo de asado sin sal y sin nada.

Che, al parecer, no da especial importancia a estos hechos: “No hay mayores novedades durante el día, sólo la llegada de Bohemia”.

El primer tiro se le había escapado a Fajardo. Una vez que se cerciora que no es posible que el disparo haya sido escuchado en Manacal, donde están los guardias más cercanos, Fidel decide permanecer en el lugar. No quiere internarse más en las montañas antes de recibir a los compañeros que deben llegar de Manzanillo.

En cuanto al lento asado de Che, las opiniones se dividen al segundo día. Resulta que, al no recibir el fuego parejo, la carne no se cocina completa. Algunos pedazos quedan crudos y, lo que es peor, hay raciones que por una parte están bien

cocinadas y por la otra ya empiezan a criar gusanos. Aún así, al tercer día no quedarán más que los huesos.

SÁBADO 29 DE DICIEMBRE

Durante la mañana y la tarde del día 29 no ocurren incidentes notables en el campamento guerrillero, salvo un nuevo tiro escapado, esta vez también a un recién incorporado, a Sergio Pérez. Pero el hecho de estar el lugar rodeado de alturas mayores impide que la onda sonora llegue muy lejos.

Esa mañana, Fidel, Raúl y Crescencio discuten la posibilidad de atacar por sorpresa a los soldados que sirven de guardaespaldas a un terrateniente batistiano que vive relativamente cerca. Al principio Fidel es favorable a la idea. Raúl asienta en su diario:

Tenemos urgencia de partir, pero esperamos algunas armas de las que han dejado dispersas. Con el H [Crescencio] y X [Fidel] discutí la conveniencia o no de atacar por sorpresa a seis ingenuos soldados que están cuidando a un batistiano terrateniente y ganadero de la zona [...]. O si, por el contrario, dejábamos eso por ahora y después de enrolar a más campesinos revolucionarios, de estudiar el terreno que utilizaremos en futuras operaciones de guerrillas y emboscadas, además de hacer nuevos contactos y lo que es más importante todavía: preparar la red de información y contraespionaje, para que nos tuvieran al tanto de todos los movimientos de tropas por la comarca. Este último punto lo considero el más importante de todos, ya que será la base de nuestros futuros triunfos.

El X [Fidel] expresa el temor de que nos crean derrotados y el pesimismo se apodere de nuevo del

pueblo y los políticos empiecen de nuevo su politiquería, además de que sería conveniente alguna acción de ese tipo antes de empezar la quema de caña, trabajo que —según la consigna— ha de ser entre el primero y el 10 de enero próximos. Otro argumento esgrimido por Fidel y quizás el de más fuerza, era el de que carecíamos de armas para los nuevos incorporados y la escasez de parque que tenemos. Finalmente se optó por no atacar a los seis custodios del batistiano rico.

En definitiva, el propio Fidel ha llegado a la conclusión de que es preferible estudiar mejor el terreno en que deberá moverse la guerrilla, establecer nuevos contactos y mejorar la red de información entre los campesinos.

Raúl anota también ese día:

Ya los restos del torete asado estilo argentino por el Che, apestabán, pero ¿quién ha visto a un guerrillero hambriento respetar una carne pestilente? Con mucha naranja agria y plátanos hervidos, nos la comimos. Sólo uno vomitó.

Se tomaron algunas disposiciones sobre la organización futura del nuevo destacamento: los campesinos que se nos han unido irán engrosando una nueva escuadra dirigida por G[uillermo] García, que tan útil nos ha sido, salvando a compañeros y algunas armas que habían abandonado. La mayoría de las que contamos hoy, las encontró él y su gente.

Por la noche sube Alejo Piña a avisar que han llegado los enlaces de Manzanillo. Son, de nuevo, *Quique* Escalona y *Geña* Verdecia. Sigue narrando Raúl:

Partimos ya oscuro, aprovechando esa casi luz y casi tiniebla que queda después de la puesta del sol, y allí, debajo de una palma, entre lomas y al lado de un arroyito, estaban nuestros fieles y valiosos

compañeros. Nos trajeron libros de Geografía de Cuba, Historia de Cuba; éstos para darles clases a los campesinos que se nos unan, ya que teníamos a un maestro-poeta [Calixto Morales] que ha sido designado para ese trabajo de enseñanza y adoctrinamiento. Vino, además, un libro de Álgebra para el polifacético Che Guevara. Todos los libros los había pedido él.

Eug. [Geña Verdecia] [...] consiguió 16 fulminantes más, 3 cartuchos de dinamita, más mecha, 4 peines para las ametralladoras, dos de ellos cargados, y ocho granadas de mano, todos esos necesarios artefactos bélicos los trajo la compañera Eug. dentro de una faja, debajo del vestido. Con heroínas anónimas como éstas, que imitan en todo a las mambisas del pasado, no puede haber causa perdida.

Nos trajo la confusa noticia de la muerte de un tal Cándido, no recordaba el apellido. Ojalá estén equivocados, porque de ser cierto, sería entonces el querido y valioso compañero Cándido González. De Nico [López] tampoco se sabe nada. ¡Como han muerto compañeros buenos y útiles! [...] Como a las nueve nos cayó una traicionera lluvia. Todos los sacrificios por tapar los fusiles. Apenas dormimos nada.

Por su parte, Che escribe:

El día pasa sin novedad pero por la noche se produce un acontecimiento; vuelve la muchacha de Manzanillo y trae cuatro peines de ametralladora, seis granadas de mano, veinte detonadores, nueve cartuchos de dinamita, los libros que yo había encargado: Álgebra, Historia elemental de Cuba, Geografía elemental de Cuba. Por la noche se largó un aguacero que nos empapó a todos, casi nadie durmió, nos pasamos la noche tratando de hacer fuego, y asando plátanos.

DOMINGO 30 DE DICIEMBRE

A las 12:00 en punto del día 30 se levanta el campamento guerrillero de La Catalina. Después de haber recibido los enlaces de Manzanillo con nuevas informaciones, y de haberles transmitido las instrucciones que desea hacer llegar al Movimiento, Fidel se apresura en proseguir el avance hacia zonas más intrincadas de la Sierra.

La columna sube de frente a lo alto de la loma del Café y sigue la marcha por todo el firme del Quitasol, a lo largo de un trillo por dentro del tupido monte. El abrigo del bosque en esta zona permite a los combatientes avanzar por primera vez de día sin temor a ser descubiertos por la observación aérea enemiga. El tiempo es frío y húmedo. Una incesante llovizna penetra inclusive el denso follaje del bosque. El viento sopla con fuerza. Raúl escribe:

Arriba hicimos un alto y recogimos algunas naranjas agrias, ya que en esta época del año las únicas frutas que hay son las naranjas y los plátanos. Nunca creí que en Cuba existiera una niebla tan densa. Seguimos avanzando en medio de la niebla, que a 30 metros no se veía nada. Acampamos en una montaña boscosa, batida por el aire.

Han caminado unos cuatro kilómetros. Al frente, hacia el sur, la ladera desciende limpia de vegetación. Hay que cruzar ese pastizal para llegar al destino que se ha previsto de antemano. Es preciso esperar la oscuridad antes de iniciar el descenso.

Cuando cae la noche, reemprenden el camino. Han llegado a El Cilantro. Más abajo ya se distingue la casa de Juan Marrero, colgada sobre una abrupta ladera y refulgente en la penumbra con sus cercas encaladas y los blancos corrales que la rodean.

A las 10:00 de la noche llegan por fin a la casa, cansados y ateridos. Crescencio se ha encargado de avisar la llegada

del grupo, y la familia espera con la comida lista hace rato: arroz con gallina y viandas.

Dos horas después reinician la marcha. Bajan un trecho y pasan entre dos empinadas montañas. Luego tuercen al Este, y por una falda van subiendo gradualmente en busca del monte. El lugar recibe por nombre La Cotuntera. Es de suponer que en alguna época pasada este monte estaba poblado por esas guturales aves nocturnas a las que los campesinos dan el nombre de sijú cotunto.

Al final del día, Raúl apunta un pequeño descuido personal:

Partimos a un bosque cercano y casi impenetrable, donde acampamos. Con tres compañeros más, me encargué de las guardias nocturnas, donde por violar normas de fumar de noche, me puse a fumar un cigarro debajo de la colcha, me quedé dormido y se me quemó la camisa del uniforme, la de lana, la camiseta, y ya me estaba quemando cuando desperté.

Por su parte, Che relata: “Seguimos camino, al mediodía por un cayo de monte rodeado de niebla, descansamos hasta la noche y seguimos hasta llegar al bohío de los Marreros, cuyos tres hijos se incorporaron a la revolución, donde comimos. Luego fuimos a un cayo donde pasamos la noche”.

LUNES 31 DE DICIEMBRE

Amanece el último día del año. Los combatientes deciden internarse en el monte. Se mueven faldeando, en dirección paralela a las casas que se divisan abajo en el llano, casi en la orilla del arroyo.

Juan Marrero sube temprano con desayuno, pero en el cerrado bosque no encuentra al grupo guerrillero. Al mediodía regresa con almuerzo, acompañado por Anguelo, uno de sus hijos. Esta vez sí da con la ubicación del nuevo campamento.

Por la tarde arrecia el mal tiempo. La llovizna y el frío atormentan a los hombres acampados a la intemperie. En vista de esta situación, Fidel decide trasladarse a una casita cercana, donde vive Inocencio Jordán, empleado de la finca de Marrero. La casa está fuera del monte, y es necesario esperar que oscurezca.

En el diario de Che, el relato es como sigue: “El último día del año pasó en instrucción de los nuevos reclutas, leyendo algo y haciendo las pequeñas cosas de la guerra. Por la noche dormimos en un bohío donde festejamos la noche buena durmiendo a la sombra”.

Ramón Marrero, otro de los hijos de Juan, llega poco antes de las 12:00 de la noche al campamento. Viene de casa de Mongo Pérez y trae algunas cosas que le han pedido y diversas informaciones sobre el movimiento de grandes contingentes de tropas enemigas desde Estrada Palma. Hay noticias, además, de que andan tres guardias dando vueltas por la zona. Con relación a esa noche, Raúl anota:

Con la noticia de que estaban metiendo tropas por varios lugares de la Sierra, tomé hoy especiales medidas en las guardias nocturnas, y yo mismo permanecí despierto toda la noche distribuyéndolas. La noche, hermosa y estrellada, fuerte brisa batía el bohío, que presentaba una magnífica atalaya nocturna, por la parte de atrás, subiendo un poco, y como a unos 200 metros, estaba el bosque. En una barbacoa durmieron tres compañeros, el resto distribuido bajo el techo de la barbacoa, donde había un lugarcito sin paredes, con excepción de la que pegaba a la casa, y en el pequeño cuarto y salita con que cuentan casi todos los bohíos. Los que estábamos de guardia, al dar las doce de la noche, estábamos hirviendo una calabaza con algunas malanguitas que nos trajo el diminuto, bueno y trabajador Chéncho [Inocencio Jordán].

Así concluyó para el destacamento guerrillero el año 1956. ¡Quién podría imaginar en ese momento que apenas dos años después sería la victoria!

MARTES 1º DE ENERO DE 1957

Aún no es completamente el día, y ya los combatientes están en pie y de nuevo en el monte. Aunque el abrigo que puede ofrecer la espesura no es más cómodo que el de la casa donde han pasado la noche, sí resulta más seguro. Y para Fidel eso es lo que importa. He aquí lo que narra Raúl:

El primero de enero lo estábamos esperando pasando como un día normal, dedicado cada uno en el bosque a sus menesteres y al habitual silencio que nos hemos impuesto. Ya algo avanzada la tarde vimos señales de lluvia, recogimos rápidamente, y terminando dio comienzo una fuerte lluvia, caminamos hasta una cañada en una hondonada, y en el lindero del bosque esperamos en fila india a que oscureciera para ir para el bohío. Durante hora y media de pie en una cañada, estuvimos soportando el monótono y molesto golpear de las gotas, con las consecuencias, ya que sólo tenemos nueve capitas pequeñas de nylon, y por cubrir el rifle y lo que podemos de la mochila nos mojamos nosotros. Sinceramente hasta ahora éstos son los momentos más tristes de un guerrillero, mojarse sin protección alguna.

Ese día, Che anota lacónico: “Pasamos el día en un cayo de monte. Por la noche fuimos a acampar en un bohío amigo que era el que nos traía comida; pero ya mojados por una lluvia pertinaz”.

Raúl concluye sus apuntes de ese primer día del nuevo año:

Ya oscuro, aunque no del todo, aprovechando la neblina, nos acercamos de uno en uno al bohío, todos

empapados y calados hasta los huesos y con muy poco espacio para dormir, nos las arreglamos como pudimos. Esa noche dormí en unos sacos de maíz, muy incómodamente y apenas dormí nada, afuera el viento soplaba ferozmente. ¡Tremendo año nuevo!

Tremendo año nuevo será, en efecto. Dentro y fuera de la Sierra, el enemigo recibirá durante el año golpe tras golpe. La lucha revolucionaria de todo un pueblo adquirirá un ritmo ascendente. Apenas quince días después, el pequeño destacamento guerrillero que esa noche resiste de pie y sin moverse el agua y el frío, librárá su primer combate victorioso. Cinco meses más tarde, a pesar de la traición y de tener que enfrentarse a un aparato militar al parecer omnipotente, Fidel habrá extendido la insurrección a media Sierra Maestra y habrá multiplicado varias veces las fuerzas a su mando.

MIÉRCOLES 2 DE ENERO

El día amanece lluvioso y frío, al igual que los anteriores. La columna guerrillera, compuesta en ese momento por 24 combatientes, ha pasado la noche en la pequeña casa en que vive Inocencio Jordán, en La Cotuntera. Raúl apunta en su diario de campaña: “Después de algunas deliberaciones acordamos quedarnos en el bohío; se tomaron medidas, para el caso; todo el mundo dentro de la casa, se pusieron sacos en la puerta principal, para evitar que nos vieran”.

La casa está en una falda, fuera del monte, y cualquier movimiento en ella puede ser visible desde los alrededores. El día discurre en una lenta y tediosa inactividad por parte de la mayoría de los combatientes. Hacinados en el reducido espacio, aguardan el fin de la interminable lluvia. Pero no todo es tiempo perdido. Raúl anota: “Por órdenes expresas, después de investigar, se mandaron a buscar algunos vecinos que fueron de mucha utilidad, pues eran simpatizantes y

sirvieron para extender la vigilancia, se enrolaron algunos como puntos de enlace para el futuro”.

Poco a poco, la guerrilla ha ido creando en los lugares por donde pasa una eficiente red de colaboradores e informantes. Fidel está consciente de que ésta ha de ser una de las actividades principales en las primeras semanas, y prefiere, en consecuencia, mantener un ritmo más lento en la marcha hacia el corazón de la Sierra —aun corriendo riesgos mayores— con tal de asegurar la necesaria retaguardia campesina, que habrá de desempeñar un papel crucial en una lucha de las características de la que ahora se inicia.

Por otra parte, la espera es necesaria también para dar oportunidad a la llegada del grupo de refuerzo que ha sido enviado desde Manzanillo y el regreso de Guillermo García con más armas, y consolidar los enlaces con el Movimiento en el llano.

Ese día Che escribe en su diario: “Amaneció lloviendo, se decidió esperar en el bohío a que escampara. Con el correr de las horas caían al lugar los campesinos cercanos ofreciendo sus servicios. A uno de ellos, conocido de Crescencio, se le aceptó como guía”.

Se trata de Juan Lebrigio, vecino del lugar, quien se brinda a conducir a la columna hasta la casa de su hermano Rafael, en las faldas del Lomón. Otro de los campesinos que se entrevistan ese día con Fidel informa que los guardias han registrado la casa de *Mongo* Pérez en Cinco Palmas, pero no han encontrado nada. Sin embargo, en ese momento, el grupo de once manzanilleros integrantes del refuerzo estaba escondido en los cafetales de Mongo.

Juan Marrero, el dueño de la finca, ha seguido atendiendo al grupo, junto con sus hijos. Esa tarde, enterado de que Fidel ha decidido proseguir la marcha por la noche, se prepara en la casita una abundante comida de carne de puerco sancochada o hervida en una especie de fricasé. Raúl escribe:

Durante el día de hoy, creo que por primera vez sobró la comida, aunque no mucho, pues lo poco que

sobró, uno de los comelones que tenemos aquí la guardó en una lata para llevársela. [...] Durante todo el día, una fría llovizna y un fuerte viento azotó la zona, pero no había más remedio que irse y con Lebrijo [Juan Lebrigio] de guía salimos a las 6 y 15 de la tarde. Iba a ser la jornada más difícil e incómoda que haríamos desde el desembarco, con excepción de los pantanos del primer día.

Con esta última frase, Raúl inicia en su diario el relato de la odisea de aquella noche. Los combatientes emprenden la marcha faldeando la loma del Cilantro entre los surcos marcados por las reses en su constante vagabundear por los potreros de montaña, convertidos en trampas fangosas por la persistente llovizna. Nada hay más azaroso que un descenso por una empinada ladera entre el fango y la oscuridad de la noche. Un resbalón puede no ser fatal, pero sí puede lesionar, demorar y, sobre todo, descubrir.

La columna cruza el arroyo del Cilantro cerca de sus cabezos, y se enfrenta a la subida de una empinadísima loma cubierta de monte. Uno de los combatientes se ata una sog a la cintura y comienza el trabajoso ascenso. Tras él, tomando cada cual la sog a con una mano, siguen los demás. Se resbala, se cae, se tropieza, se maldice, se esfuerza.

Al entregar el rollo de sog a que trae al hombro, Reinaldo Benítez se percata de que ha dejado el fusil en la casita de La Contuntera. Alega como justificación que, en la oscuridad y la agonía de la caminata por el fango, creyó que lo que tenía colgado era el arma y lo que sujetaba con la mano la correa. El incidente motiva una severa reprimenda de Fidel. El fusil será recuperado al día siguiente.

Cerca de la medianoche, cuatro horas después de haber llegado a la base de la loma, el grupo completo alcanza el firme. En realidad, han caminado poco más de 400 metros, pero en ese trayecto han subido 170 por la inclinada y resbalosa pendiente. Al llegar arriba se decide efectuar un breve descanso. La columna ha salido al firme frente a una

puerta de golpe en la cerca que divide los linderos de las dos fincas vecinas. En el trillo, sobre la hierba empapada y el fango, los combatientes se tienden a descansar. Pero ahora viene lo peor.

Quizás fuese el puerco hervido, quizás el hambre acumulada, tal vez el esfuerzo realizado, o a lo mejor una combinación de todo esto. El hecho es que, como una súbita epidemia, rompe en casi toda la tropa el torrente de una descomposición de estómagos colectiva e irrefrenable. El firme al que han subido es conocido en la zona como la loma de León, o de Emilio, según el punto de vista de los dueños de las fincas que abarcan sus laderas. Pero a partir de aquel momento, y para siempre, los combatientes la bautizan con el nombre irreverente de la loma de la Cagalera.

Volvamos al relato de Raúl:

A oscuras, con frío, por trillos estrechos que a tramos se convertían en canalitos, resbalando a cada paso, cayéndonos y levantándonos de nuevo, por proteger el arma al caernos recibíamos un golpe tras otro en los pies y la rodilla, los pies mojados por la humedad de la lluvia, y por el paso de los arroyos, al principio de la marcha tuvimos que subir una tremenda montaña, perteneciente a la cadena de la Sierra que a más de empinada, era puro jabón y para colmo, parece que el atracón de comida con exceso les dañó el estómago a muchos compañeros, que cada rato había que estar haciendo un alto.

Del otro lado del firme, la bajada es tan pendiente como la subida. Al poco rato la columna reemprende el camino, ahora todavía más difícil por las condiciones en que va la tropa. Toda la madrugada se invierte en este penoso descenso interrumpido a cada minuto por las necesidades impostergables de muchos.

Al fin, después de cruzar el arroyo del Lirial, los hombres llegan abajo. Ahora es preciso vadear el río de La Caridad de

Mota, que por las lluvias de los últimos días viene crecido. Algunos aprovechan para dar a sus ropas un lavado apresurado y necesario. Raúl continúa su relato:

Durante la marcha pasamos por el Lirial, que está entre montañas y al lado del arroyo del mismo nombre. Por esta zona no abundan mucho los bosques, había que encontrar alguno bien resguardado para acampar. Llegamos al río Mota de agua fríísima y en su margen acampamos, como a las 4 y 30 de la mañana, para dormir, sin deshacer los paquetes, una hora y media para dormitar un rato y seguir a un punto cercano más seguro.

Veamos cómo narra Che en su propio diario los incidentes de esa jornada:

A la noche emprendimos una marcha lenta y fatigosa por trillos enfangados y con los hombres enfermos de diarrea. Después de 10 horas de marcha en la que menudearon los altos por el motivo apuntado y las caídas, llegamos a hacer campamento a orillas de un río que vadeamos mojándonos hasta la rodilla.

JUEVES 3 DE ENERO

Poco antes del amanecer, la columna ha acampado a la orilla del río. Han llegado a La Caridad de Mota. Los combatientes se tienden exhaustos dentro del monte que orillea el río y entre la manigua encubridora de un campo de cultivo abandonado, donde abundan el guisaso, los cardos y las zarzas. Raúl escribe:

Aunque no había bosque, sí unos yerbazales, que nos sirvieron de protección al mismo tiempo que oportunidad de coger bastante sol, que nos hacía mucha falta, pues por vivir siempre en el bosque y caminar de noche, lo veíamos muy pocas veces. [...]

Después de dormir y sudar bajo el sol, me dediqué a comerme mi ración de salchichón para casos como éstos en que no hubiera comida, e inventé un plato que se compone de los siguientes ingredientes: salchichón picado en trocitos, dos o tres cucharadas de miel, un limón exprimido y un poquito de ron Bacardí. Este plato se llama “salchichón a la guerrillera”.

Mientras los combatientes descansan y secan sus ropas, Fidel ha ordenado a Lebrigio que siga a la casa de Bienvenido Hernández, un campesino amigo de Crescencio Pérez que vive a pocos cientos de metros del improvisado campamento guerrillero. Después de conocer quiénes son los que han llegado hasta cerca de su casa, el campesino accede a atenderlos. A media mañana envía a Isidro, uno de sus hijos, con un poco de café y algunas viandas cocidas.

El resto del día transcurre sin incidentes notables. Esa tarde, antes de partir, Isidro y su hermano Ambrosio han venido a buscar al grupo de combatientes y los han trasladado del otro lado del camino real, a una hondonada boscosa en cuyo centro crece un extenso y frondoso mangal. No es temporada de fruta, pero al abrigo de los espesos gajos que casi tocan el suelo y bajo los cuales —a juzgar por la edad de los árboles— muy bien pudo haberse cobijado alguna prefectura mambisa cuando la última guerra de independencia, los hijos de Venido Hernández ofrecen a sus huéspedes un fricasé de guanajo con abundante ñame y malanga.

Hay poco monte y mucho potrero y pelúa en esta zona, por lo que es preciso esperar la noche para eludir la aviación enemiga. Poco después de la caída del sol, la columna se pone en movimiento nuevamente. Los combatientes han repuesto energías durante el día, pero de todas formas el avance se dificulta. Escribe Raúl:

Durante esta caminata, en mucho menos tiempo que la anterior caminamos mucho más, y salvo algunos lugares que eran verdaderos pantanos, sobre

todo donde el sol no daba, lo demás estaba bastante bueno. También por un rato nos alumbró muy tenuemente una luna nueva, de cuarto creciente.

Seis kilómetros más adelante, se hace un alto en la cima de la loma del Roble. Poco después se prosigue la marcha en dirección al alto de Acantilado, el último firme que separa a los combatientes de la meta de su jornada nocturna.

Che apunta en su diario:

Pasamos el día secando la ropa y durmiendo. Al anochecer hacemos una comida y salimos con rumbo a la Plata, caminando un par de leguas con la lentitud acostumbrada. Llegamos al final de la etapa a la 1 de la madrugada, durmiendo en un bohío del hermano del guía (del yerno del hermano).

VIERNES 4 DE ENERO

En la madrugada del día 4 el destacamento guerrillero alcanza el firme de Acantilado. Allí se detienen de nuevo a descansar. A la izquierda de los combatientes, apenas discernible en la penumbra de la luna nueva, se eleva el macizo del Lomón, la primera de las cordilleras importantes que habrá de cruzar la guerrilla en su marcha hacia el interior del macizo serrano. A sus pies, en el valle, está Tatequieto, donde vive el hermano de Juan Lebrigio. Si la noche hubiese sido más clara, quizás los combatientes hubiesen podido divisar en la lejanía la loma de Caracas, la mole dominante de toda esta zona de la Sierra. Pero no será hasta la tarde del día siguiente cuando Fidel podrá admirar la abrumadora majestad de esa montaña.

Poco después de las 3:00 de la mañana llega el grupo a la casa de Rafael Lebrigio. El hermano de Juan, conocido por Fengue, los recibe atentamente, pero sugiere que se trasladen a la casa de su hija Feliciano, a unos dos kilómetros de allí y en lugar menos expuesto. La columna reinicia la marcha.

Feliciano Lebrigio y su esposo, Raúl Barroso, están durmiendo cuando alguien llama a la puerta de su casa. La primera vez no contestan, pero luego Barroso reconoce la voz de su suegro. Cuando abre, ve el patio de la vivienda lleno de hombres, algunos ya tendidos en el suelo.

La campesina se levanta y comienza a preparar café. Mientras tanto, los combatientes se van acomodando por el patio. Fidel y Crescencio arman sus hamacas en la barbacoa de la casa. Después del café, sólo permanecen despiertos Raúl, Che y la posta que queda de guardia afuera.

Feliciano y Barroso empiezan a pelar malangas para preparar un desayuno. Raúl y Che los ayudan. Treinta años después, todavía la campesina refería dos detalles que se le quedaron impresos en el recuerdo: uno, la forma en que Raúl pelaba las malangas, moviendo el cuchillo hacia adentro; otro, el hecho de que Che llamara “mojito” a la manteca de puerco con que comieron la vianda. Leamos lo que escribe Raúl en su diario:

Tomamos café, y se acomodaron los muchachos alrededor de la pequeña casita, los que no cabían dentro. Eran como las 3 de la madrugada. Hice guardia lo que quedaba de la noche y mientras un compañero me sustituía, conversando con el Che preparamos algunas malanguitas y calabazas que comimos con un mojito de buen gusto, mientras tomábamos agua con miel caliente. Afuera hacía aire fuerte y frío. Fidel durmió en una barbacoa.

Raúl anota otro detalle curioso con relación a esa misma madrugada en Tatequieta:

La noche anterior, mientras estuve de posta, conversando con mi tocayo [Raúl Barroso], me recomendó una oración que él sabe de memoria y me la recitó, en medio de todo era muy cómica por el rejuego de palabras que contiene. Se llama: “Las Doce Palabras”, y según él nada le pasará al que la pronuncie

en un combate ni a los que lo acompañen en un diámetro de 40 pasos, ya que las balas no les entrarán. El papá de Fendy [Fengue Lebrigio], su suegro, se las enseñó a ellos, pues él, que fue veterano de la Guerra de Independencia, nunca fue herido en los combates, y a sus compañeros les gustaba pelear al lado de él porque sabían que estaban inmunes. Otro de los secretos de esta oración es el que sólo se le puede enseñar a dos personas, y éstas a otras dos, y así sucesivamente. Antes de abandonar la zona, voy a copiarla, no creo que me proteja, pero está muy interesante para estas anotaciones.

Raúl no tuvo tiempo de cumplir su propósito. Sin embargo, el texto de la milagrosa plegaria espiritista no se ha perdido del todo. Treinta años después, Raúl Barroso, ahora militante comunista, tuvo que hacer un esfuerzo de memoria para recordar al menos la primera parte de aquella oración:

De las doce palabras nuevas, amigo, diga la una. Amigo, no proseguiré. La una, la una la columna, la casa santa de Jerusalén, donde puso los pies nuestro señor Jesucristo, amén.

De las doce palabras nuevas, amigo, diga la dos. Amigo, no proseguiré. La dos, las dos tablas de Moisés; la una, la una la columna, la casa santa de Jerusalén, donde puso los pies nuestro señor Jesucristo, amén.

De las doce palabras nuevas, amigo, diga la tres. Amigo, no proseguiré. La tres, las tres Marías; la dos, las dos tablas de Moisés; la una, la una la columna, la casa santa de Jerusalén, donde puso los pies nuestro señor Jesucristo, amén.

De las doce palabras nuevas, amigo, diga la cuatro. Amigo, no proseguiré. La cuatro, las cuatro vírgenes; la tres, las tres Marías; la dos, las dos tablas de

Moisés; la una, la una la columna, la casa santa de Jerusalén, donde puso los pies nuestro señor Jesucristo, amén.

De las doce apalabras nuevas, amigo, diga la cinco. Amigo, no proseguiré. La cinco...

Y así sigue diciendo, hasta la palabra número doce.

Sería interesante investigar si alguna vez, en el fragor de un combate, alguien tuvo cabeza para ponerse a recitar este interminable trabalenguas, en vez de protegerse de las descargas enemigas tras algún parapeto más tangible. Lo más probable es que, de haberlo hecho, se habría convencido de que las balas no creen en oraciones.

Al amanecer, los combatientes se trasladan a un mangal situado a unos 200 metros de la casa. Hay que atravesar una cañada haciendo equilibrio sobre un tronco de yaba acostado. Camilo resbala y cae al fondo, pero sólo se golpea un poco. Fidel, preocupado, pregunta si el fusil del combatiente no ha sufrido. Barroso les lleva el desayuno a los mangos, y luego, a instancias de Fidel, se internan otros 200 metros más en la falda de la loma hasta un cayo de café y un palmarito donde están mejor ocultos.

Por la tarde Fidel pide a Che que instruya a los campesinos incorporados a la tropa en los rudimentos teóricos del tiro con fusil. A la sombra de un viejo jigüe y un mije de grueso tronco, el pequeño grupo de combatientes que no vinieron en el *Granma* aprenden a alinear los puntos de mira, las posiciones correctas para el tiro tendido y las demás nociones necesarias para poder disparar cuando llegue el momento, con la esperanza al menos de dar en el blanco preciso.

El campesino ha querido matar un puerto para preparar comida, pero Fidel lo disuade diciéndole que vienen varios enfermos del estómago. En vista de ello, Feliciano mata tres gallinas y prepara lo que en la zona recibe el nombre de compuesto, es decir, un caldo de gallina y vianda con toda la grasa y la carne desmenuzada de las aves. El fuerte alimento

es capaz de levantar a un muerto, y cae como un bálsamo en los estómagos aún resentidos de los combatientes.

El resto del día pasa sin novedad alguna. Por la noche, Fidel, Raúl y algunos otros se trasladan de nuevo a la casa de Barroso, mientras el resto del grupo duerme en el campamento del monte. Che lo refleja así: “Día transcurrido sin movimiento alguno quedándonos en el mismo lugar. Llegaron noticias de que había habido un combate en Chiribico [Chivirico], de que Fidel había sido muerto en un combate y que las tropas se retiraban de la Maestra”.

SÁBADO 5 DE ENERO

Durante la mañana, la columna guerrillera permanece cerca de la casa de Raúl Barroso. El campamento está en una falda poco inclinada, pero a sus espaldas el terreno comienza a elevarse casi de inmediato. Desde el lugar donde están, el monte se prolonga ya sin interrupción hasta el firme del Lomón.

No han llegado noticias del refuerzo que se espera, ni de Guillermo García y los que andan con él. Ya para esa fecha, el grupo de Manzanillo ha quedado reducido a nueve hombres. Los otros dos no han resistido las caminatas por el monte. El día 5 los manzanilleros están camino de El Cilantro, siguiendo una ruta casi idéntica a la de la columna principal. Guillermo e Ignacio Pérez, por su parte, ya han considerado agotada la búsqueda de armas y han emprendido también el regreso. Pero estas noticias no se han recibido en Tatequieto. Fidel decide no seguir esperando y avanzar un tramo más.

La columna parte a las 3:00 de la tarde. Fengue Lebrigio y Raúl Barroso sirven de prácticos. Suben por una ladera limpia de monte a un costado de la casa de Barroso, tomando todas las precauciones posibles para no ser vistos, hasta alcanzar el firme que separa a Tatequieto del Ají. Leamos el relato de Raúl:

Ya desde la ladera de una montaña, divisamos la casa de Eligio Mendoza [en El Ají], adornado el verdor del campo con varios árboles color de rosa completamente, en forma escalonada, por la montaña hacia arriba y hacia abajo se veían en forma escalonada las casas y estancias bien sembradas de sus hijos e hijas casadas. Al fondo, algo azul, se veía imponente la loma conocida por “Montaña de la Derecha del Ají”.

Che, por su parte, escribe:

Sin noticias de los grupos que nos siguen, nos movimos de día a través de zonas boscosas para llegar a la casa de Eligio Mendoza. Desde las lomas se ve las Caracas todas cubiertas de monte, donde la resistencia es fácil. [...] Las perspectivas son buenas porque de aquí hasta la Plata es toda zona boscosa y abrupta ideal para la defensa. El río se llama Ají.

El árbol de flores color rosa —más bien naranja pálido— que menciona Raúl es el búcare, adorno mayor de estas laderas en su floración, que en esta zona llaman búcaro. Y la montaña que han divisado, en efecto, es la loma de Caracas.

No es casual el hecho de que en los diarios de ambos combatientes aparezca una referencia al panorama que se contempla desde el firme de Tatequieto. A siete kilómetros de distancia en línea recta, Caracas parece desde allí un gigante que aplasta con su descomunal silueta el lomerío que lo circunda. Aún hoy cubierta por el monte —montaña entera, como dirían en la zona—, la mole fulge azul a lo lejos. Descontando el Turquino, paladín indiscutible de la Sierra, son pocos los macizos de esta cordillera que impresionan de la misma forma al que se enfrenta a ellos por primera vez. Algo parecido les ocurrirá a los combatientes con el firme de Palma Mocha o la loma del Jigüe, y aun así esta última, si bien más alta, no resulta tan majestuosa e imponente.

Por eso, en lo alto del firme de Tatequieto, Fidel se vuelve a Raúl Barroso y le pregunta qué loma es ésa, y luego afirma en voz alta y entusiasmado:

—Si llegamos hasta allá, ni Batista ni nadie podrá ganarnos la guerra.

Algunos de los que escuchan esta frase vuelven involuntariamente la mirada hacia sus otros compañeros, y con un gesto casi imperceptible se preguntan cómo será posible ganar una guerra con ese puñado de hombres que desde el inicio de la lucha sólo conocen el hambre, la persecución, el frío, la fatiga. Y, sin embargo, dos años más tarde, esa afirmación de Fidel, fundada íntimamente en la certeza de la causa, la confianza en el pueblo y la evaluación certera de la estrategia y las tácticas de la lucha y del medio donde desarrollarlas, será ya realidad.

Fengue Lebrigio ha sugerido la casa de Eligio Mendoza, en El Ají, como la posible escala siguiente en la ruta de la columna guerrillera. Desde el alto, entre las últimas luces de la tarde, Barroso le indica a Fidel dónde vive el campesino.

Hay un camino que baja derecho hasta el río, serpenteando en la ladera. Pero pasa demasiado cerca de unas casas, y en una de ellas los guías saben que esa noche se celebra un cumpleaños. Pueden ser vistos si cruzan por allí. Desechan, pues, el camino, y a campo traviesa, abriendo monte y atravesando cafetales, inician el descenso.

La bajada no es fácil por esta ruta. Después del cafetal hay que cruzar por una tumba reciente de monte, donde aún están los palos atravesados. Es preciso bajar con mucho cuidado para evitar los tropezones. El último tramo lo recorren sobre las lajas resbalosas de un cañado que cae casi a plomo sobre el río. Algunos se desbarrancan y ruedan hasta abajo varios metros.

Al fin, con gran esfuerzo y peligro, logran llegar al agua. Aquí los guías se despiden, después de indicar la ruta que deben seguir. Es preciso cruzar rápidamente e internarse en el bosque del otro lado. Ahora hay que subir de nuevo, esta vez por entre el cafetal de los Mendoza.

Cerca de la medianoche salen finalmente a la casa. Crescencio se adelanta para avisar al campesino. Detrás se acercan Fidel y los demás combatientes. A Eligio Mendoza no le hace muy feliz la propuesta de Crescencio de albergar a los recién llegados. Repite insistentemente: “¡Piten, pitén!” Después de un animado cambio de impresiones con el dueño de la casa, Fidel decide no acampar allí, sino subir más por el arroyo. Algunos de los hombres ya se han tendido a descansar, creyendo que han llegado al fin de la fatigosa jornada. Ahora la columna reemprende la marcha.

Che anota en su diario al respecto: “Eligio tiene mucho miedo y trata de escurrir el bulto, pero se decide quedar a pasar la noche en el bohío de una hija, perdido en el monte”.

Raúl apunta:

Por la mitad del camino nos sorprendió una fuerte llovizna, nos caímos infinidad de veces, echamos malas palabras y maldiciones. [...] Allí nos encontramos un bohío, bastante amplio, con abundante comida y con un par de huéspedes muy amables. [...] Tomamos café bien caliente, ya que estábamos mojados, secamos las armas, y después de conversar un rato nos acostamos como pudimos, pero por lo menos bajo techo.

La casa a la que han llegado es la de Eloísa Ramírez, hija de Eligio, y su esposo, Florentino Enamorado.

DOMINGO 6 DE ENERO

La casa de Florentino Enamorado, en El Ají, resulta muy propicia para un campamento guerrillero. Encaramada casi en los cabezos del arroyo, la vivienda está sumergida en un bosque espeso y rodeada de sombreados cafetales. No tiene acceso más que por el sendero que sube desde el río, bordeando el arroyo, y pasa primero por las casas de Eligio

Mendoza y de su hijo Bienvenido. Una posta colocada convenientemente puede avisar con tiempo de sobra la presencia del enemigo o de cualquier visitante inoportuno.

Pero más importante aún resulta el carácter de la familia de la casa. Tenso y magro como un alambre de acero, reservado y cordial al mismo tiempo, Florentino Enamorado parece personificar lo más noble y legítimo del campesino de la Sierra. Entre él y Eloísa, su esposa, cuyo temperamento es el reverso absoluto del de su marido, pues es inquieta y alegre como un cascabel, no cesan de estar al tanto de sus huéspedes y colmarlos de atenciones. Desde el primer momento han recibido con cordial amabilidad al grupo de combatientes, que llegan extenuados, chorreando agua y fango, a su casa. El resto de la noche los hombres duermen rendidos en el piso de la sala y la cocina, y en un pequeño rancho contiguo a la vivienda.

La conversación con el dueño de la casa impulsa a Raúl a anotar en su diario estas extensas y elocuentes observaciones:

La vida de estos campesinos es mucho más dura que la del llano, por su lucha con la naturaleza, pero más saludable y en lo moral más pura. A golpe de pecho han abierto estos montes intrincados y son muchos los que ya llevan aquí 10 ó 15 años y algunos hasta más. Tienen sus estancias muy bien sembradas y variadas. Las siembras han tenido que hacerlas a pico, ya que en las laderas no pueden arar. Se ven pocos caballos relativamente, aunque muchos tienen sus vaquitas de ordeñar. Por la abundancia de gallos finos parece que son muy adictos a ese deporte. Actualmente están peleando por sus tierras, las que legalmente no pertenecen a nadie, salvo a aquellos que las trabajan; pero la compañía de los Núñez Mesa, los herederos de Delio, quieren quitárselas con el apoyo de los soldados, que debieran estar para defender al pueblo; bueno, si así fuera, no sería

necesaria nuestra presencia aquí. Cuando tengamos alguna oportunidad haremos un reparto gratuito de tierras. Hay zonas por aquí que en la reforma agraria futura se podrán hacer granjas colectivas, por la proximidad de todas las familias, por la cooperación que siempre se prestan y por el respeto venerable que profesan hacia los padres de familia, existe casi un régimen social de tipo patriarcal.

La compañía a que se refiere Raúl es la Núñez Beattie, fundada por uno de los más voraces y esquilmadores latifundistas de la región, Delio Núñez Mesa, yerno y administrador de los bienes de Ricardo Beattie, el dueño del central Isabel en Media Luna. Esta compañía era titular de enormes extensiones de tierra que abarcaban casi media Sierra Maestra, en las que explotaba de manera particularmente alevosa a los pobladores campesinos.

Por la mañana los combatientes se trasladan para un cafetal a 200 metros de la casa. Llega Eligio Mendoza y cambia nuevamente impresiones con Fidel. Después de la conversación, el grupo se mueve un poco más arriba por un cañado seco, y establece el campamento al pie de una enorme juba, dentro de un monte de macaguas, purios, yamaguas y otras maderas bobas.

Por encargo de Fidel, Florentino sale esa misma mañana a comprar algunas mercancías en las tiendas de los alrededores. Cuando va bajando, el campesino tropieza con Raúl Barroso, que viene por el camino hacia la casa. Florentino le indica dónde puede encontrar el campamento y sigue su camino.

Al regresar esa madrugada a su casa, Barroso ha encontrado al grupo de nueve manzanilleros que espera Fidel desde hace días, que han sido llevados allí desde La Cotuntera por Juan Lebrigió. De inmediato parte de regreso al Ají para comunicar la noticia. Cuando llega al campamento junto a la juba, los combatientes están comiendo miel que ha castrado Universo Sánchez, el apicultor de la columna, de

unas colmenas cercanas. A Barroso, siempre jovial, no se le ocurre nada mejor que anunciarse con un estentóreo “¡Alto ahí!” Los combatientes pegan un salto y empuñan sus armas.

Fidel dice al campesino que regrese y avise al grupo que está en su casa que irá un compañero a recogerlos. A los pocos minutos salen con esa misión Manuel Acuña y René Rodríguez.

Mientras tanto, en la casa de Bienvenido Mendoza, la esposa de éste, Rafaela Portales, y Eloísa, la mujer de Florentino, han preparado un almuerzo abundante: arroz con guanaja, yuca, boniato y malanga amarilla. Bienvenido sube los recipientes con la comida hasta el campamento.

Al poco rato regresa Florentino. En la tienda de Giraldo Peña, en El Ají, y en otras dos más apartadas, ha comprado diez libras de galletas, ocho barras de dulce de guayaba y varias latas de leche condensada, cigarros, tabacos y fósforos.

Después del almuerzo, Fidel baja hasta la casa de Bienvenido para oír las noticias en el radio de baterías que tiene el campesino. Los demás combatientes descansan, limpian sus armas o se ocupan de las pequeñas cosas que componen la vida en un campamento guerrillero. Leamos ahora lo que cuenta Raúl:

Yo bajé una hora más tarde y me encontré con la gente decepcionada porque por ser domingo no había noticias. Allí encontré a “tío” Crescencio dándose un baño de agua tibia y yo, que en más de 40 días sólo me había bañado una sola vez y desde que desembarcamos traía el mismo uniforme, pedí que me calentaran una lata de agua y al lado de un cañaveral y dentro de una batea de lavar que me prestaron me di el gran baño de la temporada. Mi pobre uniforme que me había acompañado sin protestar, salvo el mal olor que tenía, durante toda esta jornada, también se bañó, pues la señora de la casa me lo lavó para entregármelo mañana; me sentía vestido de limpio como si estuviera realmente nuevo. Y no es muy aconsejable bañarse cuando uno lleva

este tipo de vida de guerrillero, teniendo como casa el tupido bosque y el amplio cielo, viviendo a la intemperie y siempre churriosos, porque cuando uno se baña, quitándose un kilo de churre de encima y vistiéndose de limpio, pues resulta que después no quiere volver para el bosque.

A media tarde comienza a amenazar la lluvia, y los combatientes se reúnen todos en la casa de Florentino. Ya oscureciendo llega el esperado grupo de refuerzo de Manzanillo. Son Julio Zenón Acosta, Gerardo Reyes —conocido por Yayo—, Daniel Motolá, Hermilio Rey —a quien llaman Nango—, Luis Salinas, Antolín Quiroga, Rudy Pesant, Salvador Rosales y Juan Francisco Echevarría. Vienen todos desarmados y en ropa de civil. Como único equipo de campaña traen gorras verde olivo y colchas de lana. Che refiere en su diario la llegada de este grupo:

Raúl [Barroso], el yerno de Lebrija [Rafael Lebrigio], vino con la noticia de que había diez hombres de Manzanillo, sin armas, en la finca de su suegro. Fueron a buscarlos [Manuel] Acuña y René [Rodríguez] y a la noche trajeron a nueve manzanilleros que habían venido desarmados en un jeep hasta la finca de Mongo Pérez y de allí a campo traviesa hasta reunirse con nosotros. Las noticias que traen son pobres y viejas [...]. El procedimiento empleado para elegir a la gente fue tomar los cinco mejores de cada célula y luego los dos mejores de cada cinco.

Raúl termina sus anotaciones de este día con las siguientes palabras:

A estos nueve compañeros, se les puso como jefe al teniente Julio Díaz y a Ciro Redondo, para que formaran una escuadra. Poco después de la llegada de los compañeros comimos carne de macho frita, con arroz y frijoles y viandas, el más variado de los

menú comido hasta ahora; de postre, una galletica con dulce de guayaba y café. Salvo la guayaba y las galletas, todo fue producido por nuestros anfitriones en su estancia, pues hasta el café lo endulzaron con miel. Ahora éramos 33 y para dormir fue un problema, pero apiñándose un poquito más, todos cupimos bien. Estuve de oficial de guardias, desde las 12 a las 6 de la mañana.

LUNES 7 DE ENERO

Alrededor de las 9:00 de la mañana se levanta el campamento. Manuel Acuña se queda en El Ají para esperar la llegada del grupo que anda con Guillermo. Eligio ha asegurado que todo el trayecto podrá hacerse dentro del monte, por lo que Fidel ha dispuesto caminar de día. Suben al firme detrás de la casa de Florentino y comienzan a descender hacia el arroyo de La Derecha de Caracas. Al llegar abajo, cerca de la casa de Eusebio Torres, compadre de Eligio, tienen que ocultarse unos minutos en el bosque para dejar pasar un arria de mulos que viene bajando por el camino de La Derecha.

Después de cruzar el arroyo y el camino, empiezan a subir por dentro de uno de los cafetales de Torres. El estribo, muy pendiente, los lleva hasta el firme que divide el brazo de La Derecha del de Caimanes. Durante todo el mediodía avanzan rompiendo monte, abriéndose paso en ocasiones entre espesos tabiques de tibisí, el bejuco que desgarrar y parece que quema al que se enreda entre sus guías engañosamente frágiles. Raúl describe la jornada en estos términos:

Subíamos y bajábamos grandísimas montañas, unas veces caminando por las crestas y otras por las laderas todo lleno de grandes árboles y molestos bejucos, en la mayoría del camino, teníamos que irnos agarrando de lo que encontráramos a mano, que en muchas

ocasiones eran bejucos espinosos. Cerca de la una de la tarde almorzamos dos galleticas con guayaba y seguimos el camino.

A media tarde alcanzan el alto desde el cual se divisa El Mulato. Eligio se separa con la intención de buscar a Manuel Fonseca, conocido por Lico, un amigo suyo a quien piensa encomendar la atención del grupo. Los combatientes se quedan ocultos en el bosque. Pasan más de tres horas. Eligio no vuelve. La noche ha caído y ya Fidel está inquieto. La espera se hace más molesta por el frío y la tenue llovizna que empieza a caer.

Por fin, a las 7:30, Eligio regresa. Lo acompaña un hombre de unos 35 a 40 años, blanco, de abundante cabellera lacia, estatura mediana y ademanes enérgicos. Su nombre: Eutimio Guerra.

Eligio no ha encontrado al campesino que buscaba y ha ido entonces a la casa de Eutimio, allí mismo en El Mulato. Piensa que no le será difícil obtener la cooperación de éste, ya que se trata de uno de los más connotados dirigentes campesinos en toda la zona, que se ha destacado por sus luchas constantes contra las pretensiones geófagas de la compañía de los Núñez. Al llegar a la casa de Eutimio, lo encuentra en compañía de su compadre Antonio Cabrera, quien es uno de los campesinos de la zona que están esperando la oportunidad de poder ayudar a Fidel y sus hombres, e incluso unirse a él.

Eutimio está de acuerdo en recibir al grupo de combatientes en su casa, y deja a su esposa Ángela Rivas y a Antonio encargados de matar un puerco e irlo preparando. Sale entonces con Eligio Mendoza al encuentro de Fidel, quien sólo está a unos 1.200 metros de su casa.

Florentino y Eligio viran de regreso y la columna baja por un trillo hasta la vivienda de Eutimio Guerra. Al llegar, están ayudando en la faena del puerco dos hermanos que viven a poca distancia, Orestes y Enrique Vila —conocidos por los Suavo—, a los que se les ha avisado del arribo de

Fidel y han venido a ofrecer también su ayuda. Prosigue relatando Raúl:

Allí [en casa de Eutimio Guerra], calentándonos con la leña que ardía en el fogón y después de tomar un trago de coñac con miel esperamos las viandas y el macho frito. Después subimos a un alto, como a 200 metros, a una casita sin paredes donde soplaba un fuerte viento y que era propiedad de Eutimio, y según creo, a veces pelean gallos aquí. Dormimos ahí, porque a los 30 metros, tenemos el bosque pegado.

Ese día, Che apunta en su diario:

Temprano iniciamos la marcha a través de cayos de monte. Invertimos todo el día en llegar a la falda de las Caracas, cerca del Mulato, nuestro punto de destino. Allí esperamos la noche hasta que llegó el dueño del bohío donde vamos a pasar la noche. En el bohío nos esperaban con un puerco muerto y comimos por primera vez en el día. Pasamos la noche bajo techo en un rancho sin paredes. Decidimos esperar los acontecimientos en este nuevo punto.

MARTES 8 DE ENERO

El día 8 transcurre sin mayores incidentes para la columna guerrillera acampada en El Mulato. Por la mañana, los combatientes se trasladan al monte cercano al ranchito donde han pasado la noche. Es muy posible que ese día muchos de ellos hayan visto por primera vez una de las especies más singulares de la flora de la Sierra: el helecho arborescente o camarón, árbol de figura prehistórica que sólo crece en los microclimas húmedos de las faldas y los valles serranos a más de 600 metros de altura.

Raúl se limita a anotar en su diario un breve apunte: “Pasamos aquí en el monte todo el día, nos habíamos

levantado a las 5 y 30 en la casita y nos trasladamos para aquí. Llegaron nuevos contactos y valiosos amigos de la zona. El día fue normal”.

Quizás uno de los que acuden a establecer contacto con Fidel ese día 8 haya sido **Ciro Frías**, hermano de **Antonio Cabrera**, quien más adelante tendrá una participación muy destacada en esta historia. Otro de los campesinos que llega ese día es **Evelio Rodríguez**, también vecino de **El Mulato**, quien pone su casa y su finca a disposición de Fidel para lo que fuere necesario.

Che apunta escuetamente: “Día sin proyecciones. En el mismo lugar donde acampamos. Se mandaron emisarios a buscar a **Julio Guerrero** en la costa, o cerca de ella”.

Se refiere Che en este apunte a otro veterano luchador campesino muy conocido en esta parte de la montaña, de quien ya Fidel ha tenido referencias por **Crescencio**.

MIÉRCOLES 9 DE ENERO

Durante todo el día 9 la columna guerrillera permanece en el campamento que han establecido en el monte cercano a la casa de **Eutimio Guerra** en **El Mulato**.

Esa mañana, **Ciro Frías** y **Evelio Rodríguez** han ido hasta **La Cepita**, a pocos kilómetros de **El Mulato**. Allí se enteran de que alguien ha denunciado la presencia del grupo de combatientes en la zona, y que el aviso ha llegado al cuartel de **El Macho**, la instalación militar más importante en toda la costa después de **Pilón**. De inmediato hacen llegar la noticia a Fidel.

Raúl anota ese día:

Desde aquí donde estamos, se divisa todo, o una buena parte del **Mulato**. Hay una parte al este, que le llaman la **Olla**, al parecer tiene la forma de este artefacto. Pasamos el día completo aquí y como medida de precaución nos marchamos por la noche

de aquí, pasamos por casa de Eutimio y mientras comíamos llegó Ramón Torres [Mingo Marrero, el de El Cilantro], con algunas noticias y un radio de baterías que ya nos habían ofrecido y nos mandaron de Manzanillo. Creo que Guillermo con dos o tres fusiles más está próximo.

Por su parte, Che escribe:

Llegó [Julio] Guerrero, traído por Eligio [Eutimio Guerra], el dueño de la finca donde estamos. Las noticias son contradictorias pero parece que en la zona no hay soldados. Por la tarde viene lo inesperado: la noticia de nuestra estancia en el lugar se filtró entre varios vecinos y llegó a oídos de un chivato que se puso en movimiento hacia la costa para avisar a la tropa. Se decide seguir camino hacia un bohío cercano para estar más resguardados. Tenemos que permanecer en la zona porque [Juan Francisco] Echevarría ha ido rumbo a Manzanillo para transmitir órdenes y traer armas. Por la noche bajamos a comer al bohío de Eligio [Eutimio] y allí llega Ramón Torres [Marrero], uno de los hombres más eficaces con que contamos en la zona. Trae un radio enviado desde Manzanillo y algunas malas noticias, Guillermo García no localizó gente nuestra y viene acompañado de Ignacio, otro hijo de Crescencio, y de un nuevo recluta. No localizó más que tres armas, hay gente que se niega a entregar la suya, mejor dicho la que consiguió por ahí. Parece que vienen un Johnson, un Remington semiautomático y otro fusil más.

Fidel ha decidido cambiar de campamento, en vista de la delación, pero sin abandonar la zona. El Mulato, en efecto, está resultando ser un punto neurálgico para el establecimiento de contactos importantes con vistas a la lucha futura. Por otra parte, resulta conveniente esperar a Guillermo y las

armas nuevas que éste debe traer. Ya Fidel está madurando la idea de dar en breve un golpe al enemigo, y ese refuerzo de hombres y armas se hace necesario. De todas formas, la zona es tan boscosa, el monte de Caracas tan enorme, que en el peor de los casos, suponiendo que fueren descubiertos, la guerrilla podría escapar sin mayores contratiempos. Pero para eso es preciso tomar una nueva posición, esta vez en la falda misma de Caracas, del otro lado del valle.

Mongo Marrero ha venido desde El Cilantro con el radio de baterías que manda *Paco* Riera, hermano de Micaela, la tesorera del Movimiento en Manzanillo. Trae también algunas provisiones y noticias, entre ellas la de que Guillermo y los que lo acompañan están cerca. Para esta fecha, Guillermo ha pasado por casa de Fengue Lebrigio, en Tatequieto, donde ha hecho contacto con Manuel Acuña, y ha seguido avanzando tras los pasos de la columna guerrillera.

Después de comer en la casa de Eutimio Guerra, los combatientes salen ya de noche hacia el nuevo punto donde van a establecerse, al fondo de la casa de Evelio Rodríguez. Llevan de prácticos a los hermanos Suavo. Eluden los trillos y caminos. Van faldeando el alto del Mulato por dentro del monte, en dirección hacia el este, poco menos de un kilómetro. Por un ancho cañado emprenden entonces el descenso hacia el río. En este punto, la caída de la loma es casi vertical. A pesar de ello, los campesinos han abierto un trillo en el precipicio para abreviar camino desde el río hasta la tienda que está en el alto.

La noche está encapotada y oscura. Dentro de la espesura apenas se distingue objeto alguno a dos pasos de distancia. De trecho en trecho, Crescencio va haciendo con un cuchillo profundas heridas en los troncos de los copales, que abundan en el monte, de las cuales comienza a manar de inmediato una viscosa y oscura resina. Al contacto con una llama que le aplica el combatiente, la pegajosa sustancia arde e ilumina con luz sorda el camino por dentro del bosque.

Ya casi llegando abajo, hay que salvar unos peñascos. En uno de los saltos Ramiro se cae y se golpea fuertemente una

rodilla. El dolor y la hinchazón le impiden seguir caminando. Hay que llevarlo cargado el resto del trayecto. Pero por suerte ya están cerca de la casa de Evelio, que vive a unos 200 metros del otro lado del río.

Raúl describe así esta azarosa travesía nocturna:

Aunque el próximo punto estaba cercano, por dar una vuelta o rodeo, evitando pasar por unas casas, bajamos por unas de las peores lomas que hemos cruzado, a pesar de que tenía un trillito, pero de día hubiera sido difícil, ahora de noche era infernal. Crescencio iba encendiendo la resina de algunos árboles secos que brotaba y así parcialmente nos alumbramos el camino; después, cerca del arroyo, en uno de lo que nosotros llamamos escalón, se cayó Ramirito y se lesionó hinchándosele la rodilla que tenía operada, hubo que cargarlo, operación de la que se ocuparon Benítez y Crespo, hasta la casa del amigo Evelio [Rodríguez], allí se quedó el Che con él, por la mañana lo llevarían para donde estuviéramos nos. De ahí bajamos otra vez al arroyo y subimos por una loma tan empinada que había que subirla a gatas. Llegamos por fin. Una parte de los muchachos se metieron en el monte y yo subí con el E.M. [Estado Mayor] hasta el bohío que estaba a 100 metros.

Che narra lo siguiente:

Caminamos un trecho de noche pero nos llevaron por un lugar tan malo que la pequeña caminata pareció cosa de leguas. Ramiro se dio un golpe en la pierna enferma, con tan mala suerte que sufrió una probable fisura y está casi imposibilitado de caminar. Los demás siguieron camino hasta una estancia cercana y nosotros dos quedamos en un bohío donde le hice un vendaje provisional hasta entablillarle la pierna en forma más o menos efectiva.

Evelio se ha levantado de la cama al sentir la llegada del grupo. Fidel le plantea que, en vista de su ofrecimiento el día anterior, ha decidido acampar en su finca. El campesino propone que utilicen la casa de su hermano Valeriano, que en esos momentos está vacía, unos 400 metros más arriba por la empinada falda de que habla Raúl. Este es el lugar que se escoge como tercer y último campamento en El Mulato.

JUEVES 10 DE ENERO

A las 2:00 de la madrugada llegan los combatientes al lugar donde establecen campamento en la falda de Caracas. Raúl escribe en el diario:

Allí [en la casa de Valeriano Rodríguez] encontramos una cama grande con una colchoneta y almohada, la compartí con F [Fidel]. Desde que salí de México primera vez que iba a dormir en una cama y en realidad dormimos muy cómodos y abrigados, me levanté tarde, ya que una vez de día no se podía salir del bohío, porque nos divisaban de varios puntos. Después del desayuno, que fue viandas con un huevo, nos llegó el informe que esperábamos.

Evelio Rodríguez y uno de los Suavo han subido a informar que, como resultado del chivatazo, ha llegado al alto del Mulato una patrulla de doce guardias procedentes del Macho, los cuales andan haciendo averiguaciones por las distintas casas de la zona. Prosigue narrando Raúl:

Ya por la tarde, nosotros mismos tuvimos contacto visual con el enemigo, pues mientras ellos llegaron a casa de Níco [Antonio Montero], el suegro de Enrique Suavo. Desde nuestra casita, a unos 900 metros, hubieran sido buen blanco, pero esperamos gente que viene atrás. Se veían perfectamente, con

sus cascos y sus rifles. Algunos llevaban mochilas blancas. Poco después por boca del suegro de Enrique supimos después de todo lo que conversaron. Estaban indignados con los confidentes, que irían a buscarlos, porque ya estaban cansados de falsos informes. Al parecer, ellos tampoco se mostraban muy deseosos de buscarlos. Nuestros contactos nos informaron constantemente de sus movimientos. Yo, aprovechando la cama, estuve durmiendo por la tarde también.

Los guardias se retiran esa misma tarde. Tendido en el piso de la casa, junto a la puerta, Fidel los ha estado observando casi todo el tiempo a través de la mira telescópica de su fusil. Se han tomado todas las precauciones, pues así como los combatientes pueden vigilar al enemigo desde la atalaya boscosa que ocupan, los guardias pueden descubrirlos desde abajo en caso de cualquier descuido. Che anota ese día:

Inmovilidad y mala comida. Por la mañana una odisea para llevar al campamento a Ramiro que tiene una probable fisura y deberá quedarse cuando abandonemos este lugar. Por la tarde un espectáculo bonito: 18 marineros por el camino despreocupados buscando a Fidel. Era una presa fácil pero no se pudo atacar porque no han llegado los víveres y falta Guillermo García. [...] Hay que dar un escarmiento. Fidel mandó a Enrique [Suavo], uno de los nuevos reclutas, a buscar los alimentos para estar en condiciones de atacar en cualquier momento. Pasamos la noche en un alto que domina la casa.

Antonio Cabrera sube también esa noche. Fidel conversa con él algunas ideas con relación al aseguramiento de suministros a la guerrilla.

Por la noche, el grupo completo se reúne en la casa. Ramiro ha logrado subir con gran trabajo. *Yayo* Reyes, uno

de los del refuerzo de Manzanillo, está con fiebre alta. Al parecer tiene paludismo. Después de comer, la columna se retira en silencio y a oscuras para el campamento del monte. En la casa quedan Ramiro y Yayo, y cuatro combatientes a los que les tocan las guardias esa noche.

Raúl concluye sus anotaciones de ese día con estas palabras:

Hoy por primera vez oímos noticias directas en nuestro radio de baterías. A Aldo Santamaría, hermano de Abel, lo condenaron a dos años de prisión. Que el Instituto de Cárdenas, habiendo comprobado la muerte de [José] Smith [expedicionario del “*Granma*” asesinado el 8 de diciembre] en la Sierra, estaba en huelga.

VIERNES 11 DE ENERO

El día 11 no ocurren hechos notables en el campamento de la columna guerrillera en El Mulato. Fidel sigue esperando la llegada de Guillermo y el resultado de las averiguaciones que ha pedido acerca del cuartel de La Plata, que ya se va perfilando como el objetivo de la acción que piensa emprender en los días subsiguientes.

Ese día, cuatro de los manzanilleros integrantes del grupo de refuerzo plantean su deseo de regresar al llano. Salen por la tarde acompañados por *Mongo* Marrero como práctico, a quien Fidel le ha encomendado otras misiones. Del grupo original, quedan en el campamento guerrillero Julio Zenón Acosta, *Yayo* Reyes, Daniel Motolá y *Nango* Rey, pues Juan Francisco Echevarría ha partido también dos días antes enviado por Fidel de regreso a Manzanillo para cumplir una encomienda de enlace.

Raúl anota en su diario:

Dormí bastante incómodo anoche, ya que toda la parte del bosque que ocupamos era una ladera. Dormí en el suelo, pegado a un tronco que impedía

me fuera rodando para abajo. El rifle de Ramirito se lo dimos a Benítez y la granada al Che, él [Ramiro] pidió el álgebra [el libro que trajo Geña Verdecia días antes] en cambio, para estudiar. Este Ramiro es uno de nuestros mejores compañeros y tendrá que pasarse por lo menos cuarenta días descansando completamente. En calma hemos pasado el resto del día, por la noche vino Níco, el suegro de Enrique [Suavo], quien prometió ir mañana a La Plata a investigar. Ya oscuro, fuimos a comer a la casita que tenemos cerca, donde estaba Ramirito. Un buen sopón de carne de macho y viandas. Decidí dormir una vez más en cama y me quedé con Ramiro compartiendo la cama. También se quedó Crescencio y algunos más.

Tarde en la noche llega a la casa Alfonso Espinosa, un vecino de la zona que goza de cierto prestigio como líder campesino. Viene a entrevistarse con Fidel y decide permanecer el resto de la noche en la casita.

Esa misma noche, Guillermo y sus compañeros han llegado por fin al firme de la loma de Caracas. Han realizado una fatigosa caminata desde El Ají, cruzando por La Derecha y subiendo casi al mismo pico por la falda opuesta a la del campamento guerrillero. Oscuro, han llegado al borde de unos farallones y se han detenido a esperar el día para continuar la marcha.

SÁBADO 12 DE ENERO

La mañana del día 12 también transcurre tranquila. Alfonso Espinosa se retira después de conversar largo rato con Fidel y Crescencio. Los combatientes reciben la orden de recoger sus cosas por la tarde, ya que Fidel piensa emprender esa misma noche la marcha. Ya ha recibido los informes que espera sobre La Plata.

Sin embargo, al mediodía se pasa la voz de que la salida se aplaza al día siguiente. No es necesario caminar de noche. Eutimio Guerra ha bajado al Coco, a la casa de Melquiades Elías, y le ha pedido al campesino que esa noche marque en los palos del monte, a partir del firme de La Olla, una ruta protegida que conduzca a la columna hasta las inmediaciones de La Plata. Melquiades ha salido de inmediato a cumplir la misión que se le encarga. Che comenta:

Se había resuelto, en principio, salir de noche, pero a instancias de Crescencio y para esperar unas latas de leche que habían quedado atrás se esperó hasta el día siguiente. Hubo una conferencia con un líder agrario medio charlatán y oportunista pero que se puso a disposición nuestra. El plan que le comunicamos es que mataríamos a los tres mayores que son el terror de los campesinos.

Raúl apunta ese día:

Anoche preparé en la casita una cama con paja seca y dormí en el suelo. El dolor del costado izquierdo cada vez se hace más agudo. [...] Por la tarde se repartieron algunas latas de salchichas, sardinas, leche condensada, para reserva. El día fue normal y tranquilo. A las 6 p.m. oímos un estúpido y soberbio discurso de Batista. Nos íbamos esta noche pero decidimos esperar mañana al mediodía y marchar por el monte. Hay planes de ataques.

Esa misma tarde llegan finalmente Guillermo, Ignacio Pérez y Manuel Acuña. Con ellos viene también Eduardo Castillo, conocido por Yayo, un joven campesino de Mota que se incorpora a la tropa en calidad de combatiente. Guillermo ha traído dos fusiles semiautomáticos —un Johnson y un Remington—, una escopeta de cartuchos calibre 16 y un revólver, el de Ignacio.

Ya no es necesario esperar más. Con esos hombres y esas armas Fidel dará el primer golpe al enemigo.

DOMINGO 13 DE ENERO

Ya desde antes de partir de la finca de *Mongo* Pérez, Fidel ha decidido llevar a cabo alguna acción ofensiva contra el Ejército enemigo. Poco a poco, después de conversar ampliamente con los campesinos de los lugares por donde pasa la columna combatiente, y con otros que vienen de sitios más distantes a entrevistarse con él, madura los planes de este primer combate, que acaba de redondear durante su estancia en El Mulato.

Se hace necesario, por una parte, sostener rápidamente una acción militar exitosa que dé testimonio de la supervivencia y pujanza de la guerrilla. Al regarse como pólvora la noticia de este hecho entre el campesinado de la Sierra, y en el mejor de los casos, a todo el país, caerán al suelo las campañas de desinformación de la dictadura, que afirma que Fidel Castro y sus hombres están muertos o dispersos y desalentados.

Un golpe efectivo a las fuerzas represivas despertará, además, la esperanza y el entusiasmo del campesinado oprimido, que verá las posibilidades reales de la lucha guerrillera y sus propósitos concretos. Comenzará así a sentarse sobre sólidas bases el apoyo masivo de los campesinos a la guerrilla, en forma de incorporación o colaboración, tan necesario para el éxito de la contienda.

La zona de La Plata ofrece en este sentido, desde el punto de vista estratégico, la ventaja de su tradición de lucha y su ambiente generalizado de solidaridad clasista y oposición a la explotación. Esa zona era, en el momento de estos hechos, característica del atraso y la miseria de la Sierra Maestra. Su campesinado, escaso y pobre, usufructuaba en condición de precarista pequeños lotes arrancados a fuerza de sudor y

hambre de las laderas montañosas. Allí desarrollaba una producción de subsistencia: algunas estancias de viandas, hortalizas y frijoles, unos cuantos animales, un poco de café. El analfabetismo era casi absoluto, la atención a la salud inexistente, las comunicaciones eran trillos de monte transitables solamente por mulos o caballos, y las más de las veces sólo por el hombre.

El atropello de los campesinos estaba a la orden del día, ejecutado por la Guardia Rural y los mayores y guardajurados de la compañía Núñez Beattie, inmenso latifundio que pretendía erigirse en propietario de casi toda la tierra desde Belic hasta más allá de Palma Mocha, hacia el este. Tres de estos mayores habían alcanzado mayor notoriedad por sus crímenes y arbitrariedades: Tomás Osorio —conocido por Chicho—, Miro Saborit y Honorio Olazábal, cada uno de los cuales emulaba en su ferocidad para cumplir las instrucciones de sus voraces patrones, en estrecha alianza con las fuerzas represivas. No eran raros los casos de campesinos apaleados o incluso muertos por estos esbirros, quienes también se dedicaban a arrancar las cercas, destruir las estancias, matar los animales y quemar las casas de aquellos que no estaban dispuestos a plegarse a las pretensiones de la compañía o en posición de satisfacer sus exorbitantes e injustas exigencias.

Pero la zona de La Plata era también una de las más activas en lo que se refiere a las luchas campesinas en la Sierra Maestra. El movimiento campesino era fuerte, encabezado por dirigentes tan respetados como Ezequiel Peña. Existía un espíritu de lucha solidaria en la zona, revelado en diversas acciones colectivas contra medidas de la compañía. Así ocurría, por ejemplo, en ocasión del arresto de algún campesino, cuando se organizaban manifestaciones de vecinos. Fue el caso también de la destrucción de las cercas instaladas arbitrariamente por la compañía, campaña sostenida y exitosa a pesar de todas las presiones y amenazas.

El desembarco del *Granma* sirvió de pretexto a la compañía para tomar represalias mayores contra el campesinado de la

zona y acelerar sus planes con vista al desalojo masivo de todos los que se oponían a sus intereses explotadores. Acusando inciertamente a los opositores más destacados de complicidad con los planes subversivos de Fidel Castro, la Guardia Rural comenzó a preparar un escarmiento definitivo.

Alrededor del 13 de enero fueron apresados once campesinos, vecinos de La Plata y Palma Mocha. Seis de ellos fueron llevados a bordo del guardacostas 33, y luego arrojados al mar el día 23, por orden del teniente Julio Laurent, a varias millas de la costa, algunos atados, otros metidos en sacos. Murieron ahogados o devorados por los tiburones todos menos uno, Agripino Cordero, quien logró mantenerse a flote durante catorce horas y nadar hasta alcanzar la orilla. A otros cinco se les llevó por tierra el día 17, unos minutos antes del ataque al cuartel de La Plata, hasta El Macho, donde algunos fueron asesinados. Por todas esas razones, no podía resultar mejor escogida la zona de La Plata, políticamente hablando, para dar la primera clarinada rebelde en la Sierra.

Desde el punto de vista militar, por otra parte, una acción guerrillera en La Plata permitiría demostrar la movilidad y capacidad de maniobra del grupo combatiente, capaz de actuar a gran distancia de la zona donde se le presumía ubicado y a pocos días de su dispersión.

Desde el punto de vista táctico, el cuartel de La Plata —cuya toma sería el objetivo de la operación— reunía condiciones indiscutiblemente favorables para el destacamento guerrillero. En primer lugar, cabía contar con el factor de la sorpresa, ya que ni el Ejército ni los campesinos podían siquiera sospechar la posibilidad de que la guerrilla se encontrara en esa zona. En segundo lugar, según los informes de que ya disponía Fidel, se trataba de una instalación cuyo asalto exitoso era factible, en vista de su ubicación y la cantidad de tropas que radicaban allí. Este último elemento es primordial si se tienen en cuenta el poco armamento y el escasísimo parque de que disponían los combatientes, el hecho de que muchos de ellos no habían

sido aún probados en combate y la necesidad de consolidar con una victoria el ánimo general de la tropa guerrillera.

El día 13, en consecuencia, después de haber recibido las armas y los hombres que vienen con Guillermo, Fidel decide que ha llegado el momento.

Por la mañana, los combatientes se reúnen en su campamento dentro del monte. Raúl escribe: “Día normal, a las seis subimos el grupo que nos quedamos en el bohío, para el bosque, después de tomar un trago de café amargo pues no había ni azúcar ni miel. Recogimos las cosas, hicimos un buen almuerzo con viandas, harina y frijoles”.

Al mediodía llegan al campamento José Savón y Hernán Pérez, campesinos que viven en la Cueva del Humo, del otro lado de la loma de Caracas. Vienen también a brindar su colaboración. Fidel conversa un rato con ellos y luego los despide.

Poco después aparece Evelio Rodríguez. Lo acompañan Manuel García, Pedro Manuel Martínez y Félix Jordán. El primero, campesino de Arroyones, al pie del Lomón, viene a ofrecer sus servicios a Fidel, y recibe la misión de ir a Manzanillo a hacer contacto con el Movimiento para traer algunos suministros que necesita la guerrilla. El segundo, empleado de la tienda de Elio Figueredo, en La Montería, viene a manifestar la disposición del comerciante a colaborar. Félix, por su parte, es hermano de Inocencio Jordán, el de La Cotuntera, y plantea su deseo de quedarse con la tropa. Aunque no hay arma para él, su fuerte constitución física le permite ser útil para cargar impedimenta, y su planteamiento es aceptado por Fidel. De El Mulato saldrán también Eutimio Guerra y Orestes Vila, uno de los hermanos que han estado ayudando durante la estancia de la guerrilla en el lugar.

Son, por tanto, 32 los hombres que se disponen a partir esa tarde. Dieciocho de ellos son expedicionarios del *Granma*: Fidel, Raúl, Almeida, Che, Camilo, Ciro Redondo, *Julito* Díaz, Efigenio Ameijeiras, Calixto García, Universo Sánchez, Luis Crespo, René Rodríguez, Calixto Morales, *Pancho* González, Rafael Chao, Reynaldo Benítez, Armando Rodríguez y José Morán. Los otros catorce son campesinos incorporados a la

lucha o militantes del Movimiento enviados desde Manzanillo: Guillermo García, Crescencio Pérez, sus hijos Ignacio y Sergio, Manuel Fajardo, Julio Zenón Acosta, *Yayo* Castillo, Manuel Acuña, Daniel Motolá, *Nango* Rey, Sergio Acuña, *Felicitó* Jordán, Orestes Vila y Eutimio Guerra. Ramiro y *Yayo* Reyes deberán permanecer en El Mulato, el primero por su lesión en la rodilla y el otro por las fiebres palúdicas que sufre.

Sin embargo, no todos figuran como combatientes, ya que no hay armas para todos. En ese momento, la guerrilla cuenta tan sólo con 21 armas largas: nueve fusiles de cerrojo con mirilla telescópica, seis fusiles semiautomáticos, dos ametralladoras Thompson, otros tres fusiles de cerrojo y la escopeta calibre 16 que ha traído Guillermo el día anterior. Se dispone, además, de dos pistolas Star de ráfaga y otras tres o cuatro pistolas y revólveres. Una de estas armas cortas se queda con Ramiro. Por lo demás, están las ocho granadas y los cartuchos de dinamita entregados el 29 de diciembre por *Geña* Verdecia en Los Negros.

La columna se pone en marcha a las 3:30 de la tarde. El bosque espeso de esta zona posibilita el avance diurno sin peligro de ser detectados por la aviación enemiga. La primera etapa de camino los lleva faldeando a través del monte hasta la casa de *Felo* Garcés. Allí se detienen unos minutos. El campesino se muestra dispuesto a colaborar cuando fuere necesario. Ahora indica la mejor ruta a seguir para que no sean vistos.

Por uno de los estribos orientales de Caracas caen sobre la finca de *Chichí* Mendoza, en el firme de La Olla. Allí comienzan las marcas de Melquiades Elías. Siguen la marcha a la caída de la tarde entre bosques y cafetales por todo el firme del Frío, hasta llegar al punto en que el filo de la loma se abre en multitud de estribos que se descuelgan a uno y otro lado, a morir en los dos brazos principales que forman el río La Magdalena. Esa noche, Raúl escribe:

Ya oscuro, pero con la luz de la luna, atravesamos el último claro, o tumba de monte. En un bosque

bonito, tibio y seco, con muchas hojas secas que nos sirvieron de colchón, a los que no usamos hamaca, nos sirvió de campamento, a las 8 y 30 p.m. A las 5 p.m. mientras caminábamos divisé el Turquino por primera vez, una tenue cortina de nubes lo cubría. Hubiera querido quedarme un rato contemplándolo.

Ese día Che es un poco más explícito en sus anotaciones:

Por la mañana recibimos visitas diversas. La del líder agrario [Alfonso Espinosa] que comunicó tener 20 hombres, la de un par de comerciantes que se pusieron a disposición nuestra en cuanto a suministro y mensajes. Se pidió alimentos y medicinas. Vinieron gente de la región a saludarnos y ponerse a disposición nuestra. A las 3, después de un buen almuerzo, salimos con rumbo a la Plata, caminamos hasta las 5, hora en que paramos para pasar un claro a las 6. Anocheciendo, seguimos caminando con luna hasta las 9:30 aproximadamente, durmiendo en un clarito. El camino está especialmente marcado a punta de machete por un amigo de nuestro guía Eutimio, Melquiades Elías.

LUNES 14 DE ENERO

Amanece. Todo es negro poco antes de la salida del sol. Tal parece que es el último esfuerzo de la noche antes de empezar a perder la batalla con el día. Las estrellas refulgen con fuerza en el aire afilado límpido de la madrugada de invierno en la montaña.

Poco a poco, de manera casi imperceptible, se va quebrando la negrura del cielo. En lo alto aparecen jirones de espuma oscura y rajaduras grises. Abajo, en el valle, titilan cocuyos inciertos. Son los candiles campesinos, que advierten el inicio de otra dura jornada para el trabajador del campo.

El canto de los grillos despide las sombras y parece anunciar la próxima llegada de la luz, antes de enmudecer y dar paso al sobrecogedor silencio de la aurora.

Entre las desgarraduras grises aparecen ahora tenues reflejos dorados. Muy lentamente, con la calma inexorable de una afirmación que se sabe segura, el gris se va transformando en un azul que ya preludia las tonalidades pasteles del alba. Las espumas negras se van disolviendo en rosa. Surgen los primeros reflejos dorados detrás de las nubes más bajas, que todavía se empeñan en una lucha pueril por retener la sombra.

En el valle se oye una voz. Llega sordo el ruido acompañado del pilón en que se tritura, en alguna casa campesina, el tostado grano de café necesario para que el despertar del hombre sea tan completo como el de la naturaleza. Hace ya rato que los gallos se han cansado de avisar que llega el día.

Apenas han transcurrido quince minutos desde que el negro total lanzó su último reto. Arriba, casi toda la bóveda es ya azul. El gris va perdiendo la batalla en las alturas. Las estrellas se declaran vencidas y amortiguan sus destellos. Ya se puede ver una mano puesta ante los ojos. Las sombras del bosque inmediato se van dibujando en árboles individuales. El vientre de las nubes comienza a ruborizarse, y tímidamente se definen sus contornos.

Enfrente, el Turquino traza ya su silueta, indiferente y altanera, mientras que a su alrededor va dominando el oro. Cada vez más brillante, el color bulle como si fuera el crisol donde el metal precioso se funde. Sin embargo, detrás del dorado y el gris de los jirones de nubes, comienza a definirse ahora un rojonaranja agresivo. La paulatina victoria del nuevo color se concentra. Se percibe a simple vista su avance. Son estrías de sangre que se van anchando, el mismo tono de la carne humana cuando se la mira contra una luz muy fuerte. Las hebras grises se tiñen de pronto de escarlata. Más arriba, las nubes semejan copos de algodón ensangrentados. Parece que el oro pierde la batalla. El tono cambia: se hace más fresa. Sigue cambiando: ahora parece de nuevo acero al rojo

vivo. Hacia el oeste surgen reflejos verdosos. El ojo del hombre casi no es capaz de recoger todas las gamas, los tonos, las degradaciones, el brillo, de este momento de reafirmación plena del color.

De repente, todo se disuelve y apaga. Las nubes vuelven a ser de un gris opaco. Es un último triunfo momentáneo de la sombra. Pero pronto reaparece el oro por detrás. Se extiende, lo invade todo. Ha tomado su venganza. Ha ganado finalmente la batalla. Ya se adivina el sol detrás de las nubes y debajo del borde de las lomas. Pronto asomará rojo por encima del estribo del Turquino. Ha llegado el día.

Los combatientes ya están en pie a las 5:45 de la mañana. Al poco rato, con las primeras luces, emprenden la marcha. Comienzan a bajar por todo el firme, siempre siguiendo las marcas que ha dejado Melquiades Elías cada pocos metros. Después que han caminado casi dos kilómetros por dentro del bosque, siempre bajando, tropiezan con una especie de trocha abierta en sentido transversal. Es otro de los linderos trazados por la compañía latifundista para delimitar sus pretendidos dominios.

Las marcas del práctico tuercen ahora hacia la izquierda, a lo largo del angosto sendero. La columna ha tomado por uno de los estribos del firme del Frío que cae sobre el río La Magdalena, un poco más abajo de Cahuara, en un lugar al que los campesinos han dado el nombre de Macagual. Leamos ahora el relato de Raúl:

Después de una prolongada y pendiente bajada, llegamos al precioso río La Magdalena. Este punto estará a unas dos leguas y media en línea recta del mar. En una charca muy bonita y fría se bañaron, y lavaron alguna ropa. Yo sólo lavé un pañuelo y me bañé la mitad del cuerpo para arriba incluyendo la cabeza. No serían todavía las 9 de la mañana, o cerca de las 10 pues el Sol todavía no había llegado al cañón donde estábamos. Por más de cuatro horas estuvimos aquí: después del baño comimos de lo que

llevábamos de reserva: un pedazo de turrón de alicante, un chorizo y media lata de leche condensada. Después se aprovechó y F [Fidel] graduó los rifles de mirillas a 300 metros, para poder tirar con ellos desde 100 hasta 800 metros, por lo menos, ya que según la distancia, se podrá apuntar más abajo o más arriba. Como a las 2 partimos de este lugar; subiendo un poco a la derecha, en contra de la corriente del río, se ven las ruinas de dos bohíos quemados por los mayores de la compañía de los herederos de Núñez Mesa: estos mayores son unos verdaderos verdugos con los campesinos, viéndose además protegidos por el Ejército, en muchos casos golpean a los campesinos impunemente. Ahí estaban sus estancias de viandas arrasadas.

En realidad, la charca o poza está bastante más cerca del mar que lo que le informaron a Raúl: a una escasa legua y media. En este lugar, el río, que inicia su curso en el mismo firme de la Maestra, muy cerca de Minas del Frío, viene saltando alegremente de piedra en piedra entre dos impassibles paredones que han sido tallados por el mismo desgaste milenario de las aguas.

Allí Fidel redistribuye el armamento entre los que participarán en la acción que se avecina, y reparte el poco parque de que se dispone. Aprovecha también para probar las armas y hacer una económica práctica de tiro, seguro de que el ruido no viajará muy lejos entre las murallas de piedra del cañón. Todos hacen dos o tres disparos. Para algunos de los que no vinieron en el *Granma*, es la primera ocasión en que tiran con armas largas de guerra.

A las 2:00 de la tarde comienzan a ascender, del otro lado del río, la falda del alto de Cahuara. Muy cerca a la izquierda de la ruta que ahora van siguiendo, casi ya llegando arriba, instalará Fidel, año y medio más tarde, su puesto de mando en ocasión de la batalla del Jigüe. Al llegar al alto, tuercen a la derecha por el firme. Están caminando ahora

por un filo estrecho. Abajo, a la derecha, el monte se descuelga hasta el cauce de La Magdalena; a la izquierda, entre las copas del bosque puede descubrirse por momentos el hilo brillante del río La Plata.

A poco de estar avanzando por el firme, la vanguardia de la columna tropieza de repente con dos hombres. Son dos muchachos de La Plata, Alberto y Evaristo Díaz Mendoza, que han subido esa mañana a este monte solitario a colmenear. Raúl anota en el diario:

Ya tenían una lata de gas de a 60 libras llena de miel, les pagamos el doble de a como lo vendían ellos, creo que les dieron 10,00 pesos. Nos topamos aquí con el problema de que no los podíamos dejar marchar después de que nos vieron. Después de que F [Fidel] y C [Crescencio] los interrogaron, se decidió quedarnos con Evaristo, el mayor de ellos, como rehén, se le pagarían cinco pesos diarios por cada día que esté con nosotros. El otro se iría, haciéndosele la advertencia de que sólo podrá comunicárselo a su hermano mayor o a su papá, si violaba estas disposiciones con peligro de nosotros serán fusilados.

Después de este incidente, la columna prosigue el camino. La zona por donde ahora avanzan se conoce como la Gran Tierra. El firme es llano y la marcha no es particularmente fatigosa. Continúa relatando Raúl:

Ya oscureciendo llegamos donde terminaba un camino abierto con buldócer, que va hasta la playa, hecho por la compañía para explotar maderas, previamente habían expulsado a los campesinos de la zona. Ese camino termina en la boca de la Magdalena. Caminamos por él, desplegados en guerrillas y con una punta de vanguardia.

Ahora el práctico es el joven colmenero, quien anuncia que algunos cientos de metros más adelante podrán

encontrar agua. Algunos combatientes se preguntan extrañados cómo puede ser posible dar con agua en este firme, sin necesidad de bajar a un arroyo. Sin embargo, es cierto y, además, de una forma insólita.

Frente a ellos el terreno trepa hasta un pequeño alto cubierto de bosque, por encima del cual sobresale la copa plana y escasa de una enorme ceiba que crece más abajo. Al llegar junto al formidable tronco, el práctico da la vuelta hacia la cara que mira al alto, e indica una abertura redonda, de unos 25 centímetros de diámetro, que rompe la corteza a la altura aproximada del pecho de un hombre. El tronco del gigante vegetal es hueco en esa parte y, a gran sorpresa de todos, está lleno de un agua limpia y fresca, con sólo un ligerísimo regusto amargo.

Se trata de un portento de la naturaleza, no tan infrecuente, que hoy todavía se conserva gracias al hecho de que el monte circundante no ha sido talado por el hombre. La explicación parece ser que el agua de lluvia que se infiltra y escurre desde el alto, choca con algún estrato impermeable del suelo y rezuma por las raíces de la ceiba para colmar el receptáculo.

Después de beber y llenar las cantimploras, los combatientes prosiguen su camino hasta la caída de la tarde. Han bajado hasta un punto donde el firme principal se subdivide para emprender una múltiple carrera hasta la orilla del mar.

Che resume la jornada en estas palabras:

A las 6 de la mañana seguimos la marcha por el estribo de un cerro, iniciando la bajada hacia el río Magdalena al que llegamos dos horas después, allí desayunamos y Fidel calibró todos los fusiles de mirilla. Hay 23 armas efectivas, nueve mirillas, cinco automáticas, cuatro fusiles comunes, dos Thompson, dos pistolas ametralladoras y una escopeta 16. Por la tarde subimos las últimas lomas para llegar al Plata, allí nos encontramos con dos primos de Eutimio, el guía, tomamos prisionero a uno de ellos por dos o tres días y el otro quedó en libertad. Encontramos

un camino hecho para quitar leña del monte y por él seguimos hasta la noche sin avistar la Plata.

Raúl termina sus anotaciones de ese día con estas palabras:

En una cueva hicimos un alto para oír las noticias de la tarde, después de seguir avanzando por el camino, aproximándonos más a la playa como a 4 kilómetros, doblamos a la izquierda, internándonos en el bosque para acampar. F [Fidel] le prestó su hamaca a E. [Evaristo] Mendoza, el muchacho prisionero a sueldo. Las postas se encargaban de vigilarlo.

MARTES 15 DE ENERO

El día 15, Raúl escribe: “Nos levantamos temprano como de costumbre, seguimos en busca del arroyo de Cotobelo, que en parte está seco y forma un cañón entre dos montañas en forma inclinada. Hicimos un alto y nos comimos una lata de sardinas chicas de desayuno”.

Desde la tarde anterior, los combatientes han entrado en un monte claro, limpio de bejucos y maleza. A los dos lados del firme, la vista se pierde abajo entre los troncos de los almácigos sedosos y las finas jatías, de las yabas cenicientas y los huesos frondosos, de las corpulentas jocumas y los ligeros bagáes, de las ornamentales barías y las cuabas inflamables, de las guásimas atormentadas y los jobos serenos. Cuelgan de las ramas guirnaldas de guajaca, racimos de finas sortijas grises hinchidas por la frescura húmeda del aire. El avance se hace fácil entre los aiques, cupeyes y guaicajes, entre las carolinas, yayas y majaguas, entre los cedros, robles, jiqués y tantas otras especies de este bosque hermoso, típico de los firmes bajos y cercanos a la costa, donde el día se vuelve una alegre mezcla de luces y sombras luminosas.

Después del desayuno, la columna baja a la izquierda en busca del arroyo. Cerca de la costa, a apenas un kilómetro,

hay una aguada al pie de una palma, junto a una monumental anacahuita. La pequeña poza que forma el filtradero es la única agua que se encuentra en toda esta zona en tiempo de seca.

Prosigue narrando Che:

Seguimos a paso lento buscando el cuartel con las mirillas, como había poca agua y todos los alimentos que tenemos son enlatados fuimos a buscarla a un arroyo. El desayuno consistió en una lata de sardinas por persona y el almuerzo en un pedazo de queso, medio tarro de dulce de leche, un chorizo y medio tarro de leche condensada. Todo por el día. Seguimos caminando con grandes precauciones, avistando ya la desembocadura del río de la Plata y un cuartel a medio construir. Se veía un grupo de hombres con el uniforme a medias y haciendo tareas domésticas.

Han vuelto a subir al firme y han seguido avanzando hacia el este, hasta asomarse, finalmente, sobre el llano de la desembocadura de La Plata. A poco más de mil metros divisan por primera vez el objetivo.

El escenario de la acción de La Plata es una pequeña abra o llano costero aluvial de forma aproximadamente triangular. La base de este triángulo es el mar y sus otros dos lados son los estribos de los firmes que bajan a la costa. Por el centro de este llanito termina su carrera el río La Plata, nacido en el firme de la Maestra.

El observador que se coloca de espaldas al mar y al centro de la pequeña llanura, que tiene unos 600 metros de extensión en su base costera, ve a su derecha el río, cuya boca está interrumpida en tiempo de seca por una barra de arena y canto rodado. Más allá, los dos estribos que se elevan hacia la Sierra, el primero de menor altura que el segundo.

Por su izquierda caen tres pendientes: la primera de ellas, la prolongación de los farallones de la costa; más atrás, en forma sucesiva, los dos estribos del firme que viene bajando

desde Gran Tierra. El más alejado cierra por el fondo la última curva del río antes de llegar al llano, y se caracteriza por sus cimas redondas y su caída vertical. El más próximo tiene la forma de tres gigantescos escalones y termina en una suave pendiente. Por éste fue por donde bajó el destacamento guerrillero, y desde el primero de los tres escalones, arriba, se asomó sobre el lugar.

Cincuenta años de erosión y, sobre todo, el ciclón Flora en 1963, las grandes crecientes de mayo de 1977 y la furia devastadora del ciclón Dennis en 2005, han cambiado sensiblemente la fisonomía de la desembocadura de La Plata. Donde antes el río se dividía en dos brazos al salir de la montaña, ahora corre por un solo cauce, inclinado algo más hacia el este que el lecho original. En su frenesí transformador, las aguas han cambiado hasta las formas de las lomas: unas, de declive suave, adquirieron un perfil más escarpado; otras, de caída abrupta, se hicieron más llanas. Las rocas y sedimentos arrastrados por el río en sus crecidas, han convertido el cauce en un playazo y han sellado todas las irregularidades del terreno. Una buena parte de la corriente se infiltra ahora entre las piedras y la arena.

La mano del hombre ha contribuido también a modificar de manera radical algunos aspectos del paisaje. Los montes espesos que cubrían las faldas de las montañas y casi todo el llano, ya no existen. Antes sólo se abría un pequeño claro de forma más o menos rectangular, cuyos lados mayores estaban formados por la margen derecha del río, al este, y el borde de un tupido bosque de anacahuitas y mangos, por el oeste, mientras sus lados menores eran, hacia el sur, un extenso cocal contiguo a la orilla del mar y, por el norte, el camino que iba de La Plata al Macho.

Hacia el centro de ese claro estaba el cuartel, con el frente en dirección al este, hacia el río, a unos 200 metros, y un costado hacia el camino, a 50 metros de distancia. Era una construcción rectangular de tablas y techo de zinc, a medio terminar, apenas de unos 30 ó 35 metros cuadrados, protegida por la sombra de un gran quebracho. Al fondo, a

otros 50 metros, el bosque de anacahuitas cerraba el terreno hasta las primeras lomas.

Había otras dos edificaciones en el claro. La más grande era la casa del mayoral Honorio Olazábal, espaciosa y de buena construcción. Estaba a la derecha y abajo del cuartelito, orientada de frente al camino, a unos 100 metros de éste. La casa tenía a su izquierda un pequeño rancho de yaguas que servía como almacén de los cocos extraídos del cocal que cerraba el claro por el Sur.

Hoy el visitante puede apreciar la disposición de estas construcciones, pues tanto el cuartel como la casa del mayoral y el ranchito fueron reconstruidos hace algunos años como parte de un proyecto general de restauración del escenario del combate. Pero, por lo demás, no queda mucho de lo que había en el momento de la acción. El bosque de anacahuitas, del que sólo se conservan dos hermosos ejemplares, ha cedido su terreno a un potrero. Del cocal sobrevive sólo una mínima parte. El claro se ha ampliado considerablemente y convertido en una especie de ancho terraplén que en tiempos de lluvia se cubre de hierbas y maleza, y en tiempo de seca sirve para que los muchachos de La Plata jueguen a la pelota entre densas nubes de polvo.

En cambio, la presencia humana se ha transformado de manera notable. Antes, además de estas casas, sólo había dos o tres más en la parte alta del llano, entre ellas la del mayoral *Chicho* Osorio, que todavía se conserva. Hoy, en cambio, el llanito está salpicado de viviendas, muchas de ellas de mampostería. En el área que comprende el Consejo Popular de La Plata, hay ya más de 2.500 pobladores, y casi todos disponen de electricidad.

Con la Revolución, llegó la alfabetización a La Plata. La zona cuenta con 18 escuelas primarias. Para antiguos combatientes que regresan después de muchos años al lugar, resulta una escena emocionante la visión de niños y niñas en relucientes uniformes escolares, en camino hacia la escuela con la que antes ni siquiera se soñaba, dotada de paneles

solares que la proveen de electricidad, de un televisor, computadoras y otros medios antes impensables. La atención médica está garantizada: La Plata cuenta con cinco consultorios. Parecería mentira, si no estuviese avalado por la realidad, el dato de que, en los últimos tiempos, la mortalidad infantil se ha mantenido en cero en La Plata durante períodos de más de un año.

Antes sólo existían el camino que venía del Macho, a lo largo de toda la costa, y atravesaba de un lado al otro el llano, y otro camino que subía desde la desembocadura del río, a lo largo de su margen izquierda. Lo demás eran trillos y serventías por dentro del monte. Estos caminos están ahí todavía. Pero ahora se entra en La Plata en vehículo: desde el este, por la imponente carretera que viene por toda la costa desde Chivirico, Ocuja y Palma Mocha, y, más allá, desde el mismo Santiago de Cuba; desde el oeste, por la prolongación de esa carretera, que enlaza La Plata con La Magdalena, El Macho, Mota, Marea del Portillo y Pílon. Hoy el panorama en La Plata está dominado por el grácil puente que, como elemento de la carretera, salva el río y el llano por la parte más alta, construido allí precisamente para no afectar el escenario del combate.

Pero todo esto existía sólo en promesa cuando la columna rebelde se asoma por el borde del monte aquella tarde de enero.

Fidel ordena de inmediato comenzar la observación del objetivo, pues, de ser posible, el ataque deberá realizarse esa misma noche. Universo Sánchez y Luis Crespo trepan a las copas más altas y tupidas que encuentran. Con las miras telescópicas es muy fácil definir todos los movimientos alrededor del cuartel. Mientras tanto, Almeida, Crescencio y Armando Rodríguez bajan más cerca y llegan hasta apenas 300 metros de la casa de los guardias.

La casita utilizada como cuartel en La Plata era un apostadero de la Guardia Rural habilitado a raíz del desembarco del *Granma* para alojar una guarnición, como una de las medidas de reforzamiento militar de la dictadura en la

Sierra Maestra. Formaba parte de una cadena de puestos militares que se extendía a lo largo de toda la costa desde Cabo Cruz hasta Santiago.

Algunos, como los del Macho y Uvero, contaban con guarniciones numerosas. El de La Plata, en cambio, era relativamente pequeño. En la fecha del combate, había en La Plata un total de doce hombres: el sargento Walter Medina, el cabo Bassols y diez alistados, cinco del Ejército —pertenecientes a la Compañía D del Regimiento 12 de Infantería del llamado Servicio Militar de Emergencia— y cinco de la Marina. Las clases y algunos marinos dormían en la casa de Honorio Olazábal; el resto, en el cuartel.

Esta guarnición había relevado a la anterior el propio día 15 por la mañana, y ya había hecho una exploración río arriba, hasta cerca del Naranjal, por confidencias recibidas acerca de la supuesta presencia de Fidel en aquel lugar, que, por supuesto, no habían sido confirmadas. Chicho Osorio había servido de práctico en esa ocasión.

Había una posta fija, ubicada aproximadamente a mitad de la distancia entre las dos casas. El sargento tenía un M-1 y una ametralladora Thompson. El resto del armamento estaba compuesto por fusiles Springfield.

A poco de establecida la observación, se siente en el mar el ruido de una lancha y se percibe el movimiento de soldados que van y vienen de la playa al cuartel transportando unos bultos al parecer pesados. Se trata, quizás, de provisiones para la guarnición.

Dos horas después, se escucha el sonido insistente de un barco que pita a poca distancia de la orilla. Es el guardacostas 33, que patrulla desde hace algunas semanas esa zona y donde se encuentran algunos campesinos prisioneros. Todos estos movimientos, de significado incierto, obligan a Fidel a abandonar el plan de ataque para esa noche.

Che comenta al respecto: “A las 6 de la tarde llegó la perseguidora cargada de guardias, iniciándose una serie de maniobras cuyo alcance no comprendíamos. Se decidió dejar el ataque para el día siguiente”.

MIÉRCOLES 16 DE ENERO

Durante todo el día, el pequeño destacamento guerrillero mantiene la observación del cuartel desde su posición dentro del monte, a un kilómetro de distancia del objetivo enemigo. Veamos lo que narra Raúl:

Hemos esperado que pasara el día. Bajamos al arroyo o aguada [en Cotobelo], donde comimos de la reserva: leche condensada, tasajo en lata y un pedazo de dulce de leche. Subimos otra vez y como a un kilómetro seguimos esperando y observando el campamento de La Plata; desde aquí, subido en un árbol se veía perfectamente bien con la mirilla aunque se veía poco movimiento. A media tarde la moral estaba por el suelo, ya que por la falta de información del campamento pues la última la obtuvimos hace cuatro días antes de partir para acá, y se pensaba que ya no se iba a atacar. Además de la espera que había desesperado un poco a la inexperta novatada.

Finalmente, a la caída de la tarde, Fidel da la orden de partir. Ya ha tomado la decisión de atacar esa noche, pero antes quiere obtener informaciones más precisas. Ha decidido bajar al llano, hacia su parte más alta, e interceptar el camino que sube desde la desembocadura. Che anota:

Desde el amanecer se puso observación sobre el cuartel (ya se había retirado el guardacosta) y se iniciaron labores de patrullaje. Nos encontramos con el hecho desconcertante de no ver soldados por ningún lado. A las 3 de la tarde se decidió ir acercándose al camino para observar. Los soldados llegaron en ese interín sin que nos enteráramos.

Poco después de las 6:00 de la tarde, ya casi noche cerrada en esta época del año, la columna se descuelga por la ladera del estribo opuesta a la posición del cuartel. Fidel se

adelanta con un grupo reducido. Ocupan una posición junto al camino que sube desde la desembocadura, después de haber cruzado el río, a unos 300 metros de la casa de los guardias. Desde allí seguirán observando, con la esperanza de descubrir algún caminante que pueda ofrecer más información de la que se dispone.

Ha salido una hermosa luna llena, que baña con su luz difusa pero clara todos los alrededores. Sobre el camino, a unos 100 metros del lugar donde se instala Fidel en un cayo de arboleda, se ha ubicado una posta integrada, entre otros, por Universo Sánchez, Manuel Acuña y Sergio Pérez.

Los primeros detenidos son dos campesinos que vienen subiendo por el camino. Se nombran Victorino Peña y Jesús Fonseca. De este último hay noticias en el sentido de que tiene antecedentes de chivato. Al ser interrogados, estos hombres informan que en el cuartel hay unos quince guardias, entre soldados y marinos. Parece que esa noche el sargento ha estado celebrando algo, pues ha invitado a varios colaboradores, entre ellos *Chicho* Osorio, a darse unos tragos en casa de Honorio Olazábal. Dicen que Chicho seguramente pasará por allí dentro de poco rumbo a su casa. Se decide seguir esperando.

Un breve rato después son detenidos dos muchachos. Uno de ellos lleva un pescadito que ha capturado río abajo. La espera no se ha prolongado mucho más de otra media hora cuando se siente una voz desde la posición que ocupa la posta:

—¡Alto a la Guardia Rural!

—¡Mosquito! ¡Mosquito!

Universo Sánchez ha dado el alto a un individuo que sube por el camino del río montado en una mula dorada, y éste ha contestado con la contraseña de los guardias. No obstante, se ve encañonado y obligado a desmontar:

—Yo soy *Chicho* Osorio, compay, gente amiga.

Universo le quita el revólver 45 y el cuchillo que lleva a la cintura, y corre a informar que ha sido detenido el sujeto por quien se esperaba. Fidel ordena que se le conduzca ante él.

Aparece un hombre de mediana estatura, delgado, trigueño, de unos 50 años de edad. Trae una botella de coñac en la mano, y viene tan borracho que apenas puede caminar derecho. Lo acompaña un muchachito que venía montado en el anca de la mula, y que ahora tiembla de susto. Sigue narrando Raúl: “Una luna llena nos permitía verle bien la cara a aquel desalmado. [...] He aquí la estampa del asesino más grande que hubiera en la Sierra. Con varias mujeres, jóvenes infelices campesinas, cuyos padres tenían que doblegarse ante las influencias y el terror que Chicho imponía en la zona”.

Fidel se identifica como coronel de un cuerpo especial de investigaciones del Ejército, que viene con la misión de conocer la disposición combativa de las tropas contra los alzados. Critica duramente la pasividad de los guardias y dice que él sí está dispuesto a tomar medidas enérgicas para acabar con ese Fidel Castro y su gente.

A Osorio le brillan los ojos. Mirando de reojo al “coronel”, saca del bolsillo de su camisa una dentadura postiza y se la coloca. Luego dice con voz bronca:

—La orden que hay es de matar a Fidel Castro. Yo sí que si me encuentro con él lo mato como a un perro. Yo sí me meto en el monte, no como éstos que no salen del cuartel. ¿Usted ve ese 45 que acá este guardia me ha quitado? Con ese mismo lo mato si lo agarro.

La calaña moral de Osorio queda en evidencia cuando empieza a denunciar a los mismos con los que estaba tomando ron minutos antes.

A renglón seguido comienza a describir a Fidel, con lujo de detalles, todo lo que haría con él si se lo encuentra, además de matarlo. Fidel observa que Crescencio está cerca y pregunta al detenido:

—Dicen que con Castro va un tal Pérez. ¿Qué tú crees de ése?

—Ése es Crescencio Pérez —responde Chicho llevándose las manos a la cabeza—. A ése lo metería en una paila de aceite hirviendo.

Fidel le sigue pidiendo información. Osorio va enumerando a todos los campesinos colaboradores del Ejército en la zona y a los que él considera revoltosos. De improviso saca un papel de su bolsillo y dice:

—Mire, coronel, este cheque de 25 pesos me lo mandó mi general Batista como reconocimiento de mis servicios. Yo sí que me he ocupado de eliminar a unos cuantos bandidos. Cuando el machadato maté a dos y mi general me sacó para la calle. Mire, allí mismo, junto a aquel carbonero, allí mismo maté a uno. Hoy le acabo de dar unas galletas a unos cuantos campesinos que están allí en el cuartel porque se habían puesto un poco malcriados. Por ejemplo, ahora mismo, ¿usted ve estas botas que tengo puestas? Son de uno de esos que vino con Fidel Castro, que matamos por allá.

Y levanta una pierna para mostrar una de las botas mexicanas del *Granma*. Como dice Che en sus recuerdos de la guerra, Osorio no sabía que con estas palabras acababa de firmar su propia sentencia de muerte.

El mayoral invita a Fidel a su casa, donde preparará café y matará un puerco, y podrá quedarse a dormir.

—Si mañana quiere —agrega—, le mato una novilla. Esto no es mío, pero estoy autorizado por el dueño para servirle aquí al Ejército todo lo que necesite.

Fidel declina la invitación. En cambio, le pide que lo ayude esa misma noche a sorprender desprevenidos a los guardias, sirviéndole de guía para acercarse sin ser visto hasta el cuartel. Osorio acepta y explica en detalle la disposición de las postas y la distribución del personal.

Che describe estos acontecimientos con mucho detalle en su diario:

Cruzamos el río de la Plata y nos apostamos en el camino al anochecer, a los cinco minutos fueron tomados dos prisioneros y dos muchachitos que iban con ellos. Uno resultó ser un hombre acusado de haber chivateado a Eutimio. Se los apretó un poco y quedó establecido que había unos diez soldados en

el cuartel, que habían llegado del Naranjo [El Naranjal] esta misma tarde; además, al rato debía pasar uno de los tres mayores, Chicho Osorio, considerado el más malo de los tres. Efectivamente, al poco tiempo aparecía montado en un mulo y llevando en ancas a un negrito de 14 años hijo del administrador de la tienda de Urteaga en el Macío, el hombre al ser sorprendido por el grito de “alto a la guardia rural” reaccionó gritando “mosquito” que era santo y seña de las tropas del gobierno y luego “soy Chicho Osorio”, ya estaba desarmado de su revólver 45 y al negrito de un cuchillo que llevaba. Fue llevado a presencia de Fidel el que le hizo creer que era coronel de la guardia rural y que estaba investigando unas supuestas irregularidades; Chicho Osorio, que estaba borracho, dio entonces una relación de todos los enemigos del régimen a los que “hay que arrancárselas”, según sus propias palabras. Allí estaba la confirmación de quiénes eran nuestros enemigos y quiénes no. Se le preguntó por Eutimio y dijo que había ocultado a Fidel y se le había buscado para matarlo, aunque sin encontrarlo. Cuando Fidel le dijo que había que matar a Fidel donde se le encontrara le chocó la diestra entusiasmado. Igual opinó de Crescencio.

Raúl, por su parte, apunta:

Fidel le aseguraba indignado en su papel de “Coronel” que seguro la posta estaba durmiendo y que por tal motivo queríamos llegar allí en silencio y por algún lugar que no fuera el camino real, para sorprenderla durmiendo y exigirles cuentas por esa negligencia. Entonces Chicho se brindó a llevarnos por unos trillos que le salían al cuartel por la parte de atrás, pero que debíamos ir con cuidado porque nos podían hacer fuego.

Mientras todo esto ocurre, los demás combatientes aprovechan para dar cuenta de los alimentos que les quedan en reserva.

Cerca de la medianoche se inicia la aproximación al objetivo. En el campamento quedan los otros cinco detenidos, custodiados por René Rodríguez, Pancho González, Sergio Acuña y Felicito Jordán. Quedan allí también Eutimio Guerra, Orestes Suavo y Evaristo Díaz, es decir, todos los campesinos que han estado acompañando a la columna como prácticos. Escribe Raúl: “La luna era llena y lo iluminaba todo. Atravesamos el camino real, y nos detuvimos un rato al lado del río, donde nos tomamos algunas latas de leche que quedaban”.

JUEVES 17 DE ENERO

La columna recruza los dos brazos del río y se interna en el bosque. Sigue la marcha conducida por Chicho Osorio, a quien Fidel ha convencido para que se deje atar las manos a la espalda. Raúl apunta en su diario:

La suerte de Chicho ya estaba echada desde hace tiempo, igual que la de cualquier mayoral de la compañía que cayera en nuestras manos, y esa pena era el fusilamiento sumarísimo, única fórmula que podía seguirse contra estos dobles esbirros.

Después de cruzado el río F [Fidel] le hizo saber a Chicho que aunque las referencias que tenemos de él eran muy buenas, por motivos de seguridad, para llevar a cabo nuestras investigaciones con éxito, nosotros por sistema de trabajo no podemos confiar en nadie, y que por tal motivo él sería atado hasta que llegáramos al cuartel, y que él, caminando delante nos llevaría hasta el lugar más próximo sin que nos vean.

Se le ató y empezó la marcha por trillos y serventías muy poco frecuentados y nos llegamos a colocar como a unos 100 metros del cuartel, por el lado Oeste y como a unos 8 ó 10 metros del camino real que va de La Plata al Macho, donde hay un cuartel mayor.

Che continúa su relato con el siguiente comentario:

El hombre después de dar las más disparatadas muestras de sumisión y alevosía se ofreció a guiarnos a un ataque simulado al cuartel para demostrar la falta de seguridad de las defensas. Después de cruzar el río se le dijo que las ordenanzas militares establecían que los prisioneros debían estar amarrados. El hombre estaba tan borracho o era tan ingenuo que siguió en la ignorancia de quiénes éramos. Nos explicó que la única guardia establecida era una entre el cuartel en construcción y la casa de guano residencia de otro mayoral, Honorio. Nos guió hasta un anacahuite [sic] cercano al cuartel por donde pasaba la carretera al Macío.

Luis Crespo ha sido enviado a explorar y regresa con observaciones que confirman los informes de Osorio. Por trillos iluminados por la luna se acercan al cuartel, por la parte oeste, hasta que se detienen a unos diez metros del camino del Macho. De nuevo Crespo y otros combatientes se adelantan hasta el borde del camino. Desde allí, ocultos por unos matorrales, observan un extraño movimiento de luces y voces.

Pocos instantes después, pasa frente a ellos un guardia a caballo. De su montura van atados por el cuello, en hilera, cinco campesinos. Son los presos que van conducidos como reses al cuartel del Macho. Cierra la siniestra caravana otro soldado a caballo.

Al pasar, el guardia que va al frente está insultando y amenazando a los infelices para obligarlos a caminar. Osorio reconoce la voz del cabo Bassols desde donde está, sentado

sobre un palo de guásima. *Yayo* Castillo sujeta el extremo de la soga con que está atado, y lo obliga a permanecer en su lugar y a guardar silencio. Fidel decide esperar un rato a que estos guardias se alejen con los presos. Cabe la posibilidad de que los maten si sienten el tiroteo en el cuartel. Veamos cómo narra Raúl este incidente:

Allí [cerca del camino] nos sentamos y observábamos con las mirillas algunos movimientos de luces de linternas y nos extrañó que a esa hora hubiera allí movimiento de hombres y caballos. La luna reflejaba sus rayos sobre el techo de zinc del cuartel. Al poco rato sentíamos por los pasos y las voces que un grupo de hombres saliendo del cuartel, por el camino real, se iba aproximando a nosotros y nos pasaría muy cerca. Uno de los que venía a caballo, le decía a otro de a pie: “Anda hijo de puta, que te voy a ahorcar”. En eso Chicho que permanecía atado y acostado boca arriba hizo ademán de pararse y se le sujetó.

Al poco rato nos explicó que ese era su amigo el cabo Abasolo [Bassols] que iba para El Macho con unos campesinos presos. [...] Este Abasolo, tan amigo de Chicho, es el que lo acompañaba en todas las incursiones contra los infelices campesinos. Esperamos que el cabo Abasolo se alejara con los presos para que no oyeran las detonaciones del ataque, y al mismo tiempo, esperar que se durmieran de nuevo los que quedaban allí.

Los minutos de espera parecen eternos para los combatientes, ansiosos por entrar en acción. Fidel da las últimas instrucciones y distribuye el personal.

Al cabo, poco después de las 2:00 de la madrugada, da la orden de iniciar el avance final sobre el objetivo. Veintidós hombres se desplazan sigilosos a ocupar sus posiciones para el ataque. Atrás, custodiando a *Chicho* Osorio, quedan Daniel Motolá, Julio Zenón Acosta, *Yayo* Castillo y *Nango* Rey, encargados de ajusticiar al esbirro en cuanto empieza el

tiroteo. Conservan para ello una de las armas de que dispone la guerrilla.

Che relata todo esto en términos escuetos:

Luis Crespo fue enviado a explorar volviendo con la noticia que los informes del mayoral eran exactos, pues veía el humo de cigarro de los guardias y se oían voces en el sitio indicado por Chicho. Tuvimos que echarnos al suelo para que no nos vieran tres guardias a caballo que pasaban arreando como una mula un prisionero de a pie, cubriéndolo de amenazas e injurias, se les dejó pasar porque podían dar la alarma al detenerlos tan cerca del campamento. Se dispuso todo para el ataque final con 22 armas; Chicho quedó en los anacahuites custodiado por dos hombres con encargo de matarlo apenas iniciado el tiroteo, cosa que cumplieron estrictamente.

Las órdenes de Fidel son terminantes. La acción no puede fracasar. Es preciso tomar el cuartel a toda costa y ocupar el armamento y el parque de los guardias, y hacerlo con el mayor ahorro posible del parque propio del grupo rebelde. Fidel ha preferido rendir por fuego la posición en lugar de emprender una acción de tipo comando para la captura de la posta y el cuartel, para no arriesgar bajas innecesarias en la escasa tropa guerrillera.

El jefe guerrillero ha dividido a los atacantes en cuatro grupos, que formarán una especie de L invertida para el ataque. Por el norte, haciendo el palo corto de la L a lo largo del camino del Macho, Juan Almeida dirigirá el grupo compuesto por Guillermo García, Crescencio Pérez, Manuel Acuña, Ignacio Pérez, Rafael Chao y Sergio Pérez. Tienen dos fusiles semiautomáticos, tres de cerrojo y las dos pistolas de ráfaga.

Por el lado oeste, a la derecha del grupo de Almeida, atacará Raúl, junto con Ciro Redondo, Efigenio Ameijeiras, Armando Rodríguez y José Morán. Más a la derecha, ocupará posiciones la escuadra de Fidel, compuesta, además,

por Che, Calixto García, Manuel Fajardo, Luis Crespo y Universo Sánchez. Entre estos dos grupos tienen todos fusiles de mirilla, salvo Fajardo y Armando Rodríguez, que llevan las dos Thompson.

Cerrará la formación por la extrema derecha una escuadra compuesta por *Julito* Díaz, Camilo, Calixto Morales y Reynaldo Benítez, al mando del primero, todos con fusiles semiautomáticos.

Mientras los combatientes al mando de Almeida se mueven a rastras por el camino hacia su posición, las otras tres escuadras cruzan una cerca de alambre y se aproximan al fondo del cuartel por entre el bosque de anacahuitas. A la distancia de 50 metros salen al claro y siguen avanzando con cautela, arrastrándose desplegados entre algunos arbustos y mechones de hierba de guinea, hasta colocarse a unos 30 metros de las casas. Esta maniobra final de acercamiento dura media hora. Leamos la narración de Raúl sobre estos momentos previos al comienzo del combate:

A las 2 de la madrugada, después de dárse nos las instrucciones complementarias, empezó el avance ordenadamente, divididos en cuatro escuadras que atacarían por diferentes puntos. Cruzamos una cerca de alambres y caminando por un trillito entre manigua, salimos al camino real, que atravesamos con las precauciones que el caso requiere, llegamos a otra cerca que teníamos que atravesar tres escuadras mientras la de Almeida y Crescencio se quedarían del lado de acá para avanzar paralelo a la misma en fila india y atacar por el Norte. [...] El cuartel estaba ya a unos 50 metros cuando salimos del límite del bosque de anacahuitas, ya íbamos todos completamente arrastrándonos con cuidado estilo comando y entre matojitos de hierba de guinea, muy escasos que había por allí nos llegamos a colocar a unos 25 ó 30 metros del cuartel y la casa de Honorio. El avance había durado 25 minutos y ahora la luna

nos favorecía la operación, cuando F [Fidel] agarrara la ametralladora de Fajardo y disparara una ráfaga contra la posta, según el lugar que teníamos entendido estaba, empezaría nuestra fusilería a disparar. En total éramos 23 y sobrábamos, ya que tres compañeros se habían quedado con Chicho más abajo con órdenes de fusilarlo cuando empezara el ataque.

A las 2:30 de la madrugada se inicia el combate. Fidel toma la ametralladora de Fajardo y lanza una ráfaga contra la posta. Es la señal para abrir fuego.

Raúl prosigue su detallada crónica:

La posta no se veía, probablemente resguardándose del frío se había recostado en su taburete a un árbol que daba sombra a la casa de Honorio, entre ésta, donde dormía el sargento, y el cuartel. Sonó la ráfaga en esa dirección y cuestión de segundos después el estruendo fue infernal, teníamos orden de disparar cada uno tres disparos y suspender el fuego, para conminarlos a rendirse. Algunos de nosotros improvisamos cortas arengas indicándoles que sus vidas serían respetadas, que sólo queríamos las armas y que no fueran estúpidos, que mientras Batista y todos sus amigos politiqueros se enriquecían robando sin riesgos de ninguna clase, ellos morían sin gloria alguna en la Sierra Maestra. La respuesta fue silencio absoluto, todavía estaban sorprendidos. Otra vez dimos la orden de fuego y el tronar ensordecedor de los disparos opacaba todo lo demás. La misma operación la repetimos varias veces, con el fin de lograr nuestro objetivo ahorrando la mayor cantidad posible de parque ya que si no tomábamos el cuartel, nos íbamos a quedar muy escasos de los mismos. El ataque pudo hacerse tipo comando, pero no queríamos perder una sola vida, ni cargar con un

herido mientras pudiéramos evitarlo así se haría, aunque de esta forma gastáramos más cartuchos pues teníamos que saturarle de plomo las posiciones; nuestros disparos iban dirigidos de medio metro para abajo de la pared del cuartel, suponiendo que ellos estarían en el suelo. Sucesivamente íbamos hablando nosotros conminándolos a la rendición y momentos después hablaban las bocas de fuego. El gallego Morán ni en medio del combate dejó de refunfunar, protestaba contra Almejeiras porque éste disparaba muy cerca de él y los disparos le retumbaban muy fuerte en los oídos; en una oportunidad de esas de tregua, improvisó una arenga, enredándose de tal forma que provocó la risa de todos los que lo oyeron.

Al comenzar el combate, Julio Zenón Acosta ha cumplido la orden de ajusticiar a Chicho Osorio.

Los guardias contestan el fuego desde el cuartel y desde la casa de Honorio. De nuevo se les conmina a la rendición. Fidel ordena lanzar las dos granadas brasileñas de que dispone su escuadra. Ninguna de estalla. Raúl lanza algunos cartuchos de dinamita que caen junto a la casa y estallan con débiles detonaciones que no producen efecto alguno. Veamos lo que narra Che sobre esta primera parte del combate:

Nos fuimos arrastrando hasta unos 40 metros de la posición enemiga y Fidel inició el tiroteo con dos ráfagas de ametralladoras seguidas por los disparos de todos los fusiles disponibles. Se conminó a rendirse a los soldados pero sin resultado alguno. El ataque se había iniciado a las 2:40 de la madrugada, después de unos minutos de fuego se ordenó tirar las granadas. Luis Crespo tiró la suya y yo la mía, sin que explotaran, Raúl Castro tiró dinamita.

Retomemos el relato de Raúl:

Ya los soldados estaban contestando al fuego, pero en condiciones muy desfavorables, ya que por las

ventanas no podían asomarse sin exponerse a ser víctimas de las mirillas de mi escuadra que sin exagerar puedo decir que con la luz de la luna le veía hasta la hilera de clavos sobresaliendo sobre el color amarillo de la madera nueva. De vez en cuando, alguna trazadora de la ametralladora Thompson o del M-1 que tenían, nos cruzaban por la cabeza, pero bastante alto. Ellos tenían la terrible desventaja de tener que disparar sin ver y a través de la pared. Viendo que el ataque se prolongaba más de lo que calculamos, le lanzamos algunos cartuchos de dinamita, pero sin metrallas y sin preparar debidamente para que hicieran una fuerte detonación y por lo livianos que eran, sin nada adicional, vinieron a caer a la orilla de la casa y sin mayor importancia la bulla que hicieron, a tal extremo que se confundieron con los disparos de los fusiles. De la escuadra de F [Fidel] supe más tarde que lanzaron dos granadas de mano, pero por estar en mal estado no hicieron explosión; éstas fueron de las granadas que trajeron de Manzanillo y como las tuvieron enterradas parece que se humedecieron y se echaron a perder. Yo tenía una de esas granadas y no la usé por ahorrarla, pensando que no sería necesario usarlas.

Prosigue el tiroteo. A algunos combatientes se les está acabando el parque. En la escuadra de Almeida, que dispara tendida en el camino, algunos de los nuevos no han sabido economizar el fuego. A Sergio Pérez, entre otros, no le queda ya ninguna bala. A su lado está Manuel Acuña. Sergio le pide parque para su fusilito mexicano de cerrojo. Acuña, a quien le quedan tres balas, le da una y le dice:

—Tenga, primo, pero ahórrela, no la gaste mucho para que le dure.

Volvamos al diario de Raúl:

F [Fidel] cansado de arengas, le hizo la última y cambiando su mirilla por la ametralladora de

Fajardo, le disparó un peine completo a la casa de zinc, que era donde más tropa había, en ráfagas de tres tiros. Estos disparos de ametralladora 45 se sentían con golpes más secos que se introducían escalonadamente en la madera de las paredes del cuartel. Por fin de la casa de zinc dijo uno de ellos que se rendían, pero el sargento Walter, que tenía una situación difícil en la otra casa, en esos momentos disparó varias ráfagas de ametralladora, iniciándose otra vez por breve tiempo un nutrido tiroteo de las escuadras de Julito y F [Fidel] contra la casa de guano de Honorio. Volvieron los guardias de la casa de zinc a gritar que se rendían y qué condiciones les poníamos, les contestamos que respetaríamos sus vidas y que sólo queríamos las armas. Hubo un intervalo bastante largo de silencio (de varios minutos), y se sentía el traquetear de los casquillos vacíos cuando se camina sobre ellos, parece que a gatas y tientas andaban por el suelo buscando la salida.

Fidel ordena a Universo que dé fuego al rancho donde se guardan los cocos. Tanto éste como Camilo, que también lo intenta, no lo logran. Finalmente, Luis Crespo, apoyado por Che, incendia el ranchito.

A la luz de las llamas se ve a un guardia que sale corriendo de la casa de Honorio en dirección al cuartel, pero cae herido.

Al propio tiempo, otras dos siluetas huyen de la casa hacia el río. Camilo les dispara, pero logran escapar. Son Honorio y el sargento Medina. La narración de Che es muy detallada:

Se dio orden de quemar la casa de guano y Universo probó primero pero volvió precipitadamente cuando dispararon cerca, después fue Cienfuegos también con resultado negativo y luego Luis Crespo que la incendió y yo. Resultó que el objetivo nuestro era un rancho lleno de cocos. Luis Crespo cruzó bordeando una caballeriza o chiquero y le salió un soldado a

quien hirió en el pecho. Yo le quité el fusil y lo usé de parapeto durante algunos minutos para tirarle a un hombre a quien creo haber herido. Luis Crespo le quitó la canana al herido y se trasladó a otro lugar. Cienfuegos se parapetó tras un árbol y disparó sobre el sargento que huía, pero no pudo abatirlo. El fuego había cesado en los dos frentes, y la gente de la casa de zinc se rindió. Cienfuegos entró al patio de la casa de guano encontrando sólo heridos.

Mientras tanto, de la casa de zinc se escuchan nuevos gritos. Fidel ordena el alto el fuego. Una voz pide que se deje salir al que grita, pues está herido. Se le ordena salir hacia el camino, donde está el grupo de Almeida.

Ya del cuartel no disparan. El que había gritado llega cojeando a la posición de Almeida y regresa a la casa de zinc. A los pocos instantes sale llevando un herido que sangra profusamente por una pierna. Luego salen dos más, al parecer ilesos.

De los diez enemigos, uno ha huido, hay dos muertos y cinco heridos, tres de los cuales morirán posteriormente. Los muertos y heridos son sacados del cuartel. Mientras Che aplica un torniquete a uno de los soldados, los combatientes recogen las armas, el parque, ropa y demás equipos. Luego se prende fuego al cuartel y la casa del mayoral.

Che apunta al respecto: “Yo les di fuego a todas las dependencias de la casa de Honorio y alguien al cuartel que presentaba un espectáculo impresionante pues lo habíamos convertido en una criba”.

El combate ha durado aproximadamente cuarenta minutos. Fidel ha ordenado que se entreguen los medicamentos a los soldados para que atiendan a sus heridos. La tropa guerrillera no ha sufrido ni un rasguño.

Raúl entabla un diálogo con el soldado Víctor Manuel Maché.

—¿Por qué no se rindieron antes? —le pregunta.

—Porque pensábamos que ustedes nos iban a fusilar después.

—Eso es lo que hubiera querido el gobierno —le contesta Raúl—, para abrir el odio entre nosotros. Pero, en fin de cuentas, somos hermanos, y nosotros lamentamos la muerte de los compañeros de ustedes, jóvenes cubanos como nosotros. Ustedes combaten por un hombre, nosotros por un ideal.

Fidel interviene en la conversación:

—Los felicito. Se han portado valientemente. Quedan en libertad. Curen sus heridos y váyanse cuando quieran.

Los combatientes se retiran hacia el río. Llevan a los dos soldados ilesos y a un herido leve para que recojan las medicinas. Che anota:

Se dio orden de retirada hacia nuestro campamento con los tres prisioneros militares, a los que se dejó en libertad y se les entregó alguna medicina para los heridos. Se dejó también en libertad a los cinco detenidos civiles, haciéndole una seria advertencia al presunto chivato, y se inició la marcha a las 4:30 de la mañana rumbo a Palma Mocha adonde llegamos al amanecer.

Por su parte, Raúl escribe:

Como no teníamos medicinas allí, nada pudimos hacer por el momento con los heridos. Acordamos, pues, que los dos prisioneros y el herido leve, nos acompañaran hasta el campamento para darles allí medicinas y que ellos lo curaran hasta por la mañana que llegaran sus compañeros, ya que por lo avanzado de la hora, nuestro médico no podía atenderlos debidamente, si no con mucho gusto lo haríamos.

Le prendí candela al cuartel, la única casa que quedaba sin arder, y después de colocar los heridos distantes del fuego, nos marchamos. El herido que

me regaló el cuchillo, creyendo que nos íbamos empezó a gritar lastimosamente: “No me dejen solo que me muero”. Él ignoraba que momentos después volverían tres de sus compañeros con medicinas nuestras para curarlos.

Tomamos rumbo hacia el campamento. Me puse al lado de un prisionero y echándole un brazo por arriba de los hombros, así fui hablando con él de la ideología de nuestra lucha, del engaño de que eran víctimas ellos por parte del gobierno y todo lo concerniente al tema que el tiempo y lo corto del camino nos permitió. Él me pidió que anotara su nombre y que en el futuro no me olvidara de él, ya que era pobre, que mantenía a su mamá, y él no sabía lo que iba a pasar. Nos despedimos de los prisioneros con un abrazo, soltamos a los civiles presos. Uno de ellos nos serviría de guía, y nos encaminamos rumbo a Palma Mocha, por un camino que bordea la costa.

Desde lo lejos, se veían arder sobre los cuarteles de la opresión, las llamas de la libertad. Algún día no lejano sobre esas cenizas levantaremos escuelas.

UNA POSDATA CONVENIENTE

Analizada desde el punto de vista estrictamente militar —magnitud de la acción, tiempo de duración, extensión física del teatro, número de fuerzas participantes, cantidad de bajas—, el combate de La Plata tuvo dimensiones relativamente modestas. Sin embargo, las repercusiones de esta acción fueron mucho más profundas de lo que a primera vista pudiera suponerse, y tuvieron una significación estratégica y táctica de primera magnitud en el desarrollo ulterior de la guerra de liberación.

Para la victoriosa guerrilla, La Plata significó la proclamación de su existencia como entidad combatiente capaz de iniciar acciones ofensivas exitosas contra las fuerzas enemigas. El propósito buscado por Fidel en ese sentido se logró plenamente.

La noticia de este hecho sacudió de manera concreta y práctica la conciencia y la voluntad de lucha del campesinado de la Sierra. A las pocas horas en las zonas cercanas, y a los pocos días en toda la montaña, la población campesina, gracias a ese singular mecanismo de transmisión de información en virtud del cual, a pesar de las dificultades en las comunicaciones, todo se sabe y se sabe pronto, conoció que el enemigo de ese grupo de hombres que habían desembarcado unas semanas atrás era su mismo enemigo ancestral, y constató que esos hombres, a despecho de todos los reveses y dificultades, estaban ahí y eran capaces de demostrar astucia, valor, eficacia y fuerza —cualidades individuales tan apreciadas por el campesino de montaña— en una lucha frontal, activa y victoriosa contra el poder que los había oprimido desde siempre.

Para cada uno de los combatientes, la victoria en La Plata produjo, en lo inmediato, la convicción de que era realmente factible dar golpes concretos y efectivos a un enemigo que todavía para muchos aparecía recubierto de un manto de invulnerabilidad producto de más de cincuenta años de

condicionamiento psicológico colectivo. La moral combatiente se multiplicó en la tropa, sobre todo en los más nuevos, quienes, por otra parte, pasaron por la prueba crucial de sentir por primera vez el fuego enemigo.

En La Plata fueron capturados nueve fusiles Springfield con mil tiros, una ametralladora Thompson con 150 tiros, un peine de M-1, botas, cascos, cananas, mochilas, cantimploras, mantas y otros equipos necesarios para la vida guerrillera. En este hecho radica otra de las consecuencias trascendentales del combate. Por primera vez habrá en la guerrilla tantas armas como hombres, y por primera vez se empezará a cumplir en la práctica el axioma guerrillero de nutrir la tropa con las armas arrancadas al enemigo.

Por primera vez, también, quedó en evidencia en La Plata la conducta que demostraría el Ejército Rebelde con el enemigo derrotado a lo largo de los dos años posteriores de la guerra. Che resume esta idea en sus *Pasajes de la guerra revolucionaria*:

Siempre contrastaba nuestra actitud con los heridos y la del Ejército, que no sólo asesinaban a nuestros heridos sino que abandonaba a los suyos. Esta diferencia fue haciendo su efecto con el tiempo y constituyó uno de los factores de triunfo.

Allí [en La Plata] con mucho dolor para mí, que sentía como médico la necesidad de mantener reservas para nuestras tropas, ordenó Fidel que se entregara a los prisioneros todas las medicinas disponibles para el cuidado de los soldados heridos, y así lo hicimos.”

En efecto, no pasó inadvertida entre los elementos de fila de las fuerzas enemigas esta actitud de los rebeldes, y muchos hechos posteriores de la guerra lo demuestran, a pesar de la propaganda en contrario de los mandos militares de la tiranía. Ya con motivo de esta acción, los voceros de la dictadura comenzaron a fabricar la patraña de que los guardias muertos en La Plata habían sido asesinados mientras dormían indefensos

y desapercibidos en sus camas. Pero a la larga la verdad logró filtrarse al pueblo y a los propios soldados.

Y el combate de La Plata sirvió para contrastar esta conducta noble y generosa, preocupación incesante de Fidel, con la actitud intransigente mostrada ante los verdaderos enemigos del pueblo, personificados en los asesinos, torturadores, delatores y explotadores de toda clase capturados en el curso de la guerra por el Ejército Rebelde. El ajusticiamiento de *Chicho* Osorio, esbirro opresor del campesinado, es un hecho en torno a la acción de La Plata que no debe quedar olvidado dentro de sus repercusiones netamente militares. Significó la primera demostración palpable, confirmada después a lo largo de la guerra, de que el Ejército Rebelde era una fuerza capaz de actuar con energía y decisión en la aplicación de la más cabal justicia revolucionaria.

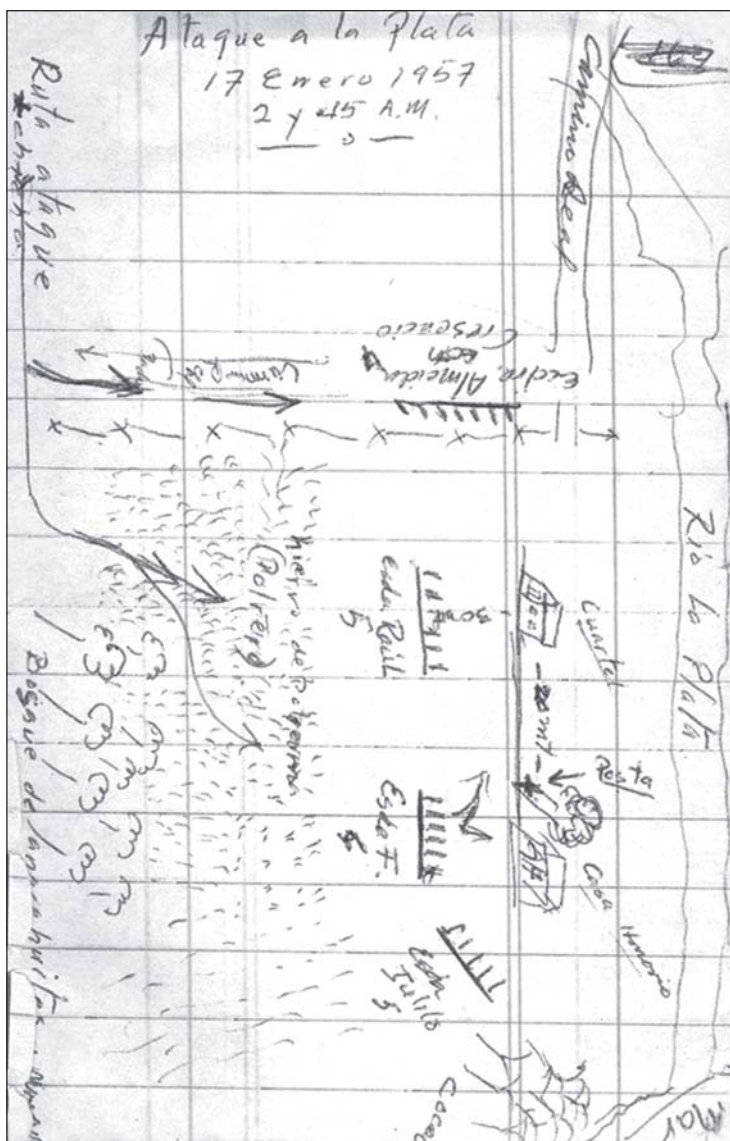
Para la dictadura, la derrota de La Plata significó la necesidad de reconocer la existencia de la guerrilla y tomar nuevas disposiciones tácticas para combatirla. Las medidas inmediatas consistieron en el envío de una compañía de tropas escogidas en persecución de los rebeldes desde el sur, mientras que por el norte y el oeste se comenzaba a tender un amplio cerco.

Sin embargo, apenas cinco días después, una nueva victoria guerrillera habría de mostrar la seriedad de la amenaza.

TERCERA PARTE

EN GRAVE PELIGRO

17 de enero - 8 de febrero de 1957



Croquis del combate de La Plata, efectuado el 17 de enero de 1957 y dibujado por Raúl Castro en una de las páginas de su diario de campaña. Se aprecia la posición de las escuadras rebeldes atacantes, los detalles del terreno y las instalaciones destacadas.

JUEVES 17 DE ENERO DE 1957

Aproximadamente a las 4:30 de la madrugada, la columna guerrillera al mando de Fidel deja atrás La Plata y emprende la marcha en dirección al este, por el camino que bordea la orilla del mar. Atrás quedan dos de los campesinos que venían acompañando a la tropa, y que regresan a sus casas: Enrique Suavo, el del Mulato, y Evaristo Mendoza, el colmenero.

Los combatientes van exhaustos y sobrecargados, pero los impulsan la euforia del triunfo y la convicción de que por muchos reveses que pueda haber en el camino, la victoria final está anunciada por esas llamas premonitorias que destruyen el cuartel de las fuerzas de la represión, cuya captura acaba de realizar la guerrilla en su primera acción victoriosa.

Las olas baten con fuerza acompasada, y huyen unas tras otras con la sorda sinfonía eterna y monocorde que produce el agua, humeante en blanca espuma, cuando se retira presurosa hacia su origen sobre el canto rodado de la costa. De cuando en cuando, rociadas de salitre mojan las caras de los hombres. Para muchos de ellos, los del *Granma*, el mar había significado, desde el comienzo de la epopeya, la angustia del mareo, la incertidumbre de la llegada, las penalidades de la ciénaga y el mangle cuando el desembarco, la tortura de la sed y la agonía del diente de perro. Ahora, después de la victoria, la actividad rumorosa y vital de las olas sirve de apropiado marco sonoro a la alegría de la victoria.

A los pocos cientos de metros de La Plata, el camino abandona la orilla y sube faldeando por un cañado a buscar las laderas interiores del firme cercano a la costa. En su diario, Raúl describe esta marcha en los términos siguientes:

Ya amaneciendo, íbamos todos supercargados, no habíamos dormido nada la noche anterior, que tuvimos una faena, como diría el general Bayo, pero los nervios en tensión y la emoción del triunfo nos daban un gran impulso para subir las empinadas crestas rocosas de las montañas de la costa por un

buen trillo. Nosotros llamamos buen trillo a cualquier cosa que no sea romper el monte con el pecho. Así llegamos a Las Cuevas donde vive el anciano Torres; años antes, Chicho [Osorio] le había quitado el hermoso cocal que está cerca del cuartel de La Plata y por cosas del destino, a él es al primero que informamos del fusilamiento de este malvado.

Al amanecer, la columna se descuelga sobre el río Palma Mocha, a unos 800 metros de su desembocadura, en el mismo lugar donde siete meses después se librará el exitoso combate de Palma Mocha, que contribuirá a desarticular el primer plan ofensivo en gran escala del Ejército enemigo. El destacamento prosigue el camino río arriba. Por la orilla misma, a veces de un lado, a veces del otro, a veces vadeando y saltando entre las piedras, los combatientes van ascendiendo por una de las más bellas corrientes de agua de la Sierra.

La topografía del cañón del Palma Mocha ha cambiado bastante desde entonces. Antes, a los dos lados del río, se elevaban mesetas pequeñas y descampadas en las que habían construido sus viviendas numerosas familias campesinas. Las crecientes del río, sobre todo la del ciclón Flora en 1963, han barrido las orillas. Hoy los firmes de los montes caen hasta el agua, en ocasiones en pendiente casi vertical. Sin contar la desembocadura misma, quedan solo tres o cuatro casas en las orillas a lo largo de lo que fue la ruta del destacamento guerrillero.

En algunos lugares, el río fluye entre piedras enormes que ofrecen uno de los espectáculos más hermosos en este paisaje serrano, enmarcado entre montes altos y tupidos a los que, por suerte, poco ha tocado la mano devastadora del hombre. En otros, el agua, límpida y fría, forma entre las piedras profundas pocetas verdeazules que invitan al baño del caminante y al descanso de las bestias. Algunos combatientes recuerdan una piscina azul que parecía hecha por el hombre. Desgraciadamente, estuvo a punto de ser una de las víctimas del Flora. Hoy no es fácil encontrarla, desgarrada

en su hermosura agreste por la furia de la naturaleza, aunque no vencida.

Pero lo que no pudo cambiar el ciclón fue la belleza de estos lugares. La seca no se siente en Palma Mocha. El río corre y salta entre las piedras con un canto alentador. Las montañas, azules en su cima, son una explosión de todos los tonos del verde en sus laderas imponentes. Hay momentos en que el aliento se corta, no ya por la fatiga del camino cuesta arriba, sino por la abrumadora majestad del panorama. Hasta el vuelo de las auras parece majestuoso en estos montes.

Fidel ha decidido continuar la marcha de día y, por primera vez desde el inicio de la lucha mes y medio atrás, fuera del firme del monte, intencionalmente a la vista de los vecinos de la zona que puedan toparse en el camino. Intuye que, después de la acción de La Plata, el enemigo se lanzará a perseguir a la guerrilla. Tal parece como si quisiera dejar un rastro bien claro para invitar esa persecución. Evidentemente, busca un lugar apropiado donde medir las fuerzas con el enemigo en la situación más característica de la lucha guerrillera: la emboscada sobre una tropa en marcha.

La columna rebelde comienza a tropezar en su avance con un cuadro doloroso. Decenas de familias campesinas bajan por el río hacia la costa. Mujeres tristes, muchas de ellas embarazadas, niños descalzos y con los vientres hinchados, ancianos macilentos, acompañan a los hombres taciturnos que llevan sobre sus espaldas, o sobre mulos y caballos, toda su fortuna: unos cuantos gallos y gallinas, algún cerdo, unos pocos trapos, el bastidor de una cama.

El día anterior han sido advertidos por el cabo Bassols, el de La Plata, y por Miro Saborit, uno de los despiadados mayores de la compañía de los Núñez Beattie, que abandonen sus hogares, pues toda la zona ha de ser bombardeada y arrasada. Sin embargo, en el momento en que se hacen estas amenazas, el enemigo no creía que existían fuerzas guerrilleras activas en la zona. Por eso, el éxodo

forzado, con el pretexto de supuestas acciones militares, persigue el propósito verdadero de desalojar masivamente a todo el campesinado de las tierras que reclama la compañía latifundista. El éxito de su trabajo del día anterior era lo que celebraban pocas horas antes del combate los guardias de La Plata y los mayores de la compañía, entre copiosos tragos de ron.

Veamos cómo describe Raúl este episodio:

Seguimos subiendo por la margen del río Palma Mocha, un avión caza pasó de largo por la zona, nos buscaban pero no nos vieron y se fue a dar vueltas por otro lado. Nos encontramos con un espectáculo tristísimo. Decenas y decenas de familias campesinas que habían sido desalojadas. Mientras nosotros subíamos después de un combate, ellos bajaban para la costa con todas las cosas que habían podido recoger y echarse a las espaldas: mujeres en estado de gestación, niños descalzos, pálidos y lombricientos, gallinas y gallos finos en jabas de yarey; los echaban de sus tierras, que el mero hecho de cultivarlas en terreno tan abrupto es digna acción de un premio, para satisfacer los apetitos geófagos de la compañía de los Núñez Mesa, tierras que eran del Estado, ellos en complicidad con funcionarios venales de gobiernos corrompidos las habían hecho jurídicamente suyas y ahora expulsaban a los campesinos en masa, sin tener piedad de esos niños, de esas mujeres, de esos hombres que en la Sierra habían dejado en el duro bregar parte de sus vidas. A estos Núñez, algún día les haremos como a Chicho, su esbirro. [...]

Pero, ¿qué había pasado? Pues unos dos o tres días antes, uno de los mayores de la compañía [Miro Saborit] acompañado del cabo Abasolo [Bassols], habían pasado por la zona y advertido a todo el mundo que recogieran sus pertenencias y el día 17,

por la mañana, estuvieran concentrados en la playa, pues iban a bombardear la zona, porque por ahí estaban los revolucionarios. Ese, naturalmente, era el pretexto. En el acto descubrimos claramente la traidora jugarrera: se trataba que unos cuatro días antes el gobierno había suspendido las garantías constitucionales en toda la isla por 45 días e imponiendo además el dogal de la famosa Ley de Orden Público, la compañía probablemente de acuerdo con algunos miembros del ejército, incluyendo algunos jefes, y tomando como pretexto de que los campesinos nos protegían y ayudaban, acordaron efectuar bajo el manto de opresión de una tiranía y el silencio a que obliga una suspensión de las garantías, un desalojo campesino en masa. A una zona completa la iban a dejar deshabitada. Dos días después los volverían a echar de sus tierras, igual operación harán en otras zonas de la Sierra.

Che, por su parte, anota lo siguiente en su diario:

Caminamos a buen paso subiendo el río Palma Mocha donde nos encontramos con un espectáculo lastimoso, todas las familias de la zona en éxodo hacia la costa debido a las amenazas que un cabo y un mayoral, Miro, les habían hecho referentes a un supuesto bombardeo de la aviación contra los rebeldes. La maniobra era clara, desalojar a todos los campesinos y luego la compañía se apoderaría de toda la tierra abandonada. Desgraciadamente la mentira de ellos coincidió con nuestro ataque de modo que los campesinos respondían a nuestras exhortaciones con tímidas evasivas y la mayoría dejó sus hogares pese a todo.

El ánimo de los rebeldes se enardece ante este testimonio viviente de atropello. Los combatientes se detienen junto a cada uno de estos grupos. Les hablan, les explican las razones

por las que los despojan de sus tierras y sus casas. Los animan a regresar y no dejarse amedrentar. Algunos, muy pocos, manifiestan su disposición a volver sobre sus pasos. Todavía el campesinado de la Sierra no había aprendido a ganar confianza ante la presencia de la guerrilla de Fidel, y seguridad en la fuerza que representaba para la defensa de sus intereses.

Volvamos al diario de Raúl:

A lo largo de todo el río nos íbamos encontrando en los bohíos de las márgenes, por donde baja el camino, concentradas las familias de los alrededores y de monte adentro, dispuestas a bajar a la costa. En cada casa donde encontrábamos estas concentraciones improvisábamos un mitin, y los convencíamos para que retornaran a sus hogares y siembras abandonadas. En una de estas casas, mientras descansábamos un poco y se organizaban nuestros mítines-relámpagos, cada uno de su parte, nos colaron un abundante y sabroso café. Infinidad de familias volvían a sus hogares, albergando tal vez alguna ligera esperanza de que no los desalojaran. Nosotros sabíamos que eso sería por breve tiempo, ya que cuando nos alejáramos de esa zona, volverían a desalojarlos, esta vez por la acción directa del Ejército, que veía a los campesinos como aliados naturales nuestros. [...]

En uno de los bohíos donde se concentraban los campesinos [...] nos encontramos a una familia llorando [la de los Peña]. Era que el día anterior entre el cabo Abasolo y un mayoral, creo que el propio Chicho, le habían detenido un hijo y se lo llevaron preso para La Plata. Efectivamente era uno de los prisioneros que momentos antes del ataque el cabo conducía para el cuartel de El Macho. Al enterarse la familia del ataque a La Plata los lamentos aumentaron de tono por la idea que se hicieron de

que ahora seguro le mataban a palos al familiar en El Macho; la consolamos como pudimos, F. [Fidel] le entregó 10 pesos a una hermana del detenido que ya tenía un caballo listo para irlo a ver.

Así íbamos encontrando en las desgracias de estos humildes campesinos las fechorías de los Abasolos y los mayores como Chicho y compañía.

Alrededor del mediodía la columna guerrillera llega al Jubal, a la casa y tienda de Emilio Cabrera. El campesino no está, pero los combatientes son bien recibidos por la familia y deciden descansar. Raúl narra:

Llegamos al mediodía a un punto conocido por “Palma Mocha Arriba”, en casa de un campesino llamado Cabrera comimos un cerdo y nos dimos tremendo banquete de dulces de coco, pránganas y hasta una cerveza “Hatuey” nos tomamos cada uno, ya que el lado de la casa había una bodeguita casi vacía, ya que el día antes había pasado el cabo Abasolo y un mayoral y cargando dos mulas de mercancía, se las llevaron, diciéndole al dueño que la expropiaban por orden del gobierno. Ellos saquean valiéndose de infames mentiras, que aunque fueran ciertas no dejaban por eso de ser infames, mientras nosotros pagábamos religiosamente todo cuanto consumíamos. Allí nos encontramos con un tal Corría, que según informe de Chicho era confidente del gobierno, allí se nos presentó y nos ayudó con un cuero que había en la tiendecita a remendar algunas de nuestras botas; las mías por ejemplo, desde días antes del combate de La Plata ya estaba caminando con una planta casi en el suelo. F. [Fidel] se portó benévolo, y agarró a Corría y le echó una reprimenda; ya que sinceramente una vez Chicho se llevó preso a Corría y éste asustado y para que lo dejaran no tuvo el valor de afrontar la situación y prefirió ponerse al

servicio de Chicho, pero una vez muerto éste, tal vez Corría vuelva al buen camino sin necesidad de ejecutarlo como a Chicho.

[...] Después de la succulenta comida, bajamos a reposar al río, el más bello que hasta ahora he visto por la Sierra; yo, aunque estaba muy cansado, me fui de posta con Ciro [Redondo], cubriendo un trillo que subía para la casa. Oscuro nos fuimos para el bosque cercano y dormimos a pierna suelta.

Che concluye sus anotaciones de ese día con estas palabras: “Caminamos toda la mañana hasta un bohío con tienda donde nos sirvieron un opíparo banquete de puerco. Quedamos todo el día descansando en las orillas del río, de agua cristalina, y dormimos en alto esperando la llegada de los soldados la que no se produjo”.

VIERNES 18 DE ENERO

La noche ha transcurrido tranquila. El frío y la humedad del bosque han sido las únicas preocupaciones de los combatientes.

Por la mañana, Fidel ordena distribuir las armas y el parque recogidos en el asalto al cuartel. Che anota ese día: “Al amanecer Crescencio trajo la noticia de que había soldados cerca presumiblemente, y se decidió emprender la marcha inmediatamente, pero antes Fidel quiso completar el reparto de balas que se había estipulado en 40 por fusil”.

Manuel Acuña, uno de los campesinos incorporados a la tropa, no acaba de comprender todavía el principio colectivista que ha infundido Fidel a la guerrilla desde los primeros momentos: el botín de un combate corresponde a todos por igual y se distribuye de acuerdo con las necesidades de la tropa y las conveniencias de su mejor desempeño. El combatiente se niega en un primer momento a obedecer la orden del jefe guerrillero. En su tozudez llega incluso a

palanquear su fusil y amenazar a Fidel. Raúl y otros reaccionan de inmediato, dispuestos a proteger al jefe rebelde con sus cuerpos y ultimar al insubordinado si fuere necesario. La situación llega a ponerse tensa, pero Crescencio Pérez interviene y logra convencer al inconforme. Fidel decide no sancionar al indisciplinado teniendo en cuenta su inexperiencia, pero aprovecha para explicar el espíritu colectivo que debe prevalecer en la guerrilla y condenar duramente el hecho. Un castigo ejemplar en esas circunstancias podría no ser comprendido por el resto de los campesinos recién incorporados.

Poco después la columna inicia la marcha a lo largo de un trillo que sube por dentro del bosque, dejando a la espalda la margen derecha del río. El sendero serpentea casi oculto loma arriba. El monte es húmedo, de árboles altos y robustos, con poca manigua y una mezcla extraña de luces y de sombras. Hay que avanzar con precaución, pues estos vericuetos, colgados del abismo, están atravesados por palos y raíces y minados de trampas invisibles.

Este camino ya no existe. Pero en aquella época, el sendero seguía cuesta arriba hasta alcanzar un claro elevado, al que circundaban montes espesos. Poco antes del mediodía, la columna guerrillera llega a esa especie de meseta descampada en la ladera de la montaña. Esta parte es conocida en la zona como los Llanos del Infierno. De un golpe de vista, Fidel se percata de que ha encontrado el lugar que está buscando.

Los Llanos del Infierno —o Infierno de Palma Mocha, como también se les llama— resultan hoy día un paraje singular. Deshabitada en la actualidad, la pequeña meseta está cubierta por una silvestre hierba de guinea, en la que un hombre a caballo puede ocultarse fácilmente. En enero, en pleno mediodía, el color predominante del lugar es gris. Grises son las laderas en esta estación de seca. Gris es la hierba, ondulante en el viento fresco. El cielo es también gris, cerrado de nubes que ocultan las cimas de los montes cercanos. Si no fuera por esos montes, creeríamos haber sido transportados en virtud de algún diabólico recurso al paisaje de los páramos ingleses y a la novela *Cumbres borrascosas*.

El camino salía entonces del bosque frente a una pequeña altura en la que había una casita, mitad forrada y mitad sin forrar, donde vivía un campesino llamado Delfín Torres. Un observador parado en esa altura, de espaldas al camino viejo, divisa a la izquierda el firme de Palma Mocha, que continúa su ascenso. A la derecha, el río corre 700 metros más abajo, y del otro lado se eleva grandioso el macizo del Turquino. Al frente, más allá del claro, un monte denso cierra el panorama. Nada de esto ha cambiado sustancialmente desde entonces.

El monte forma hoy, igual que entonces, una especie de herradura a todo alrededor del descampado. Habrá quizás unos 300 metros desde la altura de la entrada hasta el fondo de la curva, y unos 150 metros de través. Desde el firme del fondo baja hacia el río un arroyo, al que Che dio el nombre de arroyo del Infierno.

Pero hoy no hay casa alguna en esta altura, como no está tampoco la otra que se levantaba al final del descampado, en su parte baja, casi en línea recta con la primera. De esta otra casa quedan todavía algunos horcones casi ocultos por la hierba. Tampoco existen hoy los sembrados de malanga que en aquel momento cubrían casi todo el claro entre las dos viviendas. La hierba de guinea es dueña absoluta hoy día de los Llanos del Infierno.

Raúl narra así la llegada a este lugar:

A media mañana emprendimos la marcha para instalarnos, según los planes del E.M. [Estado Mayor] en los finales de “Palma Mocha”. Aquí llegamos como a las once de la mañana, este punto es conocido por el nombre del “Infierno de Palma Mocha”, nos quedamos en el bosque mientras inspecciona una patrulla, hay dos casas, como a unos 150 ó 200 metros una de la otra, la primera en un altico, y en medio de un claro; la segunda más cerca del bosque por el otro extremo, ambas habían sido abandonadas.

Las dos casas están deshabitadas cuando llega la columna guerrillera. En la subida, los combatientes han tropezado

con Delfín Torres y su familia, que viene bajando para cumplir la orden de evacuación de los mayores y el Ejército. El campesino quiere regresar, pero al cabo accede a acompañar al grupo hasta arriba y seguir luego camino hasta la costa con su esposa embarazada y sus niños pequeños. Fidel le da un poco de dinero.

Desde el alto de la entrada, se divisa un cerdo en el patio de la casa de abajo, a unos 300 metros de distancia. De un preciso disparo Fidel derriba al animal. Manuel Fajardo baja a buscarlo para preparar la comida. Raúl apunta en su diario:

Desgraciadamente el cochino era un verraco, pero entre guerrilleros en asuntos de comida, qué más da una cosa que otra. [...] Comimos, como siempre, con apetito voraz, aunque todo el mundo o casi todos andaban con descomposición de vientre a causa de las harteras que nos dábamos cuando teníamos oportunidad.

Se organiza el campamento en el monte. Ese día, Raúl también escribe: “Ese día se dejó una escuadra de posta, las otras en posición de combate y el resto, el Estado Mayor, reconociendo el terreno para instalarnos allí hasta que el Ejército fuera a buscarnos, ya que F. [Fidel] tenía la seguridad de que iría”.

Che, por su parte, observa: “Caminamos hasta el bohío de Delfín [Torres], uno de los últimos colonos de la zona, donde comimos y dormimos aprovechando que él se iba también para la costa, se decidió tomar esta posición como definitiva por unos días”.

SÁBADO 19 DE ENERO

Al día siguiente de la llegada a los Llanos del Infierno, Fidel distribuye definitivamente el personal en las siete posiciones que ha decidido establecer después de un examen

cuidadoso del terreno, y da las órdenes pertinentes para preparar la emboscada.

En la vanguardia, ubicada a la izquierda del camino en el punto en que éste sale del bosque, se coloca *Julito* Díaz junto con Camilo Cienfuegos, Calixto Morales y Reinaldo Benítez, todos con armas semiautomáticas. La misión de este grupo será dejar pasar la avanzada del enemigo e impedir después que suba el resto de la tropa.

Hacia la izquierda, siguiendo la línea del monte, ocupa posiciones una escuadra compuesta por Daniel Motolá, Julio Zenón Acosta, *Nango* Rey y Felicito Jordán, al mando del primero. Motolá tiene la Thompson capturada en La Plata, Felicito un fusil corriente de cerrojo y los otros dos fusiles Springfield.

Le sigue el grupo de Guillermo García, en el que están Ignacio Pérez, *Yayo* Castillo y *Pancho* González. Guillermo tiene un fusil Remington semiautomático y los otros fusiles Springfield.

Después viene la escuadra de Juan Almeida, que incluye a Crescencio Pérez, Rafael Chao y Sergio Acuña. Todos están armados en esta ocasión con fusiles Springfield.

Más abajo, comenzando a cerrar la base de la emboscada, Raúl cuenta con Ciro Redondo, Armando Rodríguez y José Morán. Los dos primeros llevan sus fusiles de mira telescópica, Rodríguez una Thompson y Morán un fusil semiautomático.

Cierra la formación por el extremo izquierdo la escuadra de Fidel, integrada por Che, Calixto García, Manuel Fajardo, Luis Crespo y Universo Sánchez. Todos menos Fajardo, que conserva su ametralladora Thompson, llevan fusiles de mirilla. De esta posición a la casa de abajo hay apenas unos 15 ó 20 metros.

A la entrada, en un pequeño alto frente a la posición de la vanguardia, Efigenio Ameijeiras, René Rodríguez, Sergio Pérez y Manuel Acuña —los dos primeros con fusiles de mirilla y los otros con fusiles corrientes de cerrojo— tienen la misión de cerrar el cerco e impedir que cualquier soldado enemigo que caiga en la emboscada pueda escapar.

Raúl se refiere a estos preparativos en sus anotaciones del día 20:

Con F. [Fidel] y el Che, fuimos recorriendo las distintas escuadras, que esta vez eran seis, para que cubrieran toda la zona en que pensábamos tener un encuentro, pero ahora estábamos preparando el terreno a nuestro gusto. Como ya dije, este punto es conocido por el nombre del Infierno de Palma Mocha, está cerca del Turquino, ya que de sus faldas sólo nos separa una montaña. Al llegar a la tumba, lugar donde tienen su estancia de siembras, a la derecha nos quedaba un gran claro con una elevación a la derecha, pudiéramos decir que estaba casi al nivel del límite del bosque de la izquierda, el que formaba una especie de semicírculo de izquierda a derecha, y por el centro, el caminito por donde tenían que venir las tropas del gobierno; si se metían entre los dos fuegos estaban listos.

[...] La escuadra de Almeida y la mía cubrían el trillo que para pasar de una casa a la otra tenían que atravesar una punta del bosque, donde estábamos parapetados nosotros, o de lo contrario ir de una casa a la otra por el claro, donde había un pequeño trillo que atravesaba el sembrado, pero donde serían fáciles blancos de la escuadra de F. que estaba a mi izquierda [...]. Para evitar que ellos se refugiaran en la elevación que teníamos al frente, o sea, a la derecha viniendo por el camino, se colocaron dos mirillas telescópicas y dos rifles corrientes. Se les había formado una letra C y por el único boquete que tenían abierto, era un claro sobre el que pendían las mirillas telescópicas de tres escuadras.

Fidel recorre las posiciones acompañado, entre otros, por Raúl, Che y Guillermo. La mañana es joven y el sol no ha logrado aún disipar la neblina opaca que se ha posado sobre el lugar desde el amanecer.

El pequeño grupo avanza por dentro del monte, detrás de las posiciones. Se acercan a la escuadra de Julito. Che y Guillermo van delante. Llevan puestos sendos cascos del Ejército, ocupados en el combate de La Plata.

De pronto se escucha una voz de alarma y un disparo que provienen de la vanguardia guerrillera. Fidel y los demás se protegen tras unas piedras. Emiten el chasquido que sirve de identificación a la guerrilla, pero aun así no logran vencer la desconfianza de los que han dado la alarma.

Al cabo todo se aclara. Fidel reprende al jefe de la escuadra. *Julito* Díaz explica que vio venir entre la niebla unas figuras con casco enemigo. Como estaba limpiando su fusil, dio la orden a Camilo para que hiciera un disparo al aire.

—Ustedes venían por ahí sin avisar —argumenta.

—Precisamente —contesta Fidel—. No podían haber tirado al aire. Tenían que habernos disparado a dar.

Una lección de supervivencia guerrillera. Fidel critica también a Julito por tener su fusil desarmado en una situación de combate inminente.

Raúl narra el hecho en los términos siguientes:

Estando en el recorrido y terminando de colocar las escuadras, con F. [Fidel] y el Che, además de Guillermo y otros, como íbamos por dentro del bosque y no habíamos avisado, vinimos a salir por la parte de atrás de la escuadra de Julito. Este tenía su rifle desarmado, pues lo estaba limpiando. El Che venía con un casco de sargento [era de cabo en realidad] del cuartel de La Plata, y Cienfuegos, de la escuadra de Julio, al ver el casco, por orden de Julio disparó un tiro al aire para dar la alarma. Comprendiendo nosotros inmediatamente la confusión, nos protegimos con unas piedras, mientras emitíamos al chillido identificador, con el que no bastó para identificarnos, debido a la desconfianza de la escuadra de Julio, que cubría la entrada del camino

por donde tenían que entrar los soldados, que tuvimos que hablarle para que cesara la alarma.

Che asienta también en su diario el incidente:

Por la mañana fuimos con un grupo encabezado por Fidel a vigilar las posiciones, encontrándonos con que nos recibieron con un balazo, pues creían que era el enemigo y luego se echaron a correr. Benítez se lastimó la cara con unos bejucos. Se decidió cambiarlo por René [Rodríguez] en la escuadra de avanzada. Se ha conseguido un muchachito que vive un kilómetro abajo, encargado de conseguir algunas cosas y de avisar si viene el ejército.

Esa misma mañana, en efecto, llega el dueño de la casa de abajo, Manuel Cintras, con su familia y un muchacho que es el dueño del verraco que ha sido víctima del hambre inagotable de los combatientes. A este último se le pagan 15 pesos por el animal. Raúl anota: “Esteban [Galán Arias, el dueño del cochino] honradamente confesó que su verraco no valía más de 12 pesos”.

Se le entregan, además, 20 pesos para que traiga cigarros y tabacos. A Cintras, por su parte, se le compran miel, frijoles, arroz y otras provisiones. El campesino quiere quedarse en su casa, pero Fidel le advierte que pueden venir los guardias y ocurrir un tiroteo.

Raúl escribe ese día:

Los campesinos creían que nosotros dormíamos en los bohíos y lo cierto [es] que nuestro campamento estaba dentro de la espesura del bosque, situadas estratégicamente las escuadras; por lo menos provisionalmente, ya que mañana se colocarán definitivamente en un punto [...] hasta que venga el combate.

DOMINGO 20 DE ENERO

El día 20 no ocurren incidentes notables en el campamento guerrillero en los Llanos del Infierno. Fidel sigue esperando, convencido de que sus planes darán resultado.

El jefe rebelde ha ordenado a cada escuadra que prepare una trinchera, además de un refugio y un trillo por dentro del monte, con el fin de garantizar la comunicación interior entre todas las posiciones, sin necesidad de salir al claro.

Raúl anota ese día:

Se le ordenó a cada escuadra que hiciera un refugio donde tenían que permanecer además de un tramo de trillo o caminito dentro del monte, para comunicarse con las demás escuadras, así que el campamento guerrillero tenía comunicación interna, sin tener que asomarse al camino público ni salir al claro.

La cocina se preparó en igual forma, dentro del monte, en medio de la hilera de pequeñas chabolas, que por dentro del monte venía desde la de F. [Fidel] hasta la de Julio [Díaz] unos 500 metros, en línea recta habría unos 300 metros. Se iba a comer por escuadra la abundante comida de estos días, sin límite de cantidad, nos servían frijoles, arroz con carne de cerdo y viandas, las descomposiciones de estómago, como sucedía casi siempre que teníamos abundante comida, era casi general y los pedos era ya asunto colectivo y sin excepción. Si el enemigo no venía a buscarnos, nos quedaríamos aquí descansando de las caminatas y reponiéndonos del hambre de días pasados. Porque como dice nuestro médico, el Che Guevara, el guerrillero debe ser como el león que come hasta hartarse cuando hay, y cuando no hay, no come.

Ese mismo día, Eutimio Guerra solicita permiso de Fidel para ir hasta su casa en El Mulato. Este viaje arrojará resul-

tados fatales en las semanas subsiguientes. Los treinta combatientes han quedado solos, aunque han mantenido contacto con algunos campesinos de la zona que se han comprometido a avisar la presencia de los guardias.

Raúl agrega:

A lo lejos se veían algunos bohíos todos abandonados, estamos muy cerca del Turquino y del pico del Volcán, ya por la tarde la neblina lo cubre todo, imposibilitando la visibilidad de los aviones que no han hecho nada en estos días por buscarnos. Mi escuadra fabricó la mejor chabola, con pencas de palma, algunas yaguas y como colchón para dormir mucha paja de arroz. Lo único malo es que no tenemos qué fumar. Se le dieron 20 pesos a Esteban, un campesino amigo, para que nos trajera cigarros y tabaco pero aún no ha llegado. Eutimio fue a su barrio del Mulato y debe llegar mañana o pasado.

Che asienta en su diario:

Por la mañana fuimos con Crescencio a una exploración de donde trajimos algo de café y una máquina de moler maíz. El día transcurrió sin que hubiera novedad alguna, salvo que el informante nos dijo que se han retirado todos los pequeños grupos de soldados rumbo al Macho, y solo en Las Cuevas han quedado 10. Los partes del Estado Mayor indican que hubo una batalla en la zona de La Plata con la que el ejército tuvo dos muertos y cinco heridos, y nosotros ocho muertos, no se sabe si es fantasía del Estado Mayor u ocho campesinos, con los que tomaron represalias. Eutimio partió rumbo a sus [palabra ilegible] con algunos mensajes y con ello nuestro grupo asciende a 30 hombres, ya que el compadre de aquel, Enrique [Suavo] y el prisionero que nos sirvió de guía [Evaristo Mendoza] se habían separado el día de la batalla, llevándose cada uno

un arma que no le correspondía, a saber una escopeta y el revólver 45 que fuera de Chicho Osorio. Me ha empezado un poco de asma que me molesta por las noches.

Las noches son frías. El lugar es triste. La niebla apenas levanta unas seis horas a la mitad del día. La inacción comienza a impacientar.

LUNES 21 DE ENERO

Las previsiones de Fidel han sido exactas.

Al conocer la noticia del combate de La Plata, el alto mando de la tiranía despacha por mar hacia la zona una compañía de tropas escogidas a las órdenes del teniente Ángel Sánchez Mosquera. Son alrededor de 45 hombres, pertenecientes al batallón especial de infantería que es objeto de asesoramiento y equipamiento norteamericanos como parte del programa de asistencia militar interamericana. Se trata de tropas bien entrenadas y equipadas para la lucha antiguerrillera en la Sierra, y a su cabeza viene uno de los oficiales jóvenes más brillantes y decididos con que cuenta en esos momentos el Ejército.

Detrás de esta fuerza marcha una columna de 300 hombres al mando del comandante Joaquín Casillas Lumpuy, el asesino de Jesús Menéndez, que debe tender el cerco a la guerrilla a lo largo del río La Plata hasta el firme de la Maestra. El plan enemigo, basado en las informaciones recibidas sobre el desplazamiento de la fuerza rebelde por el curso del río Palma Mocha, consiste en presionar a la tropa guerrillera con la columna móvil de Sánchez Mosquera, con la intención de batirla si hiciera contacto con ella o empujarla en dirección al río La Plata o al firme de la Sierra al oeste del Turquino, donde presuntamente chocaría con el cerco de la fuerza principal.

La tropa de Sánchez Mosquera desembarca el día 20 en la boca del río Palma Mocha. Los guardias siguen el rastro

de la columna guerrillera y las informaciones que, a base de terror y detenciones, obtienen en la zona, y suben por el río en una marcha lenta y cautelosa que los lleva hasta El Jubal, adonde llegan en la tarde del día 21.

Ese día la actividad casi rutinaria del campamento guerrillero no se altera. Raúl sale de exploración con Crescencio y otros dos combatientes, y se pierden durante algunas horas. La tropa descansa y aguarda. Ya algunos dudan que el Ejército aparezca. Fidel insiste en esperar. Está convencido de que el enemigo caerá en la trampa que a su vez le tiene preparada.

Raúl escribe ese día en su diario:

Por la mañana salí de patrulla con Crescencio y dos más y a pesar de ir con Crescencio, nos perdimos; esta es un área que tiene como 200 kilómetros cuadrados de bosques. Ayer Crescencio con F. [Fidel] y otros fueron también de patrulla y descubrieron cantidad de arroz y frijoles, además de una gran estancia con muchas viandas cerca de aquí. Por la tarde exploré con Crescencio y Universo [Sánchez] un camino, al parecer con muy poco uso, no llegamos a su final, porque parece que era un atajo que sale al camino real.

Por la tarde, el Beny [Reinaldo Benítez] me peló como a un muchacho chiquito dejándome una malanguita o mechón de pelos en la parte delantera; lo prefería así porque aquí el pelo molesta y además con la gorra impermeable me suda mucho la cabeza. También ya oscureciendo me di un baño con agua helada que bajaba de la montaña en un bello arroyito que tenía muchas cascadas [el del Infierno]. ¡Caray! Es la tercera vez que me baño desde que salí de México. Hoy comimos harina a discreción, me llené y me llevé un poco que me sobró para comérmela por la madrugada, cuando me despertara como sucedía siempre, ya que 12 horas para dormir es mucho. Fui

a la chabola del Estado Mayor y estuve conversando un rato con F. [Fidel]. Yo era de la opinión de que las tropas no venían.

La anotación completa de Che en su diario, correspondiente a este día, dice como sigue:

Día sin novedad mayor. Luis Crespo y Calixto García salieron de exploración visitando un bohío abandonado de la cercanía. Se oyen explosiones lejanas cuyo motivo se desconoce. La radio no da señales de vida para la fuerza de Batista. Se esperan con ansiedad las noticias que pueda traer Eutimio de su viaje al Mulato. Las trincheras y comunicaciones están mejorando y presentan un aceptable grado de eficiencia.

Cerca de la medianoche, Guillermo y algunos otros combatientes escuchan lo que parece ser un disparo lejano. En ese momento no lo saben, pero lo que ha ocurrido es que una de las postas de la fuerza enemiga que ha acampado esa tarde en El Jubal, a poco más de un kilómetro, ha disparado sobre uno de los campesinos que han sido obligados a servir de prácticos, y lo ha herido en una pierna.

MARTES 22 DE ENERO

Raúl comienza las anotaciones de ese día en su diario con este pequeño incidente:

Por la madrugada, en vez de despertarme yo, me despertaron varios ratones traviosos que se estaban dando un banquete con mi harina; si fuera en época de escasez me importaría poco y me comería hasta los ratones, pero habiendo abundancia de comida como hasta ahora, dejé de comérmela. Estos ratones son tan atrevidos que uno me pasó por la cabeza, ya

que tenía la lata cerca y cuando encendí un fósforo, aprovechando que estaba dentro de la chabola, a un metro de mí estaba aún parado con las dos paticas de atrás y mirándome asombrado. Lo tuve que espantar para que se fuera.

Alrededor de las 5:00 de la mañana, poco antes del amanecer, se sienten en el campamento varios disparos lejanos. Al instante, todos los combatientes se percatan de que se trata de la tropa enemiga que están esperando hace varios días. Fidel ordena que se ocupen las posiciones, inspecciona personalmente las escuadras y ratifica las instrucciones. Comienza la tensa espera previa a todo combate.

Pasa la mañana. No aparecen los campesinos que han quedado en avisar. Algunos combatientes aprovechan para comer sus últimas provisiones. Che y Crespo comparten todo lo que les queda: un huevo crudo, que momentos antes Che le ha cambiado a Raúl por un poco de miel con ron.

Raúl escribe:

No había pasado mucho tiempo pues sería un poco más de las cinco de la mañana oímos varios disparos de armas semiautomáticas, sabíamos que no eran muy lejos y en el acto comprendimos que se trataba de la tropa adversaria que estábamos esperando; corrí al E.M. donde no habían oído los disparos e informé de lo sucedido. Inmediatamente se ordenó la movilización de las escuadras. El propio F. [Fidel] las visitó una por una y ordenándoles que tomaran posesión de sus respectivas trincheras, fabricadas previamente en sitios estratégicos y cada una ocupó su sitio y empezó la lenta espera. Ahora el caminito secreto que habíamos preparado por dentro facilitaba grandemente la comunicación entre todas las escuadras. Desde el Estado Mayor a su posición, que venía a quedar en un altico, a unos 15 metros de la segunda casita, aunque algo más alta que esta

y con varios orificios en la espesura para las mirillas, habían construido un camino al tacto, que era para usarlo de noche: consistía este en atar un bejuco con otro hasta hacer una larga cuerda desde la chabola del Estado Mayor hasta su posición. Al parecer, nuestros informantes con la presencia del ejército, probablemente ya en camino, no pudieron llegar a informarnos con tiempo de la cantidad de tropas que se acercaban. Por lo que daríamos cualquier cosa por saber es ¿por qué ellos hicieron esos disparos que denunciaron su presencia? Aunque el resultado hubiera sido igual porque estábamos alertas; entre nosotros surgieron algunas interpretaciones del caso. La mía es la que más aceptaron los muchachos: que el jefe de la columna, al igual que toda la tropa que nos persigue no les interesa mucho trabar combates con nosotros, deducción que hacemos por los informes que tenemos, ellos a su vez sabían que estábamos cerca y probablemente el jefe le dijo a un subalterno que estaba de posta: “Al amanecer dispara varios tiros con el pretexto de que viste algo, diste el alto y no te respondieron, por si esa gente está por ahí (nosotros) que se vayan.” Calculando probablemente que nosotros no queríamos trabar combate frontal.

La espera se hacía lenta y nerviosa, algunos aprovechamos y nos comimos las cosas de reserva, leche condensada, miel, algunos pedacitos de pránganas y dulces de coco, sabiendo ya que el combate era inminente. Ciro [Redondo] me acompañaba en mi posición y entre los dos mientras uno vigilaba el otro dividía los comestibles. En una oportunidad, pasó el Che Guevara con sus cosas de comer y le cambié un poquito de miel con ron por un huevo crudo. Iban pasando, mientras tanto, las horas, completándose seis. Algo más de las once, se mandó que uno por

cada escuadra fuera a la cocina, donde le darían un poco de harina de la que sobró ayer para su respectiva escuadra. Después de comer un poquito, me fui a conversar con F. [Fidel], quien se había sentado en su chabola que quedaba un poco detrás de mi trinchera a reposar un rato.

Faltan pocos minutos para las 12:00 cuando llega René Rodríguez a donde están Fidel y Raúl, quienes oyen las noticias en el radio de baterías.

—¡Ahí está la gente! —dice el combatiente en un susurro.

—¿Quién, Eutimio? —pregunta Fidel.

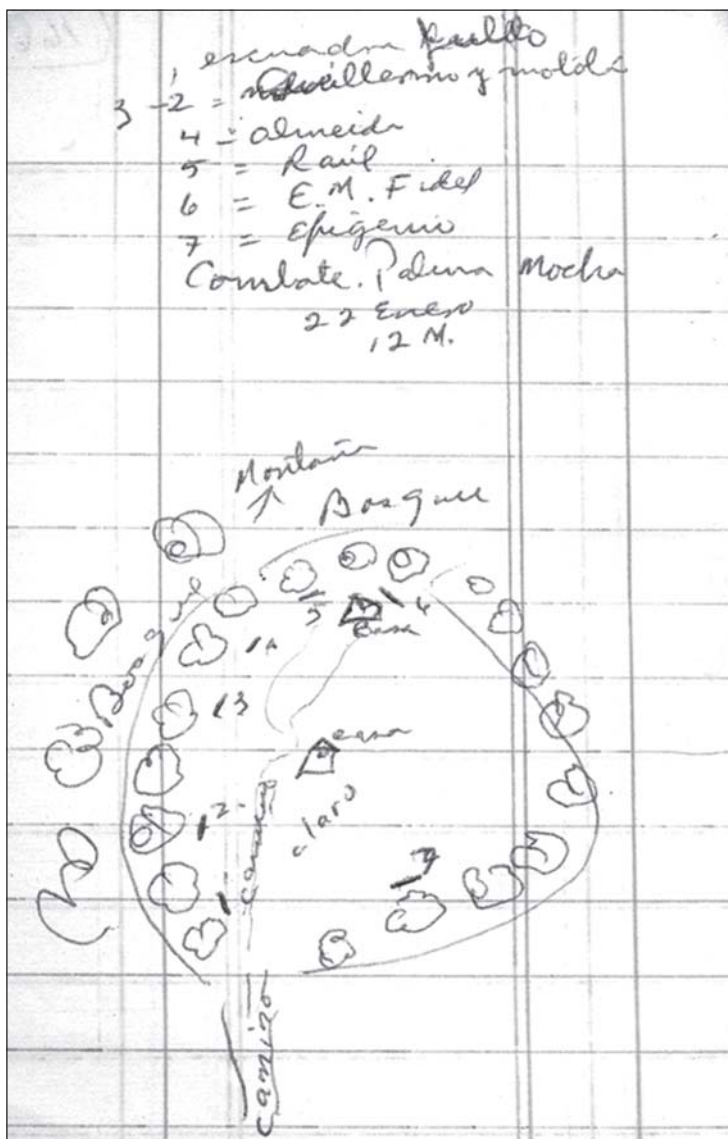
—No, los soldados.

Che anota:

Por la madrugada se oyen tiros aislados en dirección al río Palma Mocha. Nos pusimos en situación de espera amaneciendo sin novedad. No hubo desayuno ni comida. A las 12 en punto estábamos con Calixto García en nuestra guardia cuando él vio una figura en la casa sin distinguirla bien, la miramos con mirilla y era un soldado. Calixto fue a avisar, pero ya el “Flaco” [René Rodríguez] lo había hecho y nos apostamos.

La tropa enemiga, en efecto, ha comenzado a ascender hacia el Infierno poco después del amanecer. Pero antes ha rematado a sangre fría al campesino herido la noche anterior. Son los disparos que se han sentido desde las posiciones guerrilleras y que han motivado las especulaciones de Raúl y otros combatientes. Este campesino, un “pichón de haitiano” llamado Nicolás Pérez, fue probablemente la primera víctima de la sevicia asesina de Sánchez Mosquera, que tanto lo ayudó a alcanzar en 18 meses el grado de coronel.

En medio de extremadas precauciones, los guardias suben por el mismo camino que utilizó días antes la guerrilla. Al frente avanza una vanguardia de seis hombres.



Croquis de la acción de Llanos del Infierno, realizado el 22 de enero de 1957 y confeccionado por Raúl Castro en una de las páginas de su diario de campaña.

Cerca del mediodía, la avanzada sale del bosque. Sobre el alto de la primera casita aparecen los seis guardias. Avanzan con cautela. Llegan hasta la casa. Algunos entran. El teniente se asoma al borde del claro y ordena a la tropa detenerse, mientras sus exploradores se disponen a reconocer el lugar. Desde su posición al fondo de la emboscada, Fidel sigue atentamente todos estos movimientos con la mirilla de su fusil.

El jefe de la tropa enemiga regresa atrás. Pocos momentos después, tres de los soldados comienzan a bajar con cautela por el sembrado de malanga. Otro se queda agachado en cuclillas, observando cuidadosamente y con el fusil listo. Se ha quitado el casco. Tiene el pelo rubio.

Los que han bajado están llegando a la segunda casa. Un poco más y tropezarán ya literalmente con las posiciones rebeldes de la escuadra del Estado Mayor.

Desde su posición junto a un grueso tronco de almendro, muy cerca de Che, Calixto García y Luis Crespo, Fidel domina el área alrededor de la casa y observa en detalle los movimientos de los miembros de la vanguardia enemiga que han penetrado por allí. Su deseo es que el mayor número posible de soldados penetren en el área totalmente rodeada por los tiradores rebeldes.

Cuando los tres soldados de la exploración enemiga bajan por la pequeña hondonada hacia la segunda casa, que estaba a pocos metros a la izquierda de su posición, Fidel calcula el tiempo que tardarán en aproximarse a ella.

Realiza entonces el primer disparo contra el soldado que, en estado de máxima alerta, vigila desde el altico de la primera casa el desarrollo de la exploración. El guardia, que está en cuclillas, cae mortalmente herido.

—¡Ay, mi madre!

El grito retumba entre los montes, ahogado de inmediato por el fuego de las armas.

Desde su ángulo de tiro, Fidel observa otro soldado que se arrastra con la cabeza muy baja entre un muro de tierra y

el piso del primer bohío para buscar posiciones de tiro. Un nuevo y preciso disparo lo deja inmóvil.

Raúl describe así estos primeros momentos del combate:

Eran como las doce del día, había que esperar que F. [Fidel] hiciera fuego para iniciar las descargas. Llegaron seis de ellos [de los guardias] con muchas precauciones, arrastrándose hasta la primera casita, atravesando la estancia y rehuyendo el trillo por el que tenían que atravesar varios metros de la punta de bosque en la que estaban las escuadras de Almeida y la mía. Estos últimos soldados, dentro de la casa, estaban a muy escasos metros de la escuadra de F. [Fidel]. Este grupito constituía la punta de vanguardia de la tropa adversaria. Pocos momentos después se iniciaba el tiroteo y varias decenas de fusiles que apuntaban a aquellos asustados soldados abrieron sus bocas de fuego, de la primera descarga cayeron tres o cuatro de ellos. Desde la posición del Estado Mayor se veía a un soldado arrastrándose y ocultándose perfectamente pero, ignorando la procedencia de los disparos, uno de nuestros francotiradores de mirillas lo fulminó a unos 150 ó 200 metros, dejándolo en la misma posición que tenía sobre el suelo. Después de la primera descarga se oyó el grito de un soldado herido: “¡Ay mi madre!” y todavía se oían los lamentos. El Che Guevara fue el que más se distinguió en esta acción, matando a un adversario y sobre todo llegando a él y quitándole el Garand y la canana llena de balas. También F. [Fidel] con su certera puntería.

Mientras tanto, Sánchez Mosquera ordena ocupar posiciones en el alto con el grueso de la tropa. Pero su avance es detenido por la escuadra de *Julito* Díaz. Sigamos con el relato de Raúl:

La réplica de ellos no se hizo esperar, y [a] la escuadra de Julito, que estaba en la entrada, le tocó recibir casi todas sus descargas. La trinchera de Julio fue demolida a tiros. Los nuestros replicaron y se cree que allí tumbaron algunos soldados; sus ametralladoras 30 (probablemente trípode) barrían la zona de Julio, pero más al azar que apuntando a un punto determinado. De momento se hizo una pausa, y del Estado Mayor se oyó una voz de mando que ordenaba a la escuadra de Guillermo recogieran los rifles de los soldados muertos, al parecer oída por los sorprendidos adversarios que en el acto iniciaron otro nutrido tiroteo, obligando a J[ulio Zenón] Acosta [a] retornar a su posición, después de salir con la idea de capturar el parque y las armas de los soldados caídos en la primera casita.

Fidel grita a las escuadras a su derecha, próximas a la primera casa, que hay que recoger las armas. Pancho González y Julio Zenón Acosta intentan salir al claro a cumplir la orden, pero se ven obligados a regresar por el volumen de fuego enemigo.

Abajo, el tercer soldado que ha atravesado el limpio antes del inicio del combate se ha refugiado en la casa cercana a la escuadra del Estado Mayor, varios de cuyos combatientes no pueden observarla por el relieve del terreno. Che, que está a 15 metros aproximadamente a la izquierda de Fidel y puede divisar la casa, lo descubre al verle las piernas entre las yaguas de una de las paredes. Tira y falla. Desde su posición, más alta que la casa, apunta cuidadosamente y tira de nuevo a través del guano del techo. La figura cae al suelo. Cubierto por Luis Crespo, Che se arrastra los 20 metros que lo separan del bohío, entra, toma el fusil Garand —que ha quedado clavado en el suelo por la bayoneta— y la canana del muerto, y regresa a su posición. Algunos combatientes han estado a punto de tirarle creyendo que se trata de uno de los guardias.

Che narra el combate y este episodio en los siguientes términos escuetos:

Aparecieron seis y luego quedaron tres en el rancho más alto, Fidel abrió el fuego y el hombre cayó inmediatamente gritando “¡Ay mi madre!”, los dos compañeros cayeron inmediatamente. De pronto me di cuenta de que un soldado estaba escondido en la casa II [la de abajo] a escasos 20 metros de mi posición. Le veía solo los pies de modo que le tiré a rumbo, al segundo disparo cayó. Luis [Crespo] me cubrió y yo entré pero afortunadamente no había nada más. Recogí el arma y la canana y miré al hombre, tenía un balazo debajo del corazón con salida en el lado derecho, estaba muerto. Nos retiramos al Estado Mayor pues Julito, que había llevado con su escuadra el peso del ataque, notificó que estaban tratando de rodear nuestras posiciones. Yo pedí permiso para ir con Luis a rescatar los tres fusiles Garand que quedaron en el bohío I [el de arriba], pero Fidel se opuso.

Otros dos soldados enemigos han muerto también a esta altura del combate. La acción ha durado unos treinta minutos. El jefe enemigo ordena ahora rodear las posiciones rebeldes por ambos lados. De la escuadra de Julito llega el aviso a Fidel.

El jefe rebelde se ha dado cuenta de que se trataba de una tropa bien entrenada y hábil. Pero de haber penetrado un pelotón completo habría sido dominado totalmente en cuestión de minutos. El combate se ha prolongado por la lucha del grueso de la columna enemiga con la primera escuadra rebelde, que debía impedir su apoyo a la fuerza caída en la trampa.

En definitiva, se ha logrado el objetivo: golpear rápidamente al enemigo, destruir su vanguardia, causarle bajas y obtener armas y parque si fuera posible. Sánchez Mosquera,

oficial soberbio, está desmoralizado. El mando rebelde calcula que la fuerza enemiga puede constar hasta de 300 hombres y, para evitar los riesgos de un cerco, se dispone la retirada monte arriba.

Raúl escribe:

Ya llevábamos 25 minutos de tiroteo y nuestro plan se había cumplido a cabalidad: le íbamos a hacer un típico ataque guerrillero, que ya los muchachos han calificado la táctica con el nombre de “muerte y huye”. Se dio la orden de retirada, la que se empezó a hacer en forma ordenada. Momentáneamente dejábamos cuatro compañeros de la escuadra que cubría la parte sur, porque tenía un claro delante y tenía que hacer un rodeo muy largo para alcanzarnos. Tomamos la montaña que nos sirvió de parapeto rumbo norte y después hacia el oeste.

Los combatientes se retiran ordenadamente hacia el nordeste, por dentro del bosque. Detrás quedan los tres compañeros de la escuadra de Efigenio, que deben dar un rodeo mayor para evitar el cruce por el descampado. A los pocos minutos de marcha la columna tuerce hacia la izquierda en busca del firme de Palma Mocha, mientras abajo el enemigo reinicia ahora un intenso tiroteo, lanzando su poderoso volumen de fuego contra un bosque donde ya no queda nadie.

Como a las dos horas de camino, ya cerca del firme, llegan los tres combatientes de la retaguardia. La tropa guerrillera está intacta. Raúl comenta:

Otra vez habíamos tenido un encuentro y ni un solo herido de nuestra parte. [...] Esa noche nos agarró en una ladera, cerca de Camaroncito de La Plata... dijo F. [Fidel] antes de este combate: “Por la táctica que usamos, si tenemos una baja es porque la haremos nosotros mismos.”

El combate de los Llanos del Infierno fue una típica emboscada guerrillera, brillantemente concebida y ejecutada por Fidel. Se cumplieron en él varios axiomas de la lucha de guerrillas: atacar al enemigo en movimiento y destruir su vanguardia, causarle bajas sin sufrir bajas propias, sostener el encuentro en el terreno escogido y preparado al efecto, desvincular rápidamente el contacto mediante una retirada organizada.

El enemigo sufrió seis bajas, de ellas cinco muertos, de una tropa élite de paracaidistas, y se le ocupó un arma y algún parque. Pero, lo más importante, como apunta Che en sus recuerdos de la guerra, se liquidó su vanguardia, fundamental para una agrupación en marcha. Para los combatientes guerrilleros, el combate demostró la posibilidad de vencer a una fuerte tropa enemiga en operaciones.

El enemigo prosiguió la persecución. Pero, bien desorientado o bien poco dispuesto a establecer nuevo contacto, tomó una ruta paralela a la de la guerrilla por el monte.

Esa tarde, la columna continúa la marcha por el firme de Palma Mocha, a más de 1.300 metros de altura, con rumbo nordeste. Más adelante los combatientes comienzan a desguindarse por la falda opuesta, la que cuelga sobre el río La Plata, siempre dentro del bosque, hasta que la llegada de la noche los sorprende en el borde de un pendiente acantilado. Algunos tienen que dormir enhorquetados en los troncos de los árboles, pues de otra forma caerían al vacío. Otros se acomodan en las cavidades que han dejado las raíces de algunos árboles derribados por un golpe de viento al parecer reciente.

Che termina sus apuntes del día con esta reflexión:

Se completó la retirada de toda la gente menos el grupo de la posición I, que debía retirarse por el arroyo abajo, todos nosotros cruzamos un arroyo para ir subiendo loma rumbo al río La Plata. Al rato de andar se nos unió el grupo de cuatro individuos ya antes dicho. Seguimos caminando este monte

malo, cruzando la cima y durmiendo en la otra falda, pues no se podía avanzar más. [...] Como victoria será dudosa, pero el hecho de no haber sufrido bajas y hecho varias al enemigo es en sí una victoria. La moral de la gente se entona más.

MIÉRCOLES 23 DE ENERO

Desde días antes Fidel ha decidido, después del combate con la tropa que sabe vendría en persecución de la guerrilla, moverse de regreso en dirección a la zona de Caracas, ya conocida, y establecer campamento en ella durante varios días a fin de dar descanso a los combatientes y preparar las condiciones para la realización de dos encuentros que tiene proyectados con personas procedentes de fuera de la Sierra.

Desde el reagrupamiento del primer núcleo guerrillero en la finca de *Mongo* Pérez en Cinco Palmas, cerca de Purial de Vicana, en los últimos días del mes de diciembre, Fidel ha tenido presente en todo momento dos cuestiones: la necesidad de establecer un contacto directo con los dirigentes del Movimiento en el resto del país y la conveniencia de dar a conocer públicamente la presencia combatiente de la guerrilla en la Sierra.

En cuanto a lo primero, se hace preciso conocer la situación real del Movimiento y de la lucha revolucionaria en general en las ciudades, principalmente en La Habana y Santiago de Cuba, informar a los dirigentes del llano los planes de lucha en la Sierra y la necesidad de priorizar el apoyo en hombres, armas y recursos a la guerrilla, y conciliar criterios estratégicos y tácticos para la ardua etapa siguiente. En cuanto a lo segundo, es necesario romper el cerco de falsedades levantado por la tiranía, declarar al pueblo de Cuba y al mundo que la guerrilla vive y lucha, y dejar explícitos los fundamentos ideológicos y los propósitos de esa lucha.

Entre las misiones para las que baja Faustino Pérez el 23 de diciembre de Cinco Palmas, están la reestructuración de

las redes del Movimiento en La Habana, la organización en la capital del apoyo a la guerrilla y la búsqueda de un contacto periodístico capaz de garantizar la divulgación que se pretende. Ya hacia finales de enero, el tiempo transcurrido hace cada vez más apremiante la necesidad de poner fin a las especulaciones y mentiras relacionadas con la presencia de Fidel en la Sierra. Los combates de La Plata y los Llanos del Infierno permiten, además, reafirmar la fortaleza de la guerrilla y la seriedad del esfuerzo guerrillero. Por eso urge reactivar las gestiones para conseguir un periodista.

El día 23, Fidel ordena al amanecer reiniciar la marcha en dirección general hacia el oeste. Los combatientes comienzan a bajar por el barranco pedregoso al borde del cual han llegado la noche anterior. El descenso es peligroso y hay que avanzar con infinita precaución. Crescencio, quien funge de práctico, no parece estar seguro del mejor rumbo a seguir. Abajo se vislumbra en ocasiones, entre la espesura del monte, el cañón boscoso del río La Plata.

Alrededor de las 11:00 de la mañana la columna llega finalmente a una casa a la orilla de un limpio grande. Dentro hay solamente dos mujeres y unos cuantos niños. Una de las campesinas se asusta al ver llegar al grupo de hombres barbudos y armados, con aspecto patibulario.

Fidel entra en la casa. Las mujeres están cocinando unas malangas para un grupo de campesinos que están trabajando cerca ayudando a limpiar un pedazo de monte. Se pueden escuchar, en efecto, los golpes de las hachas a poca distancia.

Fidel ordena que no se toque la comida que se está cocinando en la casa. Disciplinadamente, todos obedecen aunque no han comido nada desde el mediodía anterior, y los estómagos han despertado ansiosos al sentir el fragante olor de la vianda cocida.

Han mandado buscar a uno de los hombres que están trabajando cerca. A los pocos minutos aparece Emilio Arias, conocido por Binda, quien se ofrece para conducir a la tropa hasta la casa cercana de un pariente donde sí podrán comer.

Continúan la marcha hacia abajo. Cruzan el río La Plata, que viene algo crecido, y a poco llegan a la casa de Emilio Mijares, quien los recibe atentamente y manda de inmediato sacrificar una guanaja para preparar algo de comer. Algunos combatientes ayudan a pilar el arroz para la comida.

En el diario de Raúl, los incidentes de ese día aparecen narrados como sigue:

Cruzamos el río La Plata y por aquí llegamos a un bohío donde apenas tenían que comer, pero nos indicaron la casa de un amigo que vivía en los altos de Camaroncito, y hacia allí nos encaminamos con un joven que estaba aquí [Emilio Binda] y al que Chicho [Osorio] años antes le había asesinado al papá; nos sirvió de guía. En una ladera boscosa nos quedamos mientras Crescencio y dos más fueron a la casa para ir preparando las cosas; oscureciendo fuimos para allí. Quedaba el bohío en un alto que el aire batía constantemente. Durante ese tramo encontramos muy pocas casas habitadas. Muy amable esta familia, de un señor tuerto y de edad madura [Emilio Mijares], la esposa joven y bonita. Comimos y dormimos aquí. Estuve hablando aquí con un moreno de apellido Verdecia que había estado trabajando en la finca del padre mío [en Birán].

El relato de Che, por su parte, es el siguiente:

Con las primeras luces seguimos buscando el rumbo del Mulato pero no damos bien con el lugar de modo que tuvimos que caer en un bohío sobre un arroyo que resultó ser el río La Plata. El dueño no tenía malanga pero nos llevó a otro [el de Emilio Mijares] donde se nos preparó una comida que estuvo lista ya de noche. El dueño del primer bohío [Emilio Binda] resultó ser hijo de uno de los muertos de Chicho Osorio y se mostró encantado con la noticia

de su muerte, la que había recorrido la zona pero sin confirmación. La comida fue bastante frugal y nos acostamos distribuidos cerca del bohío con el estómago a medio o a cuartos llenos.

El lugar es conocido con el nombre de La Platica. Muy cerca de allí se establecerá al año siguiente la Comandancia General del Ejército Rebelde.

Ese mismo día, a poco más de cinco kilómetros río abajo, en El Naranjal, está acampada una parte considerable de la tropa de Joaquín Casillas, que ha salido en operaciones para perseguir a la guerrilla. Es posible que también en ese lugar, ese mismo día o el anterior, haya ocurrido un hecho que traerá consecuencias funestas para el destacamento guerrillero en las semanas siguientes.

Eutimio Guerra, de regreso de su visita al Mulato, tropieza en El Naranjal con las fuerzas del enemigo y es hecho prisionero. Conducido ante Casillas, éste, en lugar de asesinarlo, logra astutamente ablandar a Eutimio y obtener su consentimiento para conducir al Ejército hasta la posición de la guerrilla, a cambio de su vida y de una recompensa en dinero. La maniobra, sin embargo, fracasa, pues ese mismo día se recibe la noticia de que la columna al mando del teniente Sánchez Mosquera ha caído el día anterior en la emboscada del Infierno, y que el destacamento guerrillero se ha desplazado de la posición.

Casillas ofrece entonces a Eutimio 10 mil pesos, el grado de comandante del Ejército y la propiedad de la finca que él escoja, si logra asesinar a Fidel o localizar de nuevo la posición de la columna guerrillera de suerte que pueda ser cercada y aniquilada. Eutimio acepta. La ambición ha podido más que su trayectoria anterior. Casillas le entrega un salvoconducto para que pueda atravesar sin novedad las líneas del Ejército.

El antiguo luchador contra la tiranía latifundista, el aparente arquetipo de campesino consciente de la explotación de su clase, el profundo conocedor de la zona de la Sierra al oeste del Turquino y de sus habitantes, el poseedor de

múltiples contactos, el hombre que ha llegado a ser, por la fuerza de las circunstancias, los ojos y oídos de la guerrilla y su práctico al parecer insustituible, el individuo de plena confianza de los combatientes guerrilleros, se ha convertido en un infame y peligroso traidor a sus compañeros, a su propia clase y a sí mismo.

JUEVES 24 DE ENERO

El día 24, Raúl anota en su diario:

Temprano bajamos al río Camarones, afluente de La Plata, y seguimos nuestra ruta. Al mediodía estábamos por los bajos de Camaroncito donde, hacía poco, ya que aún había gallinas amarradas, todos los vecinos habían abandonado el lugar. Íbamos revisando bohío por bohío, en uno de ellos maté un lechoncito y otro ejecutó un pato que nadaba en la charquita de un arroyito. Lamentablemente no teníamos a quien pagarles. Subimos un poco y nos situamos en el bohío más estratégico, cerca del monte rocoso, del que tomamos posiciones de combate, abiertos en forma de abanico. El team de cocina en el bohío preparando de comer.

Che, a su vez, escribe: “Antes de que amaneciera salimos del bohío para volver a bajar al río La Plata. Entramos caminando lentamente a una zona de la cual los campesinos habían sido desalojados. Tomamos un bohío e hicimos nuestra comida con un lechón que los campesinos habían abandonado en su huida”.

La columna ha seguido esa mañana la marcha río abajo, hasta llegar a la zona de Camaroncito. Siguiendo la norma establecida por Fidel, no han marchado por el camino. En esta ocasión han bajado por el mismo río.

Una patrulla integrada por Juan Almeida, Crescencio, Julio Zenón Acosta y Yayo Castillo sale de exploración más abajo. Muy cerca tiene una casa *Alfonsito* Espinosa, el campesino de conducta equívoca que se entrevistó con Fidel en El Mulato el 12 de enero. Pero la casa está vacía, como todas las de la zona.

La patrulla está en camino de regreso poco después del mediodía. Los cuatro combatientes se acercan a una casa cercana a la margen izquierda del río. Es la vivienda del haitiano Michel Livén, quien más adelante y durante toda la guerra brindará una eficaz cooperación. Pero en ese momento la familia no está.

En cambio, la patrulla rebelde tropieza con tres hombres que están sentados en la cocina, esperando al parecer que se termine de cocinar una gallina. Dos de ellos son jóvenes y el otro parece tener unos 50 años. Están vestidos de limpio y al punto se hacen sospechosos. Crescencio los interroga:

—¿Son de por aquí?

—No —responde uno de ellos—. Somos de la zona de Baire, pero queremos conseguir una finca por acá.

La historia no convence a nadie. Crescencio los encañona con su pistola. Almeida los registra y les encuentra un revólver 45, una pistola Colt 45 y un revólver 38 de cañón largo. Dos de los detenidos confiesan ser soldados que andan de exploración, y el más viejo dice ser un guardia rural retirado de Ocuja que les está sirviendo de práctico.

Tomemos ahora el relato que hace Raúl del incidente:

Ciro [Redondo] y yo salimos de patrulla a inspeccionar la parte de atrás de nuestra posición, donde solo encontramos una estancia abandonada y regresamos después de comernos algunos ajíes crudos. Desde [...] lo alto, una de las postas divisó con la mirilla a tres paisanos entrando en una casa, pensamos que se trataba de mayores de la compañía que estaban registrando los bohíos para

comprobar si los habían abandonado y me fui con una patrullita a situarnos en los alrededores de un bohío desocupado. No llegaron y ya oscureciendo volvimos al campamento, no habían pasado diez minutos cuando me avisaron que en la misma casita estaba la patrulla de Almeida y Crescencio con tres prisioneros, guardias rurales vestidos de paisanos que fueron sorprendidos por nuestra patrulla mientras cocinaban una gallina en un bohío abandonado. Eran los tres que nuestra posta había divisado en la lejanía. Me llegué de nuevo a la casita y ordené que les vendaran los ojos y los condujeran al Estado Mayor, con una frazada que traían venían sujetándose uno con otro y delante los conducía un hombre nuestro.

Fidel y Crescencio comienzan a interrogar a los detenidos. Dicen nombrarse Ibrahim Herrera Sosa, Félix Rosales y Plácido Reyes. El primero había salido de Bayamo, donde estaba radicado a las órdenes del comandante Rafael Morales, el mismo que había dado un trato correcto a Fidel cuando el Moncada, y en Estrada Palma se le había unido el segundo. Informan de la presencia de una fuerte tropa en El Naranjal, apenas tres kilómetros río abajo. La captura de estos espías pudo quizás haber evitado a la guerrilla una sorpresa desagradable al día siguiente.

Retomemos el relato de Raúl:

A los tres se les dio comida, se les dijo que se les pondría en libertad, que con lo único que nos quedaríamos era con las armas. [...] Traían dinero y relojes que nos hacían falta, pero siguiendo nuestros principios, todo eso se les respetó. Los llevamos a dormir al bohío donde cocinamos y a la mañana siguiente, cuando nos íbamos de madrugada, F. [Fidel] le mandó una amable carta al comandante Morales, devolviéndole los prisioneros y a ellos se les pidió que nos firmaran un papel, expresando que los habíamos tratado correctamente.

Fidel ha decidido dejar libres a los detenidos al día siguiente, a pesar del riesgo evidente que entraña esta conducta. Considera que es preferible que estos tres, al igual que los prisioneros de La Plata, sean los primeros propagandistas dentro de la tropa enemiga del hecho de que los rebeldes no dan muerte ni maltratan a los soldados capturados en combate, o incluso en misiones de espionaje.

VIERNES 25 DE ENERO

En la mañana del día 25, después de soltar a los prisioneros y ordenarles que tomen río arriba para que no hagan contacto inmediato con los guardias del Naranjal, la columna emprende el ascenso del enorme macizo de la loma del Jigüe, en dirección general hacia el noroeste. Toman por el camino banqueado de la Sexta Mina y pasan cerca de Mayajigüe.

La subida les toma casi todo el día. El firme de esta loma está a más de 1.300 metros sobre el nivel del mar, y en la zona es conocido por el nombre del alto del Pino. En este lugar, húmedo y muy frío, prosperan todavía hoy algunos de los pinares más viejos y hermosos de toda la Sierra. El aire cortante del atardecer está impregnado aquí de la aromática fragancia resinosa de esos ancianos gigantes vegetales, entre cuyas ramas el viento rumora quejumbroso.

A media tarde, después de dejar atrás una piedra descomunal que corona el capullo de la loma, los combatientes empiezan a caminar por una especie de trocha abierta dentro del bosque. A los dos lados, los árboles están marcados de trecho en trecho con cruces y flechas rojas pintadas en los troncos. Al parecer, alguna comisión de estudios geodésicos ha dejado estas marcas algunos meses antes.

Al caer la noche, los combatientes establecen su campamento dentro del bosque. Raúl apunta en su diario lo siguiente:

Hoy caminamos mucho, por un trillo llegamos a una gran altura; comimos un poco de azúcar que nos quedaba, y aunque andábamos con Crescencio, este no conocía bien la zona y estábamos completamente perdidos. Dormimos en un alto y termina el día sin mayores importancias. Pasamos lugares cuyos nombres no sabemos y por estar desalojados, no pudieron informarnos.

Che anota:

A las 4 y 30 nos pusimos en marcha dejando encerrados a los prisioneros en un cuartucho de paredes de yagua y emprendimos la subida para caer en el Magdalena y luego al Caracas, al Mulato, al subir la cresta de una loma nos acordamos de que ese día se cumplía el segundo mes de nuestra salida de México y lo festejamos escuchando un poco de radio en lo que dio la coincidencia de que se ejecutaba una ranchera. Seguimos subiendo y bajando lomas durante todo el día, haciendo una frugal comida con la última lata que nos quedaba y dormimos en un alto ventoso e inhóspito. Hicimos un balance de la jornada transcurrida, la última escaramuza no había estado tan bien, pero la toma de los prisioneros dio una pistola Star 38 con tres cargadores llenos, un revólver 45 y uno 38. Por lo menos había dos armas útiles para armar hombres.

Ese día Eutimio Guerra parte del campamento de Casillas en El Naranjal a cumplir su traidora misión.

SÁBADO 26 DE ENERO

Poco después del amanecer del día 26, la columna se pone nuevamente en marcha. Los treinta combatientes no han

comido apenas nada en todo el día anterior. La noche ha estado fría, y han sido pocos los que han logrado dormir cómodamente. El bosque por donde caminan parece interminable, y no muestra señal alguna de tránsito humano. No hay perspectiva de encontrar agua en este firme y, por otra parte, tampoco hay certeza del lugar donde se encuentran. Solo queda seguir avanzando hacia el oeste, pero inclusive no es seguro que este rumbo pueda mantenerse invariable dentro del monte.

Raúl escribe ese día:

Comenzamos a caminar a las 7 a.m. por un bosque intransitado con mucha neblina. Este bosque lleno de árboles podridos, las pajas secas y las hojas en el suelo hacían varias capas en las que se hundían los pies, los gajos llenos de musgos verdes, le daban una apariencia fantasmagórica, de cuentos de brujas. Casi nadie traía nada en las mochilas para comer, sólo agua.

A media mañana uno de los combatientes descubre una colmena en el hueco de un árbol. Universo Sánchez, el apicultor de la columna, la castra. Hace tiempo que los guerrilleros han descubierto que la miel es un poderoso calmante del hambre.

El terreno ha comenzado a descender. Al mediodía la tropa se asoma a un claro en la falda de la montaña. Muy cerca hay una casa. Por el cielo, hacia el suroeste, pasa volando una avioneta. Ya los guerrilleros han comenzado a llamar a este tipo de aparato “la Chismosa”.

Veamos lo que narra Raúl:

A las 12 de día divisamos un bohío en los lindes del bosque, fueron algunos allí para informarnos de la ruta que llevábamos y para comer algo. Vivían allí dos hermanos y una hermana con un niño, el marido la había abandonado. Después llegó de visita la mamá. No recuerdo exactamente de qué punto lejano venía a ver a sus hijos, nos trató con mucho

cariño y nos dijo que en El Mulato habían incendiado cinco casas y que las cosas no estaban muy buenas por ahí. Eran las primeras noticias que teníamos de esos sucesos, y nos interesaban grandemente pues precisamente en El Mulato era donde pensábamos ir a descansar y a reponernos unos días.

Han llegado a la casa de Rafael Aldana, en Jigüe Arriba, quien vive allí con sus hermanos Lucas y Rosa. La madre, Tana, en efecto, los había ido a visitar ese día desde La Esmajagua, a más de 12 kilómetros de distancia del otro lado de la Sierra.

La familia mata dos pollos y los prepara con arroz y viandas. Después de comer, los combatientes reinician la marcha, esta vez con las orientaciones precisas que les han dado acerca de la ruta que deben seguir.

Veamos cómo narra Che este encuentro:

Seguimos siempre en la dirección deseada pero dando muchas vueltas y muy hambrientos. Como a las 12 caímos en la casa de unos mulaticos que nos atendieron bien preparando una comida sustanciosa, aunque insuficiente para nuestra hambre. Cuando estábamos preparando la comida llegó la madre de los muchachos la que no se tragó el cuento de que éramos soldados y enseguida se mostró partidaria de los revolucionarios. Nos indicaron el camino y partimos al anochecer.

Ahora bajan por todo un estribo hasta el río Jigüe, lo cruzan y comienzan a subir por una falda de la loma de la Iglesia. Al llegar al firme hacen un alto para descansar, muy cerca del centro espiritista que le da nombre al lugar, y luego tuercen al suroeste. Están montados en el filo de la loma que divide dos de los brazos cabecales del río La Magdalena.

Ya es de noche. En el alto del Coco, la vanguardia de la columna tropieza con un campesino que se ofrece a guiarlos

un tramo de camino. Es Evelio Enamorado, uno de los miembros de la numerosa familia de ese nombre, vecinos del Coco. Oscuro, atraviesan algunos potreros y llegan finalmente al río. Allí Fidel despide al guía y decide acampar por el resto de la noche.

Sigue narrando Che: “A eso de las 6 nos topamos con un guajiro al que obligamos a que nos llevara al Magdalena, con el propósito de seguir a un punto denominado El Roble, según le dijimos. A las 11 de la noche llegamos al río y allí mismo dormimos”.

Raúl relata en estos términos el final de la jornada de marcha:

A las 4 p.m. salimos de aquí y llegamos a otro lugar donde nos encontramos un señor que de noche y atravesando potreros nos llevó hasta las márgenes del río Magdalena, donde despedimos al guía y dormimos. En la casa que hice referencia anteriormente [la de Rafael Aldana] comimos arroz con vianda y algún pedacito de pollo de los dos que mataron.

DOMINGO 27 DE ENERO

El destacamento guerrillero se pone en marcha nuevamente con las primeras luces del día 27. Después de casi cinco jornadas de penosas caminatas, los combatientes están llegando a su destino.

Raúl anota: “A las 6 y 30 nos pusimos en marcha, subimos por una fatigosa montaña. Durante cuatro horas estuvimos ascendiendo hasta la cresta de la misma, por donde pasaba un trillito, desde aquí se divisaba El Mulato y decidimos acampar a que llegara la noche para atravesar el claro”.

Han llegado al alto de La Olla. Ese día hacen contacto con varios campesinos de la zona, quienes dan mayores informes de los atropellos cometidos por el Ejército días antes.

Uno de los que visita el campamento es *Chichí* Mendoza, dueño de la hermosa finca cafetalera en la falda de La Olla por donde cruzó la columna en su marcha hacia La Plata. Trae dos granadas que, según dice, dejaron olvidadas unos guardias que pasaron por su casa. Afirma haberles robado también un fusil Springfield y sesenta balas, que no muestra ni entrega porque —argumenta— necesita el arma para una venganza personal. La historia les parece bastante dudosa a los combatientes, y no se le insiste en lo del fusil. Fidel acuerda con él comprarle algunos víveres que se irían a recoger a su casa al día siguiente.

Che narra el encuentro:

Al anoecer llegó un muchacho llamado Chichí García [Mendoza] muy hablador y nervioso que dice tener dos granadas, las que prometió entregar y algunas mercancías como arroz y frijoles. Se tuvo también noticias de un lugar muy bueno, cerca del cual están las vacas de la compañía de Núñez. Comimos más o menos bien, pero una sola vez en todo el día. Dormimos en la casa desdeñando la advertencia de nuestra propia experiencia.

Por la tarde, Fajardo y *Julito* Díaz están de posta cuando ven acercarse por el sendero a un individuo que viene en actitud sigilosa y con una pistola 45 en la mano. Al momento lo reconocen y le salen al encuentro alegremente. Es Eutimio Guerra.

El traidor ha buscado durante dos días el rastro de la guerrilla, hasta que lo ha encontrado esa misma mañana en El Coco, adonde el grupo había hecho campamento la noche anterior. Viene desconfiado, temeroso de este primer encuentro después de su traición. Piensa que quizás de alguna forma la noticia pueda haber llegado a Fidel.

A los dos combatientes que lo han recibido de manera tan cordial, les dice que se ha acercado en esa actitud para evitar que lo sorprendan los guardias. La explicación les parece extraña a Fajardo y Julito, ya que Eutimio tiene que saber

que no hay soldados por los alrededores. Pero en ese momento no le dan mayor importancia al incidente.

Es interesante la anotación de Che en su diario:

Subimos temprano hasta un firme que ya habíamos pasado cuando fuimos a atacar La Plata [el del Frío]. Allí pasamos el día sin comer, Guillermo fue a cocinar a casa de [hay un espacio en blanco, pero se refiere a Felo Garcés]. Al atardecer llegó Eutimio el que trajo una serie de noticias concretas. Llegó a Palma Mocha el mismo día del combate y lo oyó desde lejos. Estuvo todo el día escondido en una casa amiga donde fueron los soldados y se enteró entonces que los soldados pensaban atacar al día siguiente. Fue temprano a avisarnos por si todavía estábamos allí y se encontró las cenizas de las casas de Delfín [Torres] y tres cadáveres comidos por las auras. Nos siguió el rastro por el monte encontrando que detrás nuestro venía una tropa que fue atacada en el Infierno. Después se llegó hasta el Mulato donde encontró once casas quemadas pero no la de él.

El traidor ha preparado una astuta historia, mezclando la verdad y la mentira. Es cierto que subió a los Llanos del Infierno, pero con los guardias de Casillas. Es cierto que vio las casas quemadas del Mulato, las de las familias que él mismo denunció. La incongruencia de que su propia vivienda no fuera quemada no es observada en ese momento por los combatientes.

Eutimio trae unos dulces y un poco de boniato cocido. Un rato después, se levanta el campamento. En vista de los acontecimientos en El Mulato, Fidel ha decidido permanecer algunos días en la casa de *Felo* Garcés, el campesino de la falda de Caracas que ya se ha ofrecido a cooperar en lo que fuere necesario. Guillermo ha salido por delante para avisarle y ayudarlo a preparar algo de comer.

En un momento de la caminata nocturna hacia el nuevo punto de destino, Fidel resbala y, en su afán de proteger el arma, se golpea fuertemente en el costado derecho, pero el accidente no tiene mayores consecuencias. En la casa de Felo, ya la comida está lista: carne de macho, gallinas, viandas y frijoles. El campesino está solo. Su familia se ha ido por temor a las amenazas de bombardeo.

Al llegar, Fidel se entera de que ha estado por la zona un enlace del Movimiento. Pero, quizás aprensivo ante los movimientos enemigos, el correo tomó por su cuenta la decisión de regresar sin esperar la llegada del destacamento. Se trata de *Bebo* Hidalgo, quien era portador de mensajes de Faustino Pérez y Frank País. Ha dejado solamente una caja de tabacos Corona, que esa noche comparten embelesados todos los fumadores de la tropa.

También reciben la noticia de que anda cerca otro grupo de refuerzo enviado desde Manzanillo, a los que acompaña *Ciro Frías*, y que posiblemente *Ramiro Valdés* y *Yayo Reyes*, los dos combatientes que habían quedado enfermos en *El Mulato*, se hayan unido a ese grupo. Esa noche se enteran de que *Ciro* ha decidido alzarse pues ha sido denunciado y está perseguido, que su tienda y la de su hermano *Antonio* fueron saqueadas y destruidas, y que *Antonio* está preso.

Lo que no saben todavía es que ya para esa fecha *Antonio* ha sido asesinado en *El Macho*, después de sufrir atroces torturas físicas y crueldades morales inenarrables, incluida la repetida violación de su esposa ante sus ojos. La saña homicida de los guardias los ha llevado incluso a asesinar al arriero de *Ciro*, un inocente muchacho de 18 años llamado *Eliécer Tamayo*, al que después de matarlo con cuatro bayonetazos y un tiro, lo arrojaron dentro de una de las casas de la *Cueva del Humo* a las que ese mismo día prendieron candela. Éste era el lugar situado en la otra vertiente de la loma de *Caracas* cuyos dos vecinos, *Hernán Pérez* y *José Savón*, también habían hecho contacto con Fidel durante la estancia anterior de la guerrilla en *El Mulato*.

Todos estos crímenes son los primeros frutos de la traición de Eutimio Guerra y la villanía de otro campesino convertido en chivato miserable.

Sobre todos estos incidentes, Raúl escribe ese día:

Seguimos subiendo y llegamos cerca del monte donde pararíamos que se llama [hay un espacio en blanco: se refiere al lugar denominado La Gloria de Caracas], está formando parte de las estribaciones de la montaña conocida por Caracas, la más alta de la zona. Llegamos a casa de Feliciano Garcés, o García, un campesino rubio que ya estaba solo porque según él la familia se fue porque pasó un avión y el piloto le hizo señales a la familia de que se fueran, por lo que recogieron todas las cosas y ni siquiera esperaron que él llegara. Aquí comimos carne de macho y frijoles que Guillermo había previamente preparado para cuando llegáramos. Dormimos aquí y así termina el día. Le entregaron a F. una caja de tabacos Corona que había traído un compañero de La Habana, Bebo Hidalgo, con varias noticias y encargos del Médico [Faustino Pérez] y Salvador [Frank País], pero se fue sin esperar. Supimos también que varios compañeros habían llegado de Manzanillo y que estaban cerca en la loma de Caracas. [...] Nos dormimos fumándonos los puros de F.

LUNES 28 DE ENERO

Poco después de la salida del sol, los combatientes se trasladan unos 300 metros más arriba de la casa de *Felo* Garcés y establecen campamento en el monte, junto al arroyo.

Esa misma mañana Eutimio Guerra sale de nuevo, esta vez con la misión ostensible de localizar al grupo de refuerzo que viene con *Ciro Frías* y conseguir algunas provisiones. El traidor, en cambio, se apresura a establecer contacto con

Casillas para informarle de la ubicación exacta del campamento guerrillero.

Al respecto, Che anota en su diario: “Eutimio nos abandonó por una semana debido a que tiene a su madre enferma”.

Después de la salida de Eutimio, Fidel ha decidido dejar en el lugar escogido inicialmente para el campamento sólo la cocina, y mover el resto de la tropa todavía más arriba en la falda boscosa de la loma. En el cañado del arroyo, entre las piedras por las que se desliza el hilo de agua helada, se acomoda un caldero que ha prestado Felo y se organiza el fuego. Doscientos metros más arriba, ya casi subidos en el mismo firme, el resto de los combatientes prepara sus hamacas y construye pequeñas cobijas.

El lugar es ideal. El monte espeso e infinito de Caracas y la proximidad del firme garantiza la retirada y ocultamiento de la tropa en caso de peligro, y hacen muy improbable las posibilidades de un cerco. Desde la posición en lo alto de la falda, además, se dominan con visibilidad perfecta todos los alrededores, y puede observarse sin dificultad cualquier movimiento que se pudiera producir en la zona. Al fondo, hacia el este, el Turquino cierra imponente el panorama, cubierto en la tarde por celajes pudorosos.

Raúl narra ese día:

Nos levantamos temprano y después de caminar un pedazo nos internamos en la ladera de una montaña que es parte de las estribaciones de Caracas, a la orilla de un arroyito, al lado de dos buenas estancias del rubio Felo Garcés. Nos vendió gran cantidad de arroz, frijoles, dos machitos y nos indicó además en qué lugar del monte tenía varios quintales de arroz y frijoles, y que si nos hacía falta que los buscáramos igual que una lata de manteca que tenía escondida. Él se iba a vender unos quintales de café que tenía, y después iría a unirse a su familia. Allí mismo al lado del arroyo Guillermo improvisó la cocina y preparó viandas con frijoles colorados. Después de comer,

abajo se quedarían diez hombres: seis encargados de la cocina, dos team de a tres y a los otros cuatro para cuidar el campamento de cocina con las postas.

Los restantes subiríamos para arriba, unos 600 pies más alto que la cocina, casi en el firme de la loma, donde prepararíamos nuestras chabolas e instalaríamos nuestro campamento, pensando estar aquí indefinidamente descansando el tiempo que fuera necesario para organizar la segunda campaña.

Cerca del mediodía salen del campamento cuatro combatientes. Uno de ellos, René Rodríguez, lleva varias encomiendas de Fidel que debe transmitir a los dirigentes del Movimiento en Manzanillo, Santiago y La Habana. Otros dos, los campesinos Sergio Pérez y Yayo Castillo, deberán acompañar a René hasta Cinco Palmas y entregarlo a *Mongo* Pérez, y después están autorizados por Fidel a ir de visita a sus casas. El último de los que se separan ese día es *Nango* Rey, uno de los integrantes del primer refuerzo enviado desde Manzanillo, a quien se le acepta su petición de no continuar en la guerrilla.

Después de la salida de este grupo, en el campamento guerrillero quedan 26 combatientes. Diecisiete de ellos son expedicionarios del *Granma*: Fidel, Raúl, Almeida, Che, Camilo, Ciro Redondo, *Julito* Díaz, Calixto García, Luis Crespo, Universo Sánchez, Efigenio Ameijeiras, Calixto Morales, *Pancho* González, Rafael Chao, Reinaldo Benítez, Armando Rodríguez y José Morán. Otros siete son campesinos de la Sierra: Guillermo García, Crescencio Pérez, Ignacio Pérez, Manuel Fajardo, Manuel Acuña, *Felicitó* Jordán y Sergio Acuña. Los dos restantes son los que quedan del primer refuerzo de Manzanillo: Julio Zenón Acosta y Daniel Motolá.

Raúl concluye sus anotaciones de ese día con estas palabras:

Aproveché [la salida de los compañeros] y en un momento preparé mi testamento, dejando a Temita

[la hija de José Luis Tasende, combatiente asesinado después del asalto al Moncada] como heredera única de mis bienes. Si hubiera sabido la cantidad exacta de mi herencia hubiera destinado una parte para que le construyeran una casita a la madre y la hermana de Níco [López]. [...] Subimos por la tarde al firme. Hicimos un mirador para otear los caminos que se veían en la lejanía. Por la tardecita, del campamento de cocina salió una patrulla para buscar la factura de Chichí [Mendoza].

Sobre este mismo tema, Che apunta: “Por la noche se trajo un pedido hecho a Chichí Mendoza consistente en cigarros, tabaco, miel, azúcar, frijoles y arroz, sal, café, manteca y leche condensada”.

Esa misma tarde, el grupo de René pasa por la Cueva del Humo, donde ven las casas quemadas el día anterior por los guardias. Dentro de una de ellas, la de Hernán Pérez, observan algo que parece como el cuerpo carbonizado de una persona. Siguen la marcha apesadumbrados, pensando que pudiera tratarse de Ramiro Valdés, quien se suponía hubiera estado al cuidado de las familias de la Cueva del Humo. Por la noche, los cuatro combatientes han llegado a la casa de Florentino Enamorado, en El Ají.

En realidad, el cadáver de la Cueva del Humo es el del arriero de Ciro Frías. En ese momento, Ramiro está a muy poca distancia de ese lugar, acampado en el monte con el nuevo grupo de refuerzo.

Desde el día 13, cuando la guerrilla parte del Mulato hacia el combate de La Plata, Ramiro y Yayo Reyes han quedado enfermos en la casa de Evelio Rodríguez. Alrededor del día 21 Eutimio llega a la casa. Viene de dejar a los combatientes emboscados en los Llanos del Infierno. Ramiro, que ya se siente mejor del golpe que recibió días antes en una rodilla, le pide al guía que lo lleve donde está Fidel, pero Eutimio no accede.

El día 24 llegan noticias a la casa de Evelio de que en la Cueva del Humo está Ciro Frías con el nuevo refuerzo, y los

dos combatientes se trasladan a ese lugar. Junto con Ciro, han llegado otros ocho compañeros: Adalberto Pesant, conocido por Beto, quien viene al frente del grupo, Juan Francisco Echevarría, Juventino Alarcón, Rudy Pesant, *Chicho* Fernández, *Chucho* Ramírez, Emilio Escanelle y Emilio Labrada. Traen cuatro fusiles Winchester calibre 44 sin parque, un Mendoza con cerca de 300 tiros, tres Springfield y dos escopetas, además de abundantes provisiones y equipos: latas de dulces, leche condensada, sesenta uniformes completos, hamacas, capas de agua de nylon, botas, gran cantidad de medicinas, instrumental quirúrgico, un gigantesco queso amarillo y una copiosa provisión de cigarros. Todo ha sido reunido con el esfuerzo de los militantes del Movimiento en Manzanillo, y transportado en la última etapa del viaje en el arria de Ciro.

Ramiro se hace cargo de inmediato del grupo. Establecen emboscadas defensivas en la zona. El día 27 llega el enemigo. Son más de 40 guardias. El grupo no dispone del armamento adecuado para hacer frente a una fuerza tan numerosa. Por otra parte, todos salvo Ramiro son novatos y las posiciones no son buenas. Se retiran monte arriba sin ser detectados, y establecen nuevo campamento en el bosque en espera del arribo de Fidel, quien ese mismo día ha llegado a la casa de *Felo* Garcés, en la falda opuesta de la loma.

MARTES 29 DE ENERO

El día 29 transcurre tranquilo en el campamento guerrillero de la loma de Caracas. Raúl escribe:

Por la mañana nos dedicamos a construir las chabolas. Yo había hecho la posta de 4 y 30 a 6 a.m. y a esa hora empecé a construir un camino, hasta el lugar donde se hacía la posta nocturna, apartando las hojas secas; ya que esa posta era más bien de oído, para caminar hacia ella sin hacer ruido. Repartí los tabacos y cigarros que trajeron la noche anterior.

Además, se le entregó a cada uno un paquete de azúcar de dos libras para reserva. F. compraba cuantos granos tenía oportunidad, para dejarlos en depósito como reserva en vista de la política del gobierno de desalojar campesinos y quemarlo todo, con la idea de vencernos por el hambre, y a tal efecto F. estuvo inspeccionando con Crescencio algunas grutas que sirvieran para el caso.

Ese día se produce un nuevo ingreso en la tropa: Evangelista Mendoza, un sobrino de *Chichí* Mendoza, el vecino de La Olla que ha estado en contacto con los rebeldes. Felicito Jordán, el campesino incorporado a la guerrilla al paso de los combatientes por El Mulato dos semanas antes, recibe autorización para visitar su casa, y sale del campamento esa tarde.

Con este movimiento siguen siendo 26 los integrantes del destacamento rebelde al mando de Fidel, de ellos 17 expedicionarios del *Granma*. En ese momento, Ramiro Valdés y el grupo de refuerzo procedente de Manzanillo están acampados del otro lado del firme, a apenas mil metros de distancia.

Che comenta ese día:

Se han organizado las cosas de manera que la cocina quede abajo junto a un arroyo y el campamento a unos 200 metros arriba, en una posición rocosa. Allí hicimos unos bohíos provisionales. El mío lo empezamos a fabricar con Luis [Crespo] y [Manuel] Fajardo. La comida fue abundante con promesa de serla más aún pues a [José] Morán lo enviaron a matar un puerco y mató dos. Morán está de jefe de guardia abajo y desarrolla una actividad múltiple saliendo en excursiones exploratorias a todos los bohíos cercanos. Tenemos un nuevo combatiente, un sobrino de *Chichí* Mendoza que se presentó siguiendo nuestro rastro, al que aleccioné sobre las condiciones en que entra al movimiento. El

muchacho tiene 20 años y según él entra para vengar la muerte de su padre hecha por un batistiano.

Al anochecer Fidel echó un discursito a la tropa para advertirle los riesgos de la indisciplina y la desmoralización. Tres delitos se castigarán con la pena de muerte: la insubordinación, la desertión y el derrotismo. Fui invitado a una pequeña excursión, pero me quedé para aclaraciones a Sergio Acuña y a Ignacio Pérez que se habían autoadjudicado discursos [debe querer decir “el discurso”] como en contra de ellos. Ya bien de noche, apareció en el campamento superior Crescencio que se había perdido del grupo. Bajé con Calixto García a buscarlo. Morán y el muchachito nuevo, práctico de la zona [Evangelista Mendoza], se quedaron en el bohío de Evelio [Rodríguez] esperando para hacer contacto con un hombre que nos conectará con Ciro Cabrera [Ciro Frías].

Esa misma tarde, René Rodríguez, Sergio Pérez y *Yayo* Castillo, salidos el día antes del campamento con varias encomiendas de Fidel, han llegado a la casa de Fengue Lebrigio, en Tatequeto. Están siguiendo, al revés, la misma ruta que trajo la columna en su marcha hacia la Sierra.

También ese día, el traidor Eutimio Guerra llega al Macho, donde se entrevista con Casillas y acuerdan el plan de acción para destruir el campamento guerrillero. El jefe enemigo, quizás por el desgano de emprender una operación terrestre o por la evaluación de que la topografía de la zona donde está acampado el destacamento guerrillero no se presta para un cerco efectivo, opta por un primer golpe en forma de un ataque aéreo masivo. Todavía los mandos militares del tirano están sometidos al espejismo de la eficacia de la aviación en la montaña, que les durará prácticamente toda la guerra.

Esa noche Eutimio Guerra se traslada en jeep a Pilón. Lleva la misión de salir al día siguiente para ubicar desde

una avioneta de reconocimiento el lugar exacto del campamento guerrillero con el fin de dirigir el ataque aéreo.

MIÉRCOLES 30 DE ENERO

La mañana despierta fresca y despejada sobre la falda oriental de la loma de Caracas. En un ángulo del monte, a menos de 200 metros del firme, los combatientes se aprestan a otro día de actividad. Fidel tiene la intención de salir bien temprano ese día a hacer una exploración y establecer contacto con el grupo de refuerzo que viene de Manzanillo. Un poco más abajo, en la cañada, los encargados de la cocina han encendido fuego desde el amanecer.

Desde el sureste comienza a sentirse, cada vez más cerca, el ronquido característico de un avión que se aproxima a la zona. Dejemos que sea Raúl quien narre lo ocurrido:

Me tocó una posta de media madrugada y a las 7 de la mañana aún dormía, un ruido cercano de avión me despertó, y entre el follaje de los árboles vi el avión de reconocimiento del Ejército que tantos dolores de cabeza nos dio en los días del desembarco. Giró por arriba de nuestras cabezas y con la presencia de otros aviones de combate, comprendimos todos en el acto que habíamos sido descubiertos y que el bombardeo y ametrallamiento era inminente.

Almeida fue a avisarles a las postas que se retiraran, ya había recogido mi mochila, y fui con él hasta la última posta, donde estaba Almejeiras [Efigenio Ameijeiras], y allí nos sorprendió una bomba que cayó en la cocina e inmediatamente comenzaron el ametrallamiento; las ráfagas se continuaban una y otra vez con muy pequeños intervalos, con el estruendo pavoroso de las ocho ametralladoras de cada avión y el rugido de sus motores.

En efecto, Eutimio Guerra, a bordo de una avioneta Beaver, ha ubicado el lugar exacto donde cree que sigue estando el campamento, y una escuadrilla de cinco aviones B-26 y F-47 han comenzado de inmediato un preciso y furioso bombardeo y ametrallamiento. Tan exacta es la información de Eutimio y la puntería de uno de los pilotos, que la bomba a que hace referencia Raúl cae directamente sobre el caldero donde se está preparando la comida de la mañana. El efecto es devastador. Todavía hoy se pueden apreciar las huellas del impacto en las piedras del arroyo. Si no hubiera sido por la previsión de Fidel al mudar el campamento unos cientos de metros más arriba, hubiera sobrevenido una catástrofe. Por suerte, el personal de la cocina ha actuado con ligereza y se ha alejado del lugar desde que se sintieron los primeros ruidos.

Las rociadas de calibre 50 peinan el monte y tronchan las ramas del bosque. El estallido de miles de proyectiles, el fuego de algunas ametralladoras calibre 30 y la impresión, por la topografía del terreno, de que una parte de las descargas vienen desde abajo, hacen pensar a varios de los combatientes que el destacamento está siendo también atacado por tierra. Desde el inicio del ataque, todos han recogido apresuradamente sus cosas y han buscado la mejor forma de guarecerse.

Fidel imparte algunas órdenes antes de comenzar a retirarse con un grupo de combatientes en dirección al firme. Desde el día que llegó la columna a este lugar, ha dispuesto que, en caso de ataque y dispersión, el destacamento debe reunirse de nuevo en la Cueva del Humo, del otro lado del firme.

Leamos ahora el relato de Che:

La noche había pasado muy fría en el recién construido albergue cuando me despertó el ruido de los aviones volando a muy poca altura; los demás ya estaban empacando sus cosas cuando empezó el tiroteo de las ametralladoras, empezaron a llegar de abajo. Cienfuegos había perdido todas sus balas, le di diez. La gente huía hacia un cauce seco, cercano

al campamento. Me quedé un rato a esperar [a] los de la cocina que faltaban pero no llegaron, fui entonces al arroyo y pedí un fusil automático que cambié por mi mirilla para volver al campamento a buscar algunas cosas dejadas en la huida, entre ellas el radio, la situación era muy confusa, nadie sabía exactamente lo que pasaba. Las primeras ráfagas habían dado todas en el fogón pero no se sabía si también había tropas cerca. No hubo bajas de nuestra parte.

Aun sin haber finalizado el sorpresivo ataque, y ante el posible avance ulterior de tropas enemigas por tierra —ya que el ataque sólo por aire con tal nivel de precisión carecería de sentido—, Fidel pide voluntarios dispuestos a recoger algunas armas de los que habían salido dos días antes, guardadas en un punto no distante de la cocina. Che se ofrece de inmediato. El gesto es típico de su invariable disposición a ofrecerse para las misiones más riesgosas. Es una de las cosas que Fidel siempre recuerda de Che con especial admiración. A él encomienda esa importante misión.

Che recibe la misión, además, de esperar el personal de la cocina y la vanguardia. Junto con Rafael Chao baja hasta el arroyo después que se calma el ametrallamiento, pero no encuentra más que los restos humeantes de lo que era la cocina. Recoge algunas armas y otros efectos, y comienza a trepar en la misma dirección en que ha salido Fidel. Al poco rato se encuentra con Guillermo García y Sergio Acuña. Estos dos combatientes estaban en la cocina y han logrado salvarse. Juntos vuelven a bajar al arroyo para seguir buscando. Ahora se les agrega José Morán, quien había salido del campamento antes del ataque con la intención de ir hasta la casa de Chichí Mendoza a buscar algunas provisiones. Lo había acompañado el sobrino de este campesino, pero el bisoño combatiente no ha querido regresar. El grupo, ahora de cinco, vuelve a subir por la falda. Todos van sobrecargados con lo que han logrado rescatar. Che lo narra así:

La orden era reunión en Las Cuevas del Humo, lo malo era que de la Cueva del Humo yo sólo conocía el nombre y una vaga dirección Oeste siguiendo el firme de la loma. Cuando regresamos ya no había nadie y tuvimos que caminar siguiendo el rastro no muy claro. Al cabo de cierto recorrido acampamos al borde del camino, escondidos pero dominándolo, para comer algo de azúcar que llevábamos y descansar. Se aparecieron entonces Guillermo García con Sergio Acuña. Habían sido los últimos en salir de la cocina. Nos acordamos que Morán había dejado su mirilla en este lugar y decidimos Guillermo y yo buscarlo. Al llegar abajo apareció el Gallego Morán por el otro lado, hacía rato que los aviones no bombardeaban. De las declaraciones de Morán se deducía: primero, eran cinco aviones; segundo, no había tropas en las cercanías. Él había vivido un drama especial pues un chivato llamado Lalo Milán le había disparado a quemarropa sin herirlo. Morán traía el Springfield asignado al nuevo recluta que se le perdió en el tiroteo. Emprendimos el regreso cargados como mulos.

Raúl se ha retirado del lugar en compañía de Almeida, Efigenio y Armando Rodríguez. En su diario escribe:

F. [Fidel] y un grupo tomó la falda de la loma que iba rumbo al oeste, protegiéndose entre las piedras y avanzando en los breves intervalos que tardaban los aviones en dar la vuelta, los cinco aviones. [...] La consigna era reunirse en la falda o estribaciones oeste de Caracas, ya que nosotros estábamos en el lado opuesto. Durante las dos horas que duró el ametrallamiento nos fuimos retirando gradualmente y estuvimos caminando largamente; pero desconocedores de la zona, no sabíamos con exactitud cuál era la loma de Caracas, a pesar de

estar en sus estribaciones; pero nos alejamos un poco, y teniendo delante una cadena montañosa no sabíamos a cuál dirigirnos. [...] Por la infinidad de trillos que encontramos, tomamos uno muy poco usado que iba por todo el firme de una montaña. Por si acaso, empezamos a racionar el azúcar y un poquito de miel que teníamos. El desayuno: dos cucharadas de azúcar, y el almuerzo, por la tarde, otras dos cucharadas de miel. Teníamos el propósito de buscar un bohío, y entre el rejuego de palabras e interrogaciones que hacíamos saber dónde quedaba nuestro objetivo.

En realidad, el grupo de Raúl ha tomado un rumbo suroeste, a media falda de la propia loma de Caracas. Han pasado muy cerca de la casa de Evelio Rodríguez, donde la columna había establecido campamento en su paso anterior por la zona, y han llegado hasta el alto del Mulato. Allí han tomado en dirección a Caimanes, en una ruta que los aleja de la Cueva del Humo.

Otro de los grupos que logra reunirse durante el ataque aéreo, está compuesto por Calixto García, Calixto Morales y Manuel Acuña. Protegidos detrás de unas grandes piedras durante el ametrallamiento, los tres combatientes no han encontrado a nadie por los alrededores cuando se retiran los aviones. Guiados por Acuña han cruzado la montaña hacia el oeste. Pasan por la Cueva del Humo esa misma tarde y ven las casas quemadas. Deciden seguir caminando. Bajan a La Derecha de Caracas y atraviesan varios firmes hasta que llegan esa noche a la casa de Florentino Enamorado, en El Ají. De ahí en adelante toman en los días siguientes la ruta ya conocida hasta Purial de Vicana. Estos tres combatientes no volverán a unirse a la guerrilla sino hasta finales del mes de marzo.

El grupo encabezado por Fidel está compuesto además por Camilo, Ciro Redondo, *Julito* Díaz, Julio Zenón Acosta, Ignacio Pérez, Manuel Fajardo, Luis Crespo, Universo

Sánchez, Crescencio Pérez, *Pancho* González, Reinaldo Benítez y Daniel Motolá. Con su extraordinaria facilidad de orientación dentro del monte, Fidel se encamina a tiro hecho hacia la Cueva del Humo. Antes del mediodía ha alcanzado el firme de Caracas, entre dos de los tres picos que configuran la silueta característica del macizo montañoso. El grupo descansa unos minutos y luego comienza a bajar por el monte de la otra falda. Alrededor de las 2:00 de la tarde, en medio del bosque, hacen contacto con los compañeros que están acampados en la zona desde hace varios días.

Fidel saluda con alegría a Ramiro y Ciro Frías, y da la bienvenida a los nuevos en la tropa. De inmediato pregunta si hay noticias de Raúl. Al recibir una respuesta negativa, solicita voluntarios dispuestos a salir en busca de los demás combatientes dispersos. Allí se entera Fidel también de que Eutimio Guerra no ha aparecido por la zona, como se le había ordenado.

El grupo de Raúl, mientras tanto, sigue marchando en una dirección suroeste durante todo el día. Volvamos al diario del combatiente:

Caminamos todo el día; atardeciendo ya, divisamos algunos bohíos diseminados con las mirillas, estuvimos observándolos desde el bosque para ver cuál nos convenía más. Ya oscuro completamente bajamos por un potrero y llegamos a una pequeña casita de zinc. Tomamos todas las precauciones del caso, entramos, les dijimos que éramos revolucionarios que habíamos salido de patrulla y que nos habíamos perdido ya que nuestro destacamento estaba por Tatequieto (un lugar distante). Allí nos informaron que estábamos en El Caimán [Caimanes]. Eran dos hermanos, jóvenes ellos (nos contaron que por la mañana hubo bombardeo), con una hermana y un muchacho, medio morón, que trabajaba con ellos como empleado, al que le decían C [tachado en el original

el resto del nombre]. Los muchachos eran de apellido [palabra tachada en el original] (sobrinos de M. [tachado], confidente del Ejército). Muy atemorizados al principio, por el terror que hay por la zona, poco a poco fueron entrando en confianza, a uno de ellos el Ejército le había quitado un caballo con montura, se lo habían llevado para El Macho y aún lo tenían.

Raúl les pide que sirvan de guías para marchar a Tatequiето. Trata de desinformar sobre el lugar a donde quieren dirigirse. Uno de los muchachos recomienda que vayan a ver a Hernán Pérez, quien está en contacto con los revolucionarios y los puede ayudar. Este Hernán es precisamente uno de los vecinos de la Cueva del Humo.

Esa noche duermen en el monte, cerca de la vivienda, con el muchachito empleado de la casa que ha accedido a conducirlos al día siguiente en busca de Hernán Pérez. Raúl concluye sus apuntes ese día con estas palabras:

Comimos bacalao con dos pedacitos de malanga que nos prepararon, tomamos abundante café y les di cinco pesos, tres por la comidita y dos para el guía. Ellos no quisieron cobrarnos nada por la comida y los cinco pesos se los dieron al guía C. Mientras preparaban la comida, nos estuvieron contando que ninguna tienda, ni siquiera en Camarones, que está en la playa, venden más de tres libras de cada factura, que han matado [a] mucha gente, etcétera, etcétera.

El grupo de Che y Guillermo, por su parte, ha seguido caminando también durante todo el día por dentro del monte. Al parecer han enrumbado hacia la zona del Mulato. Pasan cerca de las casas quemadas en este barrio, y todo lo que encuentran es un gato que maúlla desconsolado y un puerco que gruñe receloso al sentir la presencia de los cinco hombres. Por la noche, deciden acampar en un firme cercano al alto del Mulato. Che refiere así las vicisitudes de su grupo:

Al llegar al campamento aligeramos la carga comiéndonos toda la caña que traía yo, una lata de chorizos a medio vaciar y miel. Seguimos las huellas de nuestros compañeros hasta que al llegar a un camino se perdieron. Vimos ahí un espectáculo desolador; las casas de la gente simpatizantes con el Movimiento o por lo menos discrepantes del gobierno, convertidas en cenizas. Un gatito nos aulló lastimeramente y algún puerco se alejó gruñendo, eso era todo. Acampamos cerca de un arroyo y allí pasamos la noche.

Ese mismo día, René Rodríguez y sus acompañantes han escuchado el bombardeo de Caracas desde la casa de Juan Lebrigio, en La Cotuntera, y han proseguido la marcha en dirección a Purial.

JUEVES 31 DE ENERO

Durante toda la noche, los exploradores que han salido en busca de Raúl y los demás combatientes dispersos no han encontrado nada. A pesar de ello, Fidel no está excesivamente preocupado. Sabe que al frente de los hombres dispersos hay combatientes ya experimentados y resueltos, que han demostrado en varias ocasiones su decisión y su astucia para la supervivencia en la lucha guerrillera.

Lo que, si acaso, irrita un tanto a Fidel en estos momentos es el hecho de que, casi concluidos dos meses de guerra, se haya producido por segunda vez la dispersión de la tropa a su mando. En un momento en que la pequeña guerrilla parece finalmente consolidarse, en que las dos victorias sostenidas frente al enemigo han comenzando a estimular la moral combatiente incluso de los miembros menos aguerridos de la tropa, el enemigo, en virtud de lo que en ese momento solo puede suponerse un golpe de suerte extraordinario, ha logrado de nuevo estrechar el acoso.

La interrogante que se hacen todos es cómo ha sido posible que la aviación haya logrado ubicar con tanta precisión el campamento guerrillero, y asestar un golpe que, de no haber sido por las medidas de precaución de Fidel y por la rápida reacción de todos los combatientes, hubiera podido arrojar consecuencias desastrosas. La mayoría se inclina a pensar que la posición fue delatada por el fino hilo de humo que salía de la cocina. No han aprendido todavía que entre la brisa y la espesura del bosque, el humo se disipa casi por completo antes de filtrarse entre las copas del monte, y que resulta casi imposible su detección por un observador aéreo que no sepa dónde tiene que buscar exactamente. ¡Cuán lejos están de imaginar que todo ha sido obra del hombre a quien suponen un aliado fiel y valioso!

Esa mañana salen del campamento, con la misión de llegar a Manzanillo, Ciro Frías y Juan Francisco Echevarría. Entre otras encomiendas, llevan la de ratificar las instrucciones enviadas con René Rodríguez en cuanto a la celebración de un encuentro en la Sierra con los principales dirigentes del Movimiento en el llano. Para esta fecha, René ha llegado finalmente a Purial, pero no ha podido hacer contacto con *Mongo* Pérez. En vista de ello, Hermes Cardero es quien se hace cargo del combatiente, y ese mismo día baja con él hasta Media Luna.

Al mediodía aparecen en el campamento Raúl y sus cuatro compañeros. Dejemos al propio Raúl la narración de cómo se produce el encuentro:

Dormimos en una ladera del monte que colinda con el potrero, y después de amanecer subimos al firme y tomamos el mismo trillo que habíamos caminado el día anterior, ahora lo caminábamos para atrás hasta el mismo lugar donde lo habíamos iniciado. Resulta que le habíamos pasado a la estancia de Hernán [Pérez] por el lado sin saberlo. Eran un poco más de las ocho de la mañana cuando llegamos a la meta, y todos nos sorprendimos cuando encontramos hecha

cenizas la casa de H. [Hernán]. Aún humeaban algunos de sus horcones; hacía como tres días que se la habían quemado, igual que la de Savón y la del suegro de Hernán [se refiere a Evelio González]. Aquí en la Cueva del Humo sólo había tres casas, y han acabado con el barrio pues solo quedan las estancias abandonadas con los animales sueltos y las cenizas de lo que antes eran pacíficos bohíos.

Alrededor de la casa de H. [Hernán] revolotearon asustadas varias auras tiñosas, y aunque nos extrañó que existiera alguna carroña en aquel montón de cenizas, no le dimos importancia al hecho. Recogí un cubo casi carbonizado por el fuego por si teníamos que cocer algunas viandas y permanecer por los alrededores, pues sabíamos que por ahí andaban Ciro Frías y Ramirito con los compañeros que han llegado de Manzanillo. Además, aquel era el punto de reunión del momentáneamente disperso destacamento. Allí, le hicimos creer a C. [el guía] que nos íbamos para Tatequieto después de descansar un momento, y que nos indicara el camino pues seguiríamos solos; después de hecho esto, señalándole para las ruinas de un bohío, le dije: “¿Tú sabes por qué fue esto? Pues por hablar. Esta gente son amigas nuestras, pero seguro cometieron alguna indiscreción y este fue el resultado; por lo tanto guarden ustedes bien el secreto de que estuvimos por la casa de ustedes.”

Nos despedimos y nosotros caminamos más arriba. En el vacío que había debajo de una roca grande, encontramos un pedazo de saco de una mochila medio construida dejada recientemente, lo que indicaba que por ahí había gente nuestra. Nos apartamos un poco hacia la derecha, tomamos las cuatro posiciones en unas rocas y en completo silencio estuvimos esperando. Sentimos ruidos de pisadas por

el bosque, y no había pasado media hora desde que se fue C. cuando oímos el silbido de contraseña, esperamos que lo repitieran y después les contestamos inmediatamente.

Han hecho contacto con Julio Zenón Acosta, *Beto* Pesant y Emilio Escanelle, quienes habían salido nuevamente de patrulla desde el amanecer con el fin de buscar a los dispersos. Guiados por los tres combatientes, Raúl y sus compañeros emprenden la subida de la falda de Caracas y llegan al campamento, alto en la loma y profundo en el monte, poco después de las 12:00 del día. Sigue narrando Raúl:

Inmediatamente, de dos en dos atravesamos el claro de una estancia y otro bohío quemado, el de [José] Savón, y empezamos la subida de la loma de Caracas, donde llegamos al mediodía. El campamento estaba por la mitad de la loma, impenetrable por lo tupido de la vegetación. [...] Eutimio no llegó aquí, parece que cuando venía, más o menos ese día estaban dándole candela a las casitas de la Cueva del Humo y agarró las de Villadiego.

Se han vuelto a reunir 26 combatientes, incluidos los integrantes del nuevo refuerzo. Del grupo anterior faltan nueve: los cinco que andan con Che y Guillermo, los tres que han tomado en dirección hacia Purial y Evangelista Mendoza, el último recluta, que no ha regresado después del ataque aéreo del día anterior.

En cuanto al grupo de Che y Guillermo, han seguido caminando todo el día por el monte sin lograr orientarse. Al mediodía han llegado a la zona de La Derecha de Caracas. En la casa de un campesino comen algo y reciben las últimas informaciones sobre los movimientos de las tropas enemigas por la zona y los crímenes que han cometido. Al atardecer regresan a su campamento anterior en el monte para pasar la noche. En ese momento están aproximadamente a unos dos

kilómetros tan solo del lugar donde acampa el grueso del destacamento guerrillero. El relato textual de Che es como sigue:

Tomamos posición en lo alto de una loma, dominando unos sembradíos donde presumiblemente está la Cueva del Humo. Con Guillermo, hicimos exploración por los alrededores y solo encontramos rastros de una tropa batistiana, de los nuestros nada. Sergio Acuña, que estaba de guardia, creyó ver dos personas una de las cuales llevaba gorrita, pero mientras nos llamaba se le perdieron y no los vimos. En vista de esto, Guillermo y yo fuimos bien abajo, hasta unos bohíos que se veían vacíos en el fondo del valle. Allí no había nadie y no habían dejado nada tampoco, de modo que fuimos a la casa de un amigo de Guillermo en las riberas del Ají. El hombre se asustó mucho al verlo pero nos dio algo de comida y se ofreció a tener más en la casa pero no a traerla hasta donde estábamos por el peligro. Dijo que toda la mercancía que Ciro [Frías] había mandado fue tomada por los guardias y quemada, las mulas le fueron requisadas y el arriero muerto; la tienda de Ciro fue quemada y su mujer presa, aunque luego la soltaron. Los hombres habían pasado por la mañana al mando del comandante Casilla, habían dormido en la cercanía de la casa nombrada. Después echamos una buena caminata cuesta arriba llegando sin novedad al campamento.

En la falda de Caracas, los combatientes reunidos de los otros grupos descansan y esperan la llegada de los que faltan. Mientras tanto, devoran los dulces que han llegado desde Manzanillo. Cuenta Raúl:

Ya Fidel había llegado ayer mismo a las 2 de la tarde con su grupo y al carecer de comida todos estaban desayunando, almorzando y comiendo dulces. A nosotros nos sirvieron una contundente ración de

queso con dulces, además de leche condensada y dulce de leche en barra. Todas estas golosinas, en abundancia servidas, como hacía tanto tiempo que no las veíamos, nos alegraron mucho el estómago. También me alegró mucho encontrarme de nuevo con Ramirito, mucho más gordo y algo restablecido de su rodilla lesionada.

Camilo y Julio Zenón Acosta salen esa tarde con la intención de tratar de llegar al campamento bombardeado para recoger lo que pudiera haber quedado allí.

Raúl sigue narrando:

Recibí una carta de Mica [Micaela Riera, la tesorera del Movimiento en Manzanillo], además de los libros y el diccionario de francés para estudiar. Aquí en esta posición de la loma de Caracas sopla un aire frío que cala hasta los huesos. ¡Cómo será en la cima! Ya oscureciendo, se oyeron dos o tres disparos como de arma corta y llevándose bastante tiempo uno de otro. [...] Por suerte, encontré por el campamento dos frazadas y me salvé, pues parece que el dueño no está por aquí. Hoy se vieron pasar varias veces los aviones, pero no han encontrado objetivo. Todos estamos de acuerdo en que la ametrallada del día 30 fue motivada por la columna de humo que salía de la cocina, ya que sobre la misma concentraron todo el fuego. Se había ordenado que se empezara a cocinar a la una de la madrugada, para comer de día la comida fría, pero se cocinó dos días seguidos de día, y como salió bien se siguió, y al tercero vino la ametrallada.

VIERNES 1º DE FEBRERO

La jefatura de operaciones del enemigo no se había limitado a organizar el bombardeo y ametrallamiento de la

posición rebelde en la loma de Caracas, denunciada por Eutimio Guerra. El propio día 30 habían comenzado a moverse fuerzas de infantería desde distintos puntos, con la intención de converger sobre la zona e impedir la escapatoria de los combatientes que hubieran podido sobrevivir al ataque aéreo.

Tres contingentes principales participarían en esta maniobra. Uno de ellos partiría de San Lorenzo, unos siete kilómetros en línea recta casi directamente al norte de Caracas, y avanzaría por el camino del Tabaco a cruzar el firme de Meriño, para establecer una línea de cerco entre Meriño, El Roble y El Coco, a lo largo del camino real que pasaba por esos lugares, con lo cual quedaría cubierto en teoría todo el frente norte y nordeste.

La segunda columna saldría del Macho, en la costa, y subiría por todo el río del Macío hasta Juana y Arroyones, con la intención de impedir la retirada de los combatientes rebeldes hacia el oeste. Finalmente, el tercer grupo tomaría el camino del alto del Macho para caer en El Mulato, peinar la zona donde estaba el campamento bombardeado y seguir hacia el nordeste hasta enlazar en El Coco con el primero de los grupos. Ésta sería la tropa encargada de recoger los cadáveres de los guerrilleros.

Esta última fuerza enemiga llega al Mulato en la noche del día 31, y a la mañana siguiente sube a la finca de *Felo Garcés*. Como era usual en la táctica del Ejército de la tiranía, a 500 metros del objetivo los guardias comienzan un intenso tiroteo de todo el monte y la manigua de la zona. Es el llamado “fuego de registro”, que tiene por objeto obligar a cualquier enemigo emboscado a descubrirse.

Sin embargo, los soldados encuentran en el lugar lo único que sus jefes no esperaban de ninguna manera, es decir, no encuentran nada. Ni armas, ni parque regado, ni mochilas, ni víveres y, mucho menos, ni un solo cadáver, ni siquiera señales de sangre. La noticia deja atónito al comandante Casillas, quien ya ha anunciado a La Habana la casi segura

destrucción de la guerrilla de Fidel. Colérico, despacha de nuevo a su mejor carta de triunfo, al traidor Eutimio Guerra, con la misión de que localice y ubique de nuevo la posición del grupo de combatientes.

Estos, mientras tanto, siguen acampados en la falda occidental de Caracas, encima de la Cueva del Humo. Desde esa posición escuchan el carnaval de fuego del otro lado de la loma, producido por los guardias que han llegado a registrar el viejo campamento. Hay cierta preocupación, ya que faltan nueve combatientes, y Camilo y Julio Zenón Acosta no han regresado de su exploración del día anterior. Raúl anota lo siguiente en su diario:

Temprano se escuchó un nutrido tiroteo, más bien había avanzado algo la mañana y todavía J[ulio Zenón] Acosta y [Camilo] Cienf[uegos] no habían aparecido. Hacía mucho aire frío, desayunamos algunas lascas de dulce de naranja. En forma de abanico nos abrimos y nos parapetamos, todos atentos y en silencio. Más tarde aparecieron Acosta y Cienfuegos y contaron que estuvieron por el campamento, que parece que ya todo lo habían recogido otros compañeros. [...] Contaron que el tiroteo de por la mañana fueron los soldados que, acercándose a la casa de Felo, antes de entrar le cayeron a tiro limpio. Ellos tienen ese fatal defecto (para ellos) de anunciarnos su presencia, pues siempre están tirando tiros.

En vista de la proximidad de los guardias, Fidel decide no seguir esperando. Alrededor de las 3:00 de la tarde se levanta el campamento, y la columna empieza a descender por toda la ladera en dirección a La Derecha de Caracas. Como a las dos horas de camino, la vanguardia tropieza con Che, Guillermo, Chao y Morán.

Los combatientes de este grupo han sentido también el tiroteo de por la mañana. Poco después, Sergio Acuña, que

estaba de posta, desaparece tras dejar abandonado su fusil y su canana. Al parecer los nervios han podido más que la voluntad y Acuña ha decidido desertar. Su destino, sin embargo, es trágico, ya que es descubierto y capturado por una patrulla del Ejército en una barbería de San Lorenzo mientras se pelaba y afeitaba, y ahorcado por el sargento Roselló después de feroces torturas.

Che narra estos incidentes como sigue:

El día frío y ventoso se había presentado sin aparentes señales de encuentro. No hicimos exploraciones por la mañana, debido al cansancio y a la caminata anterior. A eso de las 11 de la mañana se oyó un tiroteo al otro lado de la loma y después, más cerca, unos gritos lastimeros como de alguien pidiendo auxilio. Todas estas cosas acabaron con el ánimo de Sergio Acuña y a mediodía, silenciosamente, abandonó el campamento, dejando el arma, la canana y su frazada. Se llevó un sombrero guajiro, una lata de leche condensada y tres chorizos.

Pocas horas más tarde, los cuatro miembros restantes de este grupo sienten el ruido de gente que se acerca por dentro del monte. Apenas se han preparado para la defensa cuando ven salir del bosque a Crescencio, seguido por la larga fila de los demás compañeros. Se reúnen de nuevo treinta combatientes. Regresemos al relato de Che:

Al rato oímos ruido y cuando nos aprestamos a la defensa, apareció Crescencio con una larga columna integrada por casi todos los nuestros y el grupo de Manzanillo. [...] Todos juntos comimos en la zona un puerco, malanga, y bajamos por el mismo camino hasta llegar a un claro donde se vieron linternas que brillaban en el valle abajo. Se resolvió entonces dormir en el bosque para seguir de día. Los manzanilleros dijeron no ser verdad la noticia de la toma de la mercadería, ellos tenían una buena cantidad,

incluido un equipo de cirugía y mudas de ropa para todos. Todo ello quedó bien escondido en el monte. Yo ligué un calzoncillo y camisita con iniciales bordadas por las muchachas de Manzanillo.

Ahora siguen todos juntos la marcha en dirección al oeste. Fidel ha decidido llegar hasta las casas de los Mendoza, en El Ají, ya que considera que es el lugar más seguro en toda la zona. Allí esperará el regreso de Ciro Frías de Manzanillo.

Raúl termina sus notas de ese día con lo que sigue:

Nos fuimos a un bohío o caseta semidestruida que era de lo poco que quedaba en pie en la Cueva del Humo, y Guillermo en un latón de manteca hizo un guisado de puerco con viandas. El puerco lo requisamos en un bohío abandonado. Después de caminar un largo trecho, pensábamos pasar por un lugar donde se suponía que había tropas, pero los incesantes ladridos de los perros nos hicieron retroceder, meternos en el monte y dormir como pudimos. Ciro [Redondo], Almeida y yo nos colocamos en una laderita después de dar veinte tropezones y nos acostamos juntos.

Ni Raúl ni Che lo mencionan en sus diarios, pero otros combatientes recuerdan que el guisado de esa noche resultó particularmente espeso. Pero no por la calidad del cocinero, sino porque entre el hollín de la lata quemada que se usó de recipiente, la tierra de las malangas mal peladas a oscuras y el zumo pegajoso y prieto de un racimo de plátanos nuevos que también se echaron en el cocido, el resultado fue un caldo negro y viscoso que más bien parecía, por su textura, pasta de lustrar zapatos. No obstante, a los hambrientos guerrilleros les debe haber parecido un ajíaco exquisito.

El propio día 1º René Rodríguez ha llegado a Manzanillo. Allí hace contacto con Celia Sánchez por mediación de *Quique* Escalona y Rafael Sierra, y le informa de su viaje a La

Habana. Una de las misiones de René consiste en poner en antecedentes a Faustino Pérez de la situación real de la guerrilla, ratificarle la orientación de que busque un periodista dispuesto a subir a la Sierra a fin de divulgar internacionalmente la lucha entablada en Cuba, y lo acompañe en el viaje, para sostener una reunión con Fidel.

Ya Faustino había establecido contacto en La Habana con los directores de *Prensa Libre* y *Bohemia*, Sergio Carbó y Miguel Ángel Quevedo, pero sus gestiones no habían tenido éxito. La cautela, el temor ante una represalia gubernamental y un marcado ambiente de escepticismo en relación con la supervivencia de Fidel y su presencia real en la Sierra Maestra, habían podido más que el instinto periodístico y la proclamada vocación revolucionaria de esas dos figuras principales de la prensa nacional no comprometida con la dictadura. Por otra parte, después de la extensión de la censura de prensa a todo el país el 15 de enero, resultaba inútil pretender la colaboración de ningún órgano de prensa cubano, e ingenuo suponer que por esa vía podría lograrse la repercusión amplia a la que se aspiraba. De ahí que, inevitablemente, todos los involucrados en el problema llegaron a la misma conclusión: el periodista que debía subir a la Sierra tenía que ser extranjero, lo que equivalía a decir en aquellas circunstancias que casi con toda seguridad sería norteamericano.

SÁBADO 2 DE FEBRERO

El día 2 no ocurren incidentes notables en la columna guerrillera. Fidel ha decidido avanzar muy lentamente, a fin de poder determinar los movimientos que deberá estar haciendo el enemigo en la zona. Raúl apunta ese día:

Pasamos el día aquí completo. Guillermo y [Emilio] Labrada salieron de exploración y parece que se perdieron, aunque no hay problemas pues ellos

conocen el punto hacia donde vamos. Salimos oscureciendo y caminamos bastante. Se había hecho bastante tarde, había que caminar con precaución y nos metimos en los alrededores de otro bohío abandonado. Hoy comimos una sobrita de la comida del día anterior.

En realidad, no se han desplazado mucho y siguen en la zona de La Derecha de Caracas.

Che escribe en sus recuerdos de la guerra que en alguno de estos días se dio “uno de los grandes banquetes de mi vida”: una butifarra que le ofreció Luis Crespo, quien tenía guardadas cuatro en su mochila para una emergencia alimentaria como la que estaban atravesando en esos momentos. En su diario anota ese día:

Segundo mes del desembarco en Belice [Belic] se cumple hoy. No hay novedad digna de apuntarse durante todo el día que transcurre entre exploraciones de los prácticos y sueño nuestro. A las 6 de la tarde iniciamos la bajada por el monte para tomar luego el camino que habíamos recorrido con Guillermo el día anterior. Guillermo y Labrada, el último guajiro incorporado, fueron de exploración sin fijar bien el lugar de reunión posterior y el resultado fue que no aparecieron por ningún lado. Fui con Julio [Zenón] Acosta y Camilo hasta la casita donde nos habían dado comida el otro día, pero allí no estaban tampoco. Dormimos en un bohío abandonado y yo pude por primera vez dormir en cama, pues en un platanal estaba escondida una.

Ese mismo día llega René Rodríguez a La Habana en ómnibus desde Manzanillo. Establece rápidamente contacto con Faustino y le trasmite las instrucciones que trae. En lo que respecta al periodista, Faustino decide utilizar en la nueva gestión a Javier Pazos, miembro del Movimiento e hijo de Felipe Pazos, conocido economista y colaborador también

en ese momento del Movimiento, quien sostiene buenas relaciones con algunos corresponsales de prensa norteamericanos residentes en La Habana.

DOMINGO 3 DE FEBRERO

Para los treinta combatientes que componen en ese momento la tropa guerrillera, el día 3 es de nuevo una jornada de hambre y sed.

Raúl escribe:

A las 9 y 30 llegamos a un bohío que está en la Derecha [de Caracas], Menier se llama el dueño [Alberto Mainer Calzada]; y según nos dijo le habían informado que hace como tres días le habían ahorcado un hijo de 21 años en El Macho. Tenía muy poco que comer en su casa, y como desayuno nos sirvió unos plátanos hervidos y un té de cañasanta. Inmediatamente seguimos camino y, llegando al firme de una loma, tomamos por él hasta un farallón. Desde arriba se divisaba El Tabaco. Abrimos brecha por un manigual y caminando por un estribo llegamos a las 6 p.m. a un firme más chico, donde dormimos. Ya no teníamos casi nada que comer.

Son pocas y tersas palabras, pero entre ellas trasluce la agonía de ese día de marcha, y todo el dramatismo de la realidad de esos días en la Sierra. Un campesino que cree que los guardias le han matado al hijo —la noticia resultó ser falsa— no vacila en ofrecer lo único que tiene. Su dolor no es obstáculo, como tampoco lo es el riesgo de su propia vida. Esos hombres demacrados que llegan a su casa, ese mínimo puñado de sombras, son para él la personificación de la venganza: de su venganza individual y, aunque quizás él mismo no lo sepa, pero sí lo sienta, de su venganza como clase.

Para los combatientes, es un día de penalidades. La marcha es difícil por los firmes y las faldas de esta zona, sobre todo cuando es preciso desechar los pocos trillos y caminar por dentro del monte. En los firmes, además, no hay agua, y la sed es ese día el peor enemigo.

En un momento de la marcha, *Yayo* Reyes, quien va a la retaguardia con Almeida, se tira al suelo y se niega a seguir caminando. Está desesperado por la falta de agua. Fidel se acerca, le habla duramente y le ofrece un limón seco que lleva en el bolsillo, que el combatiente mastica con avidez y traga completo. *Beto* Pesant ha encontrado una botella de cerveza en un trillo, con tres dedos de agua pútrida, hojas y fango. *Yayo* la bebe de un trago y sigue la marcha.

Che avanza a fuerza de voluntad, pues viene sufriendo de un ataque de paludismo. Por la noche cae desplomado en el lugar donde se decide acampar. Al día siguiente no podrá seguir a la columna, y Luis Crespo y Julio Zenón Acosta se quedarán acompañándolo. Ese día apunta en el diario:

A las 5 de la mañana emprendimos la marcha sin rumbo determinado y sin Guillermo García. Pronto llegamos a un bohío habitado donde nuestra presencia hizo el efecto de una bomba, pero nos dieron sin embargo unos plátanos hervidos, que fue toda nuestra comida en el día. Cruzamos el arroyo de la Derecha y seguimos subiendo loma para caer presumiblemente en las posiciones del viejo Eustaquio [Eligio Mendoza], no obstante, Crescencio se equivocó y caminamos todo el día sin dar con el bohío, acampando al final de un firme de la misma loma.

LUNES 4 DE FEBRERO

El día 4 la columna guerrillera llega finalmente a la casa de Florentino Enamorado, el yerno de Eligio Mendoza, en El

Ají. Han alcanzado, por fin, un lugar seguro donde descansar, comer y reponer energías.

Raúl escribe:

A la una y 30 de la tarde, después de dar varias vueltas inútiles pues el tío Crescencio estaba un poco errático en el rumbo, llegamos a casa del amigo del Ají. En el lugar donde dormimos se había quedado el Che, al parecer con fiebre palúdica. L[uis] Crespo y Julio A[costa] se quedaron acompañándolo. Comimos bien ese día. Allí ya estaban Guillermo y Labrada. [...] Me quedé a dormir en la casa para recoger temprano un sopón de gallina para el Che y llevárselo allá. Llovió bastante por la noche. Salvo dos o tres que quedaron conmigo, el resto se fue a dormir al monte, al lado de la estancia del amigo.

Para Che, sin embargo, la jornada es difícil. Veamos lo que narra él mismo:

Por la noche me dio uno de mis esporádicos ataques de paludismo y amanecí totalmente agotado, de modo que no pude seguir la marcha. Se quedaron a acompañarme el guajiro Luis [Crespo] y Julio [Zenón] Acosta. Como a las tres horas probé caminar pero debía hacerlo en ritmo muy lento y deteniéndome, pues me daban desmayos. Julio fue entonces adelante a avisar que viniera alguien a cargar mi mochila para aligerarlo del peso al guajiro [Crespo] que la llevaba. Yo seguí sufriendo una terrible diarrea que me hizo pujar diez veces en el transcurso de la jornada. Al ponerse el sol llegamos a un lugar de rastros pobres y allí mismo hicimos campamento soportando durante la noche un aguacero, que por fortuna no nos mojó gran cosa.

Ese mismo día, en La Habana, Faustino y René se entrevistan en la oficina de Felipe Pazos en el edificio Bacardí,

en la calle Monserrate, con la corresponsal en La Habana del periódico *The New York Times*, la señora Ruby Hart Phillips. La reunión había sido preparada por el economista, y en ella está presente también Javier Pazos.

Se le explica a la norteamericana el interés de Fidel de recibir un periodista en la Sierra. La corresponsal del *Times* se muestra, lógicamente, muy interesada en la proposición y pregunta si puede ser ella misma. La señora Phillips no es una mujer joven. Se le responde que las condiciones del viaje serán difíciles y que sería preferible un hombre. Por otra parte, un periodista con residencia permanente en el país correría el riesgo de alguna represalia. La corresponsal expresa que establecerá contacto con su periódico para que envíen a La Habana una persona adecuada, y ofrece una respuesta en el plazo de dos o tres días.

Ruby Phillips sabe que la encomienda periodística que se le ha propuesto es de tal envergadura que requiere la presencia de un reportero experimentado y de prestigio. Al propio tiempo conoce de la intención de Herbert Matthews, jefe para asuntos latinoamericanos de la plana editorial de su diario, de viajar a La Habana en esos días, interesado por palpar de cerca la situación en Cuba. En consecuencia, cablegrafía de inmediato al editor internacional del *Times* en Nueva York, Emanuel R. Freedman, sugiriendo que Matthews viaje urgentemente a La Habana para un asunto importante.

MARTES 5 DE FEBRERO

Al amanecer del día 5, sale del nuevo campamento rebelde, en la casa de Florentino Enamorado, un pequeño grupo de combatientes a recoger a Che. Leamos el relato de Raúl:

Temprano partimos una patrullita acompañados de J[ulio] Acosta, que había llegado la noche anterior para buscar ayuda para traer al Che, y en dos horas 50 minutos hicimos el recorrido que el día anterior

hicimos en medio día. Ya no estaban allí, y al cabo de cuatro horas y pico los encontramos por el rastro. Ayudándoles a cargar sus cosas llegamos pronto al campamento.

Che, por su parte, narra:

Habíamos errado el camino, pero, por fortuna, pronto lo encontramos. Mi desgano para caminar es muy grande y avanzamos muy lentamente. Como a las 11 y 30, nos encontró una patrulla comandada por Raúl, que traía un sopón de pollo, el que me vino a las mil maravillas. Llegamos al campamento y luego bajé a la casa para dormir junto con el gallego [Morán], enfermo de una pierna y, según él, con fiebre.

Crescencio ha planteado a Fidel la conveniencia de dividir la tropa en dos grupos. Argumenta que de esa manera será más fácil eludir el cerco que seguramente ha tendido el Ejército en la zona. Por otra parte, hay combatientes que están en condiciones físicas bastante deterioradas y necesitan descansar. Es el caso, por ejemplo, de Ramiro Valdés, quien no acaba de curarse del todo de su lesión en la rodilla. Hay otros, en cambio, a los que las privaciones sufridas en los últimos días han resquebrajado su voluntad de seguir adelante en la guerrilla. Fidel está consciente de que algunos hombres están agotados y otros desmoralizados, y prefiere quedarse con un grupo escogido. Tiene la intención de realizar una extensa exploración del terreno hacia el este, y para ello necesita hombres dispuestos y en condiciones físicas adecuadas. Considera que las reuniones con la dirección del Movimiento y con algún enviado de la prensa tardarán todavía un tiempo en producirse. En consecuencia, se hace la selección del personal que deberá acompañar a Crescencio.

Al respecto, Che escribe:

Ese atardecer salió rumbo a La Habanita un grupo capitaneado por Crescencio en el que iban: su hijo

Ignacio, Ramiro, que no tiene su rodilla perfecta, Benítez, Pancho, Chao, Rudi Pesant, Antonio Fernández y Jesús Ramírez, el que dio la nota discordante diciendo que a él lo habían traído engañado porque le dijeron que venía a un campamento con mucha defensa antiaérea y no a caminar como mulo, sin alimentos ni agua. Todos quedarán reponiendo sus fuerzas y como tropa de reserva, lo mejor queda con nosotros.

Raúl, por su parte, apunta:

Por la tarde, después de comida nos dividimos en dos grupos: Crescencio con ocho compañeros más y el resto, unos veinte con F. [Fidel], pensamos hacer una excursión larga para despiste. Los que quedan con Crescencio, los más estropeados, tratarán de descansar. Ese día apareció Eutimio, que no lo vemos desde unos días antes del ametrallamiento del campamento del Mulato.

Por la tarde, en efecto, llega Eutimio Guerra. Viene vestido de limpio, con pantalón blanco, guayabera color crema y un sombrero nuevo, y trae algunas balas y víveres. Todavía es tanta la confianza que depositan los combatientes en Eutimio, que cuando llega, Crescencio lo abraza y le dice:

—Amigo, no sabe lo preocupado que yo estaba por tener que dejar solos a estos muchachos. Ahora, estando usted con ellos, me voy conforme, porque sé que los dejo en buenas manos.

El traidor ha tomado el rastro de la guerrilla en la Cueva del Humo, y ha demorado tres días en localizar al destacamento. Un poco por olfato de cocuyo campesino y otro por conocimiento de los lugares a los que puede acudir Fidel para buscar ayuda, ha terminado por encontrarlo en la casa de Florentino Enamorado.

Esa misma tarde sale Crescencio con su grupo. Lo acompañan Ramiro Valdés, Pancho González, Rafael Chao,

Reinaldo Benítez, Ignacio Pérez, Chucho Ramírez, Chicho Fernández y Rudy Pesant. Por la noche cruzan sin novedad el río Macío y se encaminan hacia las faldas del Lomón. En jornadas sucesivas pasan por Cayo Probado y llegan a la finca de Domingo Torres, en La Habanita, donde descansan unos días. Ramiro se separará después de este grupo y quedará restableciéndose en la casa de un campesino, en espera de la primera oportunidad para incorporarse nuevamente a la tropa.

En el campamento del Ají han quedado ahora 21 combatientes, además de Eutimio Guerra. Ese día Che también anota: “A las 12 de la noche Enamorado, el dueño de la casa, nos despertó con el anuncio de que bajaba tropa a caballo, por supuesto salimos rápido con toda la carga, pero era una falsa alarma. Dormimos el resto de la noche en la cocina”.

Ese mismo día, a miles de millas de distancia, en la ciudad de Nueva York, ocurren hechos relacionados muy directamente con la situación de la tropa acampada a pocos metros de la casa de Florentino Enamorado en El Ají. Cuando el cable de la señora Phillips llega a la oficina central del *The New York Times*, en su flamante edificio de cristal y aluminio de la avenida Broadway, Herbert Matthews acelera los preparativos de su viaje. Está convencido de que algo excepcional tiene que haber ocurrido para que una periodista tan experimentada como Ruby Phillips curse un mensaje semejante. Se le avisa ese mismo día a la corresponsal en La Habana que su sugerencia ha sido aceptada y se le anuncia la próxima llegada de Matthews.

MIÉRCOLES 6 DE FEBRERO

El único acontecimiento notable este día en la guerrilla es el regreso de Ciro Frías y Juan Francisco Echevarría de Manzanillo. Los enlaces vienen con muchas noticias. Algunas de ellas son exageradas, tales como las que se refieren a

supuestas conspiraciones en el seno del gobierno para derrocar a Batista y pactar con los rebeldes.

Pero Ciro también informa que René ha pasado por Manzanillo y que los militantes del Movimiento en esa ciudad están activos en apoyo del destacamento guerrillero. Trae cartas de Celia y Frank, mensajes interceptados al enemigo por la red clandestina del Movimiento en Santiago y otras informaciones.

Sin embargo, la noticia de la traición de Eutimio —la que más puede interesar en ese momento— no había llegado todavía al Movimiento en Manzanillo el día que partieron los correos de regreso a la loma. No será sino varios días después cuando se conozca. Un colaborador del Movimiento 26 de Julio que trabaja en el aeropuerto de Pílon, ha visto a Eutimio, a quien conoce, abordar la avioneta desde la que dirigió el bombardeo del día 30. La información es transmitida a Celia en Manzanillo, pero llega con retraso. También en Santiago el Movimiento ha tenido noticias de la existencia de un traidor. Alguien ha escuchado una conversación al respecto en la barra del club Ciudadamar entre dos oficiales del Ejército, y ha informado a Vilma Espín, cercana colaboradora de Frank País, el jefe del Movimiento en Santiago. Otro colaborador del Movimiento que trabaja en la compañía telefónica ha interceptado una llamada militar en la que también se menciona el traidor, incluso por su nombre. Desgraciadamente todas estas informaciones llegan después de la salida de Ciro Frías de Manzanillo, y en los días posteriores no es posible hacer contacto con la guerrilla.

Ciro trae también la noticia de la muerte de Sergio Acuña, y la confirmación del asesinato de su hermano Antonio.

Con Ciro Frías llegan al campamento Enrique y Miguel Díaz, los hijos de Epifanio Díaz, un campesino de la zona de El Jíbaro, y Nieves Cabrera, conocido por Pipo, primo de Ciro. Ya este último ha pensado en la finca de Epifanio como posible punto para las reuniones que proyecta Fidel, y ha utilizado el lugar para sus entradas y salidas de la Sierra.

Estos tres jóvenes campesinos permanecerán con la tropa hasta la nueva dispersión el día 9 en el alto de Espinosa.

La anotación de Che es elocuente:

El día pasó sin ningún acontecimiento activo, salvo la llegada de Ciro Frías, que venía con Echevarría trayendo tres nuevos voluntarios, un primo, S. Frías [Pipo Cabrera], y dos hermanos, Enrique y Miguel Díaz. Las noticias que traían eran muy buenas: Faustino había colectado 30 mil pesos y esperaba llegar a los 50 mil, el sabotaje seguía en toda la isla, [el general Martín] Díaz Tamayo [jefe del Estado Mayor del Ejército batistiano,] parecía permeable a una voltereta. Mensajes interceptados en el ejército y noticias de otras fuentes indican que el descontento era muy grande. También traían una noticia triste pero aleccionadora: Sergio Acuña que había ido a casa de unos primos se dedicó a hablarles cien cuentos de sus hazañas y de las armas que tenía; resultado: lo chivateó un tal Pedro Herrera, vino la guardia comandada por el cabo Roselló, lo tomó prisionero, lo torturó, le dio cuatro tiros y lo colgó. Es probable que haya hablado bastante, de modo que tenemos que salir de la casa de Florentino, una de las que él conoció. El Gallego Morán está enfermo, mitad de enfermedad real y mitad de su teatro inveterado. Eutimio salió de recorrido y trajo cincuenta latas de leche y algunos tabacos.

Al regreso del recorrido mencionado por Che, Eutimio dice haber conseguido la mercancía que trae en la cercana tienda de Celestino León. Es posible que en esta oportunidad ya haya hecho contacto de nuevo con el enemigo y le haya advertido de que pronto podrá entrar de nuevo en acción contra la guerrilla.

Más tarde, Eutimio pide a Fidel que quiere hablar a solas con él. El jefe guerrillero accede, y se adentran en uno de los

cafetales de los Mendoza, seguidos a poca distancia por Universo Sánchez, siempre pendiente de los movimientos de Fidel. Eutimio mira inquieto hacia donde está el combatiente.

—Fidel, yo quiero saber qué perspectivas tenemos, y cuál es mi futuro en todo esto.

A Fidel le extraña doblemente la pregunta. Primero, por el pensamiento interesado que revela. Tal vez todavía el traidor está indeciso. Segundo, porque para eso no tenía Eutimio que haber insistido tanto en hablar a solas y apartado del campamento.

Esa noche, Eutimio se acuesta junto a Fidel a la hora de dormir. La noche está fría. Bajo la manta que ambos comparten el traidor tiene su pistola. La oportunidad es propicia. Eutimio interroga repetidamente a Fidel acerca de la ubicación de las postas. Evidentemente está sopesando las posibilidades de escapatoria una vez cometido el crimen para el que se ha vendido.

A Fidel le llama la atención tanta insistencia. Pero todavía en su mente no aflora la sospecha de la traición.

Sin embargo, esa noche a Eutimio Guerra le falta valor para decidirse a jugar la carta de una acción personal. Prefiere que sea el Ejército el que destruya a la guerrilla y a Fidel.

En su diario, tras registrar las noticias que trae Ciro Frías, Raúl anota: “El día en calma y normal. Nos instalamos en el firme y bajábamos a comer al cañado; por la noche íbamos hasta el bohío”.

JUEVES 7 DE FEBRERO

El día 7 la columna abandona la casa de Florentino Enamorado. Raúl escribe:

A las 8 a.m. la aviación bombardeó la loma de Caracas por espacio de quince o veinte minutos. De allí salimos hace como tres o cuatro días. A los

dueños de la casa los vimos muy asustados, y hoy a la una de la tarde nos fuimos de aquí. Estuvimos caminando poco tiempo, pues en un cañón, en las laderas de los “Altos de Espinosa”, nos sorprendió un fuerte aguacero que duró más de una hora; habíamos caminado dos horas. Ya era de noche y decidimos quedarnos aquí.

Che en su diario anota:

Después de un almuerzo bueno, partimos con rumbo desconocido, alejándonos de la casa. En realidad lo que hicimos fue caminar un par de kilómetros y acampar en la quebrada de un arroyo seco. Anocheciendo, fue una comisión encabezada por Ciro Frías a la casa de éste a buscar algunos alimentos. Iban también Universo, Julio Acosta, Echevarría y el primo de Ciro, S. [Pipo Cabrera]. A poco de salir ellos cayó un aguacero descomunal que acabó con nuestras precarias defensas contra el agua y nos hizo dormir medio mojados e incómodos toda la noche.

Por efecto de la lluvia, el campamento se establece momentáneamente en el fondo de un profundo cañado por el que corre un arroyito que va a desembocar en el río de La Derecha de Caracas. En esta zona estaba la tienda de Antonio Cabrera, que los guardias han saqueado y quemado días antes.

El lugar, en efecto, parece protegido. No hay vecinos cercanos. El campamento queda hundido en el monte virgen, por donde no pasan trillos ni senderos. El único inconveniente es que está en un hueco, cuya única salida natural es el arroyo. A los dos lados, los firmes ascienden hacia el fondo para unirse arriba en un punto conocido en la zona como el alto de Espinosa, ya que en otros tiempos el dueño de la finca que ocupaba la otra ladera de la loma era de ese apellido.

A l llegar, Fidel sitúa las postas en el arroyo y en los firmes laterales, con instrucciones precisas de no dejarse ver por

nadie. Piensa proseguir la contramarcha hacia el este pasando por la loma de Caracas.

La aviación ha comenzado a bombardear todos los días ese punto precisamente. Siguiendo las indicaciones de Eutimio, el enemigo intenta mantener inmóvil a la columna guerrillera, lo cual, una vez descubierta la posición por el traidor, permitirá dar un golpe definitivo.

En una ocasión, cuando los aviones se dirigen a Caracas, el ametrallamiento comienza al pasar a baja altura por encima de la tropa rebelde. A Eutimio, evidentemente preocupado, se le escapa un comentario nervioso:

—Yo no les dije que tiraran aquí.

Los combatientes que oyen esto atribuyen la expresión al sentido del humor del campesino.

El traidor se separa de nuevo ese día. Quiere apresurarse a informar al mando enemigo en El Macho la nueva posición de la guerrilla.

Ese mismo día, en La Habana, Ruby Phillips informa a Javier Pazos que ha recibido de su periódico una respuesta afirmativa, y que será enviado un representante que llegará en las próximas horas. Esta información es transmitida a Faustino y a René.

VIERNES 8 DE FEBRERO

Este día, al parecer, no ocurren hechos notables en el campamento guerrillero al pie del alto de Espinosa. Raúl anota:

Anoche Ciro F[rías] y tres compañeros más salieron a ver qué encontraban y en un bohío vacío cocinaron cuatro gallinas y cantidad de viandas, además de una cerveza Hatuey y muchos caramelos que le quedaban a Ciro escondidos en casa de una amiga, y con ese banquete desayunamos hoy. A las once de la mañana empezó de nuevo el bombardeo y ametrallamiento de la loma de Caracas, muy cerca

de nosotros, y donde estábamos retumbaban las explosiones. Aunque ya ha habido varios raids, todavía nos infunde bastante terror la aviación.

Esa misma mañana, después de recibir las nuevas noticias de Eutimio Guerra, Casillas parte del Macho con una fuerte tropa. Al mediodía han subido por todo el río del Macío y han llegado a la altura del arroyo de Caimanes, a menos de cinco kilómetros en línea recta del campamento guerrillero. Pero por la tarde ocurre un hecho que les impide seguir avanzando y tender el cerco que tienen proyectado.

Veamos cómo refleja Raúl en su diario este mismo hecho, pero visto desde el punto de vista de los combatientes rebeldes:

Por la tarde cayó un aguacero mayor que el del día anterior. Con F. [Fidel] y el Che hicimos una chabola que llovía más adentro que afuera. A dos buenos haraganes me busqué para este trabajo. Ahora, al fantasma del hambre y del ejército hay que añadirle el de la lluvia diaria y con ella la humedad, el frío y el dormir incómodos, completamente empapados. Los méritos del guerrillero no son precisamente sus combates contra el Ejército, sino su lucha contra el medio. A mí, particularmente, a lo que más miedo le tengo es a las lluvias, que por lo regular nos dejan calados hasta los huesos. Pues las capitas que tenemos, o sudan, o les pasa el agua; la cuestión es que no nos protegen mucho.

Pero el aguacero de esta tarde ha sido, en cierta forma, una suerte. Eutimio regresa después del mediodía, y por la tarde, manifestando una disposición que en él resulta insólita, se ofrece voluntariamente para cubrir la posta del arroyo. Evidentemente, su plan consiste en dejar pasar a los soldados para que puedan caer de improviso sobre el campamento rebelde. Pero llueve tanto esa tarde y esa noche que los guardias deciden no continuar la operación que han iniciado y esperar al otro día. Esa noche acampan en un pequeño

alto cercano al río y a la tienda de Celestino León, en uno de los estribos del firme de Caimanes.

Che resume los acontecimientos de esa jornada con estas palabras:

El día trajo con las primeras luces la agradable sorpresa de cinco gallinas guisadas por el grupo expedicionario [la patrulla que había salido con Ciro Frías] y un bote de azúcar. Traían además diversas conservas, cervezas y granos. Después de la noche de agua venía espléndidamente esa comida. El grupo trajo la noticia de que había visto a Eutimio en una casa cercana donde fueron a pedir la llave de la casa de Ciro. Eutimio había salido con el pretexto de buscar unas balas que se le habían quedado al comprar la leche, de modo que su presencia en esta casa no estaba ni justificada ni autorizada. Pasamos el día en total tranquilidad escuchando por la mañana el bombardeo de Caracas por la aviación. Al atardecer, cuando acabamos con Raúl las clases de francés que iniciábamos, empezó a llover y con la misma persistencia y los mismos perniciosos efectos del día anterior. Apenas escampado fuimos a la cocina, donde bajo la dirección de Guillermo la cuaba empezaba a arder. Cerca de las 10 estuvo un mal potaje con yucas, que la gente devoró y empezó el segundo turno, el de la mañana compuesto de arroz, frijoles y viandas. Nos quedamos con Luis Crespo yo a ayudar a los cocineros, acostándonos a la 1 ó 2 de la mañana.

Esa noche, el enemigo duerme cerca y se prepara para entrar en acción al día siguiente.

Mientras tanto, en el campamento guerrillero, Raúl escribe: “Hoy empecé a estudiar francés con el Che, quien tiene una magnífica pronunciación y es muy inteligente. El texto, editado por la Alianza Francesa, es magnífico”.

CUARTA PARTE

ENCUENTROS EN LA FINCA DE EPIFANIO DÍAZ

9 - 19 de febrero de 1957

SÁBADO 9 DE FEBRERO DE 1957

El 9 de febrero de 1957 es un día de actividad normal en el aeropuerto de Rancho Boyeros, en La Habana. La temporada turística está en pleno apogeo, y el edificio de la terminal aérea es un hervidero de invernantes norteamericanos que lucen las inevitables camisas multicolores, blusas de tira bordada, maracas, sombreros de yarey, carteras de piel de cocodrilo y demás atributos rituales de la especie zoológica del turista.

A la hora señalada en el itinerario, toca tierra en el aeropuerto el vuelo diario de la National Airlines procedente de Nueva York. Otro enjambre de caras pálidas descienden ávidos de sol por la escalerilla. Entre ellos baja un matrimonio de mediana edad. Él es alto —más de seis pies de estatura—, delgado —casi enjuto—, ligeramente encorvado de hombros, ojos claros de mirada penetrante en un rostro de facciones alargadas. Con una pipa en la boca, pudiera parecer el estereotipo cinematográfico del profesor universitario anglosajón.

Herbert Lionel Matthews tiene a la sazón 57 años de edad. En su carrera como periodista, le ha tocado participar como testigo en el desarrollo de algunos de los acontecimientos más trascendentales del siglo. Ha sido corresponsal de guerra en Abisinia en la década de 1930 y en España durante la cruenta guerra civil que dio al traste con la república e instauró la dictadura franquista. Ha publicado varios libros, el más importante un agudo estudio crítico del falangismo. Ha obtenido diversos premios, entre ellos, poco tiempo atrás, el prestigioso *John Moors Cabot*, que confiere la Escuela de Periodismo de la Universidad de Columbia. Ocupa en 1957 la posición de jefe de la plana editorial del poderoso diario norteamericano *The New York Times*, para el que redacta editoriales y reportajes especiales sobre América Latina, zona que ha estudiado con detenimiento. Es, en suma, uno de los periodistas más afamados e influyentes en

los Estados Unidos, y está considerado un individuo de posición liberal dentro de la gran prensa norteamericana.

Pero Matthews y su esposa no han llegado a Cuba en función de simples turistas. Han venido en respuesta al urgente mensaje de la corresponsal del periódico en La Habana. El veterano reportero arde en deseos de saber de qué se trata cuando pisa el asfalto ardiente de la pista en Rancho Boyeros. Aunque las circunstancias de su viaje y el momento particularmente convulso que vive el país al que llega, son indicios evidentes de que le espera una encomienda fuera de lo común, poco se imagina que en los diez días siguientes tendrá ocasión de elaborar el reportaje más sensacional de su larga carrera.

Ese mismo día, el destacamento guerrillero cuyo jefe viene a entrevistar al periodista norteamericano —aunque él todavía no lo sabe—, está acampado en una profunda garganta boscosa en plena Sierra Maestra. Después del amanecer, la actividad en el campamento ha comenzado a desenvolverse normalmente. Raúl anota en su diario de campaña lo siguiente:

Anoche cayó tremendo aguacero, que con la paciencia que cabe esperamos acurrucados debajo de nuestras pequeñas capitas de nylon. La conducta de Eutimio [Guerra] tenía intranquilo a F. [Fidel]. La mañana iba pasando lentamente, con la humedad que siempre dejan dentro del bosque, mientras no llega el sol, los aguaceros de la época. Acurrucado debajo de una chabola mal construida y a la carrera el día anterior, estaba yo sentado escribiendo mi diario pensando más tarde estudiar francés con el Che, que habíamos empezado el día anterior. Estábamos acampados en un cañón que está en las laderas de la montaña conocida por “los Altos de Espinosa”, cerca del Ají. Mi tarea me la interrumpió Universo [Sánchez] cuando me dijo que tuviera recogidas mis cosas, pues había una columna grande de tropas del gobierno muy cerca de nosotros.

Esa mañana, Eutimio Guerra ha vuelto a salir del campamento. Está inquieto. El día anterior no ha ocurrido lo que esperaba y quiere saber si ha habido algún cambio de plan.

A media mañana, Emilio Labrada, uno de los combatientes más nuevos, está de posta con un revólver en el firme que queda al este, encima del campamento, cuando ve acercarse por la otra ladera a un campesino. Se trata de Adrián Pérez Vargas, vecino reciente de la zona, quien ha ido hasta allí por encargo de Celestino León, propietario de una tienda cercana, para sacar unas viandas de la estancia que el comerciante tiene sembrada en la falda opuesta a la del campamento guerrillero. El campesino viene sin camisa. Trae un machete y dos sacos, que empieza a llenar con los boniatos que va escarbando. En un momento determinado, levanta la vista de su trabajo. Labrada, que está observándolo desde el borde del monte, cree que ha sido descubierto y sale afuera.

El combatiente da el alto al campesino y le ordena que lo acompañe. En su turbación e inexperiencia, ha contravenido las instrucciones expresas de Fidel a las postas en el sentido de no dejarse ver. Los dos hombres suben al firme y comienzan a bajar por la otra falda. A los pocos minutos llegan al campamento guerrillero.

El detenido es llevado ante Fidel, quien comienza a interrogarlo. Vargas informa que el día anterior ha llegado una tropa numerosa a la zona —se dice que son 140 hombres— al frente de la cual viene el comandante Casillas, y que los guardias están acampados en un alto del firme de Caimanes. Fidel pregunta si es posible verlos y el campesino responde afirmativamente.

Suben de nuevo el firme por donde han traído al prisionero. Entre el claro de una pelúa Fidel observa el campamento enemigo con la mira telescópica de su fusil. Entre las demás informaciones que brinda Vargas, quien responde de buen grado y ampliamente a todas las preguntas de Fidel, el campesino afirma que esa mañana ha visto a Eutimio Guerra “por allá abajo”.

Sin querer y sin saberlo, el detenido ha tocado un punto neurálgico. Fidel insiste de inmediato en el tema. Quiere estar seguro de lo que acaba de escuchar. Le pregunta al prisionero qué ha visto hacer a Eutimio esa mañana. Eutimio ha salido con el pretexto de ir a buscar algunas provisiones a la tienda de Celestino León, cerca de la cual precisamente está acampada la fuerza enemiga. Desde el día anterior han llegado los soldados y, sin embargo, Eutimio pudo salir por segunda vez y visitar nuevamente la tienda de Celestino. Suponiendo que el día anterior no los haya visto, hoy, mucho antes de haber llegado al lugar donde están acampados los guardias, tiene que haber sabido que estaban allí. Y, sin embargo, no ha regresado.

En una fracción de segundo, pasan por la mente de Fidel todos los detalles de la conducta de Eutimio que le habían producido hasta ese momento una extraña sensación de intranquilidad, una especie de interrogante del instinto. Cobran sentido repentino para él las frecuentes salidas de Eutimio, la facilidad con que al parecer se mueve entre las líneas del Ejército, su ostensible habilidad para conseguir provisiones y balas; recordará las incongruencias de sus relatos, su aparente broma con relación a los aviones el día 7, su incapacidad para localizar al grupo de refuerzo en la Cueva del Humo antes del ataque aéreo del día 30. Y, por añadidura, el campesino detenido habla de movimientos de la tropa enemiga el día anterior, y Eutimio se había ofrecido a cubrir la posta esa tarde. De un golpe, Fidel arriba a la certeza de que Eutimio ha traicionado miserablemente.

Después de transmitir la orden a todos los combatientes de que recojan sus mochilas y estén listos para partir, Fidel baja de nuevo al campamento. En el firme queda el campesino detenido, custodiado por algunos rebeldes. A los pocos minutos llega Raúl. Leamos lo que narra:

Subí hasta donde tenían al prisionero, en la ladera izquierda del cañón de nuestro campamento. Serían poco más de las 12 del día. Conversé un rato con él y

después, con la ayuda de la mirilla, me puse a mirar hacia el punto que me señalaron los compañeros que cuidan del prisionero, y como a seis kilómetros, no tanto en línea recta, sobre una colinita y árboles apenas, en un potrero se veía en formación de partir una columna de tropas que pasaban de cien, y por el prisionero sabíamos que exactamente eran 140 hombres, equipados con las más modernísimas armas automáticas y semiautomáticas. Estaba en formación y un rato después partió de uno en fondo y bastante unidos, demasiado, rumbo suroeste. Indagué con el campesino a qué lugar podían ir por aquel camino y me dio una explicación que no me aclaró mucho. Mandé aviso al Estado Mayor del rumbo de la columna, cuya retaguardia ya se perdía de vista en una pequeña ondulación del camino, mientras de fondo le servían las casitas del barrio de “Los Corrales” muy próximo de donde estaban ellos acampados.

A la pregunta de Raúl sobre el posible rumbo de la fuerza enemiga, Vargas ha contestado todas las variantes: río abajo, por el Macío hacia la costa; río arriba en dirección a San Lorenzo; al este por el río de La Derecha de la Caridad; al oeste hacia Tatequieto. En realidad, los soldados han emprendido la marcha río arriba. Según el plan trazado de acuerdo con las indicaciones de Eutimio Guerra, la idea de Casillas es dividir su fuerza en tres grupos al llegar a la boca del río de La Derecha. Uno de éstos seguiría por el río Macío hasta cerca del Ají y subiría por todo el firme de la finca de los Mendoza hasta alcanzar el alto de Espinosa desde el suroeste. Los otros dos tomarían por el río de La Derecha y se subdividirían más adelante. Una tropa subiría por uno de los firmes que enlaza con el mismo alto desde el sureste, el contiguo al del lado izquierdo del campamento rebelde, con lo cual cerraría con el primer grupo un cerco completo en forma de V sobre las alturas dominantes del cañón donde se encontraba la guerrilla. La tercera de las fuerzas, mientras

tanto, entraría por el arroyo —es decir, por la abertura de la V— para chocar con el campamento rebelde, que quedaría de esta forma completamente rodeado.

El plan es efectivo. Eutimio Guerra ha llevado al destacamento guerrillero a una verdadera ratonera. De ejecutarse plenamente la maniobra, la guerrilla podría ser copada, y quizás destruida. Retomemos el relato de Raúl:

Bajé entonces y encontré a F. [Fidel] dando órdenes para que fueran comiendo los muchachos el arroz y los frijoles fríos que se habían cocinado la noche anterior, comí muy poco pues me había caído mal la comida algo cruda de la noche anterior, y partí con un grupo de compañeros hacia la ladera opuesta. A mitad de la subida de la loma, esperando allí mientras llegaban los demás compañeros, me entretuve escribiendo mi diario. F. [Fidel] a unos cien metros del lugar seguía hablando con el prisionero obteniendo nuevos datos que el campesino, más bien con ánimo de ayudarnos, le estaba brindando; desde nuestra posición no veíamos a F. ni éste a nosotros. Al poco rato llegó F. con el resto de los compañeros.

Fidel, en efecto, ha dado la orden de levantar el campamento y subir hasta el propio alto de Espinosa, esto es, al vértice de la V que forman los firmes del cañón donde se encuentran. Entre la comida que quedaba del día anterior había algunos de los caramelos traídos por Ciro Frías. La ración de Eutimio estaba guardada, y Fidel dice significativamente a los combatientes que pueden comérsela. Luego sube a media falda y sigue interrogando al campesino, sentado sobre la raíz de un corpulento jagüey.

Cuando Fidel comunica a los demás su convicción de que Eutimio es traidor, la reacción general es de estupor e incredulidad:

—Pero, ¿cómo? ¿Eutimio? ¡No puede ser!

—Sí, Eutimio. Nos está traicionando. Estoy seguro.

Ya son cerca de las 2:00 de la tarde. Ciro Frías y Luis Crespo han salido de exploración desde por la mañana y todavía no han regresado. Fidel está impaciente. Se mueve intranquilo. Intuye la amenaza. Ha querido retener a Vargas hasta el regreso de Ciro, para que éste pueda escuchar las noticias sobre Eutimio, quien es su compadre. Pero en vista de que los dos combatientes se demoran, Fidel libera al campesino y luego sube con el resto de la tropa hasta el alto. Abajo, en el campamento, quedan Almeida y Julio Zenón Acosta en espera del regreso de los dos que faltan.

En el alto, los combatientes ocupan las posiciones indicadas por Fidel. El jefe guerrillero piensa invertir la sorpresa. Raúl sigue narrando:

Después de estar un rato conversando con Guevara y conmigo (ya había soltado al prisionero), F. [Fidel] manifestó por el interrogatorio que le había hecho al prisionero, su temor de que nos tendieran un cerco y recalcó la rara actitud de Eutimio. Estaba inquieto como si olfateara el peligro como un sabueso. Ibamos a partir a las 2 p.m. mientras esperábamos a los dos compañeros que faltaban. A medida que pasaban los minutos iba aumentando la preocupación del jefe máximo del “26 de Julio” y a tal extremo que ordenó partir media hora antes y esperar en el firme de la loma. Y esto es precisamente lo que nos salvó. Mientras ascendíamos y caminamos un trecho por un trillo del firme y esperábamos, nos dio las 3 de la tarde cuando llegaron los cuatro compañeros, los dos que faltaban y los dos que los esperaban.

Che, por su parte, relata lo siguiente en su diario:

El día pareció que no tendría de particular más que alguna exploración expoliativa, de las que iniciaron Ciro Frías y el guajiro Luis [Crespo] una. Sin embargo, a eso de las 11 de la mañana, Labrada hizo prisionero a un tal [hay un espacio en blanco: se refiere al

campesino Adrián Pérez Vargas] que resultó ser primo de Crescencio y dependiente de Celestino, el bodeguero de la leche; los informes de este hombre indicaron que 140 [guardias] estaban en casa de Celestino. Efectivamente, estaban en un alto pelado desde el que se les vio salir en formación. Mientras interrogábamos al prisionero, ocupamos la altura de la loma, esperando además el regreso de los dos compañeros y de Eutimio. La rara conducta de Eutimio se hacía más sospechosa al informar el prisionero que el mismo [Eutimio] había indicado que al día siguiente sería bombardeada la zona. A la 1:30 se resolvió dejar en la retaguardia a Almeida y Julio, y los demás subimos a un firme no muy distante para esperar los acontecimientos. Al poco rato llegaron Ciro y el guajiro [Crespo]; no habían visto nada extraño.

La llegada de Almeida, Ciro, Julio Zenón y Crespo provoca que la atención de la tropa guerrillera, emboscada convenientemente en el monte, se distraiga. Los que llegan informan que todo está tranquilo en la zona. Fidel comienza a hablar con Ciro Frías acerca de las conclusiones a que ha llegado con relación a Eutimio. La mayoría de los combatientes siguen resistidos a creer que el individuo a quien consideran indispensable para la guerrilla en ese momento, sea un traidor. Ciro, en particular, piensa que su compradre es incapaz de semejante canallada. Sólo Fidel ha sabido atar todos los cabos y valorarlos con la debida perspicacia.

En ese momento, Ciro Redondo pide silencio. Ha escuchado muy cerca el ruido de un palo partido por la pisada de una persona. Casi al mismo tiempo, Fajardo exclama:

—¡Es Eutimio!

Ha visto fugazmente al traidor, que cruza rápido entre la espesura. Viene sirviendo personalmente de práctico a la fuerza enemiga encargada de tender el cerco.

Los combatientes se incorporan, al tiempo que suena un disparo seguido de una descarga de armas automáticas. Es la tropa que viene a tender el cerco por el lado sureste, que se ha visto sorprendida por la presencia de la guerrilla en un lugar donde no esperaba encontrarla. Che sigue narrando:

Estábamos en esa conversación cuando Ciro Redondo creyó ver u oír algo, yo estaba más apartado y no presté atención cuando sonó un disparo y luego una descarga; inmediatamente se llenó de descargas y explosiones provocadas por el ataque concentrado sobre el lugar adonde habíamos acampado anteriormente.

A pocos pasos de Fidel, Julio Zenón Acosta cae fulminado por las primeras descargas. Para este campesino, fiel y valioso combatiente, ningún epitafio mejor que estas palabras de Che:

Fue mi primer alumno en la Sierra; estaba haciendo esfuerzos por alfabetizarlo y en los lugares donde nos deteníamos le iba enseñando las primeras letras; estábamos en la etapa de identificar la A y la O, la E y la I. Con mucho empeño, sin considerar los años pasados sino lo que quedaba por hacer, Julio Zenón se había dado a la tarea de alfabetizarse. [...] Porque Julio Zenón Acosta fue otra de las grandes ayudas de aquel momento y era el hombre incansable, conocedor de la zona, el que siempre ayudaba al compañero en desgracia o al compañero de la ciudad que todavía no tenía la suficiente fuerza para salir de un atolladero; era el que traía el agua de la lejana aguada, el que hacía el fuego rápido, el que encontraba la cuaba necesaria para encender fuego un día de lluvia; era, en fin, el hombre orquesta de aquellos tiempos. [...] El guajiro inculto, el guajiro analfabeto que había sabido comprender las tareas enormes que tendría la Revolución después del

triunfo y que se estaba preparando desde las primeras letras para ello, no podría acabar su labor.

El resto de los combatientes se retiran precipitadamente en medio del estruendo infernal de la fusilería y de una lluvia de gajos y hojas desprendidas por las balas. El bosque de yayas del alto de Espinosa queda chapeado por el volumen de fuego enemigo. Debido a la presencia de los compañeros esperados, que rompen el silencio total y el estado de rigurosa alerta del destacamento rebelde con los fusiles listos, lo que habría sido un tremendo golpe para el enemigo se frustra.

Pero tampoco los guardias consiguen su propósito. La maniobra prevista, que podía haber puesto en grave peligro la vida de los combatientes rebeldes y la supervivencia misma de la guerrilla, fracasa como consecuencia, una vez más, de la previsión de Fidel. “Nacimos de nuevo”, apunta Raúl en una nota marginal al comienzo de las anotaciones de ese día en su diario de campaña.

Al comenzar el tiroteo, Armando Rodríguez se desprende por la ladera con su ametralladora Thompson. Mucho tiempo después, el arma aparecerá en la casa de un campesino a gran distancia del lugar, pero su dueño no se incorporará más a la guerrilla.

La mayoría de los combatientes rebeldes se retiran en dirección norte o noroeste, y se reúnen durante la retirada en tres grupos. Uno de éstos, el menos numeroso, está compuesto por Luis Crespo, Juventino Alarcón, Enrique y Miguel Díaz y *Pipo* Cabrera. De ellos no volverá a saberse hasta una semana después.

Fidel sale acompañado por Raúl, Ciro Redondo, Manuel Fajardo, Efigenio Ameijeiras, Juan Francisco Echevarría y José Morán. Raúl apunta en su diario lo siguiente:

Nosotros tomamos por la inmensa ladera de la montaña, siempre a la derecha, rumbo noroeste en busca del “Lomón”, montaña de la zona en cuya cima habíamos quedado de reunirnos en caso de dispersión. Durante dos horas sonaron tiros por

todas partes, muchos de los cuales nos silbaron por el lado. Rompíamos los bejucos sin andar deteniéndonos en las zarzas que se nos clavaban en las carnes, de las manos sobre todo. Por fin llegamos a un potrero. Fajardo rompiendo delante, detrás y por más atrás F. [Fidel], y así sucesivamente fuimos arrastrándonos por la yerba de paraná. Oíanse aún disparos cercanos, y mucho antes se oían muy opacos los disparos de ametralladora en el cañón del campamento que tan a tiempo abandonamos.

Han comenzado a bajar en dirección al arroyo de Limones y el río Macío, con la intención de cruzar al otro lado y enfrentarse a la fatigosa subida del Lomón. Fidel está consciente de que Eutimio conoce ese punto de reunión, pero cuenta con que el resto de los combatientes seguirán disciplinadamente sus instrucciones y también acudirán allí. Prefiere correr el riesgo con tal de reunir de nuevo el destacamento por tercera vez disperso.

El grupo más numeroso que se retira del alto de Espinosa está compuesto por Juan Almeida, quien toma el mando, Che, Camilo Cienfuegos, Guillermo García, Ciro Frías, *Julito* Díaz, Universo Sánchez, *Beto* Pesant, *Yayo* Reyes, Daniel Motolá, Emilio Escanelle y Emilio Labrada. Che escribe en su diario.

El campo quedó vacío y yo me encontré solo entre una profusión de mochilas abandonadas. Yo corrí hasta la mía pero estaba desbaratada por mí para sacar la manta, en el tejemaneje de arreglarla a toda carrera dos balas de ametralladora o M-1 se clavaron a un par de metros donde estaba, creí que me tiraban y salí zumbando, apenas con la manta que tenía sobre los hombros. Allí quedó, con los libros, medicinas, un rifle y todo lo mío. Cuando reaccioné y me di cuenta que esas balas eran casuales, ya era tarde y mi vergüenza fue mayúscula. Cuando íbamos

a retaguardia con Almeida un par de balas nos volvieron a dar de cerca. [...] Tomamos un camino oblicuo alejándonos del Lomón de Tatequieto, que era a donde nos debíamos encaminar en caso de dispersión, para después volver, cruzar el río y tomar la Maestra. La persecución estaba cercana. Se oían disparos aislados de M-1 que no se alejaban mucho de donde nosotros íbamos.

Los combatientes de este grupo siguen durante toda la tarde una dirección paralela a la de Fidel por dentro del monte, unos 200 ó 300 metros más arriba en la misma ladera. Más o menos a idéntica hora que el otro grupo llegan al borde del potrero al que también llegó Fidel, pero deciden esperar la noche para cruzar el descampado. Che lo narra así:

Ya a las 5 y 15 llegamos a un lugar abrupto en que el monte se acababa. Tras algunas vacilaciones, decidimos esperarlos allí [a los guardias]. Si venían abrirles fuego, si no, esperar la noche y seguir. Afortunadamente ya no aparecieron y pudimos seguir nuestra ruta con Ciro [Frías] de guía. Antes, Julio [Díaz] y Universo [Sánchez] habían propuesto una división en dos patrullas para acelerar la marcha y dejar menos rastros, pero nos opusimos para conservar la integridad del grupo. Bajamos por un arroyo hasta llegar al río Limones y lo seguimos un poco; tomando luego un trillo que nos llevó a un monte escarpado y cerrado, allí hicimos noche.

Los combatientes que acompañan a Fidel, mientras tanto, han terminado de atravesar a rastras el potrero y han seguido avanzando. Pasan el arroyo de Limones y llegan al borde de otra alturita descampada sobre el río. Sigamos con palabras de Raúl:

Decidimos esperar la noche, por lo peligroso que era atravesar otro potrero que teníamos delante, y en

una zanjita llena de matojos decidimos esperar la noche. Teníamos la esperanza de que lloviera como en días anteriores para escapar bajo la lluvia, pero el sol estaba más resplandeciente que nunca. Los minutos eran los más lentos que he vivido en mi vida. Aún se sentían los disparos que al parecer ellos hacían a los matojos y demás lugares que ellos suponían podíamos estar ocultos. Ya oscureciendo fue que empezó a llover muy tenuamente, cuando ya no hacía falta. Salimos y atravesamos el potrero, pensando que podían tener copados los trillos de los alrededores. Pretendíamos atravesar el río más arriba y después de avanzar varios metros en una hora, vimos que era imposible el empeño por encontrarnos tremendo farallón. Bajamos por fin por el trillo y en el río nos tomamos una botella de miel con agua y decidimos llenar la botella con agua para reserva, en la espera del “Lomón”.

Caminando llegamos a Arroyones, donde atravesando el río tuve la desgracia de caerme de cabeza en el mismo, empapándome completamente y sin tener más nada que ponerme, pues no pude recoger la mochila en el encuentro. Empezamos a subir, y después de haber roto con el pecho de Fajardo y algo con los nuestros una tupida manigua, llegamos a las 2 de la madrugada a las laderas boscosas del “Lomón”.

A menos de cuatro kilómetros de distancia en línea recta, los guardias han seguido peinando furiosos los alrededores del alto de Espinosa durante toda la tarde. De toda la tropa rebelde, han encontrado tan sólo el cadáver de Julio Zenón Acosta, que un campesino cubre apresuradamente con un poco de tierra en el mismo lugar donde cayó, y algunas mochilas y efectos. Casillas, quien sabe que Batista está esperando ansiosamente la noticia de la liquidación de Fidel

y tiene todo listo en La Habana para divulgarla, no puede explicarse qué ha pasado, cómo es posible que su astuta encerrona no haya dado resultado. No sabe que, una vez más, la guerrilla ha sobrevivido gracias a la intuición y la astucia mayor de su jefe.

DOMINGO 10 DE FEBRERO

Almeida y sus compañeros han cruzado el arroyo de Limones casi por el mismo punto por donde lo atravesó Fidel, con pocas horas de diferencia. Los combatientes han seguido caminando en dirección al norte. Han pasado también por Arroyones y han parado a dormir un rato en lo alto de la loma de las Dos Hermanas.

Al día siguiente han reanudado la marcha. Alguien ha propuesto dividir el grupo en dos, pero Almeida y Che se oponen. Se barajan diversas posibilidades en cuanto a la ruta a seguir, pero el jefe del grupo hace prevalecer su criterio de que el único destino ha de ser el Lomón, para cumplir el compromiso de reunirse con Fidel. Emilio Labrada se separa con la misión de hacer contacto con el jefe guerrillero y regresar a informar. Al respecto, Che apunta en su diario:

Día de quietud total. Labrada fue enviado a comunicarse con Fidel en el Lomón con el encargo de reunirse con nosotros en La Habanita trayendo órdenes. Por la noche hicimos una corta caminata desde las Dos Hermanas, donde estábamos, a La Habanita, donde dormimos.

En realidad, Almeida y sus compañeros se han movido esa noche hasta un monte cercano a La Derecha de la Caridad y el Lomón.

Los combatientes del grupo de Fidel, mientras tanto, pasan la mañana en la falda nordeste del propio Lomón, un poco más arriba del lugar a donde habían llegado la noche

anterior. Han alcanzado un pequeño rellano a poca distancia del firme. Cerca, en una estancia, encuentran algunas frutas con las que se regalan un espléndido desayuno. Raúl escribe:

Menos mal que Fajardo me prestó una toalla seca y una camisa, y con una frazada de Morán dormí con Ciro [Redondo], enjorquetado con un palo entre las piernas para no rodarnos para abajo, y a pesar de todo pudimos dormir a causa del inmenso cansancio que traíamos. Al levantarnos, subimos más arriba donde decidimos esperar hasta las 12 del día. Allí, al lado del tronco de un árbol grande, preparé con la peluza que cuelga de los árboles [la guajaca] una buena cama para dormir. Ya no había dudas de la traición de Eutimio, y lo peor del caso [es] que él sabía que el punto de reunión era el “Lomón”, y si estábamos allí corriendo el riesgo de otro encuentro o cuando menos con un bombardeo de la aviación, era por lealtad a los compañeros que probablemente y obedeciendo la consigna irían para allá. Subiendo, llegamos a un llanito que hay antes de llegar a la cresta y donde hay sembrado un cafetalito. Paramos, mientras el gallego Morán y Chav [Juan Francisco Echevarría] iban a explorar. Al rato regresaron y de una estancia que estaba en una falda a la izquierda del cafetal, trajeron una papaya, una mano de plátanos maduros y varias cañas. Magnífico desayuno.

Decidimos dar el último empujón, y después de atravesar un trillo que atraviesa la loma por la mitad de la última parte, trillos que los hay en casi todas las montañas, llegamos a la cresta. Mientras descansaban los demás, me fui de exploración y encontré un magnífico lugar debajo de una inmensa roca cubierta de árboles con un gran saliente de piedras, que nos protegería del agua, del frío y de la aviación. Nos fuimos para allí. Colocamos una posta por si llegaba alguien de nuestra gente. Ese día

comimos un poquito de leche condensada y sardinas en pequeñas proporciones. El tema, como es natural, seguía siendo el caso de la traición de Eutimio. No llovió ese día, que teníamos techo y dormimos bien.

El lugar encontrado por Raúl en el mismo capullo del Lomón tiene condiciones tan favorables para campamento guerrillero que servirá de punto de referencia de los rebeldes en muchas ocasiones posteriores.

Ese mismo día, en La Habana, Herbert Matthews se reúne en la oficina del *Times*, en la calle Refugio, con Felipe y Javier Pazos. Ya la señora Phillips lo ha impuesto de la cuestión, y el veterano periodista se ha quedado estupefacto, a pesar de que venía condicionado para esperar algo sorprendente. La versión más generalizada en esos momentos es que Fidel ha muerto y que la lucha en la Sierra está liquidada. El régimen de Batista ha sabido tender una cortina de desinformación alrededor de la situación en la provincia oriental. Si lo que Ruby Phillips le ha contado resulta ser cierto, Matthews comprende que lo que tiene en sus manos es una verdadera bomba periodística.

En la reunión con los Pazos, el norteamericano pide más información. Una vez que ha creído convencerlo de que la proposición es seria, Felipe Pazos pregunta diplomáticamente si el *Times* enviaría un reportero más joven, o si Matthews se siente en condiciones de subir a la Sierra. El periodista sonríe y dice que irá él mismo, mientras piensa que evidentemente su interlocutor no sabe que un cazador de noticias como él subiría no la Sierra Maestra, sino el Himalaya, de cabeza con tal de poder realizar un reportaje semejante.

Javier Pazos dice que informará la respuesta de Matthews a sus contactos. Mientras tanto, el periodista deberá estar disponible para emprender el viaje dos o tres días más tarde. Faustino es puesto al tanto de la situación y se informa también a Celia en Manzanillo.

LUNES 11 DE FEBRERO

La noche ha sido tranquila para los combatientes acampados en la cima del Lomón. Se han tomado precauciones para evitar otra sorpresa, pero no ha ocurrido nada. En realidad, el enemigo no se ha mostrado dispuesto a intentar un nuevo cerco, a pesar de que conoce por Eutimio Guerra la posible localización del destacamento guerrillero.

Poco después del amanecer, Fidel envía a Morán y Echevarría a la casa de Raúl Barroso, en Tatequieto, al pie de la falda suroeste del Lomón. Barroso ha brindado una colaboración valiosa a la guerrilla hasta ese momento, y ahora responde de nuevo.

Los dos combatientes suben al mediodía acompañados por el campesino. Traen un caldo de gallina y algunas viandas que han preparado en la casa. Pero lo más importante es que Barroso informa que en La Derecha de la Caridad de Mota, al noroeste del Lomón, vive una familia amiga con la que se puede contar. Se ofrece a ir hasta allá a caballo a avisar, e indica el mejor camino que pueden tomar los combatientes para llegar al lugar sin contratiempos. Se compromete además a estar al tanto de la llegada de los demás miembros del destacamento dispersos, para irlos encaminando hacia el nuevo campamento. Raúl narra en su diario:

Por la mañana me fui con Ciro R[edondo] a recorrer la explanada y después de no ver a nadie, recogimos tres naranjas agrias y varios limones que llevados a la cueva sirvieron de desayuno. Tempranito salieron también Morán y Chav para El Tranquilo [Tatequieto], a casa del señor de las doce p. [Se refiere a Raúl Barroso y a la oración de las Doce Palabras que el campesino le enseñó a su paso anterior por ese lugar.] [...] Antes de irse nos estuvo contando las noticias que había oído y son tan infantiles que sólo

traslucen las ganas de estos campesinos de que ganemos nosotros: Pues dicen, nos contaba atónito, que de 140 guardias que subieron sólo bajaron 9. (??) Naturalmente que los demás se deben haber quedado arriba porque los agarró la noche, pero no muertos como suponen nuestros amigos.

Tomamos por el trillo indicado [por Barroso], que tenía muy poco uso por no haber huellas y por las telas de arañas que a nuestro paso encontramos, y llegamos a más de media tarde a un potrero, donde teníamos que esperar. En el bosque tuvimos necesidad de saciar la sed con los bejucos de agua que nos había enseñado el viejo Crescencio [bejuco de parra].

A la caída de la tarde han llegado a su destino: la casa de los hermanos Dionisio y Juan Oliva en La Derecha de la Caridad. Suben por un arroyo hasta un bohío de guano desocupado a menos de cien metros de la vivienda de los Oliva. Por la noche, los campesinos traen viandas, carne de puerco y café.

Sigue narrando Raúl:

Por la tardecita los chiflidos de contraseña nos pusieron en contacto con los hermanos “Aceite” [Oliva], después de las palabras preliminares y de algunas aclaraciones, marchamos por el cañón de un débil arroyito de muchos matojales y nos detuvimos en una casita de guano bastante destartalada y que ellos tenían abandonada; allí nos quedamos, a 80 metros estaban las casas de ellos. Nos trajeron viandas con carne de puerco y después del traguito de café nos acostamos a dormir. A la 1½ nos repartimos las postas.

Por su parte, los combatientes del grupo de Almeida pasan este día moviéndose por las inmediaciones del Lomón. Emilio

Labrada no ha regresado. Ahora son once los que se dirigen al encuentro con Fidel. Che escribe:

El día lo pasamos a pocos pasos de donde habíamos dormido. Cometimos un error muy grosero caminando por el firme de la loma a plena luz del día y sin monte, pero afortunadamente no tuvo consecuencias. Encontramos un negrito amigo de Guillermo y nos dio de comer dos veces. No pudimos llegar al lugar en que habíamos hecho la cita con Labrada y cuando lo hicimos, por la noche, no estaba. Caminamos toda la primera parte de la noche hasta la 1 en que nos acostamos por no caminar a la luz de la luna. Ya al dormirnos estábamos a la vista del Lomón.

MARTES 12 DE FEBRERO

Los siete combatientes del grupo de Fidel descansan durante todo el día en su pequeño campamento en La Derecha de la Caridad. Se han trasladado al amanecer a un monte cercano a las casas. Los hermanos Oliva siguen atendiéndolos y llevándoles abundante comida.

Desde la posición que ocupan se divisa perfectamente la cima del Lomón. A media mañana, cinco aviones ametrallan el firme de aquella loma. Es evidente que una vez más Eutimio Guerra ha denunciado la posible ubicación de la guerrilla. A los combatientes les preocupa el hecho, pues puede ser que algunos otros compañeros anden por esa zona, al igual que Raúl Barroso.

El grupo de Almeida, en efecto, ha llegado esa mañana al Lomón. Ciro Frías ha bajado a la casa de Barroso y allí se ha enterado de la intervención del campesino y de la nueva localización de Fidel. El grupo toma el mismo camino hacia La Derecha de la Caridad, y hace contacto temprano en la noche con los Oliva. Veamos lo que narra y comenta Che:

Al levantarnos y subir un cayó de monte nos encontramos con que no era firme como había asegurado Ciro [Frías], sino que por el contrario, había varios bohíos por las cercanías, sin embargo estaban abandonados y pudimos pasar la zona sin mayores contratiempos, a pesar de que un grupito en el que estaba yo, además de Motolá, Emilio [Escanelle] y Pesant nos perdimos durante media hora. Iniciamos la fatigosa subida del monte que cristalizó al mediodía, encontrando en la casa huellas de gente nuestra. Cerca de las 2 de la tarde llegamos a un claro en los firmes del monte que permitía ver abajo la casa de Raúl [Barroso]. Ciro y Emilio fueron hasta allí y al no encontrar a nadie fue a una casa cercana [la de Fengue Lebrigio, suegro de Raúl Barroso] donde algunos amigos nos dieron una frugal comida para todos y la noticia de que Fidel se encontraba con siete hombres en la Derecha de la Caridad. Además se sabía ya que el chivato era Eutimio Guerra y no sólo eso. Había sido el que ordenara el ataque contra nuestro puesto de cocina [en Caracas] creyendo que todo el campamento estaba allí. La historia empieza después de Palma Mocha cuando lo detuvieron en una [hay una palabra ilegible] cambiándole la vida, 10 mil pesos y el ser guardia por la vida de Fidel. Él entonces nos buscó, nos localizó y después se fue con el pretexto de la madre enferma. Después de conocida la inutilidad de la tentativa nos buscó hasta localizarnos en casa de Florentino [Enamorado] y avisó que íbamos para el lugar llamado el Burro; como cambiamos de itinerario tuvo que volver a salir con otro pretexto cualquiera, aprovechando las facilidades que tenía y ordenó el ataque que nos eliminaría, el que fracasó por la oportuna retirada ordenada por Fidel. Además se decía que Julio Acosta había muerto y un guardia también, además de

varios heridos. Noticias sujetas a confirmación. En 55 minutos llegamos al lugar donde Fidel nos esperaba, encontrándonos con él, Raúl, Almejeiras, Ciro [Redondo], Fajardo, Echevarría y el Gallego Morán que parecía curado de sus viejas dolencias. Por la noche fuimos a dormir a una de las casas del vecindario, integrado por familias unidas por parentesco todas ellas.

Se han reunido de nuevo 18 combatientes. Gran parte de la noche la invierten en comentar la traición de Eutimio, que es ya una cuestión conocida entre los campesinos de la zona, y en conversar sobre los nuevos planes de acción. Raúl anota:

Ese día comimos viandas en abundancia y la carne de puerco que ya me estaba haciendo daño, máxime un verraco que era lo que nos estábamos comiendo. Por la noche, estando todos sentados al borde del bosque y comiendo a la luz de la luna, llegaron para sorpresa y alegría nuestra uno de los "Aceite" [uno de los hermanos Oliva] con once compañeros más. Después de los abrazos e interrogaciones, pidieron comida. Amenazaba llover y es terrible pasar una noche en un bosque bajo la lluvia. Decidimos bajar a la casa de un primo de los Aceite [los Oliva] que con su familia se fue para la casa del pariente de al lado, y allí pasamos la noche con dos postas situadas en lugares estratégicos. Antes habían matado otro puerquito y con viandas comimos todos.

MIÉRCOLES 13 DE FEBRERO

Las exigencias de las primeras semanas de campaña han impedido a Fidel dedicar atención al asunto de organizar la reunión con los dirigentes del Movimiento, a pesar de que está muy interesado en ello y de que los jefes del llano están

ansiosos por tener ese contacto. Hasta el 22 de enero, la guerrilla tiene planteada la tarea de preparar y ejecutar las primeras acciones ofensivas contra el enemigo, y pocos días después debe enfrentar el problema, más apremiante aún, de su propia supervivencia, puesta en peligro nuevamente por las dispersiones de Caracas y el alto de Espinosa como consecuencia de la traición de Eutimio Guerra.

Pero precisamente estos dos hechos hacen más necesario efectuar la reunión. Hasta ese momento, el apoyo recibido del llano ha dependido en lo fundamental del ingente trabajo realizado por Celia Sánchez desde Manzanillo. Es preciso que la dirección del Movimiento discuta las formas de ampliar y diversificar este apoyo, y conozca la situación real y las necesidades más inmediatas para que pueda tomar urgentemente las medidas más oportunas.

Algunas de estas medidas ya están siendo tomadas por Frank País en Santiago, donde se está preparando un numeroso contingente de miembros del Movimiento que deberán subir a la Sierra a reforzar el destacamento guerrillero. Frank también quiere acabar de tener contacto con Fidel para coordinar todos estos planes.

Al plantearse la subida de un periodista, tal parece que los proyectos de reunión quedarán aplazados momentáneamente. Si la reunión se efectuase primero, se correría el peligro de quemar la vía de acceso a la Sierra del periodista. Pero, en realidad, resulta imposible seguir dilatando el contacto. Fidel decide, por tanto, que las dos actividades se efectúen de manera simultánea.

El lugar escogido por Fidel para tal propósito es la finca de Epifanio Díaz, en Los Chorros, a pocos kilómetros al sur de Purial de Jibacoa. Situada casi en el llano, en las últimas estribaciones de la vertiente norte de la Sierra, la finca de Epifanio ofrece varias ventajas naturales. En primer lugar, es lo suficientemente grande como para asegurar la permanencia de la guerrilla sin llamar la atención de vecinos u otras personas ajenas a los planes. Si bien el relieve del

lugar es comparativamente poco accidentado, pues el terreno está si acaso ondulado por colinas que no rebasan los cincuenta metros de elevación, la finca está cubierta por potreros de hierba de guinea y cañadas boscosas que permiten el ocultamiento de la tropa. La zona tiene varios accesos relativamente fáciles para vehículos. Este hecho y el escaso relieve facilitan la llegada hasta allí de personas no habituadas a las marchas prolongadas por terrenos montañosos e intrincados.

Por otra parte, ya Fidel ha sabido de Epifanio y su familia por intermedio de Ciro Frías, quien, al igual que los compañeros del Movimiento en Manzanillo, han utilizado a la familia para diversas misiones. La finca misma ha servido como lugar de contacto y de tránsito. Enrique y Miguel Díaz, hijos de Epifanio, han venido con Ciro y acompañaron a la guerrilla durante varios días, hasta la dispersión en el alto de Espinosa.

Las mismas condiciones topográficas de la finca, sin embargo, ofrecen algunos inconvenientes. El relieve llano y la vegetación localizada en cayos boscosos pueden poner en peligro la seguridad del destacamento guerrillero en caso de una sorpresa por parte del enemigo, que estaría en capacidad, a su vez, de concentrar con rapidez grandes contingentes de tropas en el lugar debido a la relativa facilidad de comunicaciones.

De hecho, el Ejército ha tendido un cerco en los firmes más próximos, en algunos lugares a menos de un kilómetro de los puntos por donde deberá moverse la guerrilla. Hay tropas acampadas en El Jíbaro, a poca distancia, y también en Las Mercedes. Todas las carreteras y caminos están interceptados por postas y patrullas del enemigo. Para llegar a la finca, los combatientes tendrán que flanquear el cerco por el oeste.

No obstante estos inconvenientes, las ventajas del lugar deciden a Fidel. La entrevista de prensa y la reunión del Movimiento se efectuarán en la finca de Epifanio Díaz el 17 de febrero, en medio de todas las medidas de seguridad que sea posible ejecutar.

El día 13, Juan Francisco Echevarría sale del campamento guerrillero en La Derecha de la Caridad con la misión de avisar al Movimiento en Manzanillo que las dos actividades tendrán lugar allí en esa fecha. Posiblemente el día anterior ha llegado el aviso de Celia desde Manzanillo, transmitido a través de la familia de Epifanio Díaz, de que el periodista está ya dispuesto en La Habana para hacer el viaje a la montaña. Echevarría llega a la casa de Epifanio ese mismo día, y al atardecer Felipe Guerra Matos, combatiente clandestino del Movimiento en Manzanillo quien tendrá una participación decisiva en la ejecución de estos dos encuentros, lo recoge y lo pone en contacto con Celia.

Por la noche, en casa de Guerra Matos, se reúnen Celia, Micaela Riera, *Quique* Escalona, Nardi Iglesias y Rafael Sierra. Celia informa que Fidel autoriza la subida del periodista y solicita la presencia de la dirección del Movimiento para sostener la reunión tan esperada. Guerrita recibe la misión de organizar los detalles del traslado de los grupos y los contactos, mientras Escalona y Nardi Iglesias salen para Santiago a avisar a Frank. En Bayamo los detienen en la carretera, pero logran seguir viaje.

En La Derecha de la Caridad, Che anota en su diario: “A media mañana llegó un succulento desayuno con puerco y viandas que nos descompuso el estómago más, pues el día anterior un macho lo había empezado a aflojar”.

Ese día, ocurren dos hechos en el campamento de la guerrilla. Uno es la incorporación a la tropa de Luis Barreras, llamado “el Maestro”, hombre de antecedentes dudosos cuyo ingreso condicional acepta Fidel, entre otras razones, porque los campesinos amigos de la zona quieren librarse del personaje y porque Barreras puede delatar por imprudencia o interés la presencia de la guerrilla.

El otro incidente es el intento de desertión de José Morán. El combatiente, que ya manifiesta desde hace días una conducta sospechosa, abandona el campamento sin autorización poco después de la salida de Echevarría. Sin embargo, regresará dos días después y ofrecerá unas explica-

ciones poco convincentes. Quizás tratara de alcanzar al enlace para salir con él, y al no lograrlo no se haya atrevido a proseguir su huida solo. Las notas de Che sobre estos dos hechos son interesantes:

El día estuvo caracterizado por dos sucesos: 1) La desertión del Gallego Morán. El mismo que se tragaba las lomas y los soldados dejó su equipo y silenciosamente se marchó, aparentemente entre las huellas de Echevarría que había salido a pie para Manzanillo por la mañana. 2) La admisión de un nuevo miembro, maestro de profesión, que había peleado, según él, en el Moncada, es charlatán de siete suelas. El interrogatorio demostró que no había peleado nunca en el Moncada y su problema era una yunta de bueyes que se robó o que le dieron por robada en su tierra. Se le admitió para que se fuera de la zona, pues los vecinos sospechaban de él o mejor de su locuacidad pero se le previno sobre faltas a la disciplina. Se había decidido partir al atardecer pero, por fin, se decidió salir al día siguiente por la mañana.

Raúl observa ese día:

Volvimos al “campamento” del día anterior antes que aclarara. Ya era pública la noticia de que el comandante Casillas había ofrecido 10 mil pesos por la confidencia que pudiera proporcionarle la cabeza de F. [Fidel] y que había ofrecido a sus superiores acabar con nosotros antes del día 15. Claro que estos cálculos estaban basados en la ayuda de la traición de Eutimio. Sabemos que después del fracasado complot del día 9, los guardias decían que cómo habíamos podido escapar si ya nos tenían copados y habían tomado todas las laderas, etcétera. Por la tarde vinieron las esposas e hijos de algunos campesinos que querían conocer a F. Traían café endulzado con guarapo. [...] Hoy salió para O-M

[Manzanillo] el compañero Chav [Echevarría], volverá el 16 para la en-3-viu [entrevista] y nos veremos en el punto X [la finca de Epifanio Díaz]. También tuvimos un desertor: el gallego Morán. Se fue una hora después de Chav, probablemente trataría de alcanzarlo, meterle algún cuento y tratar de salir con él. Desde hace días su conducta era rarísima y no en otra cosa podía terminar. Si lo agarramos, tendrá que vérselas con la pelona. Después de hablar con el Maestro y discutirse su caso, haciéndole las advertencias necesarias, se aceptó su ingreso que le comuniqué yo, aunque le pedí que a pesar de todo lo pensara bien y me respondiera mañana.

JUEVES 14 DE FEBRERO

Raúl comienza así sus anotaciones correspondientes a esta jornada:

Hoy es el día de los enamorados y con todos estos sacrificios, le estamos haciendo todos los días el mejor regalo a nuestra amada Cuba. A las 8 y 10 de la mañana, después de un buen desayuno de viandas y de que un campesino gordito y de ojos oblicuos, que el día anterior mirando un rifle Johnson exclamó muy graciosamente: “¡Ah, cará, y éste está preñado!”, viene corriendo para pedir permiso, pues su mujer se había quedado abajo en la estancia y quería subir a conocer a F. [Fidel], accedimos y al rato se aparecía su compañera a conocer a nuestro jefe. Nos despedimos con abrazos de aquellas buenas gentes, y partimos loma arriba en busca del firme.

La columna guerrillera emprende la marcha por la mañana. Fidel quiere acercarse a una jornada de camino de la finca de Epifanio Díaz, para asegurar su llegada a ese punto el día 16.

Los combatientes cruzan el firme y comienzan a descolgarse al otro lado, en dirección al lugar conocido como Cayo Probado. Dionisio Oliva les sirve de práctico. Raúl asienta en el diario lo siguiente:

Eran las 10 y 30 cuando un tiroteo, que no lucía muy distante nos detuvo a observar. Al parecer era por el alto de Piñonal [a unos 4 kilómetros al este]; sonaban muchas ametralladoras y los disparos de morteros duraban toda la tarde. Desechamos el firme por oír demasiado cerca una ametralladora y seguimos caminando por la ladera izquierda. En uno de cuyos lugares, por donde iban las señas características de Crescencio, aparecieron al lado de unas sobras de bagazo y cáscaras de caña, la frazada y unos botines de marinero de Ramirito, probablemente los abandonaría por excesivo peso. [...] A las 4 p.m nos sorprendió un aguacero torrencial, lo pasamos en un cañón que al poco rato empezó a correr algo y se convirtió en un arroyito. Esperamos pacientemente durante una hora, medio mojándonos, a que escampara la lluvia y después quedaría el goteo de las gotas de los árboles.

El práctico que los acompaña se ha adelantado hasta la casa de Diógenes Suárez, conocido por Prieto, y de su esposa Hilaria Hernández, conocida por Lala. Regresa después del aguacero y los encamina allí. Sigue narrando Raúl:

Mandamos a Aceite [Dionisio Oliva] que nos había servido de guía y fue a ver a unos amigos que estaban cerca en el lugar de Cayo Smith [Cayo Probado], quien regresó después del aguacero y nos encaminamos, dando resbalones, hacia la casa que estaba bastante cerca. Hicimos un alto para oír el noticiero de la CMQ. Entre otras cosas, se oyó que el jefe de la Policía ofrecía 5 mil pesos de recompensa

al que denunciara alguna fábrica de bombas, o denunciara a algún terrorista. Eso sólo quiere decir que las bombas deben estar en La Habana como los tiros en la Sierra. A un lado dejamos a San Lorenzo y a otro a los cabezos de la C. de M. [se refiere a las cabezadas del río Mota, en La Caridad de Mota]. Ya oscureciendo se sintieron 5 ó 6 morterazos más. Llegamos al bohío donde ya nos tenían servido un soberano ajiaco, con repetición, raspita y todo. Después de tomar abundante café con guarapo y de conversar un largo rato, dormimos aquí mismo, previa posta cubriendo el único caminito, que, desviándose del real, llega a la casa. La señora de aquí es hermana de aquellos que en X [se refiere a los Hernández de La Caridad de Mota] nos prepararon un fricasé de guanajo muy sabroso y su padre le mandó a decir que si algún día pasábamos por aquí nos atendiera bien y sus deseos estaban siendo de sobra satisfechos.

No fue solamente Raúl quien quedó impresionado con el ajiaco preparado y servido por Lala, la esposa de Prieto, aquella noche. Así habrá estado de sabroso cuando muchos otros combatientes, incluido el propio Fidel, también lo recuerdan treinta años después.

A continuación, el relato completo de Che de esta jornada:

Temprano, luego de un succulento desayuno, partimos lentamente en dirección a La Habanita, casa de Domingo Torres, pariente de Crescencio y amigo de Eutimio. Queríamos enterar a la gente de la actitud de éste y calar a Domingo Torres. Cuando llegamos a un claro, cerca del lugar, empezaron los disparos de ametralladora y explosivos, alternando con disparos aislados de fusil. El tiroteo duró media hora sumiéndonos en la perplejidad de cual sería su origen. La zona era aproximadamente la de Piñonal cerca de La Habanita. Seguimos camino y encontramos

una frazada, una Selección y las botas que parecían ser de Ramirito Valdés. Lo que era indiscutible era que gente nuestra había pasado por allí. Al llegar a la cañonada de un arroyo seco, el guía fue a investigar a ver si localizaba a unos amigos que vivían en las cercanías, en el lugar llamado Cayo Probado. Poco después de salir, se desató un aguacero torrencial que empapó a casi todos, dado el poco equipo impermeable que llevábamos. Después de una hora de lluvia llegó el guía Dionisio [Oliva] con la noticia agradable de que la casa estaba cerca y ya había ordenado comida. Llegamos en un rato y allí comimos y dormimos. El dueño Diógenes Suárez nos informó que quince hombres nuestros habían estado en casa de Domingo, partiendo hace tres días con rumbo desconocido y que tiroteos como el oído, sólo se había producido uno, el 9 de febrero. Parecía claro que se trataba de una emboscada tendida con engaños de Eutimio a gente nuestra, pero ¿qué gente? Crescencio, los faltantes de la última dispersión [se refiere al grupo de Crespo], la gente de Manzanillo o de La Habana.

En la mañana de ese mismo día, *Quique* Escalona localiza a Frank País en la casa de Arturo Duque de Estrada, en Santiago de Cuba, donde Frank se oculta, y le informa las instrucciones de Fidel en el sentido de que la dirección del Movimiento en Santiago se traslade a Manzanillo para subir a la Sierra a sostener una reunión. Nardi Iglesias sigue en avión para La Habana a fin de comunicar a Faustino que debe estar en Manzanillo con el periodista lo antes posible, a más tardar en la noche del día 16.

Ese día también llega René Rodríguez a Santiago. Según sus instrucciones iniciales, debe recoger allí una cantidad de dinero que el Movimiento en esa ciudad envía a la Sierra. Frank le informa de las nuevas orientaciones de Fidel, y René sigue viaje a Manzanillo.

Al conocer el mensaje que trae *Quique* Escalona, Frank convoca rápidamente a Armando Hart, Haydée Santamaría y Vilma Espín. Les informa las instrucciones recibidas y se decide el traslado inmediato a Manzanillo por carretera, en un Dodge rojo que ha adquirido el Movimiento. Vilma, cuya función principal por aquellos días es la de servir de enlace y chofer de Frank y otros miembros de la dirección, irá manejando el carro.

Faustino, por su parte, al recibir por Nardi Iglesias la confirmación de que la reunión va a tener efecto y que la subida del periodista está autorizada, avisa a Javier Pazos para que se lo comunique a su vez a Matthews y comienza a ultimar los preparativos para el viaje.

VIERNES 15 DE FEBRERO

Antes de la salida del sol, los combatientes se trasladan de la casa de Prieto para un cafetal cercano. El día se desenvuelve sin incidentes notables. Raúl narra lo siguiente:

Desayunamos un guisado de carne de puerco con un gallo y yucas. Subimos después al firme, posición estratégica. Nos despedimos de O. Aceite, que tan útil nos ha sido. Pensamos pasar el día aquí y caminar por la noche hasta el punto X de la en-3-viu [la finca de Epifanio Díaz]. Nos llegaron informes que el tiroteo de ayer no fue ningún encuentro, sino que al parecer están peinando una zona para después meter la infantería. Como a las 11 y 30 empezó a oírse de nuevo el retumbar de los morteros por la misma zona de ayer: Piñonal. F. [Fidel] se ha dispuesto por fin a escribir el esperado manifiesto. El sol está débil, probablemente nos caerá hoy otro aguacero.

No tardaron mucho en comenzar los morteros por las zonas aledañas, algunos retumbaban muy cerca de nosotros. Al parecer usan varios morteros al

mismo tiempo, pues se sienten explosiones cercanas y lejanas. Desde una de nuestras postas se veía descender por el trillo de una loma a once familias que huían del bombardeo. Al pasar cerca de ésta, sin que la vieran, iban hablando: “Dios mío, no van a dejar a un solo ruchín (jutía) ni nuestras cosechas podremos recogerlas, van a acabar con todos nosotros.”

Mientras duraba el bombardeo, ya algo acostumbrado a ello, me leí en unas Selecciones del año pasado el relato de Thenzind, el sherpa que en compañía de un inglés escaló el monte Everest. Después pensé que sumando los metros de montaña subidas por nosotros, ¿cuántos Everest habremos escalado?

El “esperado manifiesto” a que hace referencia Raúl es un documento dirigido al pueblo de Cuba en el que se expusieron los propósitos de la lucha iniciada en la Sierra Maestra.

Che comenta, con relación a la actividad del enemigo:

Ahora parece que todo el ruido fue una simple práctica de la gente de Pimontañaonal, al menos así lo dice el dueño de casa [Prieto] que fue a averiguar en las cercanías del hecho. Se oyeron durante toda la tarde disparos intermitentes de morteros que según parecía tenían varios rumbos, pero la versión más generalizada es que tiraban a la loma de las Dos Hermanas, por donde habíamos pasado hace varios días. A la hora de comer un riquísimo chilindrón de chivo tuvimos una visita inesperada: el Gallego [Morán], con uno de sus cuentos; al ir a cagar había visto a Eutimio cerca del campamento y lo siguió durante todo el día, hasta que se le perdió y no pudo llegar al campamento ese día. La verdad es que Dionisio Oliva, que trajo al Gallego, dijo que Eutimio había estado por la casa de él, pero al día siguiente de lo que el Gallego dijera. En ese momento Dionisio estaba con nosotros, de modo que no pudo traerlo

pues el imbécil [Eutimio] sigue empecinado en creer que nosotros no sospechamos de él. A Juan, hermano de Dionisio, le previno que efectivamente estaba con los guardias y tiene el plan de matar a Fidel de un tiro y abrirse paso con las granadas que lleva. El Gallego, que estaba en casa de Juan, quiso ir a matarlo pero éste se opuso, según la versión del mismo Morán, para no escandalizar al barrio. La verdad de la actitud del Gallego es muy difícil saberla, pero para mí se trata simplemente de una deserción frustrada al no encontrar a Echevarría, a quien presumiblemente pensaba utilizar de guía.

Ese mismo día René Rodríguez llega a Manzanillo procedente de Santiago, y hace contacto con Celia en la casa de René Vallejo. De allí es trasladado a la de Pedro Eduardo Saumell en espera de los demás que irán llegando de Santiago de Cuba y La Habana.

Antes de salir de Santiago, Frank pide a Duque de Estrada que le compre unos cuantos rollos fotográficos para una cámara que piensa llevar al encuentro con Fidel, así como un ejemplar del último número de la revista norteamericana *Time*. Ya Frank sabe por Celia que la entrevista que Fidel había planteado desde el principio se efectuará simultáneamente con la reunión para la que han sido citados. Sabe también por Celia que se ha conseguido un periodista norteamericano de mucha fama, y quiere ir preparado para dejar constancia gráfica de la entrevista. Por eso lleva el ejemplar de *Time*, para que aparezca en alguna foto como forma de corroborar la fecha en que se toma.

Pero Celia no ha dicho a Frank el nombre del periodista. Ella misma se entera casi en el último momento, cuando Nardi Iglesias le confirma el propio día 15 el viaje de Faustino. Frank tampoco informa al resto de la dirección en Santiago lo de la entrevista de prensa. La compartimentación de la información, típica de la disciplina organizativa inculcada por

Frank en la actividad clandestina del Movimiento, y respetada por Celia, funciona una vez más en este caso.

Esa misma tarde, Frank País, Armando Hart, Haydée Santamaría y Vilma Espín llegan sin novedad a Manzanillo desde Santiago de Cuba. Celia los recibe en casa de Saumell. Les informa de la inminente llegada del periodista con Faustino Pérez desde La Habana, y al atardecer sale con Frank y Guerra Matos, en el jeep de éste, hacia la finca de Epifanio. Hart, Haydée y Vilma se distribuyen para pasar la noche entre las casas de Saumell y de Manolín Arca.

Celia y Frank llegan a la finca de Epifanio esa misma noche. Allí encuentran a Luis Crespo y Juventino Alarcón, quienes están en el lugar hace tres días. Los combatientes han llegado en compañía de Enrique y Miguel Díaz, los hijos de Epifanio, y de *Pipo* Cabrera, con quienes se han separado del resto del destacamento el día 9 en el alto de Espinosa.

Conocedores de la zona, los hijos de Epifanio han marchado directamente hasta su casa sin ningún contratiempo. Al llegar, Crespo ha avisado a Manzanillo por intermedio de Enrique, y ha decidido esperar allí el tiempo que fuere necesario hasta reunirse de nuevo con Fidel. Al día siguiente de su llegada, sin embargo, Juan Francisco Echevarría pasa por el lugar camino de Manzanillo con noticias de que Fidel ha eludido el cerco y se dirige precisamente al lugar donde están ellos.

Celia y Frank siguen caminando el resto de la noche. Crespo les informa que Fidel no ha llegado, pero ellos saben que la guerrilla tiene que estar a punto de aparecer y quieren adelantar lo más posible el momento de hacer contacto.

Mientras tanto, en La Habana, Herbert Matthews no ha permanecido ocioso. Después de sus contactos iniciales con Felipe y Javier Pazos, ha aprovechado el tiempo para entrevistarse con diversas figuras políticas y representantes de los grandes negocios, a fin de obtener la mayor cantidad posible de informaciones sobre la situación general del país. Después de su regreso de la Sierra logrará, incluso, hacer

contacto con José Antonio Echeverría y otros miembros del Directorio Revolucionario, que ya en esos momentos están operando en la clandestinidad e inmersos en los preparativos del asalto al Palacio Presidencial.

Javier Pazos se comunica telefónicamente con Matthews en la oficina del *Times* a las 5:30 de la tarde del día 15, y le dice que esté listo en una hora para partir hacia la Sierra. El periodista corre a su habitación en el hotel Sevilla, a poca distancia de la oficina, para preparar lo necesario. Ya de antemano ha decidido llevar a su esposa Nancie para despistar a los servicios secretos de Batista con relación a la verdadera índole de su viaje a Oriente, en caso de que den con la pista de sus actividades. Ha adquirido en La Habana ropas apropiadas con el pretexto de que va a salir de pesquería por unos cuantos días.

A las 10:00 de la noche, Javier Pazos recoge en el hotel al matrimonio norteamericano. En el automóvil, un Plymouth último modelo, está esperando Faustino. Va manejando Lilliam Mesa, la dueña del carro.

El viaje de noche a lo largo de toda la Carretera Central transcurre normalmente. No obstante, la tensión de los ocupantes del automóvil es tanta que ninguno siente sueño. Conversan poco. A pesar de que habla bastante bien el español y lo entiende mejor, Matthews utiliza a Pazos como intérprete para hacer algunas preguntas. Todavía no sabe ni se le dice quién es Faustino, ni que se trata de uno de los expedicionarios del *Granma* y miembro de la dirección nacional del Movimiento. A veces, para romper la monotonía de la carretera, cantan un poco.

Esa misma noche, en Cayo Probado, la columna guerrillera se dispone a emprender la marcha al encuentro del periodista y los compañeros del Movimiento. Raúl apunta en el diario:

Oscureciendo, nos acercamos al arroyo donde nos llevaron un chilindrón de chivo picantico y abundante.

Más tarde acompañé a F. [Fidel] que con su escolta y el Che iban a ver a un niño de la casa que estaba enfermo. Un rato más tarde empezó a lloviznar y como ya estaba oscuro se ordenó que subieran el resto de los muchachos. Nos dieron abundante café y partimos preparados ya para la larga jornada de veinte y pico de kilómetros de esta noche. Nos sentíamos como robles después de haber recuperado las fuerzas con tres o cuatro buenas comidas.

Como a la hora de haber salido de la casa de Prieto, los combatientes alcanzan el firme de la Maestra en La Habanita. Junto al camino real está la tienda de Domingo Torres, el campesino amigo de Crescencio en cuya finca éste acaba de pasar unos cuantos días. La tienda está sola y cerrada. Después de llamar repetidas veces, fuerzan la puerta trasera y recogen algunas mercancías. Fidel prepara una nota minuciosa de todo lo que llevan, con la intención de pagar al campesino en la primera oportunidad posible.

Poco después de la medianoche, la columna reemprende la marcha. Raúl escribe al final de los apuntes de ese día:

Antes de media noche pasamos por una bodega abandonada, pues estaba en una de las zonas desalojadas, propiedad de un amigo, el que después de llamársele reiteradas veces nos vimos obligados a forzar la puerta de atrás y proveernos de alguna latería. La luna llena, el cielo despejado y adornado de estrellas y la majestuosidad de la Sierra Maestra, le daban al viaje un aspecto de alegre excursión. La mayoría del camino la hicimos por el camino real, tomando todas las precauciones. Llegamos a la parte de la Sierra donde se dividen las aguas. Desgraciadamente para nuestras operaciones, en esta parte de la Sierra sólo hay algunos cayos de monte, lo demás son potreros y algunos cafetales.

La descripción de Che es como sigue:

Al anochecer salimos de la hospitalaria casa del Prieto tomando rumbo a lo de Epifanio [Díaz]. En el camino —camino real directamente— topamos con la bodega de Domingo Guerra [Torres] y como no había nadie la tomamos por asalto encontrándonos con un verdadero paraíso de latas. Comimos prácticamente a discreción y luego de dejar el rastro en sentido contrario, continuamos nuestra marcha, guiados por Ciro Frías. A las 3 pasamos por un caserío llamado El Jíbaro y poco después llegamos a un cayo de monte que pertenecía al viejo Epifanio junto a un arroyo. Allí acampamos y yo, entre otras cosas, me comí dos latas de sardinas de las grandes, las que me cayeron bastante mal. Dormimos pocas horas, a las 4 y 30 nos acostamos.

SÁBADO 16 DE FEBRERO

La caminata nocturna de la columna guerrillera es larga, pero no resulta particularmente fatigosa. A las 4:00 de la mañana llegan finalmente a las tierras de Epifanio Díaz. Raúl relata:

Nos agarra la madrugada del nuevo día aún en nuestra jornada. Ya hemos desechado el camino real y andábamos bordeando potreros cómodos de transitar, a pesar de las abundantes lluvias de estos días. Sólo hay fango en los lugares donde se estanca el agua y el sol no llega por alguna arboleda. [...] Por fin, como a las 4 de la madrugada, estábamos en el potrero de la finca que era nuestra meta.

Después de una bajada difícil llegamos a un arroyito a cuya margen pernoctamos lo que quedaba de noche. Algunos se lavaron los pies para refrescar el

ardor que a veces se siente después de las largas caminatas. Yo, sin fuerzas para quitarme las botas, ni los botines de marinero que desde el ataque a La Plata traigo, preferí dormir con los pies ardiendo y con las botas puestas.

Los combatientes se ponen en marcha nuevamente alrededor de las 6:00. Después de caminar algunos cientos de metros por los potreros de la finca, Fidel ordena detenerse en un pequeño bosquecito, y manda a Ciro Frías a que se adelante hasta la casa de Epifanio para conocer con la familia la situación y ver si ya han llegado los compañeros que se esperan de Manzanillo.

Ciro apenas ha salido cuando tropieza con el grupo donde vienen Celia, Frank y sus acompañantes. A los pocos minutos está de regreso en el improvisado campamento con todos ellos. El encuentro está preñado de alegría y emoción.

Fidel no conoce personalmente a Celia, y no ve a Frank desde el viaje de éste en octubre de 1956 a México. Desde entonces han ocurrido acontecimientos dramáticos: el 30 de noviembre, el desembarco, la dispersión en Alegría de Pío, la angustia acerca de la posible suerte de Fidel, la euforia de los combates victoriosos de La Plata y los Llanos del Infierno, la incertidumbre de las pérdidas momentáneas de contacto después de las dispersiones de Caracas y el alto de Espinosa, la zozobra al conocer la existencia de un traidor entre las filas rebeldes. Ahora, Fidel vive, la guerrilla existe en pie de lucha, Cuba entera sabrá pronto que la batalla prosigue. La victoria está garantizada.

Al fin Fidel conoce a la mujer que, desde Manzanillo, en medio de la más estrecha vigilancia y la más brutal represión, ha cumplido cabalmente la tarea de garantizar la retaguardia de la guerrilla, la “Norma” ya casi legendaria cuya febril y eficaz actividad preparatoria contribuyó decisivamente a la supervivencia del núcleo guerrillero en los peores momentos de la primera dispersión, y más tarde ha mantenido abiertos los

enlaces, ha enviado pertrechos y los primeros refuerzos en hombres y armas, y ha suministrado informaciones esenciales.

He aquí como narra Che el encuentro:

Nos colocamos en un cayito de monte a la orilla de la finca de Epifanio y mandamos a Ciro a buscar noticias, pero inmediatamente volvió con buenas nuevas: allí con él venían: Luis Crespo, Juventino [Alarcón], los hijos de Epifanio y el primo de Ciro. Juventino tenía una leve herida en un dedo provocada por el rozón de una bala de fusil; de Manzanillo y Santiago estaban Frank y Celia Sánchez. Fuimos al campamento de ellos, distante del nuestro unos metros y se procedió al reparto de golosinas, lo que provocó, naturalmente, una serie de indigestiones.

La primera preocupación de Fidel es por la seguridad de los luchadores del llano y por los preparativos de la reunión y la entrevista periodística. Celia le informa que a más tardar al día siguiente llegará Herbert Matthews, y que ya están concentrados en Manzanillo casi todos los miembros de la dirección del Movimiento. Fidel insiste en la necesidad de reunir en la Sierra a todos los militantes perseguidos en las ciudades, incluso las mujeres, y plantea ya su concepción acerca de la participación activa de la mujer en la lucha guerrillera.

Frank le relata en detalle los acontecimientos del 30 de noviembre y lo ocurrido después. Celia lo impone de la situación en Manzanillo y de las actividades que viene desarrollando el Movimiento. Discuten ampliamente las medidas que hay que tomar para hacer llegar lo antes posible a la Sierra el refuerzo de combatientes y armas que ya Frank prepara en Santiago. Acuerdan irlos concentrando poco a poco en casas dispersas en Manzanillo, y sacarlos luego por la misma finca de Epifanio Díaz. Celia queda encargada de organizar el recibimiento, ocultamiento y envío ulterior del contingente y las armas.

Fidel les narra todas las incidencias del destacamento guerrillero desde el desembarco y la dispersión de Alegría de Pío. Comenta la situación creada con motivo de la traición de Eutimio Guerra. Celia y Frank aportan las pruebas que han obtenido de la traición gracias a informantes y colaboradores del Movimiento. Fidel está convencido de que las perspectivas de la guerrilla son excelentes a pesar de que cuenta en ese momento con solo una veintena de hombres.

Al mediodía, el grupo se traslada a otro bosque en una cañada rodeada de potreros, a unos dos kilómetros de la casa del dueño de la finca. Los combatientes comen las provisiones que han traído Celia y Frank desde Manzanillo. Dice Raúl:

Abrazos apretados, alegría colectiva. Después de los primeros cuentos de ambas partes, acordamos trasladarnos para el campamentico cercano que tenían ellos por estar en mejor situación que este, e inmediatamente recogimos y nos marchamos. Pasamos un día muy contento comiendo infinidad de golosinas que nos habían traído y sobre todo por tener entre nosotros, aunque sea por breve tiempo, aquellos queridos compañeros que, con los demás que vendrían esa noche, constituyen en una gran parte la flor y nata del “26 de Julio”.

La tarde amenaza lluvia. Guillermo, Ciro Frías y Crespo construyen con pencas y yaguas un ranchito donde se instalan Fidel, Raúl, Celia y Frank, quienes siguen conversando hasta la caída de la noche. Fidel ha decidido quedarse allí para esperar al resto de los compañeros y al periodista.

Este último y sus acompañantes han llegado al amanecer a Camagüey. El grupo desayuna en el Gran Hotel y siguen por la Carretera Central hasta Bayamo. Comienza entonces la etapa más riesgosa del viaje. La carretera de Bayamo a Manzanillo está interceptada por patrullas del Ejército. A pesar de la apariencia típicamente norteamericana de dos de los pasajeros del automóvil y su cobertura como turistas,

existe la posibilidad de que los soldados pidan la documentación de los viajeros y entren en sospechas. En una ocasión son detenidos, pero se les permite seguir viaje sin mayores complicaciones.

El grupo llega sin novedad a Manzanillo alrededor de las 2:00 de la tarde. En la casa de Pedro Eduardo Saumell, que es el punto de contacto previamente acordado, los están esperando impacientes los militantes clandestinos de Manzanillo y los que han venido desde Santiago, salvo Celia y Frank, que ya a esa hora están hace rato en el campamento de la guerrilla.

Los norteamericanos vienen fatigados. Han pasado la noche sin dormir, incómodos, sin poder siquiera estirar las piernas. Alguien sugiere que se retiren a descansar. Una de las mujeres pregunta a la esposa de Matthews si desea que se le pase una plancha a la ropa que trae puesta. A Nancie la pregunta le parece incongruente en medio de la explicable tensión del ambiente y de la atmósfera conspirativa que se respira en la casa.

Después que la pareja ha quedado instalada, Guerra Matos parte en su segundo viaje hacia la finca de Epifanio. Lleva en esta ocasión a Hart, Haydée, Vilma y Faustino. Frank ya había propuesto la noche anterior que Vilma los acompañara a pesar de que en ese momento no forma parte todavía de la dirección del Movimiento. Su participación destacada en la lucha clandestina en Santiago, en particular con motivo del 30 de noviembre, y su posible utilidad como intérprete de inglés para la entrevista, deciden a Frank.

De nuevo Guerrita toma la ruta de Cayo Espino y Purial de Jibacoa. El vehículo va cargado de más comestibles para la guerrilla. En caso de que sean interceptados, las provisiones pueden servir para fundamentar la versión de que se trata de un grupo de amigos a quienes Guerra Matos lleva a una fiesta en casa de su padre en Cayo Espino.

Al llegar al punto de contacto en Los Chorros, Guerra apenas detiene la marcha. Aún es de día y el Ejército está

muy cerca, en El Jíbaro. Los pasajeros descienden rápidamente y cruzan el río hasta el punto donde les han dicho que estará esperando el enlace que los llevará hasta el campamento. Se ven en terreno prácticamente llano, y suponen que ahora deberán comenzar una larga caminata hasta las lomas que se divisan a lo lejos, para iniciar entonces la fatigosa ascensión a la Sierra.

Reynerio Márquez, un muchacho de 16 años, pariente de Epifanio, los está esperando del otro lado del río.

—¡Rápido! ¡Rápido! —les dice.

Es peligroso permanecer allí, casi a la vista del camino real y con los guardias tan cerca. Comienzan a caminar en silencio, a través de potreros y manigua. La tarde está cayendo. Son aproximadamente las 6:00. Han recorrido menos de dos kilómetros cuando Vilma divisa cerca de ellos a un hombre armado que lleva puesto un casco del Ejército.

—¡Nos han descubierto! —piensa, y se lanza a un costado del sendero entre el fango y la hierba.

Pero la figura del casco resulta ser Guillermo García, que está de posta a la entrada del campamento guerrillero. La alegría del encuentro se mezcla con la sorpresa de ver cómo la guerrilla ha bajado casi hasta el mismo llano, en una zona, además, de muy poco monte. Raúl describe este segundo encuentro en su diario:

Por la noche nos trajeron alguna comida cocinada, pero no teníamos mucho apetito por las golosinas que comimos durante el día, casi sin restricción. Se conversaba animadamente, aunque con la garganta en voz baja como hacemos los guerrilleros. No recuerdo qué hora era cuando a la alegría anterior había que agregarle ahora la llegada del “Médico” [Faustino Pérez], de Jacinto [Armando Hart], la Peluza [Haydée Santamaría], estaban además algunos amigos encargados de traerlos, etcétera. Alborozados nos abrazamos todos y empezó en diferentes grupos una animada conversación.

También había venido V-A Espina [Vilma Espín], la simpática santiaguera que tan útil había sido a su Movimiento: “26 de Julio”.

Los recién llegados conversan con Fidel, Raúl y los otros compañeros. A algunos no los ven desde los meses del exilio en México. A otros los conocen personalmente en ese momento.

—Estamos en óptimas condiciones y las perspectivas son inmejorables —escucha Haydée decir a Fidel con la mayor confianza—. Sólo necesitamos unos cuantos miles de balas y algunos hombres más armados, y Batista estará perdido.

Haydée mira a Frank indecisa. Antes de venir, han conversado en Manzanillo acerca de la necesidad de convencer a Fidel que salga al extranjero para continuar organizando y dirigiendo la lucha en condiciones de mayor seguridad para su persona. Después de escucharlo hablar —seguro, tranquilo, optimista, confiado—, Haydée no se atreve a decir nada. Es más, las palabras de Fidel le contagian el entusiasmo. A los pocos minutos está convencida de que la guerrilla es invencible.

Esta vez, en cambio, son pocos los combatientes que oyen estas palabras con expresión de asombro. Ya se han ido acostumbrando al optimismo y la confianza inquebrantables de Fidel, y no les parece extraño que afirme su seguridad en la victoria a raíz de los veinte últimos días, en los que la guerrilla ha pasado por sus momentos más difíciles.

Sobre la llegada del segundo grupo que viene desde Manzanillo, Che escribe:

Al atardecer llegaron la hermana de Frank, Vilma [Espín], con Haydée Santamaría y su marido Armando Hart. [...] Había sin embargo un documento firmado por el 26 de Julio en el que se planteaba una serie de decretos revolucionarios bastante avanzados, aunque algunos tan líricos como el anuncio de que no se establecerán relaciones diplomáticas con las dictaduras americanas. Se anunció que por la noche vendría un corresponsal

del New York Times a entrevistarse con él [Fidel] y entonces salimos los miembros de su escuadra; las visitas, entre las que se encuentra Faustino, a dormir a un ranchito para esperarlo, pero el guajiro Luis [Crespo], encargado de llevarnos, se perdió y después dando vueltas dormimos en forma muy incómoda en el monte. Mi aparato de vaporizaciones está roto, pero Haydée Santamaría padece de asma y me ha prometido el de ella.

Ya es noche cerrada. *Pepito* Enamorado, vecino de Epifanio, llega con una gran cazuela de arroz con pollo y malanga. Luis Crespo informa de la existencia de un ranchito desocupado no muy lejos del lugar donde están. Fidel propone acompañar allí a las muchachas para que no pasen la noche a la intemperie. Salen, ya de madrugada, Fidel, Raúl, Che, Fajardo, Universo y Crespo, junto con Celia, Haydée, Vilma y Hart. Al rato de caminar no aparece el ranchito. Tampoco saben el camino de regreso al campamento. Fidel decide acampar en el centro de un potrero de guinea, entre unas palmas canas. No es prudente seguir caminando sin rumbo por la zona. En cualquier momento pueden tropezar con una patrulla de soldados.

Crespo sigue solo para tratar de localizar el ranchito. El resto del grupo se acomoda lo mejor que puede entre las hierbas mojadas. Son las 2:30 de la madrugada. La noche está fresca, los mosquitos abundantes, los guardias cerca.

Entretanto, Guerra Matos ha regresado a toda prisa a Manzanillo. Alrededor de las 7:00 de la noche recoge a Matthews, René Rodríguez y Javier Pazos. En el vehículo van también *Quique* Escalona y Nardi Iglesias. La esposa del periodista queda en casa de Saumell.

Esta vez Guerrita toma por otra ruta. En Yara los detiene una patrulla, pero la historia que han preparado convence a los soldados. Matthews es un norteamericano rico interesado en comprar la arrocera de Gómez. Pasan por Estrada Palma,

Caney y Cayo Espino. Al fin, alrededor de las 12:00 de la noche llegan al punto donde deben comenzar a caminar.

DOMINGO 17 DE FEBRERO

El grupo que se ha visto obligado a dormir fuera del campamento, despierta y se pone en marcha antes del amanecer. Es preciso abandonar aquel descampado antes de que se haga de día. Al poco rato de caminar se encuentran con Ciro Frías. Ha salido a buscarlos. El periodista ha llegado al campamento hace poco más de una hora.

La última etapa del viaje se ha hecho pesada para Matthews. El terreno está mojado y resbaladizo. Al periodista se le dificulta el cruce del arroyo Tío Lucas, pero soporta animosamente la caminata. René emite a cada rato el sonido que sirve de identificación a la guerrilla, pero no localizan el contacto.

Guerra Matos deja al grupo en un cayo de monte y va hasta la casa de Epifanio. Dos horas después regresa con Enrique Díaz. Ahora emprenden la marcha derecho hacia el campamento guerrillero, adonde llegan alrededor de las 5:00 de la mañana.

Juan Almeida explica al periodista que Fidel está en el Estado Mayor, y que vendrá al amanecer a este campamento, que es uno de los varios que mantiene la tropa en la zona. Matthews conversa un rato con Almeida, Ciro Frías y otros combatientes, y luego se acuesta bajo la cobija de yaguas. Poco después del amanecer se anuncia la llegada de Fidel, a quien Ciro Frías ha ido a buscar.

Antes de entrar al campamento, Fidel ha dado instrucciones a sus acompañantes de adoptar aire marcial. Entra primero Raúl y saluda al norteamericano. A los pocos minutos aparece Fidel. Vilma y Javier Pazos se aprestan a servir de intérpretes en la conversación, que se desarrolla bajo el ranchito de yaguas. Ha comenzado la histórica entrevista.

Veamos el relato de Raúl:



Fidel y Raúl en la finca de Epifanio Díaz. Foto tomada, como otras tantas, por Frank País, el 17 de febrero de 1957, dos meses después del desembarco del *Granma*.

Nos levantamos antes que saliera el sol, ya que por colinas no muy lejanas aseguraban que había militares acampados y no tardamos en dar con el campamento, ya que Frías nos había salido a buscar, pues desde las doce de la noche del día anterior, estaban en el campamento el periodista americano del New York Times Mr. [hay un espacio en blanco: se refiere a Herbert Matthews], que con el Flaco [René Rodríguez] y Javier P[azos] habían venido de La Habana. También algunos compañeros de O-M [Manzanillo]. Llegamos allí y abracé al “Flaco”, que en realidad había cumplido lo que ofreciera, le di la mano al periodista y recordando mi rudimentario inglés escolar le dije: “How are you?” No entendí lo que me contestó y seguidamente llegó F. [Fidel], quien después de saludarlo, se sentó con él en la chabola y empezó la entrevista periodística, que seguramente se constituirá en un “palo”. Espinita [Wilma Espín] estaba presente por si fueran necesarios sus conocimientos del inglés, aunque el periodista dominaba al parecer el español.

Mientras ellos seguían en la entrevista, el oficial de guardias, Almeida, triplicó la vigilancia, tomando todas las medidas de seguridad que estuvieron a nuestro alcance dentro de aquel cayito de manigua, que más bien era una ratonera. Desgraciadamente esta es una zona completamente desmontada y fue un atrevimiento nuestro separarnos tanto de nuestros queridos bosques. Si aquí nos sorprendieran por efecto de un chivatazo, el 26 de Julio sufriría un colapso, pues por muy bien que saliéramos, corríamos el riesgo de perder alguna de nuestras valiosas cabezas. Nos tomaron algunas fotografías, estuve hablando un rato con el Flaco sobre las gestiones que hizo, y después de tomarle unas fotos a F. [Fidel] y al periodista, se fue con éste y Javier.



Fidel y Frank País en la finca de Epifanio Díaz. Foto correspondiente a los días 17 y 18 de febrero de 1957, en ocasión de la primera reunión de la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio una vez iniciada la guerra.

Fidel relata a Matthews las peripecias de la guerrilla desde el desembarco cerca de la playa de Las Coloradas el 2 de diciembre. Explica cómo a pesar del feroz cerco tendido por la tiranía y la muerte y captura de muchos de los expedicionarios, la tropa guerrillera pudo reagruparse, consolidarse y realizar acciones victoriosas contra el Ejército. A medida que le escucha hablar, escribirá Matthews días más tarde, “uno sacaba la impresión de que en este momento es invencible”. Al periodista le impresiona la juventud de Fidel.

—Ya llevamos setenta y nueve días de lucha —dice el jefe guerrillero— y somos más fuertes que nunca. Los soldados están peleando mal. Su moral es baja y la nuestra no puede estar más alta. Hemos matado muchos, pero cuando les hacemos prisioneros nunca los fusilamos. Los interrogamos, los tratamos bien, nos quedamos con sus armas y equipos y los dejamos en libertad.

Y más adelante agrega:

—El pueblo cubano escucha por la radio todo lo relacionado con Argelia, pero no oye ni lee una sola palabra acerca de nosotros, gracias a la censura. Usted será el primero en hablarle de nosotros. Tenemos seguidores en toda la isla. Los mejores elementos, especialmente los jóvenes, están con nosotros. El pueblo cubano es capaz de soportar cualquier cosa menos la opresión.

Fidel señala al periodista que la dictadura está utilizando contra el pueblo armas suministradas por los Estados Unidos, y añade:

—Batista tiene tres mil hombres sobre las armas contra nosotros. Yo no diré cuántos somos por razones obvias. El ejército opera en columnas de 200 hombres. Nosotros en grupos de diez a cuarenta. Es una batalla contra el tiempo, y el tiempo está a nuestro favor.

Che incluye la siguiente anotación en su diario:

Pasamos otro día en el mismo lugar, discutiendo planes de operaciones entre la gente alta del Movimiento. El periodista del New York Times vino, teniendo como traductor a un hijo de Felipe Pazos, el famoso economista. No presencié la entrevista pero según los cuentos de Fidel el hombre se mostró amigable y no hizo preguntas capciosas. Hizo a Fidel la pregunta de si era antimperialista, contestando él que sí lo era, en el sentido de ambicionar despojar a su patria de las cadenas económicas, pero no en el odio a los Estados Unidos o su pueblo. Fidel se le quejó de la ayuda militar prestada a Batista, haciéndole ver lo ridículo que era pretender que esas armas eran para la defensa del continente cuando no podían acabar con un grupo de rebeldes en la Sierra Maestra.

La conversación dura casi tres horas. El periodista toma abundantes notas en una pequeña libreta negra, mientras

René Rodríguez tira algunas fotos con una cámara que ha traído de Manzanillo. Una de estas fotos, la de Matthews con Fidel, se hará pronto famosa en el mundo entero.

El resto de los combatientes y los que han subido para la reunión del Movimiento, se mantienen apartados. Frank País, en un gesto que llama la atención de Che y otros combatientes por la modestia que revela, se dedica, mientras Fidel conversa con Matthews, a desarmar y limpiar los fusiles de la tropa.

Algunos entran y salen constantemente del pequeño campamento. A varios les cuesta mucho trabajo conciliar el aire marcial requerido por Fidel con el estado de sus ropas y su aspecto general. A Manuel Fajardo, por ejemplo, le falta toda la espalda de su camisa, desbaratada por el roce de la mochila. Durante todo el tiempo que el periodista permanece en el campamento se ve obligado a caminar de lado, para darle siempre el frente.

Raúl se acerca con Luis Crespo, sudoroso, y lo conduce donde habla Matthews con Fidel. Dirigiéndose a este último, le informa:

—Comandante, ha llegado el enlace de la columna número 2.

—Espere a que yo termine —contesta Fidel.

Se trata de impresionar a Matthews acerca de la cantidad total de tropas guerrilleras, sin decirle abiertamente una mentira. Al final, el periodista cree haber contado unos cuarenta combatientes donde no hay más que veinte, y sale convencido de que el grupo que ha visto es parte de una tropa mucho mayor.

La entrevista termina poco antes de las 11:00. Matthews y Fidel se despiden cordialmente. El jefe guerrillero firma una página de la libreta de notas del periodista y pone la fecha. Matthews emprende el regreso acompañado por René Rodríguez, Guerra Matos y Javier Pazos. Reynerio Márquez los conduce hasta la casa de una hija de Epifanio, junto al camino de El Jíbaro. Los demás esperan mientras Guerrita

sigue a caballo hasta la casa de su padre, en Cayo Espino, a recoger el *jeep*, llevado hasta allí por uno de sus hermanos.

Guerra Matos ha mandado preparar un succulento almuerzo en Cayo Espino, pero el norteamericano está ansioso por llegar a Manzanillo. De nuevo en el viaje de regreso son interceptados por el Ejército, pero pueden seguir camino. Llegan a casa de Saumell, en Manzanillo, aproximadamente a las 5:00 de la tarde. Casi inmediatamente, Matthews sale con su esposa y Javier Pazos hacia Santiago de Cuba, en el automóvil de Saumell. Esa misma noche toman el vuelo hacia La Habana, y el día 19 los norteamericanos salen por vía aérea hacia Nueva York. Nancie Matthews lleva escondidos bajo su faja los papeles con las notas tomadas por su esposo en la entrevista con Fidel.

En el campamento guerrillero en la finca de Epifanio Díaz, mientras tanto, la actividad prosigue. Inmediatamente después de la partida del periodista, Fidel se reúne con los dirigentes del Movimiento que han subido hasta allí con ese fin. Además de Fidel y Raúl, participan en las discusiones Frank País, Armando Hart, Celia Sánchez, Haydée Santamaría, Faustino Pérez y Vilma Espín.

Al respecto, Raúl anota:

Entre el Médico [Faustino Pérez], Jacinto [Armando Hart], Salvador [Frank País], F. [Fidel] y yo tuvimos una entrevista, donde el primero informó sobre sus actividades después de separarse de nosotros y expuso algunos planes de futuro inmediato que traían. En rasgos generales se trazaron los planes de las próximas campañas y se acordaron los trabajos a realizar en las distintas partes de la isla. Un breve paréntesis para un ligero refrigerio para continuar después.

En la reunión se ratifican las cuestiones discutidas el día anterior por Fidel, Frank y Celia, en lo que se refiere a los preparativos para el envío del contingente armado que Frank está reuniendo en Santiago de Cuba, y a las medidas que

Celia debe tomar en Manzanillo para garantizar el recibimiento y ocultamiento de esos hombres.

Faustino informa de las actividades que ha realizado en La Habana desde su bajada al llano el 23 de diciembre. Propone el establecimiento de un nuevo frente guerrillero en la sierra del Escambray, en Las Villas. La proposición es aceptada después de cierta discusión, aunque Fidel no está convencido de la conveniencia de la idea, pues considera que en ese momento lo importante es concentrar los recursos de que se dispone en apoyo del grupo guerrillero ya existente.

Fidel se interesa por conocer la situación de los militantes clandestinos en la ciudad, las actividades que realizan y la forma en que logran evadir la persecución de las fuerzas represivas. Destaca de nuevo el hecho significativo del alto grado de participación de la mujer en la lucha revolucionaria.



Fidel y Celia Sánchez en la finca de Epifanio Díaz, el 17 de febrero de 1957. Es la primera foto de ambos juntos

Insiste en que el Movimiento en el llano debe priorizar la tarea de apoyar la lucha guerrillera en la Sierra. Se discuten las diversas medidas que deben tomarse para garantizar el mejor apoyo a la guerrilla, y se toman acuerdos concretos en ese sentido. También se tocan cuestiones relacionadas con las actividades de propaganda y las finanzas del Movimiento.

Fidel está muy contento, y comunica su optimismo a todos los demás. Se acuerda la redacción de un manifiesto al pueblo de Cuba que deberán llevar consigo cuando bajen los dirigentes del llano, para su publicación. Ya Fidel ha pensado antes en la conveniencia de preparar un documento semejante, pero las contingencias recientes de la guerrilla no se lo han permitido.

La reunión ha durado casi cuatro horas. Son aproximadamente las 3:00 de la tarde cuando irrumpen corriendo en el campamento Reynerio Márquez, el pariente de Epifanio. Se lanza hacia donde está Fidel. Algunos combatientes lo interceptan, pero el jefe guerrillero ordena que lo dejen llegar.

El muchacho viene casi sin aliento, y al principio no se entiende lo que dice:

—¡El bicho! ¡El bicho! ¡Ahí está el bicho! —logra balbucear finalmente.

—¿Qué bicho? —pregunta extrañado Fidel.

—¡Eutimio! ¡Ahí está!

Después de la dispersión en el alto de Espinosa, Fidel intuye que Eutimio regresará de nuevo. No tiene por qué saber que Fajardo lo ha visto un instante antes del comienzo del tiroteo, ni que su traición ha sido confirmada por otros colaboradores campesinos. Fidel está seguro de que la ambición llevará a Eutimio a probar una vez más. Por eso, convencido de que, más tarde o más temprano, el traidor aparecerá en alguno de los lugares que él conoce como posibles puntos de reunión de la guerrilla, advierte a los combatientes y a los campesinos amigos que estén atentos y que avisen en cuanto sepan que se encuentra por los alrededores.

Miguel Díaz y Reynerio estaban caminando hacia la casa de Epifanio, a poco más de un kilómetro del campamento guerrillero, cuando se encuentran de repente con Eutimio, quien les sale al paso desde el otro lado de una cerca. Miguel está en antecedentes, pero logra ocultar su sorpresa y su inquietud. El campesino no puede saber si el traidor ha llegado solo, o viene con los guardias.

—Eutimio, viejo —le dice mientras lo abraza—, no se sabe lo preocupado que está Fidel por ti. Te hacíamos muerto. Ven para acá, para la casa, a tomar café.

Miguel quiere ganar tiempo, para poder mandar el aviso a Fidel y quizás poder determinar si Eutimio viene solo.

—Oye —pregunta el traidor—, ¿ya Fidel está aquí?

—No, todavía no ha llegado —le contesta astutamente el campesino—. Pero me dijo Ciro que llega esta noche o mañana.

Entran en la casa de Epifanio. En la primera oportunidad que se le presenta, Miguel dice a Reynerio:

—Ve volando al campamento y dile a Fidel que Eutimio está aquí, y que ahorita vamos para allá.

Raúl narra lo siguiente:

Todo el mundo se levantó y F. [Fidel] tomó las disposiciones necesarias para capturarlo. Una vez más F. acertaba contra la opinión de todos. Previendo que Eutimio, en su afán de dar con nosotros, recorrería todos los lugares conocidos, calculó que también vendría por aquí, y tal como lo predijo, así sucedió, no sólo que vendría, sino que vendría como en los casos anteriores, haciéndose pasar por amigo.

Fidel ordena a Almeida que se aposte en el camino con un grupo de combatientes para capturar al traidor. Salen Almeida, Ciro Frías, Fajardo, *Julito* Díaz, Efigenio y Juventino Alarcón. Se sitúan a los dos lados del trillo, entre la hierba. Sólo Ciro permanece visible, como si estuviera de posta.



Fidel Castro contesta las preguntas del periodista norteamericano Herbert Matthews, durante la entrevista realizada el 17 de febrero de 1957. La foto fue tomada por René Rodríguez y publicada en el *Times* del 28 de febrero de 1957.

Reynerio ha subido a una pequeña altura y al poco rato avisa que se acercan Eutimio y Miguel Díaz. El traidor viene receloso, caminando detrás y mirando para todas partes.

—Compadre, ¡que alegría! —dice Ciro cuando llegan a su lado—. Creíamos que se lo habían comido las auras.

Ciro lo abraza y le sujeta fuertemente los brazos. Fajardo salta y le pega el cañón de la Thompson en el costado. Juventino lo registra y le saca la pistola y dos granadas que el traidor lleva ocultas.

—Pero, ¿qué pasa? —grita Eutimio nervioso—. ¿Se han vuelto locos?

Julito lo increpa para que se calle. Los guardias están muy cerca y hay que evitar gritos y disparos. En un bolsillo de la camisa del traidor descubren dos papeles. Eutimio se desploma.

—No lean eso, por su madre —pide lastimosamente—. Denme un tiro, pero no lean eso.

Son los salvoconductos de Casillas y del coronel Pedro Barreras, jefe de operaciones del Ejército, expedidos, según recuerda Fidel, a nombre de “Murphy” o un apellido inglés parecido, el seudónimo dado al traidor. Raúl escribe:

Le ataron las manos y lo condujeron al campamento. Llegó donde estábamos, con el terror reflejado en el rostro y los ojos desorbitados por el miedo fue presentado ante nosotros el traidor que por tres veces había conducido al adversario a nuestros campamentos y en dos oportunidades estuvieron a punto de destruirnos. Teníamos como plan darle a entender que le daríamos una oportunidad de vivir si accedía a servirnos a nosotros en la misma forma que había servido al gobierno; primero dijo que sí, aunque a intervalos repetía que lo mejor era que le dieran un tiro.

Fidel se lleva aparte al detenido y lo interroga extensamente. Quiere confirmar todos los detalles de la traición. A cada momento Eutimio pide que lo fusilen. Es un hombre desmoralizado.

—¡Mátenme! ¡Mátenme! —repite con desesperación.

—No te preocupes —le dice Fidel indignado—, que te vamos a complacer. Pero antes tienes que explicarnos todo lo que hiciste.

No es la intención de Fidel engañar al traidor. Desde el primer momento le habla claro sobre la única suerte que le cabe esperar. Sólo quiere darle la oportunidad de informar el alcance de su traición y sus posibles implicaciones.

Fidel recrimina duramente a Eutimio. Raúl observa:

Convencido Eutimio de que nada lo salvaría decidió encerrarse en una obstinada terquedad de sólo pedir que le dieran un tiro. Algunos dijeron o lo interpretaron como valentía; otros como resignación.

Yo creo que realmente estaba asqueado de sí mismo y [era] una manifestación de cobardía para salir pronto del trance, su insistencia en que lo fusilaran. Tal vez torturándolo nos hubiera dado más información, pero ni siquiera con un traidor tan miserable aplicamos nosotros esos métodos. Ya era casi completamente oscuro, cuando irrumpió un violento aguacero con algunos rayos tronantes; varios compañeros se quedaron custodiando al traidor, mientras los demás corrimos a protegernos como pudimos de la lluvia.



De izquierda a derecha, Frank País, Faustino Pérez, Raúl, Fidel y Armando Hart, reunidos en la finca de Epifanio Díaz, el 17 de febrero de 1957.

Ciro Frías se acerca. Eutimio está sentado sobre unos palos, con las piernas algo abiertas y la cabeza baja. Ciro dobla una rodilla frente a él. Deja el fusil apoyado en la otra

pierna. Comienza a hablarle lentamente, con la voz firme, pero se adivina que contiene una fuerte emoción.

—Compadre, ¿cómo usted ha sido capaz de hacer lo que ha hecho? Usted, mi compadre. Yo le bauticé un hijo y usted bautizó uno de los míos. Yo era amigo de su casa, amigo de verdad, y usted de la mía. Yo hice siempre todo lo que pude por usted, por ayudarlo. Antonio era su amigo y siempre lo ayudó. Su familia no pasó hambre por Antonio y por mí, compadre. Usted, compadre, ha matado a Antonio. Usted ha quemado vivo a ese muchachito que nunca le había hecho nada, a ese niño que era mi arriero. Usted ha querido matarme a mí, compadre, a mí y a mis compañeros. Usted ha matado a Julio, y usted era amigo de su padre. ¿Cómo ha sido capaz? Usted no tiene perdón, mi compadre.

Ciro sigue hablando, sereno, despacio, durante más de media hora. Eutimio no levanta la mirada. A muchos se les humedecen los ojos al escuchar a aquel campesino rudo, al que la traición había tocado más cerca, pronunciar tan terribles palabras casi con dulzura.

Ha caído la tarde. El cielo se cierra y comienzan a desprenderse rayos atronadores. Empieza a llover. El rumor y la frialdad del agua, el fulgor cegador de los relámpagos, el fragor vibrante de los truenos, el aullido del viento entre los copas del pequeño monte, el medio entero contribuye a la pesadumbre que sienten todos. A los más supersticiosos les parece que la naturaleza ha querido sumar su condena al traidor. Che narra el dramático momento:

Yo estaba en la guardia cuando me avisaron que redoblara la vigilancia pues Eutimio estaba en casa de Epifanio. Se le mandó a buscar con una patrulla mandada por Almeida y se le redujo sin mayores contratiempos, secuestrándole tres granadas y una pistola 45. La patrulla estaba integrada por Julito [Díaz], Ciro [Frías], Cienfuegos y Almejeiras. Eutimio fue llevado a presencia de Fidel y allí le mostraron un salvoconducto dado a su nombre como colaborador

del régimen. Eutimio se puso de rodillas pidiendo que lo mataran de una vez. [...] Entonces Fidel le anunció que sería ejecutado y Ciro Frías le espetó un sentido sermón a fuer de antiguo amigo. El hombre esperó la muerte en silencio y con cierta dignidad.

El grupo se dispersa por todo el campamento. Fidel le habla de nuevo a Eutimio. El traidor le pide que se ocupe de sus hijos. Fidel se lo promete. Luego se separa. El traidor queda sentado sobre los palos, con la cabeza gacha.

A los pocos minutos, cae un rayo tremebundo seguido casi de inmediato por el estampido ensordecedor del trueno. Ni siquiera algunos de los que están más cerca sienten el disparo con que Che hace justicia. Son en ese momento poco menos de las 7:00 de la noche.

La lluvia se desata torrencial. Raúl comenta:

No podíamos hacer descargas de armas por el ruido que éstas producirían, por otro lado queríamos aplicarle la muerte menos dolorosa. Entonces cuando el aguacero estaba más furioso y los rayos se hacían más continuos, se le disparó un tiro por la sien derecha con una pistola calibre 32, que apenas hizo ruido, confundiéndose éste a los pocos metros con el estrepitoso aguacero. Cuando sonó el disparo, eran las 7 menos cinco de una noche tormentosa y triste; marco apropiado para el más peligroso y miserable enemigo que teníamos. Por ser un Judas y estar entre nosotros. Le privábamos además a Casillas de su principal carta de triunfo y del más experimentado de sus sabuesos para seguirnos el rastro.

Hacía exactamente un mes, el 17 de enero, que habíamos fusilado a Chicho Osorio, tristemente célebre por sus fechorías contra los humildes campesinos, incluso persiguió al propio Eutimio con saña, y ahora el 17 de febrero, con unas horas de diferencia, fusilábamos al más miserable de los traidores encon-

trados por nosotros. Había traicionado por unas monedas la causa de sus compañeros campesinos y la de un pueblo entero, traicionándonos a nosotros.

La lluvia prosigue durante un buen rato. Fidel se ha refugiado del agua bajo unas pencas que ha preparado Fajardo. Cuando escampa, junto con Crespo y Fajardo acompaña a Hart, Celia, Haydée y Vilma al pequeño rancho que buscaron infructuosamente la noche anterior. Frank y Faustino se acomodan con Raúl bajo la cobija de yaguas.

LUNES 18 DE FEBRERO

Temprano en la mañana varios combatientes entierran el cadáver de Eutimio a pocos metros del lugar donde había sido ajusticiado la tarde anterior.

Mientras tanto, esa misma mañana del día 18, Fidel comienza a redactar el manifiesto que ha prometido, así como cartas que deberán bajar los compañeros del Movimiento. Frank se dedica a sacar fotografías de los integrantes de la guerrilla con la cámara que ha traído. Fidel, Raúl y otros combatientes leen y comentan los ejemplares del periódico *Revolución*, órgano clandestino del Movimiento, que han llevado los compañeros de Santiago. Raúl anota en el diario:

F. [Fidel] empezó por la mañana a escribir el manifiesto tantas veces exigido, escribió además varias cartas para miembros de diferentes sectores del país y para distintos fines: acción, colaboración económica y nuevos contactos de utilidad, o más bien reafirmación de contactos hechos por los compañeros de visita. Por indicación de “Norma” [Celia Sánchez] escribí una carta a unos condiscípulos del colegio en mi infancia que tienen buena posición apremiándolos para que nos presten ayuda económica.

Me bañé por la tarde, creo que es la cuarta vez desde que vine de México, lavé las medias verdes y me puse el par de boticas nuevas que me trajeron. Escondí en la manigua las maltrechas botas que me habían acompañado lealmente, por lo cómodas que eran, en todos estos días de sacrificio y gloria.

Fidel pone al manifiesto fecha 20 de febrero y lo dirige “Al pueblo de Cuba”. Después de enumerar los hechos más importantes del destacamento guerrillero, que el gobierno considera exterminado, Fidel denuncia el bombardeo indiscriminado de la Sierra, el asesinato de campesinos, la quema de casas y la expulsión en masa de los pobladores.

La campaña de la Sierra Maestra —escribe Fidel— ha servido para demostrar que la Dictadura, después de enviar a la zona de lucha sus mejores tropas y sus más modernas armas, es incapaz de aplastar a la revolución. Y frente a esa situación de impotencia, cada día son más las armas en nuestro poder, más los hombres que se unen a nosotros, mayor la experiencia de lucha, más extenso el campo de acción, más detallado el conocimiento del terreno y más absoluto el respaldo de los campesinos. Los soldados están hastiados de la agotadora, extenuante e inútil campaña.

Afirma Fidel más adelante:

Nosotros si es necesario estaremos diez años luchando en la Sierra Maestra. ¿Estará el país diez años con censura para que no se conozca la verdad? ¿Tiene otra salida esta situación que no sea la renuncia del Dictador? ¿Les queda otro camino a los partidos políticos que respaldar la revolución que ha demostrado ya durante ochenta días su fuerza combativa y su pujanza creciente? ¿Perdonará la historia el crimen de cruzarse de brazos en esta hora decisiva de la patria?

El manifiesto, primer documento programático de la guerra revolucionaria, concluye con las orientaciones concretas que traza Fidel en nombre del Movimiento:

La revolución no se detendrá. Los próximos días serán testigos de que ni la censura, ni la represión, ni el terror ni el crimen pueden hacer mella en la indomable voluntad de nuestro pueblo. La lucha se intensificará con ritmo creciente en todos los rincones de Cuba. Nada puede detener lo que está ya en el corazón y la conciencia de todos los cubanos.

El Movimiento Revolucionario 26 de Julio lanza al país las siguientes consignas:

1º) Intensificar la quema de cañas en toda la zona azucarera para privar a la tiranía de los ingresos con que paga a los soldados que envía a la muerte y compra los aviones y las bombas con que está asesinando a decenas de familias en la Sierra Maestra. A los que invocan el sustento de los trabajadores para combatir esta medida, les preguntamos: ¿Por qué no defienden a los trabajadores cuando les arrebatan el diferencial azucarero, cuando les esquilman los salarios, cuando les defalcan los retiros, cuando les pagan en vales y los matan de hambre durante ocho meses? [...] ¿Por quién estamos derramando nuestra sangre sino por los pobres de Cuba? ¿Qué importa un poco de hambre hoy para conquistar el pan y la libertad de mañana? A los timoratos que se escandalizan con esta consigna hay que decirles como Máximo Gómez: “¿Qué me viene usted a hablar de miserables hojas de cañas, cuando está corriendo tanta sangre?”

Y cuando se acabe la caña quemaremos el azúcar en los almacenes de los centrales y en los muelles de embarque.

Frente a las consignas de que “sin azúcar no hay país” enarbolemos una consigna mucho más decorosa: “Sin libertad no hay país”.

2º) Sabotaje general de todos los servicios públicos y de todas las vías de comunicación y transporte.

3º) Ejecución sumaria y directa de los esbirros que torturan y asesinan a revolucionarios, de los políticos del régimen que con su empecinamiento y terquedad han llevado al país a esta situación y todo aquel que obstaculice la culminación del Movimiento Revolucionario.

4º) Organización de la resistencia cívica en todas las ciudades de Cuba.

5º) Intensificación de la campaña económica para atender a los gastos crecientes del Movimiento.

6º) La Huelga General Revolucionaria como punto culminante y final de la lucha.

Poco después del mediodía, cuando Fidel está pasando en limpio el documento, se escucha en el campamento un disparo. Leamos el relato de Raúl:

La impresión era de combate inminente, ya que en todos los que hemos tenido, detrás del primer disparo, que en algunas ocasiones se interpretó como “tiro zafado”, seguía el atronador rugido de decenas de armas. Todo el mundo al suelo y a sus armas, las mujeres muy serenas esperaban el resultado de aquel minuto inenarrable, y por fin alguien avisó para consuelo de todos: “tiro de pistola zafado”.

El culpable del incidente resulta ser José Morán. Estaba de posta con Ciro Redondo cuando ve acercarse a uno de los hijos de Epifanio, sobradamente conocido para él. No obstante, le da el alto y palanquea la pistola de tal forma que se pega un tiro en el muslo.

Las circunstancias del hecho hacen pensar que no se trata de un accidente. Por otra parte, ya Morán ha tenido actitudes extrañas en ocasiones anteriores, y existe la sospecha de que está esperando la ocasión propicia para desertar. Incluso ya lo intentó algunos días antes. A nadie se le ocurre pensar en aquel momento, sin embargo, que resulta significativa la coincidencia de que este supuesto accidente haya ocurrido al día siguiente del ajusticiamiento de Eutimio. La trayectoria posterior de José Morán permite al menos especular si su traición no databa ya de esta fecha, o antes inclusive.

Che le cura la herida al lesionado y se decide dejarlo allí en espera de que lo vengan a buscar al día siguiente para bajarlo a Manzanillo.

Che refiere el incidente en estos términos:

Temprano dimos fin al problema de Eutimio enterrándolo allí mismo. Se hicieron los preparativos para la partida de todos los grupos. [...] En ese momento sonó un tiro de pistola y todos nos pusimos a la defensiva, pero enseguida se oyó un grito de no es nada, no es nada, y apareció el gallego Morán herido con bala de 45 en una pierna. El orificio de salida estaba en el cóndilo externo del fémur, pero no pude saber la gravedad con que estaba interesado el hueso. Le hice una cura de urgencia, poniéndole penicilina y dejándole la pierna entablillada y estirada. En el momento del disparo Raúl y Fidel lo acusaron de habérselo dado adrede. Yo no estoy seguro de una cosa u otra. Ciro Redondo, testigo presencial, asegura que fue casual al precipitarse a detener a un muchacho montado que aparecía por allí y que resultó de la casa. Partimos al anochecer pero el gallego no se podía mover, de modo que quedó allí, solo y supongo que con la sensación del poco aprecio que se le tiene. Celia Sánchez quedó en enviarlo a Manzanillo a una clínica del Movimiento.

Felipe Guerra Matos y *Quique* Escalona han llegado a recoger a los compañeros que quedan del llano. Faustino y Frank salen primero.

Vilma saca otra copia del manifiesto. Ya es de noche cuando se levanta el campamento y todo el grupo se traslada a la casa de Epifanio. Allí los espera una abundante y rica comida. Che sigue narrando:

Llegamos a la casa de Epifanio y allí nos dimos un banquete del que yo no disfruté debido a una aventazón terrible que me había dado el chocolate. Allí nos separamos de las muchachas y de Hart y de Echevarría y Motolá que son enviados en misión especial. [...] Dormimos cerca de la casa en un cayo de café con bastante comodidad.

Después de comer, Guerra Matos sale con Haydée y Hart. Celia y Vilma salen por su parte a buscar una camioneta que Guerrita ha dejado a cierta distancia, cerca de un taller de la arrocera Roca y Alvarez, y en la que ha traído desde Manzanillo a Gabriel Gil, Esteban Sotolongo y Raúl Díaz Torres, tres expedicionarios del *Granma* que han estado escondidos en esa ciudad y suben ahora a incorporarse a la guerrilla.

Antes del amanecer todos han llegado a la casa de Guerra Matos en Manzanillo. Allí pasan la mañana y almuerzan. Después de almuerzo, Guerra lleva a Frank y a Vilma hasta Bayamo, donde toman un ómnibus para Santiago.

MARTES 19 DE FEBRERO

El destacamento guerrillero se traslada la noche del 18 a un cafetal cercano a la casa de Epifanio. Por la madrugada llegan los tres expedicionarios que ahora se incorporan como nuevos combatientes.

Durante la estancia en la finca de Epifanio Díaz, la guerrilla tiene tres bajas: José Morán, que se ha autole-

sionado; Emilio Escanelle, que se queja de un fuerte dolor en el vientre, y Daniel Motolá, que es enviado al llano. Tres días antes habían llegado al lugar 18 hombres. Ahora son 20 los combatientes que dejan la finca: Fidel, Raúl, Almeida, Che, Camilo, Ciro Redondo, Julito Díaz, Efigenio Ameijeiras, Luis Crespo, Universo Sánchez, Gabriel Gil, Esteban Sotolongo y Raúl Díaz Torres —trece expedicionarios—, y Guillermo, Manuel Fajardo, Ciro Frías, Juventino Alarcón, Beto Pesant, Yayo Reyes y Luis Barreras.

El día lo han pasado en un alto boscoso no muy lejos del arroyo Jicotea. Che anota:

Un día quieto. [...] Nos limitamos a trasladarnos un poco más lejos, a un estrecho cayo de monte a orillas del río Jibacoa. Enrique Díaz trajo la noticia de la muerte de Chichí Mendoza a manos de los guardias. [...] Al marcharnos sucedió que Emilio [Escanelle], uno de los muchachos de Manzanillo, sufrió un ataque de hernia que supongo no sería disimulado y hubo que dejarlo hasta que consiga el braguero que tenía en su casa. De despedida comimos un fricasé de cordero en casa de Epifanio.

Chichí Mendoza, el dueño de una finca en La Olla, quien había mostrado su disposición a colaborar con los guerrilleros, fue otra víctima de la traición de Eutimio Guerra. Era su hermosa finca la que el traidor codiciaba y pidió a Casillas como parte del precio de su traición, tras denunciar a Chichí como colaborador de Fidel.

Raúl, por su parte, escribe:

La mayor parte [del día] la pasé estudiándome los documentos doctrinales que nos habían dejado, magníficos trabajos de la Dirección Nacional de nuestro Movimiento. Me leí dos veces el magnífico periódico “Revolución”, órgano oficial de nuestro Movimiento. Allí estaban cumpliendo cabalmente con su papel, los soldados de las trincheras de papel.

Hoy tuvimos un almuerzo de arroz, frijoles, vianda y café. F. [Fidel] pidió que nos hicieran un carnero para por la noche. Oscuro bajamos, llegamos al bohío, comimos, reposamos esperando que saliera la luna y partimos a la 1 y 20 de madrugada. [...] Nos despedimos de tan magnífica y valiente familia que era imposible pagarles por lo útil y por los favores que nos han hecho, y nos fuimos.

Se abre una nueva etapa en la guerra.

UNA POSDATA INTERESANTE

La publicación del artículo inicial de una serie de tres escritos por Herbert Matthews sobre Cuba, aparecido en la primera plana de la edición dominical del *The New York Times* el 24 de febrero de 1957, causó una verdadera conmoción en los Estados Unidos y el resto del mundo. Incluso en Cuba, donde la censura mutiló los ejemplares del periódico, la noticia no tardó en regarse como pólvora:

—Fidel está vivo. Lo entrevistó Matthews, del *The New York Times*, en la Sierra Maestra.

“Rebelde Cubano es Visitado en su Escondite”, decía el cintillo central de la edición de ese día del periódico, sobre una foto del jefe guerrillero con su fusil de mira telescópica y la copia fotostática del autógrafo entregado al periodista. El extenso reportaje, con pase a una página interior completa—algo no muy frecuente en el *Times*—comenzaba con estas palabras:

Fidel Castro, el jefe rebelde de la juventud cubana, está vivo y peleando dura y exitosamente en los inhóspitos y casi impenetrables montes de la Sierra Maestra, al extremo sur de la isla.

El presidente Fulgencio Batista mantiene a la flor y nata de su Ejército en esa región, pero los militares están llevando a cabo una batalla hasta el momento perdida para destruir al enemigo más peligroso al que el general Batista ha tenido que hacer frente en su larga y azarosa carrera como líder y dictador cubano.

Ésta es la primera noticia segura de que Fidel Castro está todavía vivo y todavía en Cuba. Nadie relacionado con el mundo exterior, y mucho menos con la prensa, ha visto al señor Castro, excepto este periodista. Nadie en La Habana, incluso en la Embajada de los Estados Unidos, con todos sus

recursos para la recopilación de información, sabrá hasta que se publique este informe que Fidel Castro está realmente en la Sierra Maestra.

Matthews no oculta su repugnancia por el régimen de Fulgencio Batista, y expresa: “Fidel Castro y su Movimiento 26 de Julio constituyen el símbolo inflamado de la oposición al régimen.” Más adelante escribe: “Para facilitar mi acceso a la Sierra Maestra y mi reunión con Fidel Castro, decenas de hombres y mujeres en La Habana y la provincia de Oriente corrieron un riesgo verdaderamente terrible”.

El periodista pasa a ofrecer un bosquejo biográfico de Fidel hasta el asalto al Moncada y la expedición del *Granma*. Luego se refiere a las versiones acerca de la muerte del jefe guerrillero y narra brevemente los contactos establecidos a su llegada a La Habana y su viaje hasta la Sierra, desfigurando algunos detalles como medida de discreción. Recoge entonces lo fundamental de su conversación con Fidel, y concluye con una rápida referencia a su salida hacia Nueva York.

Los días 25 y 26 aparecieron los otros dos artículos, dedicados a una evaluación general de la situación en Cuba.

Precisamente el 26 de febrero, el gobierno de Batista levantó la censura de prensa. La medida había sido anunciada de antemano, y el dictador pensó que una reconsideración a raíz de la aparición de los artículos de Matthews podría ser aprovechada por la prensa internacional para formar un escándalo de proporciones incalculables y poner en ridículo a su gobierno.

Al día siguiente del levantamiento de la censura, los principales órganos de prensa en Cuba reprodujeron el primer artículo de Matthews, al tiempo que el ministro de Defensa, Santiago Verdeja, emitía unas declaraciones en las que afirmaba que la ya famosa entrevista “puede ser considerada como el capítulo de una novela fantástica. El señor Matthews no se ha entrevistado con el referido insurgente.” El vocero gubernamental impugnaba la autenticidad de la foto de Fidel, y fundamentaba la duda con estas

palabras: “Parece ingenuo que, habiendo tenido la oportunidad de penetrar en aquellas montañas y haber sostenido la entrevista, no se hubiera retratado con él para confirmar sus dichos”.

Ese mismo día, el jefe militar de Oriente, general Martín Díaz Tamayo, declaraba a la prensa: “Es totalmente imposible cruzar las líneas donde haya tropas. [...] La entrevista es un cuento”.

La respuesta de Matthews no se hizo esperar, y no pudo ser más contundente. El 28 de febrero, el *The New York Times* publicaba la foto de Fidel y el periodista que reclamaba el ministro Verdeja, que en pocos días dio la vuelta al mundo y grabó en cientos de millones de personas la primera imagen de la Revolución cubana. El ridículo del gobierno de Batista era completo.

En un libro titulado *Respuesta*, publicado en México en 1960, el propio Fulgencio Batista reconoce el impacto del incidente con estas palabras: “La entrevista, en efecto, había tenido lugar y su publicación trajo considerable propaganda y apoyo para el grupo rebelde. Castro comenzaría a convertirse en un personaje de leyenda”.

Ciertamente, con su enfoque objetivo Herbert Matthews demostró en estos artículos su honestidad profesional, y reveló una simpatía hacia el proceso revolucionario en marcha en Cuba con la cual fue consecuente hasta el final de su vida. Sin embargo, resulta pueril suponer, como sostiene Batista y como luego han querido afirmar algunos intérpretes tendenciosos de la historia de la etapa insurreccional de la Revolución cubana, que la publicación de los reportajes de Matthews tuvo alguna significación determinante para el desarrollo posterior de la guerra contra la tiranía batistiana y su desenlace final. A tal punto ha llegado esta falacia que en 2006 fue publicada en Estados Unidos una biografía de Matthews con el absurdo y pretencioso título de *El hombre que descubrió a Castro*.

La realidad histórica es que la consolidación de la guerrilla en la Sierra Maestra y su conversión en el instrumento principal del colapso del régimen, se produjeron con total independencia de esta primera entrevista de prensa. En definitiva, lo que determinó la derrota militar del Ejército de la tiranía y el triunfo revolucionario, fue la voluntad de lucha y la capacidad de resistencia del Ejército Rebelde durante estas primeras semanas tan difíciles de la guerra en las montañas, y más tarde su eficacia combativa demostrada en particular en el rechazo de la gran ofensiva enemiga del verano de 1958 y en la contraofensiva estratégica final de los últimos meses de ese año. Fue la acción rebelde, a la que se sumó la lucha clandestina en el resto del territorio del país, el factor fundamental de la victoria popular.

Si la guerrilla fue capaz de sobrevivir al acoso y la traición en estos duros momentos iniciales y luego alcanzar sus plenas potencialidades combativas, ello se debió únicamente a la acertada selección de la estrategia correcta y la aplicación de las tácticas más ajustadas a las condiciones en que se desenvolvía la lucha, a la férrea decisión, el espíritu de sacrificio y el coraje de los combatientes rebeldes, a la confianza infatigable en el triunfo y la certera dirección de Fidel. Con estos elementos, la victoria estaba asegurada, y en ese resultado no tuvo nada que ver la entrevista realizada por Herbert Matthews. Si no se hubiese producido, la guerrilla hubiera superado igualmente las dificultades de esa primera etapa y el Ejército Rebelde también hubiese llegado a ser lo que fue. Y, por supuesto, el desarrollo ulterior de la Revolución cubana, su exitosa resistencia a la agresión norteamericana y la conversión de Fidel Castro en una de las figuras políticas mundiales más importantes de la segunda mitad del siglo xx, en nada tuvieron que ver con Herbert Matthews y su entrevista.

La entrevista, sin embargo, no dejó de tener importancia en lo inmediato. “Fue el mayor palo periodístico de nuestra época”, escribiría Matthews años más tarde. Sin duda es así,

visto el hecho desde este punto de vista. Pero la publicación de la entrevista tuvo en ese momento para el pueblo cubano una significación mucho mayor. De lo que no cabe duda es de que los artículos de Herbert Matthews reafirmaron en el pueblo la certeza de que Fidel vivía y la voluntad de lucha revolucionaria del Ejército Rebelde, encendieron su esperanza y centuplicaron su decisión de combate y resistencia.

OTRA POSDATA NECESARIA

Ángela Rivas, la viuda de Eutimio Guerra, recibió en diciembre de 1977 la Medalla Conmemorativa xx Aniversario de las FAR, en reconocimiento a los excepcionales servicios que prestó al Ejército Rebelde durante toda la guerra, incluso después del ajusticiamiento de su esposo, y a su actitud consecuente con los principios de la Revolución, que mantuvo hasta su muerte en 1998.

En cuanto a los siete hijos de Eutimio, la Revolución cumplió su palabra. Todos tuvieron la posibilidad de estudiar, y alcanzaron el nivel de escolaridad y calificación que desearon. El mayor de los varones es combatiente internacionalista y militante del Partido Comunista de Cuba.